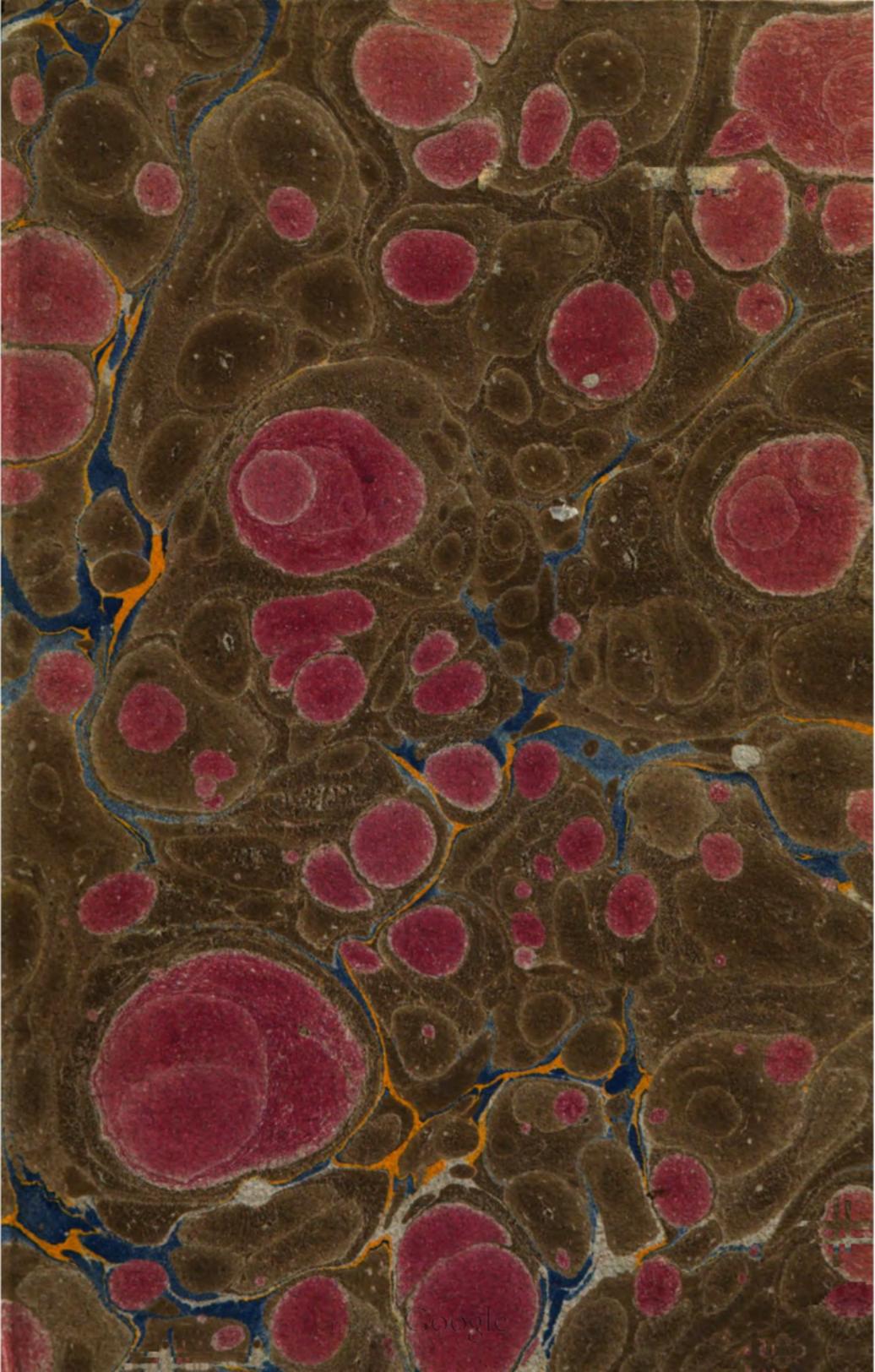




VENDESE
en la librería de
JOSE SOL
calle de Caballeros
LERIDA

NAZIONALE
1
39A
6
ROMA
BIBLIOTECA
VITT. EMANUELE





XXXVI. 5

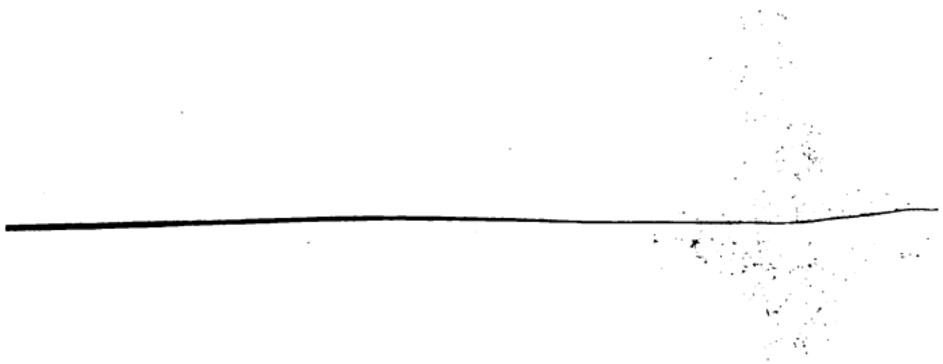
1/a

TESORO
DE
AUTORES ILUSTRES.

TOMO LIII.

ORLANDO FURIOSO.

I.



ORLANDO FURIOSO

DE

LUDOVICO ARIOSTO.

TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO

POR

D. Augusto de Burgos.



TOMO I.



BARCELONA.

POR D. JUAN OLIVERES, IMPRESOR DE S. M.

CALLE DE MONSERRATE, N. 10.

1846.

INTRODUCCION.

Los libros de Caballerías, los cantos de los trovadores, las Crónicas del arzobispo Turpin, y mas que todo las tradiciones orales extendidas por toda Italia á mediados del siglo XIII, habian infundido en casi todos los escritores de aquella época el espíritu caballeresco, al cual tres siglos mas tarde debia venir el ilustre Cervantes á dar el golpe mortal.

Las proezas de Carlomagno y de sus doce Pares, cantadas y exageradas con toda la pompa del lenguaje y toda la exaltacion del carácter meridional, excitaban todos los ánimos; y el espacio de 500 años, transcurrido desde la época que presenció aquellos famosos hechos hasta el dia en que sus recuerdos empezaron á entusiasmar la imaginacion de los escritores italianos, contribuyó poderosamente á aumentar la oscuridad en que ya se hallaban envueltos y á autorizar todo género de fábulas é invenciones sobre los personajes, poco conocidos ó meramente imaginarios, á quienes se atribuian.

En efecto, de todos los héroes celebrados en tantos poemas de géneros distintos, Carlomagno es el único de cuya existencia no nos es permitido dudar. Orlando ó Roldan, Reinaldo, Oliveros, Dudon, entre los Cristianos; Agramante, Rodomonte, Roger, Sacripante y otros mil entre los Sarracenos, son personajes de la mayor parte de los cuales es fabulosa, ó cuando menos problemática, la existencia; pero sea de esto lo que fuere, estos nombres han llegado hasta nosotros y estan destinados á pasar á la mas remota posteridad. Pulci, el ciego de Ferrara, Mateo Boyardo y sobre todo Ariosto, su continuador, han dado á sus perso-

najes, verdaderos ó nó, no solo vida, sino un carácter tan sostenido y tan extraordinariamente peculiar á cada uno, que los nombres de Agramante, de Orlandó y de Rodomonte son hoy, digámoslo así, tan del dominio de la historia como el de Alejandro ó el del Cid.

Ya he dicho, y por volver á mi asunto repito aquí, que el poema de Ariosto parece ser, y es en realidad, una continuacion del de Boyardo. Seducido por las bellezas del *Orlando innamorato*, se propuso en efecto Ariosto continuar este poema desde el punto donde lo habia dejado Boyardo; pero, bien pronto, elevándose á una altura á donde jamas habia llegado este, suelta el Autor del *Furioso* las riendas á su fecunda y brillante imaginacion y deja atrás al mismo á quien se habia propuesto seguir.

Mateo María Boyardo, conde de Scandiano y gobernador de Regio, reunia á una instruccion poco comun en su siglo, un ingenio culto y una aficion decidida por la poesia y los libros de Caballerías, que tan en voga estaban entonces en su pais. Animado por el ejemplo de Pulci y del ciego poeta de Ferrara, emprendió su *Orlando innamorato*, que la muerte le impidió concluir. Un veneciano, Nicolás Agostini, deseoso de llevar á cabo la obra que Boyardo habia dejado incompleta, le añadió tres cantos, muy inferiores á los de este, y publicó una primera edicion del *Orlando innamorato*, así refundido y aumentado por él.

Poco satisfecho del trabajo de Agostini, y esperando sacar mejor partido de la obra de Boyardo, emprendió Francisco Berni la revision del *Orlando innamorato*, embelleciéndolo además con invenciones suyas y con versos mucho mas elegantes y sonoros que los de Agostini; bien que, en mas de un pasaje, le hizo perder algo del tono elevado y majestuoso de su primer autor con chocarrerías que ofenden alguna vez á la decencia y casi siempre al buen gusto.

Esta es, pues, la obra que Ariosto se propuso continuar. El papel de refundidor no podia convenir á un ingenio como el de Ariosto, y el conde de Tressan, traductor del Or-

lando furioso, cita los motivos que indujeron al autor de este inmortal poema á hacerse el continuador de aquel, obra de tres ingenios, todos inferiores al suyo. Su objeto, dice Mr. de Tressan, fué, ya mostrar cuan atrás de sí podia dejar á sus predecesores, ya complacer á sus contemporáneos dando un nuevo prestigio al género de poesía á que los habian acostumbrado los escritos de Pulci y de Boyardo, ya en fin hacerse grato á los príncipes sus señores; pues, bien que el nombre de la casa de Este fuese por sí bastante ilustre, creyó Ariosto aumentar su gloria mezclando la fábula á la verdad y haciendo descender á esta familia de Roger y de Bradamante; es decir de Héctor y de los antiguos reyes de Frigia.

Yo no sabré decidir cual fué de estos tres objetos el que Ariosto se propuso; pero sí diré que consiguió completamente los tres.

El *Orlando furioso*, como obra de imaginacion, es indudablemente la mas extraordinaria que se ha escrito jamás en lengua alguna. Evidentemente inspirado por el poema de Boyardo, el de Ariosto se lee con placer y con fruto, aun por los que no han leído el de aquel; pues toma desde el principio una gran parte de los episodios que quedan suspensos en el *Innamorato* y expone, bien que casi siempre en pocas palabras, las aventuras á que alude, y que continua con un estilo brillante y á veces con un colorido peculiar que las realza y las rejuvenece.

Muchos sabios y literatos italianos han analizado el admirable mecanismo de los versos de Ariosto, la elegancia de su diction y la rotundidad de su frase poética. Inútil seria pues extenderme sobre este punto, tanto mas cuanto que, como dice Mr. Mazuy (1), cualquiera que sea el entusiasmo que sienta un traductor por las bellezas del original,

(1) Mr. Mazuy ha publicado en 1839 una excelente traduccion francesa del *Orlando furioso*, enriquecida con notas sobre los romances caballerescos, las tradiciones orientales, los cantos de los trovadores, y las crónicas de Turpin.

no conoce por lo regular bastante á fondo el idioma en que está escrito para discutir el mayor ó menor mérito gramatical de su lenguaje ; pero no sucede así con los preceptos generales de la poesía que, son de todos los pueblos y de todas las épocas.

Así pues, invocando la autoridad de los eruditos italianos que arriba he citado, diré que el estilo de Ariosto es correcto, fluido y armonioso : refiriéndome á mis propias observaciones diré que, ya festivo ya sublime, es siempre proporcionado á los hechos que describe ó á los pensamientos que desarrolla.

No ha faltado quien objetase á Ariosto que su estilo es mas de una vez ignoble y sus episodios alguna que otra deshonestos. A la primera objecion respondo diciendo que Ariosto se habia propuesto no excluir de su poema un solo objeto de cuantos abraza la naturaleza ; y así como esta pródiga gobernadora del mundo ha creado, y deja subsistir sobre la faz de la tierra, objetos repugnantes y hasta dañosos, así Ariosto crea y describe mas de una vez cosas y personajes ignobles ; pero no por eso debe decirse que su estilo lo es por que no conserva una altisonancia, que, en tal situacion, seria ridícula. Del estilo llano y sencillo es inmensa la distancia hasta el ignoble y aun el trivial.

Con respecto al cargo que de deshonestidad se hace á varios episodios ó pasajes del *Orlando furioso*, debo decir que así este, como casi todos los que al Ariosto se atribuyen, es un defecto, no del poeta, sino de la época en que vivió. En prueba de ello basta decir que Margarita de Francia, hermana de Francisco I que Isabel de Gonzaga y otras altas princesas y damas célebres por sus virtudes y recato, aplaudian, así como varios papas y todo el sagrado Colegio, á los mas licenciosos pasajes del sublime poema de Ariosto.

Por otra parte dichos episodios, aun cuando en sí contengan un fondo de deshonestidad, como dicen los criticos, estan escritos en un lenguaje por lo regular decoroso y siempre festivo, elegante y seductor.

Dicen las historias, ó por lo menos la tradicion, que cuando Ariosto presentó su obra concluida al cardenal Hipólito, este le preguntó de donde habia sacado tanta estrambótica ficcion. No se sabe la respuesta que dió Ariosto al cardenal, y es probable que no le diese ninguna, queriendo sin duda guardar su secreto sobre este punto; pero, gracias á las investigaciones hechas desde aquella época por escritores de diferentes países, apenas se halla en el *Orlando furioso* una sola aventura ó un solo episodio de aquellos que calificó el cardenal con un nombre que nos abstenemos de repetir, cuyo origen no nos sea conocido.

Hanse pues descubierto las fuentes, ó mas bien diré los pozos, de donde sacó Ariosto tantas y tan extraordinarias invenciones; y de cuya agua, las mas veces turbia y cenagosa, hizo la lozana imaginacion del poeta un raudal inagotable, límpido y hasta aromático.

El poema de Ariosto presenta en su conjunto una mezcla singular de verdad y de ficcion de sublimidad y de llaneza, de fe cristiana y de incredulidad, de rigidez y de desenvoltura en el estilo. Su imaginacion arrastra siempre al poeta, y su poema es la expresion perenne de sus impresiones y de sus afectos. Así le vemos á menudo interrumpir una narracion patética ó una descripcion interesante, para recordar alguna aventura propia ó alguna idea inconexa que se le ocurre.

Preciso es pues confesar que el poema de Ariosto es, mas bien que otra cosa, el parto fantástico de una brillante imaginacion. Esta obra llena de bellezas de primer orden no está exenta de algunos lunares que, semejantes á los que á veces se nota en el rostro de algunas mujeres, contribuyen acaso á dar mas gracia á su semblante, mas animacion á su fisonomía y mas interés al conjunto.

Las introducciones de casi todos los cantos del *Orlando furioso*, son otros tantos trozos de elevada poesia lírica acompañados de excelentes preceptos de didáctica ó de moral. El corazon humano, y sobre todo el de las mujeres,

(que Ariosto conocia todavía mejor que el de los hombres) está perfectamente caracterizado en su poema con todas sus perfecciones y con todas sus flaquezas. ¿Qué virtud ó qué vicio hay en la naturaleza que no se halle vigorosa y característicamente personificado en el *Orlando*? ¿Quién pintó jamás con mas vivos colores que Ariosto, la fuerza corporal, la grandeza de ánimo, la constancia, el amor, la honestidad, la arrogancia, la pusilanimidad y la lascivia? Carlomagno, Orlando, Reinaldo, Rodomonte, Roger Ferragut, Sobrino, Angélica, Bradamante, Olimpia é Isabel, son tipos tan ingeniosamente imaginados como hábilmente desenvueltos y brillantemente sostenidos. Y al citar estos, que son los principales, omito, por no cansar con la enumeracion de tantos nombres, los de otros mil personajes que figuran noblemente en aquel inmenso y sublime cuadro, y cuyos caracteres, admirablemente trazados, no se desmienten jamás.

Este, despues de la elegancia de estilo y de la lozanía de imaginacion, es el mérito mas aparente del *Orlando furioso*; y fácil es de conocer que, con tales elementos, no puede menos de agradar, de interesar, de entusiasmar este poema destinado por otra parte á cantar hazañas sorprendentes y aventuras maravillosas. Añádase á esto que, no contento con describir los famosos hechos y las altas prendas de los héroes del siglo de Carlomagno, aprovecha Ariosto con prodigiosa habilidad cuantas coyunturas se le presentan para intercalar en su narracion el elogio de casi todos los personajes célebres de todas las naciones y de todas las épocas, y en particular de la suya, tan fecunda en hombres ilustres y en memorables acontecimientos. ¿Cómo era posible que, al hablar de Carlomagno y de sus paladines, dejase de citar Ariosto á Carlos V, cuyas altas prendas immortalizaban su nombre en un mundo, mientras que un Cristóval Colon y un Hernan Cortés le descubrian y le conquistaban el otro? Todos los capitanes célebres, todos los artistas eminentes, todos los descubrimientos importantes de la suya y de las anteriores épo-

cas , hallaron en fin en Ariosto un sublime panegirista.

¿ Qué lectura puede haber mas amena y mas instructiva á la vez que la de un poema de este género ?

En apoyo y como complemento de estas ligeras observaciones , inserto á continuacion una nota de Mr. Mazuy y una carta de Galileo. El testimonio de dos hombres tan competentes , uno casi contemporáneo de Ariosto y otro contemporáneo nuestro , prueba el mérito intrínseco é incontestable del poema á que se refieren.

« Muchas veces, dice Mr. Mazuy , se ha criticado á Ariosto de que su poema no tenia ni principio ni fin. Veamos hasta que punto es fundada esta objecion.

« La epopeya romántica puede considerarse en Italia como un mismo y único monumento literario elevado por diferentes poetas de mas ó menos habilidad , que ofrecieron para su construccion el tributo de su talento , de su imaginacion y de su trabajo. Pulci , el ciego de Ferrara , Boyardo , Ariosto , Dolce , Alamanni , Bautista y Torcuato Tasso y Nicolo Fortiguerra , escritores todos de mérito , vinieron á porfía cada uno con una obra maestra á embellecer este edificio.

« Ariosto emprendió la continuacion del *Orlando innamorato* y , á ejemplo de Boyardo ; dejó á medio bosquejar algunos episodios como si , por este medio , quisiera excitar la emulacion de otros poetas y facilitar algun tanto su trabajo. La intencion que dictó el *Orlando furioso* es demasiado evidente para que haya quien pueda desconocerla. Su autor nada se propuso empezar , nada se resolvió á concluir. A los que de esto le hacen ó le han hecho un cargo , responderia sin duda Ariosto , si viviera hoy , lo que contestó á Fulgoso (canto LII , octavas XX y siguientes) y á fe que lo aprobaran los que le oyeran.

« El *Orlando furioso* debe ser considerado como un magnífico fragmento de la epopeya caballeresca , fragmento que reclamaba el concurso de otros destinados á completar el edificio ; pero sus autores se han quedado á gran

« distancia de Ariosto. Uno solo, Torcuato Tasso, habría
 « podido concurrir dignamente a ello; mas despues de ha-
 « berse ensayado en su *Reinaldo*, conoció, jóven todavía,
 « cuan fatal podia serle la lucha con Ariosto sobre un asun-
 « to semejante al que este habia escogido. Por otra parte
 « las divertidas leyendas de Caballerías, atribuidas al rei-
 « nado de Carlomagno, ocupaban poco ya los ánimos á fi-
 « nes del siglo XVI; pues, tal fue el número de ingenios
 « adocenados que se presentaron á la palestra, que el pú-
 « blico, acabó, fatigado, por preferir á los terribles golpes de
 « las espadas de los paladines, las hazañas de la época, mas
 « reciente, de los cruzados; y esto con tanta mas razon,
 « cuanto que, tratándose entonces de hacer la guerra á
 « los infieles que amenazaban á Europa, cada cual que-
 « ria conocer las proezas de Godofredo y de sus guerreros,
 « tantas veces vencedores de aquellos mismos infieles. Car-
 « lomagno, su sobrino Roldan, sus pares y sus paladines,
 « se vieron pues relegados en sus cortes plenarias, y así se
 « explica porque, despues de la publicacion del *Orlando*,
 « se lanzó el Tasso en una nueva via, mas conforme á la
 « naturaleza de su ingenio, así como á sus deseos, á las
 « ideas y á los proyectos de sus contemporáneos. La lite-
 « ratura italiana debe gloriarse de esta resolucion. Tratan-
 « do asuntos diferentes, han conservado el Ariosto y el
 « Tasso su renombre de grandes poetas; la fama del uno
 « habría indudablemente perjudicado á la del otro.

« El estudio del *Orlando furioso* será eternamente pre-
 « cioso para la historia de la poesia. Este poema sublime,
 « modelo de gusto y de elegancia, no es meramente un re-
 « súmen de brillantes extravagancias, de poéticos capri-
 « chos, de seductores ensueños. La obra de Ariosto, bajo
 « un exterior ligero, frívolo en apariencia, encierra las
 « mas sérias ideas, las máximas mas profundas y los mas
 « instructivos episodios. El Ariosto reviste de nueva for-
 « ma las viejas tradiciones y las antiguas leyendas; y sa-
 « bido es que esta forma es todo en las obras de imagina-

« cion. Ella constituye la originalidad , revela el genio poé-
 « tico y acaba por ser el título de gloria mas positivo de
 « todo grande artista y de todo distinguido escritor. Las
 « mismas ideas y los mismos hechos suelen reproducirse á
 « la vuelta de un cierto número de años , mientras que la
 « forma que les da el poeta no se reproduce jamás.

« Las grandes producciones del ingenio humano tienen
 « siempre una tendencia en que no suele hacer alto el vul-
 « go ; pero que los entendimientos contemplativos no tar-
 « dan en penetrar. Tales trabajos , nobles por la idea , in-
 « mensos por los resultados , son una mina fecunda , un
 « manantial inagotable de descubrimientos para el hom-
 « bre verdaderamente observador. Su importancia crece á
 « medida que los siglos se amontonan sobre los aconteci-
 « mientos , sobre los usos y sobre las creencias , conser-
 « vando de estos acontecimientos , de estos usos y de estas
 « creencias , un recuerdo que es su mision perpetuar en la
 « memoria de los pueblos. »

CARTA DE GALILEO

al Señor Francisco Rimuccini.

« No sé en que caso seré mas reprehensible, si guardan-
 « do el silencio con V. S. ó si escribiéndole sin exponerle
 « las razones que determinan mi preferencia entre nuestros
 « dos grandes poetas heróicos. Mi deseo seria obedecer y
 « contentar al mismo tiempo á V. S. , lo que me hubiera
 « sido mas fácil á no haberseme extraviado por una desgra-
 « ciada casualidad un ejemplar del *Tasso* , al márgen del
 « cual habia yo hecho varias apuntes. Durante un
 « año me he entretenido en cotejar los mas bellos pasajes
 « de estos dos poemas, y sobre todo los que entre sí pue-

« den compararse , y confieso que el Ariosto lleva , en mi
 « concepto , ventaja al Tasso en el número y en la gracia
 « de estos diferentes pasajes. La fuga de Angélica , por
 « ejemplo , me parece mejor pintada que la de Herminia.
 « Rodomonte , en medio de París , me causa mas impresion
 « que Reinaldo cuando entra en Jerusalem. No se puede
 « menos de confesar que , entre la horrenda discordia naci-
 « da en el campo de Agramante y las insignificantes discu-
 « siones que se elevan en el campo de Godofredo , hay la
 « diferencia que existe entre lo sublime y lo mediano. Los
 « amores de Tancredo por Herminia me parecen insubstan-
 « ciales y frios , comparados con los de Roger y Bradaman-
 « te. ¡Cuán grandes son las circunstancias que ennoblecen
 « este amor! ¡qué heroicas las empresas á que esta pasion
 « excita! ¡qué interesante la agitacion en que pone á los
 « personajes! Allí sí que se ven pintados con exactitud to-
 « dos los arrebatos de los zelos , los recuerdos del bien
 « perdido , las quejas , la desesperacion de un alma des-
 « trozada por las infidelidades de que acusa á un amante ;
 « pero ¡oh amor sublime! una mirada , un suspiro , una
 « sola palabra de Roger , basta para calmar el tierno cora-
 « zon de su adorada. Y ¿quién hay que no eche de ver la
 « frialdad y la falta de originalidad del retrato de Armida
 « y de los medios á que apela esta poderosa maga para re-
 « tener á Reinaldo ? ¿ Puede por ventura fijar la atencion
 « esta débil copia comparada con el cuadro lleno de gra-
 « cia y de energia que hace al corazon y al entendimiento
 « partícipes de los encantos que á Roger detienen en los
 « jardines de Alcina ?

« Imposible es así mismo negar , como va ya dicho , que
 « los motivos de la discordia que se eleva entre los caudi-
 « llos de Godofredo son hasta pueriles , comparados con los
 « que siembran la confusion y la muerte entre los sarrace-
 « nos. Ningun suceso importante nace de la primera , mien-
 « tras que el despecho y la partida de Rodomonte , la muer-
 « te de Mandricardo , las heridas y la inaccion forzada de

« Roger , la desaparicion de Marfisa y de Sacripante , son
 « consecuencias del furor que ha provocado la discordia y
 « la causa que prepara la llegada de Reinaldo y la ruina
 « entera del ejército de Agramante.

« ¿ Quién hay que pueda dejar de admirar el carácter
 « indómito de Marfisa que , siempre pronta á rehusar toda
 « especie de auxilio , no cuenta con otro apoyo que el de
 « su brazo y de su valor ? ¿ Quién no verá con asombro el
 « esfuerzo y la generosidad de Mandricardo , cuando deja
 « á Zerbino expirando entre los brazos de Isabel ? Pero ,
 « ¿ qué mas alta idea se puede concebir de un héroe , que
 « la que dan de Roger las virtudes y las proezas que el
 « poeta le atribuye , y hasta las facciones con que nos pinta
 « su semblante ? ¿ Qué no podré decir del contraste que
 « con la virtuosa firmeza de Olimpia , de Isabel y de Drusi-
 « la , forman la perfidia de Gabrina , las torpes infidelidades
 « de Origile y la inconstante versatilidad de Doralice ?

« Cuanto mas me extiendo sobre este asunto , mas con-
 « vencido quedo de que habria mucho que decir sobre él :
 « esto no obstante , por no fatigar vuestra atencion , pon-
 « go fin á esta carta en la cual creo no haber dicho cosa
 « que no sea suficientemente conocida de cuantos han lei-
 « do los dos autores. »

Al concluir estas observaciones , no puedo menos de ha-
 cer una importante sobre la carta de que acabo de dar la
 traduccion. Galileo , á mi modo de ver , se muestra en ella
 demasiado severo con respecto al Tasso y emite una opi-
 nion que ningun escritor antes ni despues de él se ha atre-
 vido á formular de una manera tan categórica. Yo no creo
 que , para hacer del Ariosto el elogio que merece , sea nece-
 sario atacar la justa celebridad del autor de la *Jerusalen*
libertada. Entre este poema y el *Orlando furioso* , la balan-

za está todavía en el aire , y este es el mayor elogio que de ambos se puede hacer. Las simétricas proporciones del primero , justifican su nombre de épico , mientras que la gracia , la originalidad y la riqueza de imágenes y de episodios hacen del segundo , épico ó no , el poema mas admirable , y sobre todo mas entretenido , que se ha publicado jamás.

VIDA DE ARIOSTO.

NACIÓ Ludovico Ariosto en Regio de Modena , á 8 de setiembre de 1474 , de Nicolás Ariosto , gobernador de dicha ciudad , y de la bella y noble Daría Malaguzzi. Mas de un siglo hacia que estaba avecindada en Ferrara esta familia , oriunda de Bolonia , cuando vino al mundo el hombre extraordinario que , desde su infancia (1) , dió evidentes señales del ingenio , que debia hacer su fama tan duradera , como sus escritos.

Cargado de familia , y no poseyendo una fortuna proporcionada á su alto nacimiento , y á los importantes destinos que siempre ocupó (2) , quiso su padre hacer seguir á nuestro poeta la carrera de la magistratura ; pero él , que tenia una invencible repugnancia por los Códigos y las Pandectas , al paso que una aficion extraordinaria por las bellas artes y la poesia , abandonó aquellos estudios por entregarse á una vocacion que á tan altos destinos le llamaba ; y , bajo la direccion del célebre humanista Gregorio Espoleto , hizo en poco tiempo sorprendentes adelantos en las lenguas antiguas , y compuso en latin varias oraciones y poesias , que merecieron la aceptación de las personas á cuyo juicio las sometió. Privado á poco de la compañía y de las lecciones de su docto y apreciable preceptor (3) ,

(1) Cuenta Gerónimo Garofulo que , apenas entrado en la adolescencia , compuso Ariosto y pronunció en público , con motivo de la apertura de los cursos de Ferrara , una oracion latina cuyos altos conceptos y elegante estilo excitaron la admiracion del público inteligente de aquella ciudad. Fornari añade que fue tanta la fama que valió aljóven Ariosto esta oracion , que todos los padres lo citaban á sus hijos como el modelo que debian seguir.

(2) Nicolás Ariosto , padre de Ludovico , reunia al cargo de capitán ó gobernador de Modena y de Regio los de mayordomo mayor de los duques Borso y Hércules I , padre de Hipólito y de Alfonso , y de juez del tribunal supremo de Ferrara. Sin perjuicio de estos destinos , desempeñó varias misiones importantes cerca del papa , de Francisco I y del emperador Carlos V.

(3) Nombrado por Isabel , duquesa de Milan , ayo de su hijo Francisco Sforza , partió Gregorio de Espoleto con esta princesa y su hijo , y permaneció

y profundamente afligido de esta separacion, dejó Ariosto de ser discipulo para ser maestro; y, entregado á sus propias inspiraciones, compuso algunas comedias ó farsas, como él mismo las llamaba (1), que se entretenia en representar con sus hermanos. Mas tarde, dió sucesivamente á luz varias sátiras, sonetos, madrigales y otras composiciones, ya italianas, ya latinas, de que la mayor parte se conservan todavía, y que son como otras tantas piedras preciosas, engarzadas en la brillante corona que orna las sienes del ilustre Cantor de Angélica y de Roldan.

Jóven todavía, perdió Ariosto en poco tiempo á su padre (2) y á su tío y protector Pandolfo. Viéndose sin patrimonio (3) y único apoyo de su madre y de sus nueve hermanos, todos menores que él, entró al servicio del cardenal Hipólito de Este, con quien le unian, aunque de lejos, relaciones de parentesco (4).

Era Hipólito hombre de demasiado talento para desconocer el del jóven Poeta, que tantos títulos tenía á su aprecio y á su proteccion; y, deseoso de estimular y de utilizar al mismo tiempo las bellas disposiciones de Ariosto, le confió varios importantes encargos, que este desempeñó siempre con acierto y casi siempre con felicidad.

Esta y casi todas las particularidades de su vida se hallan consignadas en sus *Sátiras*, en sus *Capítoli*, en sus *Cármina* y aun en su *Orlando furioso*. En estos diferentes escritos, relata lo que hasta aquí llevamos dicho, describe la batalla naval dada, poco despues, por el cardenal Hipólito, que mandaba la escuadra dirigida contra Venecia, y refiere el resultado de los dos viajes que á Roma hizo con el objeto de entablar negociaciones con el Papa Julio II, y su partida definitiva de aquella ciudad despues de haber estado á punto de verse arrojar al Tiber por órden del belicoso pontífice, altamente irritado de la fidelidad que mostraba el duque Alfonso, hermano de Hipólito, á la liga de Cambray.

en Francia durante todo el tiempo del cautiverio de estos en la corte de Luis XII.

(1) De estas comedias ó farsas era la mas notable la que compuso arreglando para la escena la fábula de Tisbe.

(2) Ariosto perdió á su padre en febrero de 1500, es decir á la edad de 25 años y medio y no de 24, ni de 27 como pretenden algunos autores,

(3) No es enteramente exacto decir sin patrimonio, pues alguno le habia dejado su padre; pero la repartición entre tantos hermanos y las reclamaciones de algunos parientes y estraños le suscitaron tantos y tan desagradables litigios que, no solo le impidieron llegar nunca á disfrutar de este patrimonio, sino que le hicieron gastar, por tratar de conservarlo, mucho mas de lo que él valia.

(4) Obiuro III, marques de Ferrara y príncipe de la ilustrada familia de Este habia casado con la bella Lipa Ariosto, muerta en 1547.

De vuelta de este viaje, se retiró Ariosto á Ferrara, su patria, y allí, deseoso de pagar á su protector un debido tributo de elogios, se dedicó casi exclusivamente á la composicion del célebre poema en que se proponia inmortalizar, como lo hizo, el nombre de la casa de Este. Este poema, empezado en tercetos, fué luego puesto en octavas; y, continuado con perseverancia durante diez años, pudo ver la luz pública en abril de 1515.

Cuéntase que, cuando terminado este poema, compuesto entonces de 40 cantos, se presentó Ariosto para ofrecerlo al Cardenal Hipólito, este le interrumpió, diciendo: «Messer Ludovico, *¿dove avete preso tante.....?*» expresion que no debe interpretarse en el sentido que muchos le dan sino, como dice Mr. Artaud, en el de «invenciones estrambóticas, del otro mundo, ideas que á nadie se ocurren, chistosas locuras y entretenidas extravagancias.»

Tanta fué la reputacion que valió este poema á su autor, que Juan de Medicis, que, con el nombre de Leon X, sucedió á Julio II en la silla de San Pedro, y que, como todos los príncipes de la casa de Médicis, dispensaba su inteligente proteccion á las letras y á las artes, hizo mas de una tentativa para atraerlo á sí; pero Ariosto, fiel siempre á la amistad que le dispensaba Hipólito, se negó á escuchar toda proposicion sobre este punto.

No falta, á pesar de esto, quien afirme que el Autor del *Orlando* desmereció mas tarde de esta amistad; y él mismo parece convenir en ello, formulando mas de una vez quejas amargas y hasta ofensivas contra su protector (1); pero estas quejas, lejos de parecer se-

(1) *En su sátira primera dirigida á su pariente Alejandro Ariosto y á Ludovico de Bagno, dice Ariosto:*

*Ma se á volger di nuovo avessi al subio
Li quindici anni che in servirlo ho spesi
Passar la Tana ancor non stare in dubio.
Se averme datto onde ogni quattrò mesi
Ho venticinque seudi, ne si fermi
Che molte volte non mi stan contesi,
Mi debbe incatenar, schiavo tenermi,
Obligarmi ch' io sudi e tremi seuzza
Rispetto alcun ch' io moja o ch' io m' infermi.
Non gli lasciati aver questa credenza:
Dilegli che più tosto di esser servo
Torró la povertade in pazienza*

.....
*Or, conchiudendo, dico che se l' sacro
Cardinal comperato averme stima
Con li suoidoni, non mi è acerbo ed acro.
Renderli e tor la liberta mia prima.*

rias y fundadas, presentan el carácter de las que hace un niño criado al padre que lo mimaba, el día que este trata de recobrar sobre él la superioridad que le iba quitando el exceso mismo de su cariño. Otros alegan, para sostener aquella asercion, que cuando á principios del año 1518 manifestó el cardenal Hipólito á Ariosto su deseo de que le acompañase á Hungría, este se negó á seguirle; pero no lo hizo sin dar excelentes razones, á saber: el precario estado de su salud (1), la edad avanzada de su madre, y la necesidad de cuidar de ella y de sus hermanos. En la primera de sus sátiras, están consignadas estas y las demás razones que le impedían alejarse de Ferrara; y si bien esta sátira contiene, como hemos dicho, algunas expresiones poco respetuosas hácia su protector, fácil es conocer que fueron dictadas por el carácter descontentadizo de un mozo mimado, y quizá tambien por el deseo de mostrar al cardenal que, al ofrecerle sus servicios y al consagrarle su pluma, no habia entendido, en manera alguna, abdicar su libertad. Por otra parte, sabido es que Ariosto cifraba su felicidad en las dulzuras de la vida sedentaria (2), y que sentia por los viajes una aversion decidida, circunstancia notable, como dice Mr. Mazuy, en un escritor que tanto hacia viajar á sus

(1) En la misma sátira dice Ariosto para explicar su rehuso de acompañar á Hipólito en su viaje á Hungría.

*L' età di nostra madre mi percuote
Di pietà il core, che da tutti a un tratto
Senza infamia lasciata esser non puote.
Io son di dieci il primo e, vecchio fatto
Di quaranta quattri anni è il capo calvo
Da un tempo in qua sotto la cuffia appiatto.
La vita che mi avanza me la salvo
etc. etc. etc.*

(2) En la sátira tercera, dirigida á Anibal Malaguzzo, dice Ariosto:

*A me piace abitar la mia contrada.
Visto ho Toscana, Lombardia, Romagna,
Quel monte che divide e quel che serra
Italia e un mare e l' altro che la bagna.
Questo mi basta; il resto de la terra
Senza mai pagar l' oste andró cercando
Con Tolomeo, sia il mondo in pace o in guerra.
E tutto il mar, senza far voti quando
Lampeggi il ciel, sicuro in su le carte
Vedrò più che su i legni volteggiando.*

.....

personajes. De cualquier modo que sea, Ariosto, que tenia razones plausibles para no alejarse de Ferrara, destruye en la misma sátira, con expresiones de admiracion y de gratitud (1), la acrimonia de las quejas que le hace exhalar un momento de mal humor, y claro está que este mal humor es pasajero, pues solo en alguna que otra de sus sátiras y de sus cartas se ven expresiones que lo revelan, mientras en el *Orlando*, que fué el trabajo de toda su vida, no hay una sola palabra que denote su descontento. Esta obra es, por el contrario, hasta la última página, un testimonio perenne de la admiracion y del entusiasmo que animaba á Ariosto por el príncipe cardenal protector suyo.

Pero la prueba mas irrecusable de que este Poeta no perdió nunca del todo el aprecio y la amistad de Hipólito, es la benévola acogida que, durante la ausencia del cardenal, le dió en Ferrara su hermano Alfonso de Este. En el canto 3.º de su *Orlando* (2) pinta el mismo Ariosto la union que reinaba entre estos dos hermanos, y es de todo punto inverosímil que diese Alfonso tales testimonios de aprecio al detractor, naturalmente ingrato, del hermano á quien profesaba en efecto, no solo cariño, sino hasta veneracion. En la corte de Alfonso fué donde publicó Ariosto la segunda edición de su *Orlando furioso* que, aunque notablemente corregida, no contenia, lo mismo que la primera, mas que cuarenta cantos (3).

Esta edición, hecha el año siguiente que la primera, es decir en 1516, reportó á Ariosto tan escasas ventajas pecuniarias, que tuvo el á

(1) En la primera sátira de que arriba se habló dice en efecto Ariosto hablando del cardenal Hipólito:

*Io, stando qui, faró con chiara tromba
Il suo nome sonar forse tan alto
Che tanto mai non si levó colomba*

(2) Los versos á que aquí se alude, traducidos, dicen así:

*La inalterable union, el amor puro
Que existir debe entre uno y otro hermano
Conservará su reino mas seguro
Que sí, por doble muro,
Lo ciñera el ingenio de Vulcano.*

(3) Barufaldi, en su Vida de Ariosto, cita cuales fueron las condiciones á que compró esta nueva edición del *Orlando furioso* el librero Giacomo Gigli de Ferrara. Ariosto debia hacer la impresion á su costa y entregar á Gigli cien ejemplares á razon de seis reales cada uno, imponiéndole la obligacion de no venderlo á mas de ocho.

poco que recurrir á la generosidad de Alfonso, como se puede ver en su sátira IV (1).

Surtió su efecto la amenaza que en ella hacia de abandonar la corte del duque; pues este príncipe, que se gloriaba y se complacia en tener á Ariosto á su servicio, le nombró comisario suyo en la Garfañana, pequeña provincia situada al pié del Apenino y entregada á todos los horrores de la guerra civil (2).

Tres escasos años bastaron á Ariosto para pacificar esta provincia, y alejado durante este tiempo de sus amigos y de sus parientes, se lamentaba sobre todo de la ausencia de la dama de sus pensamientos, á quien amaba con toda la ternura de un alma generosa y con todo el entusiasmo de una férvida imaginacion.

Esta última circunstancia fué sin duda la que quitó á los amores del Ariosto aquella constancia, aquella tenacidad, digámoslo así, que caracterizó los de Petrarca. Si la privacion es la causa principal del apetito, no es de extrañar que Ariosto, harto mas feliz en esta parte que el platónico amante de Laura, siguiese alguna vez el ejemplo de los jóvenes de que habla en las primeras octavas del canto décimo de su *Orlando*; pero, si bien es cierto que vogó mas de una vez con viento próspero en el borrascoso piélagos de amor, no dejó por eso de experimentar algunos vaivenes; pues, como dice él mismo en la introduccion al canto XVI del citado poema, pudo mejor que nadie hablar por propia experiencia de las dulzuras y de los tormentos que origina aquella inconstante pasion. La versatilidad de la suya se manifiesta, aun mas que en estos pasajes en su *Carmina* á Lidia, Lullia, Verónica y no sé cuantas mas damas que sucesiva-

(1) He aquí como se explica Ariosto:

. . . . O voi signor levarmi
Dovete di bisogno, o non v'incresca
Ch' io vada altra pastura a procacciarmi.

(1) Cuéntase de varios modos una singular aventura ocurrida durante esta guerra y que caracteriza á Ariosto, si no como militar, á lo menos como poeta. He aquí como la refiere Mr. d' Artaud:

Yendo en una de sus expediciones á la cabeza de un destacamento de caballeria, dió Ariosto con un célebre cabecilla llamado Pachione, el cual, seguido de pocos y no viendo medio alguno de salvarse, recurrió á un ardid que debia surtir mejor efecto que una desesperada é inútil resistencia. Preguntando por el gobernador, se adelanta Pacchione hácia él; y con el gorro en la mano empieza á recitarle con la mayor sangre fria dos ó tres de las mas graciosas octavas del *Orlando*. Ariosto desarmado y satisfecho, perdona y pone en libertad á Pacchione que evita con este ardid la muerte que merecia.

mente cautivaron el corazón de nuestro *Cristiano* poeta, como dice Cervantes, no sé porqué.

De todas estas damas es la más digna de mención la que le dió dos hijos, llamados Juan Bautista y Virgínio. El primero de ellos (1) siguió la carrera de las armas y el segundo, entrando con grandes protecciones en la de la iglesia y estimulado por el ejemplo y los preceptos de su padre, cultivó al lado de este y con gran fruto las bellas letras y aun la poesía.

El cariño que profesaba Ariosto á este hijo, de quien nunca se separó y á quien educó con el mayor esmero, le indujo en fin á legitimarlo (2).

Esto no obstante su amor por la libertad impidió á Ariosto someterse durante sus verdes años al yugo del matrimonio, al cual se plegó sin embargo más tarde, casando en secreto con Alejandra Bennuci, viuda de Tito, hijo de Leoneido Strozzi, noble ferrarés.

Así se explica la obstinación con que, en diferentes ocasiones, se negó á acceder á las instancias del duque de Ferrara y del sumo pontífice Leon X que le exhortaban á entrar en las órdenes á fin de poder colmarle de beneficios y elevarle á los más altos honores de aquel, en aquella época, tan honroso y lucrativo estado (3). La misma causa, unida á la aversión que hemos dicho que tenía á los viajes, fué sin duda la que le determinó poco después á rehusar el cargo que le ofreció el duque de Ferrara de embajador suyo cerca del Papa Clemente VII.

(1) Ninguna otra particularidad se conoce de la vida de este primer hijo de Ariosto. Fornari y Garofalo afirman que fue educado por los parientes de su madre.

(2) Así resulta de un instrumento auténtico de legitimación hecho por el cardenal Lorenzo Lampeggi, en el cual se dice: «Virgínio Ariosto de edad de veinte y un años, hijo de Ludovico, soltero y de Ursula.... también soltera; cuyo apellido y demás circunstancias se callan, honestatis causa.

(3) Ariosto se negó constantemente á abrazar el estado eclesiástico, pero sin decir nunca el impedimento dirimente que para hacerlo tenía, y ocultándolo y engañando, digámoslo así, al público y quizá á sí mismo, decía:

*Se a perder s' ha la liberta non stimo
Il piu bello cappel che in Roma sia.*

Esta declaración refuta la aserción de algunos autores que pretenden que Ariosto tuvo siempre secreto su matrimonio por no perder beneficios eclesiásticos de que disfrutaba. Lejos de ser así, Ariosto rehusó, como hemos dicho y como lo prueban esos versos, las ofertas de Leon X y de Clemente VII y el único favor que del primero de estos pontífices aceptó, fue la exención del pago de la mitad de una bula que de él obtuvo.

Semejante en esto á todos los hombres que reúnen á un corazón sensible un ingenio culto y una imaginación apasionada, sintió Ariosto, durante la mayor parte de su vida, inextinguible sed de amor. Sabemos que fué inconstante; pero también sabemos, ó al menos nos es permitido inferirlo, que, mas de una vez, le dió graves motivos de queja el bello sexo, cuyas virtudes se complacía en precorizar. Su instinto natural le impelia á hacerlo, como lo prueban un sin número de pasajes de su *Orlando furioso*; pero, ya fuese impelido por un resentimiento pasajero, ya por una convicción mas ó menos profunda de la inconstancia ó de la perfidia de algunas mujeres, lo vemos prorumpir de cuando en cuando en invectivas, ó presentar en cuadros, por lo general graciosos, escenas en que, casi á su pesar, se escapa la hiel de su apasionado corazón. Esto no obstante, fácil es ver que Ariosto se inclina siempre á hacer el elogio del bello sexo. Díganlo Bradamante, Marfisa, Isabel, Olimpia, Ginebra y tantas otras hembras que creó su elegante pluma y de quienes hizo tipos de todas las virtudes, realizadas por el amor.

Aunque no muy avanzado en años todavía, sintió Ariosto, en los últimos de su vida, apagarse algún tanto el fuego que hasta entonces le habia consumido y, cual Horacio en su casita de Tibur, retirado en una que hizo construir en Ferrara (1), se dió á una ocupación cuyos atractivos no sospechó hasta aquel día. Entregado á la botánica con el mismo ardor con que habia vivido hasta entonces entregado á las musas, pasaba las horas y los días ento-

(1) Ariosto empezó á fabricar esta casita en el sitio donde se hallaba la de Hércules Pistoya, á quien se la compró el día 30 de junio de 1526. El 2 de enero de 1528 compró del mismo Pistoya otros terrenos contiguos, de los cuales hizo un huerto, donde pasaba, cultivando flores, todo el tiempo que no daba á sus ocupaciones literarias. La afición que tomó al estudio ó mas bien á sus experiencias de Botánica, le sugirieron la idea de fijar allí su residencia y entonces fue finalmente cuando se decidió á hacer concluir dicha casa que existe todavía y sobre la cual se lee el siguiente distico:

*Parva; sed apta mihi; sed nulla obnoxia, sed non
Sordida; parta meo sed tamen ære domus.*

que, habiendo estado borrado durante mucho tiempo, fué restablecido en 1811 encima la puerta principal de dicha casa, así como la inscripción compuesta por Virgilio que dice así:

*Sic domus hæc Areosta
Propitios habeat Deos, olim ut Pindarica*

ros en su huerto , plantando , arrancando y volviendo á plantar flores , como los habia pasado toda su vida haciendo , borrando y volviendo diez veces á hacer sus versos , que componia con suma dificultad y de que rara vez se mostraba satisfecho (1).

En este tiempo , es decir en los postreros años de su vida , dió Ariosto la última mano á su *Orlando furioso* que , enriquecido con varios nuevos episodios , salió á luz en 46 cantos en octubre de 1532 (2). Esta publicacion valió á su autor los mayores elogios de parte del emperador Cárlos V de los duques de Milán y de Ferrara , de la república de Venecia , del papa Clemente VII del marques de Guast , de toda la noble é ilustrada corte de Urbino , de los cardenales Gonzaga , Farnesio , Salviati , Bibiena y Campeggi , de Bembo , del Ticiano , de todos los hombres en fin de ingenio y valimiento de aquella época , de la mayor parte de los cuales habia ya recibido antes de aquel dia testimonios irrecusables de benevolencia y amistad.

Pocos meses despues de haber recibido en Mantua de manos del emperador Cárlos V la corona de laurel que ornó las sienes de Petrarca , sucumbió Ariosto en Ferrara el dia 6 de junio de 1533 , de edad de 58 años , á una irritacion de estómago (3) producida por el exceso del trabajo , á que , en los años anteriores , le condenara el deseo de terminar su poema , del cual puede con verdad decirse que , conduciéndolo al sepulcro , le condujo á la inmortalidad.

A su memoria elevaron sus conciudadanos un monumento en la

(1) Así lo dice el mismo Virginio en sus memorias ; y así lo atestiguan los emborrachados manuscritos de varios cantos del Orlando , que se pueden ver en la biblioteca de Ferrara. Esta circunstancia impidió siempre á Ariosto conservar sus versos en la memoria y le hizo perder mas de una vez trozos enteros , compuestos ya.

(2) La incorreccion tipográfica de esta tercera edicion disgustó y aun afligió sobre manera á Ariosto. Esta fué sin embargo , bien que con algunas enmiendas del autor , la que sirvió de base á todas las ediciones que despues se hicieron , en tal número que , en el espacio de un siglo , salieron sucesiva ó simultaneamente hasta setenta. Desde entonces hasta nuestros dias no ha cesado de fatigar las prensas esta obra que de todas las conocidas es indudablemente , con la de nuestro inmortal Cervantes , la que mas veces ha obtenido los honores de la impresion.

(3) Ludovico Bonacciolí , Juan Menardo y Antonio María Canani fueron los tres famosos médicos que le asistieron en su enfermedad , que todos juzgaron incurable desde el principio ; pero Pigna afirma que dicha enfermedad fue una obstruccion del cuello de la vegiga , á la cual quisieron poner remedio los médicos con aguas aperitivas. De este modo le estragaron el estómago y , aplicando nuevos remedios á esta nueva dolencia , acabaron por convertirla en una tisis , contra la cual fueron impotentes todos los recursos de la medicina.

iglesia de los monges benedictinos, donde fué enterrado sin la menor ostentacion; y las Musas de todas las naciones cultas coronaron de flores aquel modesto y retirado mausoleo. Su hermano Gabriel formó el proyecto de erigirle uno mas proporcionado á su mérito y al cariño que le profesó; pero sus fuerzas no correspondieron á sus deseos. Virginio tambien trató de trasladar los restos de su ilustre padre á una capilla que, con este objeto, construyó á la entrada de su propia casa hácia la parte del jardín; pero los monges se negaron á desprenderse de su sagrado y precioso depósito (1). Cerca de medio siglo hacia que descansaban en aquella humilde sepultura las cenizas del hombre á quien, despues de su muerte, venian á visitar los que no le habian conocido en vida, cuando Agustin Mozti, caballero Ferrarés que en su juventud habia recibido de Ariosto algunas lecciones de arte poética, se decidió á erigir á su costa un monumento mas digno de tan eminente escritor, y así lo hizo en efecto el año de 1573, en la nueva iglesia de los susodichos monges y en la capilla situada á la derecha de su altar mayor (2).

Mas tarde, en 1612, otro Ludovico Ariosto, descendiente del ilustre autor del *Orlando*, le hizo en fin levantar un mausoleo que, por la caldad de sus mármoles y por la elegancia de su arquitectura, dejaba atrás al anterior. A este nuevo monumento, situado en la otra capilla á la izquierda del altar mayor, fueron trasladados, con gran pompa esta vez, los restos de Ariosto, que desde entonces se conservan allí.

El retrato que de este poeta nos ha dejado el Ticiano, nos lo pinta como un hombre de alta estatura y de bella conformacion, pero un tanto cargado de espaldas por efecto del continuo trabajo que se impuso toda su vida. Su fisonomía era expresiva y agraciada y sus ojos, llenos de fuego, revelaban el que brillaba en su ingenio y consumia su corazon.

(1) Los monges se negaron á esta traslacion fundándose en que Ariosto habia manifestado deseo de ser enterrado allí, como consta por las Crónicas de Ferrara existentes en los archivos de aquella ciudad. De las mismas se infiere ser erróneo el aserto de Guazo y Giovo que pretenden que Ariosto dejó mandado por su testamento que se inscribiese en su sepulcro un epitafio latino que compuso muchos años antes y que, por todos estilos, habria sido indigno de figurar en él.

El único testamento otorgado por Ariosto en su vida fue el que, al partir para su expedicion de la Garfaguana, otorgó en Ferrara, ante el escribano Andrés Furri, á 22 de febrero de 1522, testamento que no contiene ni una palabra que haga directa ni indirectamente alusion á lo que afirman los dos autores arriba citados.

(2) Encima de este sepulcro adornado de figuras y de relieves se veía, dice Gazofalo, la estatua de Ariosto de cuerpo entero, sumamente parecida al modelo y de tamaño algo mas que el natural.

Sin carecer Ariosto de algunos defectos, peculiares casi todos á la época en que vivió, reunia las más bellas y más apreciables cualidades; la afabilidad, la rectitud, la modestia y la lealtad (1). Estas prendas, unidas á su delicado ingenio, á su profunda erudición y á sus distinguidos modales no solo le valieron el acceso cerca de diferentes príncipes y de casi todos los grandes personajes existentes á la sazón en Italia, sino que indujeron á los más de ellos (2) á solicitar la compañía y la amistad del hombre en quien, á manos llenas, derramó sus dones la naturaleza.

Las obras que dejó este célebre escritor, además de su *Orlando furioso* en cuarenta y seis cantos y de los cinco póstumos (3) que solo se hallan en algunas ediciones, son varias composiciones latinas llamadas *Carmina*, siete sátiras, un número considerable de elegías, estancias, sonetos, madrigales y más de veinte *Capítoli*, modelos de fácil, elegante y graciosa versificación.

Con el objeto de amaestrarse en el arte de la comedia, tradujo del latín y adecuó á la escena varias piezas de Plauto y de Terencio (4). Así mismo escribió en italiano varias comedias originales, en que se esmeró en observar todas las reglas fijadas y seguidas por los grie-

(1) Véase la composición latina en que, hablando de la muerte de Ludovico, escribía Gabriel Ariosto:

*Ornabat pietas et grata modestia vatem
Sancta fides, dictique memor, munitaque recto
Justitia et nullo patientia victa labore.*

(2) En la misma inscripción se lee entre otras cosas:

*Optavere suis laribus te asciscere Reges
Regalisque suos fecunda ad pocula mensæ.*

(3) Dice Giralaldi, contemporáneo de Ariosto, que más de una vez oyó decir á este poeta que su objeto, al componer estos cinco cantos, era intercalarlos en la primera edición que volviese á hacer de su poema, como en efecto, sabemos que intercaló seis nuevos en su anterior edición.

Barufaldi opina de otro modo y supone que estos cinco cantos ni tratan la materia del furioso, ni son más que retazos de otro poema distinto que Ariosto traía entre manos y que tenía por título Reinaldo Ardito. La frecuencia con que en ellos se halla repetido el nombre de este paladín fué sin duda el motivo que tuvo Barufaldi para emitir esta opinión evidentemente errónea.

(4) Garofalo cita los *Menecmos* de Plauto, que, por insinuación del duque, tradujo Ariosto en italiano. De esta traducción hizo otra en su idioma un caballero francés deseoso de hacer representar esta comedia en presencia de la princesa Renata de Francia, nuera del duque y poco familiarizada con el idioma italiano.

gos en sus composiciones dramáticas. De las comedias originales de Ariosto son las mas conocidas la *Cassaria* é *I suppositi*, que puso en verso despues de haberlas escrito y hecho representar en prosa, la *Lena*, el *Nigromante* y la *Scolástica*, que dejó sin concluir y que fué terminada poco despues por su hermano Gabriel.

Con indecible placer asistia el duque Alfonso á estas representaciones, para las cuales hizo construir en su propio palacio, bajo la direccion y en vista de los planos del mismo Ariosto, un teatro elegante que daba á la plaza del Arzobispado en frente de este monumento.

En aquel local presidia Ariosto á los ensayos de sus comedias, que fueron succesivamente representadas y que merecieron públicos testimonios de aplauso y de satisfaccion; mas el incendio de este teatro (1), sobrevenido en la noche del 30 de diciembre de 1532 y atribuido á una mezquina y mal intencionada rivalidad, hizo tal impresion en el ánimo, ya enfermo, de Ariosto que, segun dice Barufaldi, no volvió á alzar cabeza desde aquel dia.

Este acontecimiento pudo y debió sin duda contribuir á agravar las dolencias y los achaques de Ariosto; pero la verdadera causa de su muerte fué, como arriba va dicho el exceso del trabajo á que durante treinta años consecutivos le condenó su deseo de llevar á cabo una obra colosal é inimitable de que, no sin gran desconfianza, ofrezco al público esta, ya que no elegante, al ménos fiel traduccion.

Añade Cintio Giraldi, en una carta dirigida á Hercules II, duque de Ferrara que por orden del duque Alfonso, tradujo el Ariosto en prosa italiana la Audria y el Eunuco de Terencio con el objeto de hacerlas representar en el lindo teatro dispuesto para la representacion de la Cassaria.

(1) *El 30 de diciembre de 1532, á las nueve de la noche, se pegó fuego á una tienda situada al pie del palacio ducal y, extendiéndose de aquella tienda á otras contiguas hasta la puerta del palacio, invadió el teatro y algunas habitaciones, que destruyó completamente. Este incendio que duró tres dias y tres noches, se atribuyó, sin que haya, sin embargo, nada que lo justifique, á la mala voluntad que á Ariosto tenían algunos conciudadanos suyos, envidiosos de su talento y de su celebridad.*

PRÓLOGO.

LA lectura de los primeros cantos de una traduccion castellana del célebre poema de Ariosto, hecha por su contemporáneo el capitan D. Gerónimo de Urrea me excitó, hace algunos años, á ir á buscar en el original aclaraciones indispensables para la inteligencia de un gran número de pasajes vertidos por el traductor en octavas, de que no es mi ánimo discutir el mérito, pero que dudo que entiendan suficientemente, para hallar gusto en ellas y para juzgar al autor, la mayor parte de las personas que las lean.

A fuerza de ir á beber á la fuente, acabé por confirmarme en que la traduccion de que hablo, menos inteligible para mí que el mismo texto, estaba á cien leguas del original y, decidido á llevar á cabo su lectura, emprendí seriamente el estudio de la lengua toscana, y á poco el de la obra incomparable, cuyas bellezas no tardaron en cautivar, en arrastrar invenciblemente mi imaginacion de diez y nueve años. Con asombro y dolor ví, pues, que no existía en nuestra lengua otra traduccion de esta obra que la de Urrea; y mas de una vez creí que el anatema puesto por el autor del ingenioso hidalgo en boca del cura de su lugar, habia sin duda retraido hasta entonces de esta empresa á los escritores

españoles. Esto creí mas de una vez; pero, bien mirada la cosa, vine luego en cuenta de que otros, mas poderosos que ese, debieron ser los motivos que hasta hoy han privado á nuestra lengua de un poema de que, en casi todas las de Europa, abundan las traducciones. De estos motivos son seguramente los principales la extension de la obra original y las dificultades que presenta, ya sea la inteligencia de su texto, ya su version en castellano. Estos inconvenientes aparecen mucho mayores todavía al que piensa, como lo pretenden muchos, y como lo creyó Urrea, que la traducción de un poema de este género debe necesariamente hacerse en octavas, para conservar el carácter del original.

Por lo que á mí toca, ni apoyo ni combato esta opinion, bien que la mia sea que se necesita toda la gallardía, toda la originalidad del ingenio y toda la lozania de estilo de Ariosto para hacer soportable la lectura seguida de cinco mil octavas. A pesar de ser esta mi opinion, quizá, por conformarme á la de otros, me habría yo decidido á adoptar para todo el poema el metro empleado en el original y que yo mismo he empleado en varios trozos de la traducción, á no haberme parecido esta empresa muy superior á mis fuerzas y sobre todo á mi perseverancia.

Yo creo por otra parte (y espero que esto me sirva cuando menos de excusa) que la obra de que ofrezco hoy al público una traducción fiel, por no decir literal, exige por sumisma naturaleza un metro mas fácil y menos uniforme que la octava, que se adecua al género puramente heróico mucho mejor que al indefinible del sublime poema de Ariosto.

Muchas personas y, entre ellas, algunas que han honrado ya á nuestra literatura con publicaciones importantes, me han aconsejado hacer uso de diferentes metros, adoptándolos al tono tan frecuentemente variado por el Autor; pero no he creído deber seguir este sistema que, á mas de ofrecer muchas dificultades, presentaria quizá hasta el inconveniente de llegar á ser fastidioso por efecto de la misma frecuencia con que acostumbra Ariosto á variar de tono y de asunto, circunstancia que constituye uno de los mayores atractivos de esta inimitable epopeya. El metro adoptado en esta traduccion reúne en mi concepto todas las ventajas que, en favor de la diversidad de metros, pudieran alegarse. ¿Qué es en efecto la silva mas que una série de estrofas de diferente número de versos, de once ó de siete sílabas, mezclados entre sí como por casualidad, consonantados como por capricho y no sujetos en fin á las trabas que tan á menudo obligan á violentar la exactitud del pensamiento ó la claridad de la enunciacion.

La silva es pues indudablemente el metro que mas conviene á esta clase de composiciones; pues la bien entendida combinacion de versos endecasílabos y septisílabos permite dar al estilo toda la flexibilidad necesaria para descender, sin transicion desagradable, desde las mas altas regiones de lo sublime hasta las mas insustanciales vulgaridades de la vida comun, desde la pompa de la poesía lírica hasta la llaneza de la prosa.

La regla principal de la silva es, digámoslo así, la irregularidad en cuanto á la colocacion de la rima, la contextura de los versos y la combinacion de las estancias. Esta irregularidad destruye la monotonía

y se hermana perfecta y agradablemente con la forma heterojénea y las insólitas dimensiones del *Orlando*.

He dicho y repito aquí que , á pesar del sistema adoptado , conservo en algunos pasajes la octava del original. Tales son el sueño de Orlando en el Canto IX; la narracion de los amores de Ricardeto y Flordespina en el XXVI; la historia de la roca de Tristan en el XXXII, y otros de menos importancia. En el canto XXIII, he intercalado algunas quintillas, en que exhala Orlando su sentimiento y su furor; en el canto XXVIII, en fin, he traducido en décimas la aventura de Jocundo, que no es otra cosa que una fábula ó un cuento , que puede y debe mirarse como independiente del poema.

No me extenderé, pues, mas en este asunto, sobre todo despues de haber confesado que acaso habria acometido las cinco mil octavas á no estorbármelo el miedo de quedarme en el camino, ó de tener que hacer un esfuerzo sobre natural para llegar al término de la jornada.

Otro mas audaz que yo emprenderá quizá este trabajo; entretanto, yo me limito á ofrecer al público esta traduccion, que espero no le desagrade por estar en silva. ¡ Pluguiese á Dios que fuera este el único de sus defectos !

De su elegancia y de su exactitud, el público juzgará. Tal cual es, yo se la ofrezco gustoso y digo como Ariosto al cardenal Hipólito en la tercera octava del primer canto.

El don , por ser pequeño no os ofenda :
Cuanto puedo dar doy ; tal es mi ofrenda.

CANTO I.

Dedicatoria.— Batalla del Pirineo. — Fuga de Angólica ; su encuentro con Ferragut y con Reinaldo de Montalban. — Combate de estos guerreros. — Quejas de Sacripante. — Queda este rey vencido por una doncella.— Sobreviene Reinaldo.— Descripción de las dos fuentes dichas del Odio y del Amor.

Armas , amores , damas , caballeros ,
Galanterías y proezas canto ,
Del siglo triste en que africanos fieros
Sembraron en las Galias el espanto.
Agramante , su rey , los conducia
Que , lleno de coraje y bizzarria ,
En Carlomagno , emperador romano ,
Juró vengar la muerte de Troyano.

Tambien mas de una cosa
De que nunca habló nadie en verso ú prosa ,
Diré de Orlando , á quien privó de seso
De su pasion frenética el exceso.
Dirélo , sí , con tal que no me estorbe
De cumplir mi propósito la hermosa
Que mi alma ofusca y mi razon absorbo.

De Hércules digno hijo ,
De nuestro siglo ornato ,
Oh Hipólito , aceptad , aceptad grato ,
El humilde homenaje que os dirijo.
Solo con versos á pagar me atrevo ,
Príncipe , lo que os debo ;
El don , por ser pequeño , no os ofenda ;
Cuanto puedo dar doy ; tal es mi ofrenda.

Vereis entre los ínclitos varones ,
Que á citar con elogio me preparo ,

A Roger , tronco ilustre , origen claro
De vuestra noble estirpe. Sus blasones
Y sus tímbrs oireís sí , entre afan tanto ,
Puede hasta vos llegar mi humilde canto.

De su Angélica Orlando enamorado ,
La India y la Media recorrido habia ,
Y allí , y en la Tartaria levantado
En su honra y prez , trofeos de valia.

Con ella luego vino hácia el Oeste ,
Y del Pirene vió la cumbre cana
En ocasion en que , con grande hueste
Francesa y alemana ,
Acampado á su pie Cárlos estaba.

Castigar intentaba
A Agramante y Marsilio
Que , de españoles y árabes formando
Terribles levas , con feroz jactancia
Anunciaban la ruina de la Francia.

De su espada el auxilio
Ufano Orlando por prestar venia.
¡ Infeliz ! no pensaba que , en llegando ,
Su llegada fatal lamentaria.
¡ Oh juicio de los hombres , cómo fallas !
En su propio país , por triste acaso ,
El héroe pierde á la que , en mil batallas ,
Del Oriente llevó salva al Ocaso.

Suscitase muy luego una querella
Entre Orlando y Reinaldo su pariente ,
Cuyos pechos inflama en fuego ardiente
Igual amor por la gentil doncella.

De tal rivalidad previendo males ,
Ea aleja el cauto rey de sus reales ,
Encomiéndala al duque de Baviera ,
Y que ha de darla en premio reconoce
Al que , en la lid primera ,
Mayor copia destroce

De defensores de la media luna.

Mas contraria mostróse la fortuna ;
Que derrotados los de Cristo fueron
En la fatal contienda ,
Y , en poder del alárabe cayeron ,
Con el duque , sus gentes y su tienda.

Poco antes , del desastre recelosa ,
De allí salió , sobre un corcel pujante ,
Del vencedor la prometida esposa.

Por un bosque adelante
Entróse acaso y , en angosta via ,
Un guerrero encontró que á pie venia.

Armado de coraza , yelmo , espada
Y de robusto escudo ,
Se le via correr por la quebrada ,
Cual , tras sayo galan , corre un desnudo.

No huye mas presto de voraz serpiente
Zagaleja inocente

Que la brida , á la vista del guerrero ,
Tuerce la dama á su corcel ligero.

Hijo de Amon , en Montalban nacido ,
Era este jóven , paladin gallardo
Que , por acaso singular , perdido ,
Ha poco , habia su corcel Bayardo.

Apenas vió á la dama , aunque de lejos ,
Deslumbrado quedó con sus reflejos
Y prendido en la red de su hermosura.

Ella por la espesura ,
Sin senda fija , huye temblando. Sueltas
Las riendas por su crin , libre albedrio
Dejan al palafren que , tras mil vueltas ,
Con la fatiga domeñado el brio ,
Va á pararse á las márgenes de un rio.

Empolvado , sediento y pesaroso
Del campo de batalla allí llegara
El moro Ferragut , buscando ansioso

Refrigerio y descanso en la onda clara.
 El yelmo , en que su sed á calmar iba ,
 Le arrancó la corriente de la mano ,
 Y por cogerlo se esforzaba en vano.

De la hermosa doncella fugitiva
 Oyendo en tanto el lastimero acento ,
 Viene á tierra , la mira y , al momento ,
 Bien que la vé de espanto muda y fria ,
 De Angélica la bella
 Recordando la antigua nombradía ,
 Reconoce que Angélica es aquella.
 Y , fogoso y cortés cual caballero ,
 El apoyo le ofrece
 De su brazo y su acero ;
 Y , en busca de Reinaldo , que aparece
 Por entre la maleza ,
 Presto y audaz sus pasos endereza .

Ni era este el primer dia
 Que uno contra otro su valor media.
 Ambos á pie , con sus pujantes brazos
 Vibran el hierro ; y cotas , y broqueles ,
 Rotos ó hendidos , vuelan en pedazos .

Mientras golpes crueles
 Se dan los dos guerreros por la dama ,
 Con el férreo acicate
 Ella el ardor de su caballo inflama
 Y huye los combatientes y el combate .

Largo rato ya hacia
 Que , con pujanza igual , con igual suerte ,
 Uno y otro guerrero combatia ,
 Cuando la fuga de la dama advierte
 El paladin de Montalban , que , lleno
 De amor y de ira , dice al Sarraceno :
 « Si tu de la hermosura
 « Que yo adoro tambien estás prendado ,
 « Nada habremos logrado

« Con proseguir nuestra contienda dura.
 « ¿ Qué ganarás si tu furor me mata ?
 « ¿ Serás por eso dueño de la ingrata
 « Cuya fuga uno y otro deploramos ?
 « No ; mejor es que el bosque recorramos ;
 « Que sigamos su huella ,
 « Y , antes que mas se aleje , detenella.
 « Detenida , el acero en noble empeño
 « Decidirá quien ha de ser su dueño.
 « De otro modo , á los dos , si no me engaño ,
 « Tras de la lucha nos aguarda daño. »

Acepta el moro y cesa la contienda.
 Su odio al instante olvida ;
 A Reinaldo , que estaba á pie , convida
 A montar en su grupa y , por la senda
 Entranse , que tomó su cara prenda.

¡ Gran nobleza de antiguos caballeros !
 En fé contrarios , en amor rivales ,
 De esgrimir acababan sus aceros
 Y aun de la lid llevaban las señales ;
 Y por malezas , por vereda estrecha ,
 Iban luego sin miedo ni sospecha.

Por sus cuatro acicates á porfía
 El fogoso bridon estimulado ,
 A los héroes bien pronto hubo llevado
 A dó la senda en dos se dividia.

No osando decidirse por ninguna ,
 Pues mostraban las dos recientes buellas,
 Se entrega cada cual á su fortuna
 Y se pone ó correr por una dellas.
 Mil vueltas dando por el bosque umbrío ,
 Vuelve el moro á encontrarse junto al río.

De topar con la dama la esperanza
 Viendo al fin que es forzoso que abandone ,
 A recobrar el yelmo se dispone.
 Por las ondas avanza ,

Llega á tocarlo ; pero ve con pena
 Que arrancarlo no puede de la arena.
 Y de un roble vetusto
 Tronchando luego un vástago robusto
 Con él , ora con fuerza , ora con arte ,
 La arena mueve de una y otra parte.

Del fondo en esto sale un caballero
 Armado todo de fulgente acero.

En su derecha mano

El yelmo ostenta , que buscara en vano
 El feroz musulman ; y , en voz severa ,
 Es fama que le habló de esta manera :

« Hombre sin fe y sin honra ; ¿ Por qué insiste

« Tu temerario empeño

« En recobrar la prenda de que dueño

« Volverme á hacer ha tiempo prometiste ?

« Argalia soy á quien , al dar la muerte ,

« Sus armas ofreciste echar al rio.

« Note turbes , infiel , por que la suerte

« Hoy me hace recobrar lo que fue mio.

« Turbarte solo debes

« De que á tus pactos á faltar te atreves.

« Si aspiras á tener un yelmo fino ,

« Ganarlo puedes con honor. Disponte

« A quitar á Reinaldo el de Mambrino ;

« A Orlando arranca el que ganó de Almonte ;

« Cualquiera de estos tu valor conquiste ,

« Y deja el que dejarme me ofreciste. »

A la súbita vista de la sombra

Que alza del agua la cerviz sañuda ,

El musulman se asombra ;

Se le eriza el cabello ; el color muda ;

En sus fauces se anuda

La voz que va á salir ; y , cuando advierte

Que es Argalia , y su acento reconoce ,

La ira del pecho por los ojos vierte.

Quiere hablar y escusarse , aunque conoce
 Que á tan justo reproche no hay excusa ;
 Mas la vergüenza su coraje anima,
 Y jura por Lanfusa
 Que de sus sienes otro yelmo encima .
 Jamás pondrá que aquel que , en Aspromonte ,
 Arrancó Orlando al valeroso Almonte.

Y de este juramento
 Fué con efecto mas que del pasado
 Puntual y religioso el cumplimiento.

Así , inquieto , angustiado ,
 Muchos días la pista
 Del guerrero de Amon busca y rebusca.
 De este jóven gallardo ,
 Que lo busca tambien , ante la vista
 Pasa en esto Bayardo
 Cruzando el bosque con carrera brusca.

« Para , grita el guerrero ,
 Para , oh mi fiel y antiguo compañero.»
 Mas, sordo el animal, su curso sigue
 Y alcanzarlo Reinaldo no consigue.

Llena la dama de mortal congoja ,
 Por desiertos y selvas corre en tanto,
 Al ruido de una hoja
 Por el viento mecida
 Vuelve , llena de espanto ,
 Hácia otro lado á su corcel la brida.
 Do quier que mira , en fin , del que aborrece
 Ver la terrible imágen le parece.

Cual corza , que á su madre espirar viera
 Entre las garras de feroz pantera ,
 De selva en selva corre ,
 Y , sin que nada aquel recuerdo borre ,
 Al menor ruido que á su lado siente ,
 Piensa escuchar el rechinante diente ;
 Tal , la doncella hermosa ,

Toda la noche y todo el sol siguiente ,
Huyendo vá la imágen que la acosa.

Así vagando , llega
A frondoso vergel , por cuyo suelo
Su corriente despliega
Y entre guijas deslízase y murmura
Un límpido arroyuelo
Que eterna allí mantiene la verdura.

Creyéndose segura ,
Y lejos de Reinaldo ya cien millas ,
La fatigada Angélica reposo
Va á buscar en sus plácidas orillas.
Suelto , el corcel la yerba rumía ansioso ,
Y la sed que le aflige
Hácia el arroyo en breve le dirige.

De aquel sitio no lejos
Entre jazmin y rosas hay un poyo ,
Al cual sirven de espejos
Los límpidos cristales del arroyo.
Sobre su fresca y matizada alfombra ,
Hojosos ramos , esparciendo sombra ,
Aquel recinto ocultan
Y en soledad perpetua lo sepultan.
Un fresco lecho de mullida grama
Dentro se ve que á descansar convida.

En él la bella dama ,
Reclinándose , quédase dormida ;
Mas un rumor en breve la desvela ;
Alzase con cautela ,
Y ve sobre la orilla
Un caballero en quien la cota brilla.
Si es enemigo ó si es amigo ignora ;
Esperanza y temor á un tiempo tiene ,
Así , tranquila mora
Y en su garganta el hálito contiene.
A la ribera , que aumentar pretende

Sin duda con las lágrimas que llora ,
 El afligido paladin desciende.
 Inmóvil mas de una hora
 Se queda en ademan contemplativo ,
 Y alzando en fin el rostro pensativo ,
 En voz que hasta las peñas ablandara ,
 Y piedad inspirara
 De Hircania ó Libia á la mas cruda fiera ,
 Empieza á razonar de esta manera :

« ¿ A qué tanto afligirte , ¡ó alma mia !
 « De que otro mas feliz el fruto coge
 « Por el cual suspirabas noche y día ?
 « No tanto este recuerdo te acongoje ;
 « Pues no vale esa infame
 « El llanto que en su obsequio se derrame.
 « La vírgen á la rosa se parece
 « Que , al lado de la espina protectora ,
 « En seguro vergel tranquila crece :
 « Radiante con las perlas que derrama
 « En su cáliz la aurora ,
 « Los aires embalsama ,
 « Y en las alas del céfiro se mece :
 « El ganado , el pastor , el agua , el trueno
 « Respetan su beldad , y con sus galas
 « Ceñir su sien ó decorar su seno
 « Ambicionan zagales y zagalas.
 « Mas del vástago verde ,
 « Que la vido nacer , no bien cortada ,
 « Su pompa toda pierde
 « Y al suelo viene mustia y deshojada.
 « Así la dama que la flor , que debe
 « Tener en mas aprecio que la vida ,
 « A un hombre da , por los demás en breve
 « Despreciada se ve y escarnecida.
 « Sí ; desprécianla todos ; á esa infame
 « Solo quien goza sus favores ame.

« ¡Oh fortuna cruel , cuál , ah , me aquejas !

« ¿ Así morir en soledad me dejas ,

« Mientras otro mi dicha me arrebató ?

« Su perfidia me mata

« Y olvidarla no puede el alma mia.

« ¡ Yo olvidarla ! Primero

« Que tal suceda , de la luz del día

« Verme privado para siempre quiero. »

¿ Quién es el caballero ,

Se me dirá , que de este modo llora ?

Es el rey de Circasia , Sacripante ,

Que en India oyendo que al señor de Anglante

Siguió á Francia la dama á quien adora ,

En pos della voló lleno de fuego

A ocaso desde el reino de la aurora .

En Francia sabe luego

Que Carlos , por temor de una contienda ,

Al duque de Baviera la encomienda ,

En premio prometiéndola al que mate

Mas mora gente en el primer combate.

Y al campo va dó á Carlos ve deshecho ,

Y en vano de su bella

Con solícito afán busca la huella.

Esta , señor , de todos sus enojos

Es la causa fatal ; la que á sus ojos

Arranca tantas lágrimas , y al pecho

El dolorido acento que pudiera

Parar al sol en medio á su carrera .

¡ Mas oh fortuna ! En tanto

Que triste así sus males lamentaba ,

Sus quejas escuchaba

La bella causa de su amargo llanto.

La que , antes de aquel día ,

En el Catay , al príncipe circaso

Se mostró siempre desdeñosa y fría ,

Al poderoso influjo

Del llanto y las palabras cede agora
De aquel á quien amor, hasta el ocaso,
Desde el confín asiático condujo.

La altanera doncella

Que á todo hombre contempla indigno della,
Sola al verse en la selva, reflexiona
Que, propicia la suerte, en este instante,
Una escolta tan fiel le proporciona;
Pues, de cuantos la adoran, Sacripante
Es el mas expresivo y mas constante.

Bien pues que á dispensalle
El bien supremo por el cual suspira
Todo amador, dispuesta no se halle
Con arte y con mentira
A alentar su esperanza le provoca.
Su amparo necesita,
Y sabe cuanto es loca
La obstinacion de aquel que, hasta la boca
En las ondas mirándose, no grita.

Bella cual de sus bosques sale Diana,
Ó cual la amable reina de Citeres
Al dejar la mansion de los placeres,
La dama al musulman se muestra ufana,
Y le dice: « Protéjante los cielos
« Y protejan tambien de la que te ama
« El honor y la fama
« Que así mancillan tus injustos zelos. »

No de angustiada madre que á ver torna
Al hijo caro, á quien lloró por muerto,
Es el júbilo igual al que trastorna
El alma del fogoso Sacripante
Cuando ve descubierto
De Angélica el angélico semblante.
Ciego de amor, arrójase en sus brazos.
Ella con tiernos lazos
Cariñosa le estrecha. Hacia el oriente

Su vista al punto vuélvese y su mente ,
 Y de tornar á la region nativa
 Su ansia , al mirar al musulman , se aviva.

Extensamente le refiere luego
 Su historia desde el dia
 En que , accediendo á su ferviente ruego ,
 A Sericania él dirigió su via ,
 Y como , en este tiempo , honor y vida
 Le protegiera Orlando ,
 Su flor virgínea intacta conservando.
 Y era acaso verdad ; mas yo confieso
 Que verdad tal , creida
 Jamás será por quien conserve el seso.
 Turbado de su amor por el exceso ,
 Creyólo , empero , el ciego Sacripante ;
 Que aquello que delante
 De nuestra vista está , súbitamente
 Sabe esconder amor al alma nuestra ;
 Clara y palpablemente
 Tal vez las cosas mas ocultas muestra ,
 Moviéndola á que crea
 Aquello solamente que desea.

« Si de tan alto bien pudo el de Anglante
 « Desconocer el elevado precio ,
 « No seré yo tan necio ,
 Se decia á si mismo Sacripante
 « Que , imitándole , mire con desprecio
 « La ocasion oportuna
 « Que propicia depárame fortuna.
 « A tiempo cogeré la rosa bella
 « Que mas tarde quizá no cogeria ,
 « Flor que toda doncella
 « Se deja arrebatár con alegría ;
 « Que en vano muestra enojo , en vano llora ;
 « Ora suplique ó se enfurezca agora ,
 « Débil siempre , fingida resistencia

« Opondrá de su amante á la violencia. »

Dice: y para esta lucha

Gallardo se prepara,

Cuando á su lado escucha

Rumor confuso que su intento para.

Cálase la celada, el fuerte acero

Previene, el flauco á su caballo oprime

Y el asta fuerte con su diestra esgrime.

Cuando he aquí que, por la selva oscura,

Aparece montado un caballero.

Su vestido es de nieve en la blancura;

Blanco penacho adorna su cimera;

Su traza es noble, su presencia fiera.

Al mirarle llegar, cerrarle el paso

Pretende el rey circaso;

Mas el, que no le cede en bizzarria,

En alta voz le insulta y desafia;

Su valor mutuamente ambos provocan

Y con la lanza en ristre ambos se chocan.

A embates tan crueles

No resisten sus sólidos broqueles:

Al estruendo de golpes y amenazas

Agítase la tierra estremecida,

Y al fornido metal de sus corazas

Deben los dos el conservar la vida.

De ardor y enojo lleno,

Su caballo de frente

Empuja el uno y otro combatiente.

El árabe, que bueno

Entre los buenos fue, tendido queda

Sin vida junto al fiero sarraceno,

A quien alzarse con su peso veda.

El caballero incógnito, que al suelo

Vino tambien en el terrible duelo,

Sentir al suyo las espuelas hace.

Levántase con él y, contemplando

A su adversario que en el suelo yace ,
 Y oportuno juzgando
 Evitar que el combate se renueve ,
 Por la selva al corcel aguija en breve ,
 Y de aquel sitio se halla ya distante
 Antes que en pie se ponga Sacripante.

Cual labrador que , ciego , á tierra vino
 Viendo á sus pies precipitarse el rayo
 Que á sus bueyes hirió ,
 Y al alto pino ,
 Volviendo en sí de su mortal desmayo ,
 Privado considera
 De su erguida y poblada cabellera ;
 Así , confuso , el rey circaso nota
 Que presenció la dama su derrota .
 Gime , duelese , agítase y suspira ,
 Mas de vergüenza y de ira
 Que de dolor. Inmóvil , sin aliento
 Queda , y por siempre acaso enmudeciera
 Si no llegara Angélica al momento
 Y , ayudándole á alzarse , no dijera :
 « No os afligais , señor , de esa manera ,
 « Culpa vuestra no fue el haber caido ;
 « Del bridon lo fue solo , á quien reposo
 « Mas que combate hubiera convenido.
 « Ni tampoco penseis que victorioso
 « Salió de la contienda ese guerrero ,
 « Pues , á haber alcanzado la victoria ,
 « No fuera él quien primero
 « Abandonara el campo de su gloria . »

En esto , estimulando con la espuela
 A su corcel , que vuela ,
 Un mensajero triste y agitado
 Llegar ven , que cargado
 De una balija y de una trompa viene .
 Al llegar ante el moro , se detiene

Y le pregunta si la selva oscura
 Vió recorrer á un paladin cubierto
 De blanca insignia y fúlgida armadura.

« Cual ver puedes, responde Sacripante ,
 « El caballo me ha muerto
 « Y de aquí se ha partido hace un instante ;
 « Mas dime , dime el nombre del guerrero
 « Por quien fuí derribado en la querella. »
 « — Sabe , señor, responde el mensajero ,
 « Que al poder sucumbiste de una dama ,
 « Llena de esfuerzo y en extremo bella.
 « Bradamante se llama
 « La ilustre vírgen que eclipsó tu fama. »

Dice y se aleja : el musulman altivo
 Ignora lo que hacer ó decir debe
 Y á desplegar sus labios no se atreve.
 Triste , irritado , inquieto y pensativo ,
 Montando en el bridon de la doncella ,
 Junto á sí la coloca , deseoso
 De llegar á paraje dó , con ella ,
 Pueda gozar un poco de reposo ;
 Mas dos millas apenas han corrido ,
 Cuando insólito ruido
 Ambos oyendo , vuelven la cabeza ,
 Y un corcel ricamente enjaezado
 Ven que , cruzando el bosque con presteza ,
 Del monte corre al valle , á la ladera
 Arrastrando cuanto halla en su carrera.

« Si mi vista no ofusca el aire pardo , »
 Dice la hermosa Angélica , « Bayardo
 « Es el que paso va con tal estruendo
 « Por la espesura de la selva abriendo.
 « Sí , sí , él es , su noble inteligencia
 « Del potro que perdiste en la pendencia
 « Viene sin duda á reparar la falta. »
 Veloz del suyo el agareno salta

Por ir á asir el freno de Bayardo
 Que , en volverse no tardo ,
 Con la acerada planta le responde ;
 Mas no llegara á donde
 Estaba el musulman , que , si llegara ,
 Un monte de metal despedazara .

Manso luego , cual can que á su amo nota
 Tras larga ausencia , y salta , y trisca y juega
 En torno dél , á Angélica se llega ,
 Baja la frente , el animal lozano
 Que la época recuerda , aun no remota ,
 En que en Albraca , con su linda mano ,
 Lo cuidaba ella misma y lo nutria ,
 Cuando en amor su pecho se abrasaba
 Por el señor de Montalban , que , hoy día ,
 Implora á la que entonces era su esclava .

Con su siniestra , en breve
 Coge la dama el espumante freno ,
 Mientra el cuello acaricia con su diestra
 Del fogoso bridon , que no se mueve
 Y , cual cordero , tímido se muestra :
 La ocasion aprovecha el agareno
 Y monta en él. Angélica la grupa
 Del suyo deja y el arzon ocupa .

Mas , volviendo los cjos , un guerrero
 De resonante acero
 Cubierto ven llegar. Gime la dama
 Viendo al de Amon que , hasta ora indiferente ,
 Amor por ella siente
 Hoy que ella en odio convirtió su llama .

Vecinas hay dos fuentes en Ardena
 Que aguas producen de contrario efecto.
 Una de amor los corazones llena ;
 Otra destruye todo amante afecto.
 Amor bebió en aquella
 El buen Reinaldo ; en esta la doncella

Probó el licor que , con veneno misto ,
 Trueca el amor mas fuerte
 En desden que no acaba hasta la muerte.

No bien la dama al paladin ha visto ,
 De rabia y de dolor su faz arruga ,
 Y seguirla en su fuga
 Ordena al moro « ¿ cómo , este replica ,
 « Cuando yo así vuestra custodia acepto ,
 « Sois vos , señora , vos , quien me suplica
 « Que abandone la lid ? ¿ Tan vil concepto
 » De mi valor teneis ? Este reproche
 « Al escuchar , no dudo
 « Que el combate olvidasteis y la noche
 « En que , contra un ejército , de escudo ,
 « Solo os serví , sin armas y desnudo. »

Nada responde Angélica , ni sabe
 Que partido tomar. Su apuro es grave ,
 Pues que el de Amon , compareciendo en tanto ,
 Con voz soberbia , al musulman reclama
 Sú caballo y su dama :
 Mas mi historia suspendo hasta otro canto.

CANTO II.

Combate de Sacripante con Reinaldo. — Nuevas aventuras de Angélica. — Parte Reinaldo á Bretaña á pedir auxilios en nombre de Carlomagno. — Tempestad. — Encuéntrase Bradamante con el traidor Pinabelo de Maguncia , el cual la engaña y la precipita en la gruta de Merlin. — Principio de la historia de Bradamante y de Roger.

Injusto amor , que en oponer te places
 Desden tirano á férvido deseo ,
 ¿ Porqué consistir haces

Tu gloria toda en tan inicuo empleo ?

¿ Porqué del hombre el corazon inflama

Siempre pasion por desdeñosa dama ?

¿ Porqué mientras que bella

Juzga Reinaldo á aquella

De quien ha poco desdeñó la cuita ,

Ella aversion mas fuerte

Siente agora por él , que por la muerte ?

« Baja , ladron , de ese caballo , » grita

Al circaso el señor de Claromonte :

« Baja y dame á mi Angélica , ó disponte

« A pagar tu arrogante atrevimiento ;

« Bája ; que no consiento

« Que ni caballo , ni beldad cual esa

« De un villano ladron puedan ser presa .

« Tú serás el ladron , lengua atrevida ,

« (Tal al menos publicalo la fama) »

Lleno de furia el musulman esclama.

« Que la prueba decida

« Cual de los dos mas digno es de esa bella

« Si es que mortal exista digno de ella . »

Cual , despues de lanzar hasta los cielos

Penetrantes ladridos ,

Los dientes rechinando con los zelos ,

Y los ojos en cólera encendidos ,

Terribles se acometen dos mastines ;

Así , de las injurias y las voces ,

A las armas feroces

Vienen los dos valientes paladines.

Montado , Sacripante

Gran ventaja al de á pié llevar parece ;

Bayardo empero , fiel quanto pujante ,

De su señor en daño no obedece ,

Y en vano , con la espuela y con el freno ,

Por regirlo se esfuerza el sarraceno .

De Reinaldo á la vista se contiene

Cuando atacar el árabe desea ;
Y brinca y corcovea
Cuando le manda que su ardor refrene.
Viendo por fin que , por regirlo , en vano
Ora la fuerza , ora la astucia emplea ,
Furioso el moro , con su izquierda mano ,
Ase del bruto altivo la melena ,
Y se lanza veloz sobre la arena.

Entonce empieza el mas feróz combate ;
No con mayor vigor el yunque bate
Del Etna ardiente en la region profunda
Cíclope activo forjador del rayo
Que el que , hiriendo de punta ó de soslayo ,
Con espada iracunda
Despliegan los dos ínclitos guerreros.

Ora fingidos , ora golpes fieros
Muestran su ingenio ó su pujanza rara.
Si el uno embiste el otro se separa ;
Si el brazo el uno por herir estiende ,
Con su broquel el otro se defiende ;
Veloz uno del otro en torno gira ,
Y uno se avanza y otro se retira.

En esto , de Reinaldo el duro acero
Tremendo golpe al musulman descarga.
Sacripante el broquel de fuerte cuero ,
Con triple chapa de metal , alarga.
La selva , á golpe tan atroz , retumba ;
Y el escudo saltó en mas de un pedazo
Hiriendo al musulman el fuerte brazo.
Del circaso la tumba ,
A tal golpe , la tímida doncella
Abierta piensa ver. De su faz bella
La púrpura en un punto se convierte
En palidez de muerte ,
Y , al pensar cuanto el fin de ésta contienda
Puede serle fatal , llena de espanto

Tuerce al bridon la rienda
 Y ansiosa corre por la espesa selva
 Sin que el rostro, que empaña amargo llanto,
 Temiendo ver al que aborrece vuelva.
 En un valle, al salir de la espesura,
 Un ermitaño encuentra. A su cintura
 Luenga y nevada barba descendia;
 Devocion inspiraba su presencia
 Y, en su gesto y su traje, parecia
 Un monge de estrechísima conciencia.
 Por la edad y el ayuno extenuado
 De un asno sigue las pausadas huellas,
 Cuando á Angélica vé. Su triste estado
 Advirtiéndolo y su riesgo, hácia ella viene
 Y su corcel detiene.

Vuelve ella en sí, y apenas entreabierto
 Ha de su faz las fúlgidas estrellas,
 Del camino se inquiere
 Que la conduzca al mas vecino puerto,
 Pues para siempre abandonar la Francia,
 Por alejarse de Reinaldo, quiere.

El anciano que entiende nigromancia,
 A la virgen ánima, la conforta,
 Y á recobrar su espíritu la exhorta.
 De su bolsillo un libro saca en tanto
 Y en él ¡oh raro encanto!
 No bien la primer página ha leído,
 Cuando del seno sale de la tierra
 Un jóven que, instruido
 De lo que debe hacer, hácia el paraje
 Va dó, ardiendo en coraje,
 Se hacen los dos guerreros cruda guerra,
 Y, entre ellos colocándose, les dice:
 « ¿ A que aspirais lidiando de esa suerte ?
 « ¿ Acaso la del uno mas felice
 « Será por dar á su contrario muerte,

« Mientras que , con la bella ,
 « Única causa de esa atroz querella ,
 « Tranquilo se dirige en este instante
 « Hacia París el paladin de Anglante ?
 « A una milla de aquí vilos, ha poco ,
 « Con risa hablar de vuestro empeño loco.
 « En vez pues de lidiar por la doncella ,
 « Seguid , seguid su huella ,
 « Mirad que la perdisteis sin recurso
 « Si llega Orlando hasta París con ella. »

Mudos á tal discurso

Quedan los dos. La cólera los ciega.
 Reinaldo en esto hácia el corcel se llega ,
 Y , ardientes cual la llama
 Exhalando suspiros , de sus lazos
 Jura arrancar á su adorada dama ,
 A Orlando haciendo el corazon pedazos.
 Y montando en seguida
 Del árabe se olvida ;
 Solo y á pié lo deja en la espesura
 Y , con la espuela , apura
 Al caballo brioso
 Que , cual el viento , corre , sin que foso ,
 Peñasco ni maleza
 Detengan de su curso la presteza.

Ni singular parezca
 Que el bridon , antes perseguido en vano ,
 Ora manso obedezca
 De su señor á la iracunda mano.

Del pabellon del duque vió Bayardo
 A Angélica partir en el momento
 En que su arzon habia
 Desamparado el paladin gallardo ,
 Por combatir con otro
 De grande ardor y suma bizarria.
 Dotado de alta inteligencia , el potro

A su señor aviso
De la fuga de Angélica dar quiso ;
Atento pues siguiendo su carrera ,
No permitió á Reinaldo que montase ,
Temiendo que , montado , le obligase
Su camino á torcer. De esta manera
Dos veces á su bella
Ya le mostró ; mas , por fatal acaso ,
A separarle della
Vinieron Ferragut y el rey circaso.

Por el demonio alucinado agora ,
Se acerca el potro en actitud sumisa.
Monta Reinaldo en él , y con tal prisa
Quiere ir en pos de aquella á quien adora
Que , no Bayardo , el viento
A su impaciencia pareciera lento.

En busca del de Anglante
Toda la noche de correr no cesa ,
Que en su alma lleva impresa
La falsa relacion del nigromante ,
Y así llega á París , donde encerrado
Cárlos está , deshecho y destrozado.

Sabedor este de que el Moro asedio
A poner á su corte se prepara ,
Gente y víveres busca sin reposo ;
Sus baluartes repara :
Ceñirles hace de profundo foso ,
Y , por no omitir medio
Que pueda conducir á su defensa ,
Pedir refuerzos al britano piensa.
Ansioso de empezar esta campaña
Y de tentar la suerte de la guerra
Al príncipe de Amon manda á Bretaña.

La nueva el héroe con pesar recibe ;
No porque en odio tenga aquella tierra ,
Sino porque este viaje le prohíbe

Tras la dama correr que la enamora.
 A su señor, no obstante, sin demora
 Obedeciendo, al viaje se apercibe.
 Parte, á Calés en breves horas llega,
 Y á la merced del piélago se entrega.

Contra el sentir de práctico piloto,
 Por el afan que de volver tenia,
 Surca el mar, que sus límites ha roto
 Y amenazar borrasca parecia;
 Pues, irritados Aquilon y Noto,
 Al mirar del guerrero la osadía,
 Soplan con tanta furia y tanta rabia
 Que sumergen al buque hasta la gabia.

Las grandes velas recogiendo en esto
 El cauto marinero, dar la vuelta
 Quiere hácia el sitio dó, en su ardor funesto,
 Dejó sobre la mar su nave suelta;
 Mas de la costa el viento los aleja
 Y volver hácia Francia no les deja.
 Ya por la popa embiste;
 Ya por proa con ímpetu acomete.
 De las olas juguete,
 El marinero triste
 Quiere, con cautos sesgos,
 De los escollos evitar los riesgos.

Mas á Reinaldo agora
 Dejo en medio del piélago espumante
 Para volver á hablar de Bradamante,
 Del rey circaso insigne vencedora.

Del duque Amon y Beatriz nacida;
 Del buen Reinaldo hermana,
 La gloria esclarecida
 Sostiene de su estirpe soberana.

Ilustre jóven á esta virgen ama.
 De la hija de Agolante
 Nacido y de Roger, Roger se llama

Este jóven, caudillo de Agramante.

A su pasión sincera

Rindió la bella dama

Un corazón que no de mármol era ;

Pero volverle á ver la suerte impía

Jamas le concedió desde aquel día.

De encontrarlo impaciente

Incierta y sola vaga á la ventura ,

Y, cual en medio á numerosa gente ,

Se contempla segura

De densa selva entre la sombra oscura.

Después que del circaso

Humilló con valor la altiva frente ,

Montes y valles , con ligero paso ,

Recorre y llega al borde de una fuente.

Nace de ella y , con placida corriente

Convidando á la calma y al descanso ,

Por la pradera corre arroyo manso.

Cubierto de hoja y de menuda grama ,

Hácia el siniestro lado ,

Un collado se ve y , en él , la dama

Un guerrero descubre reclinado.

Del arroyo á la orilla

Y de un bosque á la fragante sombra

Sobre la fresca alfombra ,

Ya verde , ya encarnada , ya amarilla ,

Solo , callado , pensativo yace ;

Un yelmo al lado de su escudo brilla ,

Cerca del sitio dó el caballo pace ;

Graves al parecer son sus enojos ;

Sobre el pecho apoyando su cabeza

En tierra clava sus preciados ojos.

Curioso afecto , que en el pecho suele

Del mortal esculpir naturaleza ,

A Bradamante hácia el guerrero impele

La causa por saber de su tristeza.

Prendado él de la gracia y la dulzura
 De la insigne guerrera,
 En quien mirar un jóven se figura,
 Su historia comenzó de esta manera :

« Al frente yo de numerosa hueste
 De á caballo y de á pie, me encaminaba
 « Hacia el paraje agreste
 « Donde á Marsilio Carlos aguardaba ,
 « Y conmigo, señor, una doncella
 « Llevaba amable, bella
 « Y de mi pecho encanto y maravilla,
 « Cuando, al llegar del Ródano á la orilla ,
 « Sobre un corcel alado
 « Se me aparece un caballero armado.

« No sé si era mortal, ignoro si era
 « Algun habitador del hondo averno ;
 « Mas, cual caer sobre polluelo tierno
 « Tal vez se deja el águila altanera ,
 « Sobre mi dama así se precipita,
 « Y, sin dolerse de mi amarga cuita,
 « Se alza veloz á la celeste esfera.
 « En vano, en vano mísera me grita
 « Que socorro le dé. ¿ Como al que vuela
 « Seguir á pié cuando entre riscos me hallo ,
 « Y cuando, indiferente ya á la espuela,
 « Un paso dar no puede mi caballo?

« De furor y pesar mi pecho lleno,
 « Sin gefe, á la ventura abandonando
 « Las tropas de mi mændo,
 « Vago gran rato en áspero terreno
 « Y, por ignota y desusada senda,
 « En busca voy de mi adorada prenda.

« Seis veces víome, al despuntar, el dia
 « Selvas y campos, con camino incierto,
 « Recorrer, dó sin guia,
 « En vano huella humana

- « Mi inquieta vista por hallar se afana.
 « Un valle en fin advierto ,
 « Triste, inculto , desierto ,
 « Cubierto de peñascos y de abrojos.
 « En medio dél , con majestad se encumbra
 « Un sólido palacio que los ojos
 « Del que se acerca hasta su pié deslumbra.
 « De fúlgido cristal hechos parecen
 « Sus muros y sus torres desde lejos ,
 « Y sus vivos reflejos ,
 « Al acortarse la distancia , crecen.
 « Allí, supe despues que edificada
 « Fué por arte infernal esta morada ,
 « Y templado el metal de que cubiertas ,
 « Sin jamas empañarse , resplandecen
 « Sus almenas, sus torres y sus puertas.
 « Corriendo sin cesar en torno dellas ,
 « El nigromante infando ,
 « Cautiva cuantas bellas
 « Puede encontrar , sin que jamas suavice
 « Su saña , ya el furor , ya el eco blando
 « Del amante infelice
 « Que en vano le suplica ó le maldice.
 « ¡ Misero oh! no me queda otro consuelo
 « Que el sitio ver dó yace el alma mia !
 « Inquieto cual raposa que , hácia el cielo ,
 « Entre las garras de águila , á su cria
 « Alzarse vé , me agito y , de la roca
 « Por llegar á lo sumo ,
 « El valor que la cólera provoca
 « En esfuerzos estériles consumo.
 « En esto , precedidos de un enano ,
 « Llegan , llenos de ardor y de esperanza ,
 « Dos guerreros de aliento y de pujanza.
 « Es el uno Gradaso el Sericano ;
 « Roger el otro , paladin valiente

- « De gran renombre entre la mora gente.
 « Al ver que vienen de su esfuerzo prueba
 « A hacer , contra el señor de ese edificio ,
 « Guerreros , dije , á compasion os mueva
 « De mi pecho el dolor , y si propicio ,
 « Cual pienso , os és el cielo en esta guerra ,
 « Dadme la dama que el castillo encierra ,
 « Mi deplorable historia
 « Entonces entre lágrimas les narro ;
 « Y en tanto que ellos , con ardor bizarro ,
 « Del combate suspiran por la gloria ,
 « Por rogar al Señor les dé victoria ,
 « Del sitio de la lid yo me retiro ,
 « Y desde léjos miro
 « La que se traba en el pequeño espacio
 « Do estriban los cimientos del palacio.
 « Quien el combate rompa
 « Someten al acaso ,
 « Que el nombre proclamó del rey Gradaso.
 « Los ecos de su trompa
 « Estremeciendo el valle y el collado
 « Del alcázar en breve
 « Al morador alev e
 « Hacen salir sobre el çorcel alado.
 « Cual grulla que rastrea ,
 « Antes de alzarse al aire , por el suelo ,
 « Y que las alas , por tomar su vuelo ,
 « Una y mil veces desplegar desea ,
 « Cuando en medio á los aires ya se vea ,
 « Sus plumas agitando ,
 « Va á esconderse en el seno de alta nube ,
 « Así las suyas mueve el monstruo infando ,
 « A dó no llega un águila se sube
 » Y, surcando otra vez el aire vago,
 « Cual buitre sobre tímida paloma
 « Sobre el rey sericano se desploma.

« En su loriga , con crujido aciago ,
 « Su lanza troncha el furibundo mago ,
 « Y de nuevo al espacio se levanta ;
 « Mas es la furia tanta
 « Con que , otra vez bajando , le arremete ,
 « Que derriba al caballo y al ginete .

« Al ver al rey de Sericania en tierra ,
 « Llega Roger ; mas , con presteza altiva ,
 « Sobre él , feroz el nigromante cierra .
 « Impávido Roger , el golpe esquivá
 « Y á devolverlo está su mano pronta ,
 « Cuando de nuevo el monstruo se remonta .

« Torna á bajar ; y el yelmo y la coraza
 « A Roger y á Gradaso despedaza ,
 « Pues , sin que nunca la respuesta espere ,
 « Enfurecido hiere
 « Siempre léjos del punto que amenaza .
 « Los guerreros se ofuscan
 « Y en vano un medio de alcanzarle buscan .

« Así dura el combate , hasta que el suelo
 « Viene á encubrir la noche con el velo
 « Que los objetos todos descolora .
 « No exagero , señor , cual os lo digo ,
 « Tuvo lugar la lucha aterradora
 « De que yo fui el único testigo
 « De rica tela su broquel cubierto

« Al brazo lleva el mago , y yo no acierto
 « Porque difiere en descubrirlo tanto ,
 « Siendo así que al mas fuerte y aguerrido ,
 « De la vista privando y del sentido ,
 « Le arroja al suelo con mortal espanto .
 « Yo , bien que á largo trecho del castillo ,
 « Vengo á tierra tambien al ver su brillo ;
 « Y , en mí volviendo , en vano
 « Busco á los combatientes y al enano .

« Entonces persuadido de que el viejo

« Los ha sumido en su fatal mazmorra ,
 « Y que , merced al portentoso espejo ,
 « Hallar no puedo ya quien me socorra ,
 « Con faz turbada y mustia
 « Huyo del sitio dó mi vida queda :
 « Ved , señor , si hay angustia
 « Que á la de mi alma compararse pueda . »

Tales palabras , sin rubor , pronuncia
 Este cobarde caballero , en tanto
 Que sus mejillas surca amargo llanto.
 Hijo del conde Anselmo de Maguncia ,
 Cual toda su progenie , Pinabelo
 De cuantos vicios hay era modelo.

De Bradamante el amoroso fuego
 Viene esta nueva á alimentar ; mas luego
 En dolor su entusiasmo se convierte ,
 Al pensar en su amado y en la suerte
 Que en el alcázar le reserva el hado.

Con preguntas ansiosa
 Sobre Roger á Pinabelo acosa ,
 Y , su dolor un tanto mitigado ,
 « Marchemos , dice , á esa mansion horrenda
 « Dó presa gime mi adorada prenda ,
 « Qué vana no será nuestra fatiga
 « Si la suerte nos es un tanto amiga . »

— « ¿ Quiéres , la dice el conde , que de nuevo
 « Esos montes yo cruce ,
 « Y el camino te enseñe
 « Que al castillo del mágico conduce ?
 « Pues perdí la esperanza , nada debo
 « Desde hoy temer ; mas , bien que yo desdeñe
 « Todo peligro , si del mago luego
 « Ser víctima te toca ,
 « Desde ahora te ruego
 « Que solo culpes á tu audacia loca . »

Dice , y las riendas toma. Ella le sigue

Sin reparar el porvenir funesto
 Que le aguarda si el triunfo no consigue.
 «Deten, detente,» en esto
 Grita de léjos una voz. El paso
 Bradamante contiene,
 Y al mensajero ve que al rey circaso
 Tendido halló despues de su fracaso.
 De Mompeller y de Narbona viene
 Con la noticia cuanto infausta cierta
 De que, unido al pendon de esta comarca,
 Se alzó la costa toda de Aguamuerta.

En justo premio de su esfuerzo raro,
 A Bradamente concedió el monarca
 Cuanto, entre el Rin, el Ródano y el Varo,
 Comprende el territorio de Marsella;
 Mas esta ínsula bella,
 De su señora el poderoso amparo
 Necesitando, un mensajero expide
 Que su consejo y proteccion le pide.

Suspensa largo rato Bradamante
 Queda, del nuncio al escuchar la arenga,
 Sin saber hácia donde, en este instante,
 Volver su apoyo y su valor convenga.
 Entre su amor y su interés fluctuante,
 A salvar á su amante se decide,
 O á quedar con él presa
 Si no corona el éxito su empresa.

Del mensajero entónces se despide,
 Y miéntras él, contento y satisfecho,
 A Marsella se vuelve,
 Con el conde resuelve
 La insigne dama proseguir su viaje.

Mas conocer al maguntino han hecho
 La llegada del nuncio y su mensaje,
 Que del noble linaje
 Del duque Amon descende la doncella.

Tan antigua querella
 Existe, y odio tan profundo y tanto
 Entre la infame raza de Maguncia
 Y la de Montalban, que, con espanto,
 De los arroyos se tiñó la juncia
 Mas de una vez, en líquido amaranto.

Temblando, pues, de ser reconocido,
 De dejar á la vírgen, con anhelo,
 Una ocasion aguarda el fementido.
 Y está tan agitado, entre el recelo,
 La duda y el rencor, su fantasía,
 Que del recto camino le desvía
 Y á una selva dirige sus pisadas.
 En medio de esta selva se alza un monte
 Del cual ponen las peñas escarpadas
 Fin, por aquella parte, al horizonte.

Allí llegando y, su fatal proyecto
 Queriendo el impostor llevar á efecto,
 Dice á la dama: «De esta oscura selva
 « Salgamos antes que en su sombra envuelva
 « La noche al mundo; que, hácia el otro lado
 « De ese monte escarpado,
 « En fértil valle, hay un castillo hermoso.
 « Aguárdame tú aquí; que allá primero
 « Ir por mí propio á cerciorarme quiero.»

Dice; y, lanzando su corcel brioso,
 Del monte sube á la pelada cresta
 Dónde, lleno del ansia que le anima,
 Su odioso plan á ejecutar se apresta.

Cortada en tajo allí, vese en la roca,
 Treinta varas ó mas oscura sima
 Y en lo mas hondo della, por su boca,
 Se descubre una puerta, que da entrada
 A otra estancia mayor y que aparece
 Por fúlgido fanal iluminada.

Mientras que de la cueva en la garganta,

Observándola el conde estar parece ,
 A aquel sitio la virgen se adelanta.
 Viendo él así frustrados sus afanes,
 De ruina y muerte meditando planes,
 A Bradamante dice
 Que , en lo hondó de la cueva ,
 Vió no ha mucho una jóven infelice,
 Cuya faz bella y cuyo rico traje
 Son de alto origen evidente prueba.
 « Del llanto que á sus gracias hace ultraje
 « En vano , añade , con anhelo vivo ,
 « He indagado el motivo ;
 « Que un monstruo con violencia
 « La acaba de arrancar de mi presencia. »

Fé la guerrera presta
 Al discurso falaz de Pinabelo ,
 Y á la caverna á descender se apresta
 Por dar á la que gime algun consuelo.
 De un olmo allí vecino
 Su espada largo vástago divide ;
 Con él , el fondo de la cueva mide ,
 Y el un extremo dando al maguntino ,
 Le manda no lo suelte , y sin tardanza
 En el abismo impávida se lanza.

Al ver el conde el riesgo de la dama ,
 Con sonrisa feroz suelta la rama
 Diciendo así : « ¡ pluguiese al Dios del cielo
 « Tu linaje enemigo
 « Concederme extinguir todo contigo ! »

No se cumplió el afan de Pinabelo
 De la inocente jóven en la suerte ;
 Pues que el ramo , al bajar , tocó en el suelo
 Y ella en su brazo se sostuvo fuerte.
 Favor sin duda fue del cielo santo
 El que así la libró de injusta muerte.
 Turbada , empero , un tanto
 Quedó , como vereis en otro canto.

CANTO III.

La maga Melisa descubre á Bradamante la geneología de la casa de Este, y le indica los medios de libertar á Roger. — Marcha la hija de Amon al socorro de su amante.

¿ Quién la voz me dará, quien el acento
 Que de tan alto asunto digno sea ?
 ¿ Quién á mi verso habrá que infunda aliento
 Proporcionado á tan sublime idea ?
 Númen mayor que aquel que el alma mia
 Suele inflamar, inflámeme este dia ,
 En que á cantar voy timbres y blasones
 Del linaje mas noble y mas fecundo
 Que , en larga serie de ínclitos varones ,
 Bajó del cielo á gobernar el mundo ,
 Y que (si en mí no yerra
 El profético genio que me inspira)
 Ha de verse jamás en paz ó en guerra.
 ¡ Mas ah ! ¿ Cómo mi lira
 Dignamente este asunto celebrara ,
 Cuando apenas bastara
 La que cantó de Júpiter la ira
 Cuando , del Etna en la prision ardiente ,
 Precipitó de Encélado á la gente ?
 Por tí, solo , inspirado ¡ oh almo Febo !
 Empresa tal á acometer me atrevo,
 Y si al cincel con que en el mármol duro ,
 Tras largo afan y con estudio inmenso ,
 Grabar sus nombres y sus hechos pienso ,
 Impulso das , entonces
 De conseguir mi objeto estoy seguro.
 Duro es mas que la roca , mas que el bronce ,
 I. 4

El pecho del cobarde Pinabelo,
 Que del temor á guarecer no alcaza
 Robusto escudo, ni loriga fuerte,
 Ni la inicua esperanza
 De haber ya dado á Bradamante muerte.
 En ella, empero, hallando algun consuelo
 Se aleja de la cueva,
 Y, á delitos delitos agregando,
 En su bridon montando,
 Con él, el de su victima se lleva.

Dejémosle marchar, y mientras el mismo
 Va cabando el abismo
 Que lo ha de sepultar, á la doncella
 Volvamos que su muerte y sepultura
 Hallar allí creyó; mas no bien ella,
 Del rudo golpe un tanto recobrada,
 Los ojos torna á abrir, se entra al acaso
 Por puerta que allí nota y que da paso
 Á otra estancia mas grande, por columnas
 De riquísimo jaspe sustentada.

De esta sala, que á un templo en la figura
 Se asemeja, en el gusto y el adorno,
 En medio se levanta
 Un ara, ante la cual de noche y dia
 Arde fúlgida lámpara que en torno
 Esparce resplandor en ambas salas.

De pura devocion, de humildad santa
 Movida la doncella, allí se inclina,
 Y al Ser eterno, en alas
 Del deseo, plegarias encamina.
 Óyese en esto un quicio que rechina.
 Suelto el cabello, desceñido el traje,
 Descalzo el pie, preséntase una dama
 Que, á la de Amon llamando por su nombre,
 « Del cielo, no del hombre
 « Es, le dice, el querer que aquí te guia.

« Esta es la antigua , memorable gruta .
 « Que construyó Merlin , famoso mago
 « A quien , no obstante su saber , astuta ,
 « Logró burlar la dama infiel del Lago.
 « De aquella tumba , donde vivo entrara
 « Para no salir mas , bajo la losa
 « Su ceniza reposa.
 « Vivo , empero , su espíritu se encierra
 « Y ha de encerrarse en ella , hasta el momento
 « En que , por darle gloria ó escarmiento ,
 « Dejar su tumba á los mortales haga
 « Del ángel del Señor la trompa aciaga .

« Clara su voz , el mármol traspasando
 « Que sus restos oculta ,
 « Lo que es , ha sido y ha de ser revela
 « Al que , aquí descendiendo , le consulta .

« Dias ha ya que de lejano clima
 « Vine á este cementerio ,
 « Porque de la alta ciencia que me anima
 « Me aclarara Merlin algun misterio.
 « Supe al llegar que , por extrañas vias ,
 « Venir á visitar á este paraje
 « Las cenizas del mágico debias.
 « Un mes por verte diferí mi viaje ,
 « Y , llena de placer , cumplido hoy veo
 « El oráculo , al par que mi deseo . »

A la insigne doncella maravilla
 Esta revelacion. Confusa , incierta ,
 Duda si sueña ó bien si está despierta.

Y de rosas tiñendo la mejilla ,
 Modesta exclama con turbado labio :
 ¿ Qué valgo yo para que así mi suerte
 « Interese á un espíritu tan sabio ? » .

Alegre de la insólita aventura ,
 Por las pisadas de la dama amiga ,
 I.lega á la sepultura

Que los despojos de Merlin abraiga.

La losa (ora haya jaspes ó alabastros
Que las sombras destierren, ora efecto
De talismanes, de observados astros,
De sahumeros ú otra causa sea)
De modo resplandece, que distinto
A la vista presenta cada cuadro,
Cada estatua y relieve
De las que ornan su májico recinto.

La planta apenas á mover se atreve
En él la ilustre dama,
Cuando, saliendo de la hueca tumba,
En su ámbito retumba
Claro el acento de Merlin, que exclama:

« Propicia siempre á tu querer fortuna
« Se muestra, ¡oh vírgen noble y denodada!
« Por el dedo supremo designada
« A ser ilustre cuna
« De un ínclito linaje, cuya gloria
« Eterna harán los fastos de la historia.
« De la sangre de Troya antigua y noble,
« Que por venero doble
« Se mezcla en tí; saldrán altos varones,
« Por cuyo brazo y cuya ciencia, en breve,
« Sus antiguos blasones
« Italia ver recuperados debe.
« De tí nacerán reyes que de Numa
« Y de Augusto el felice
« Siglo recordarán; mas si del cielo,
« Que de Roger á esposa te destina,
« Anhelas que el designio se realice,
« Tu plan siguiendo, impávida y constante,
« Al ladron extermina
« Que oprime en dura cárcel á tu amante.»

Calló Merlin, dejando á la hechicera
Que empezase á mostrar á Bradamante

Los héroes de su estirpe venidera.
 Del infierno salidas,
 O no sé de que parte , reunidas
 Allí miles de sombras se encontraban
 Que , con distinto aspecto y traje vario ,
 Por entre aquellas bóvedas vagaban.

Seguida de la célebre doncella ,
 Hacia el templo la maga se adelanta
 Y , un círculo trazando en torno della ,
 Cual un muro levanta ,
 Que á los aspectros traspasar prohíbe .
 Encargando á la virgen el silencio ,
 Y abriendo un libro , á los espectros habla
 Que , en confuso tropel , saliendo en esto
 De la estancia vecina ,
 El cerco que trazóles la adivina
 Se esfuerzan por romper ; mas , detenidos
 Una vez y otra vez por una mano

• Invisible y secreta ,
 Tres vueltas dan en vano
 Y tornan á la tumba del Profeta.

« Bien que una noche entera no es bastante ,
 Dice entonces Melisa á Bradamante ,
 « A enumerar los nombres, las hazañas ,
 « De esas al parecer sombras estrañas ,
 « Y que tu estirpe han de animar un dia ;
 « Empezaré , y entre ellas eligiendo
 « Las que mas tu atencion fijar merezcan ,
 « Sus títulos de gloria refiriendo
 « Á medida te iré que comparezcan.

« ¿ Ves ese que de todos va delante ,
 « Y que á ti se asemeja en el semblante ?
 « De tu prole el primero
 « Ese será que ha de dar gloria á Italia.
 • Los campos de Poitiers en breve espero
 « Verle teñir en sangre del de Galia ,

- « Despues que en un traidor , con brazo fuerte ,
 « De su padre infeliz vengue la muerte.
 « Del rey de los Lombardos , Desiderio ,
 « Destrozará la hueste
 « Y , en premio de esta hazaña , el bello imperio
 « Recibirá de Calaon y de Este.
 « Uberto va tras él. Del suelo hesperio.
 « Y de las armas gloria , por su espada
 « Mas de una vez la Iglesia
 « Del furor del infiel será salvada.
 « Alberto es ese , capitan invicto ,
 « Que con tanto trofeo
 « Adornará los templos. Con el veo
 « A Hugo su hijo , que en gloriosa guerra
 « Las milanesas sierpes desentierra.
 « Acio es aquel , que de su hermano muerto
 « La Insubria heredará. De afan prolijo
 « Lleno cabe él á un Albertacio advierto
 « Que á Berenguer y á su hijo
 « De Italia expulsará ; servicio insigne
 « Que de Alda , su heredera , para esposo
 « Al rey Oton hará que le designe.
 « Aquel es otro Hugo , cuyo acero
 « Del de su padre digno
 « Humillando al Romano , á Oton tercero
 « Libertará , salvando al Vaticano.
 « A Fosco aqüende noto.
 « Que , cediendo á su hermano
 « Cuanto posee en la region ausonia ,
 « Vasto ducado herederá remoto.
 « De su madre la casa de Sajonia ,
 « Próxima ya á extinguirse ,
 « Heredará y á tan ilustre herencia
 « Dará gran nombre y clara descendencia.
 « Ese , segundo Acio ,
 « Será cortés aun mas que belicoso

- « Sus hijos son Bertoldo y Albertacio :
 « Vencedor este del segundo Enrique ,
 « Con sangre del germano
 « Ha de teñir el suelo parmesano ;
 « Y digno harán al otro sus virtudes
 « De la bella Matilde , cuya mano
 « De casi media Italia
 « Pone en la suya el cetro soberano.
 « Hijo suyo es aquel , aquel Reinaldo
 « Que de la Iglesia , que profana , arroja
 « Al ímpio Federico Barbaroja.
 « Acio es tambien aquel que , de Verona
 « Ocupando el hermoso territorio ,
 « Titulado será marqués de Ancona
 « Por Oton cuarto y el segundo Honorio.
 « ¿ Mas cómo puedo en término tan corto ,
 « Los nombres y los hechos revelarte
 « De cuantos ha de ver el mundo absorto
 « Defender de la Iglesia el estandarte ?
 « Obizo es ese ; aquel es otro Folco ,
 « Acios aquesos son ; Hugos aquellos ;
 « Junto á su padre estan los dos Enriques ,
 « Dos Guelfos allá ves ; el uno de ellos
 « Vestirá de Espoleto el ducal manto ,
 « Y á su poder someterá la Umbria.
 « Acio quinto es aquel que en alegría
 « Ha de trocar de toda Italia el llanto.
 « Por él será vencido , y preso y muerto
 « El tirano Ezelino , cuya furia ,
 « Le hará pasar por hijo del demonio ,
 « Y la ruina será del suelo Ausonio.
 « Al lado dél , parecerán benignos
 « Mario , Sila , Neron , Cayo y Antonio.
 « Del furor del segundo Federico
 « Libertará tambien á toda Italia
 « Este Acio quinto ; y vencedor , el cetro

- « Empuñará del territorio rico
 « Donde del hijo la desgracia inmensa
 « Cantará Apolo en dolorido metro ;
 « Que agradecido el gran pastor romano ,
 « De su valor en justa recompensa ,
 « Le hará de estos dominios soberano.
 « ¿ Dónde dejó al valiente Aldobrandino
 « Que, ansioso de volar á la defensa
 « Del trono de san Pedro amenazado
 « Por Oton y el soberbio Gibelino ,
 « Falto de medios viéndose y forzado
 « A acudir al erario florentino ,
 « Al caro hermano dejará en rehenes
 « Como al de mas valor de entre sus bienes ?
 « Y , su bandera desplegando luego ,
 « Destrozando al germano ,
 « Castigando á los condes de Celano ,
 « Y combatiendo por la Santa Silla ,
 « De la edad juvenil en medio al fuego
 « Terminará su vida sin mancilla.
 « Con las tierras de Ancona y de Pisauro
 « Con cuantos pueblos hay desde Troento.
 « Al mar , y al Apenino y al Isauro ,
 « A su hermano en herencia
 « Un nombre ilustre dejará , tesoro
 « Apreciable mil veces mas que el oro.
 « Ese que ante tus ojos ora tienes
 « Es el bravo Reinaldo , en cuyas sienes
 « Glorioso lauro Nápoles advierte.
 « Grandes serán del padre las alarmas
 « Cuando venga á su afecto y á las armas
 « A arrebatarle sin piedad la muerte.
 « Otro Obizo es aquel , que en edad tierna
 « A los ricos estados que gobierna
 « Módena y Regio agregará. Sus pueblos.
 « Le amarán de tal modo , que otros reyes

- « Destronarán por observar sus leyes.
 « Ese , uno de sus hijos , Acio sexto
 « De la cristiana cruz abanderado ,
 « Yerno será de Cárlos de Sicilia ,
 « Y en dote alcanzará de Andria el ducado.
 « Detrás , reunidos en un grupo , advierto
 « A Obizo , Aldobrandino ,
 « Al cojo Nicolas y al buen Alberto.
 » Al reino hermoso agregarán Fayencia ,
 « Adria que nombre diera al mar insano
 « Y aquella que , cual mágica eminencia ,
 « Circunda el Pó lanzándose al Oceáno.
 « Y no hablaré de Argencia ni de Lugo ,
 « Ni de otras mil ciudades
 « Que á su poder doblegarán el yugo.
 « Aquel es Nicolas. Desde su infancia
 « Por su pueblo aclamado , ya le veo
 « Reprimir la arrogancia
 « De la faccion inicua de Tideo.
 » De su niñez será todo el recreo
 « Sudar bajo el arnés y la loriga ,
 • Y en fingidos combates
 « Soportar de la guerra la fatiga.
 « De reposo enemiga
 « En vano intentará civil discordia
 • Por sus estados atizar la llama.
 « Descubierta la trama
 « Del tirano feroz de Parma y Regio ,
 « Nicolas , con el cetro y con la vida
 « Le hará pagar su audacia fementida
 • De la justicia por la recta senda
 « Constante marchará. De quien lo ofenda
 « Sabrá vengar su honor y dar castigo
 « De la paz de su reino al enemigo.
 « De tanta rectitud , de tal prudencia
 « El Hacedor del mundo satisfecho ,

- « No ha fijado á su ilustre descendencia
 « Mas límite que aquel que fue prescrito
 « Por su inmutable diestra al infinito.
 ▪ El otro es Leonelo , y á su lado
 « A Borso veo de su siglo lustre ;
 « Que , de todos , el triunfo mas ilustre
 « Alcanzará sin empuñar su acero.
 « El en cárcel oscura
 « Contendrá de la guerra el genio fiero
 « Cifrando en la del pueblo su ventura.
 « Hércules es aquel ; bien que quemado
 « Tenga el un pié , sus destrozadas luestes
 « Uniendo denodado ,
 « De un pérfido vecino
 « Que de su sólio intentará lanzarle ,
 « Domará la soberbia y obligarle
 « Sabrá á volver con pérdida á su tierra.
 « Su reinado glorioso
 « Será tanto en la paz como en la guerra
 « De sus hechos la Italia
 « Guardará largo tiempo la memoria.
 « En singular combate
 « Cubrirse le verá de noble gloria
 « El catalan monarca. La victoria
 « Eterno hará su nombre ; y sus virtudes
 « Le valdrán una rica señoría .
 « Que cuarenta años antes merecia.
 « El afecto mayor que mostrar pueda
 « A un príncipe , su pueblo mostrarále ;
 » No por que al suelo de infecunda greda
 « Obligue á que regale
 « Dulcísimos productos ; no , tampoco ,
 « Porque de muros y de fosos ciña
 « La soberbia ciudad que , á los espacios
 « Alzará , en medio de feraz campiña ,
 « Torres , teatros , templos y palacios ;

- « No porque de la saña formidable
- « Del aligero monstruo la defienda ;
- « No por que ansioso atienda
- « A la paz de sus subditos, en tanto
- « Que de la guerra encienda
- « Por la Italia el francés la antorcha horrenda ,
- « Cuanto por que de su linaje augusto
- « Han de nacer un dia
- « Hipólito el clemente, Alfonso el justo.
- « La inalterable union, el amor puro
- « Que reinar debe entre uno y otro hermano
- « Conservará su reino mas seguro
- « Que si de doble muro
- « Lo ciñera el ingenio de Vulcano.
- « Cual de los hijos del Tindareo cisne
- « Se refiere que, solo
- « Privándose uno de la luz del dia
- « Verla el otro podia ,
- « Tal de esta estirpe esclarecida y fuerte
- « Siempre á morir estará pronto el uno
- « Por libertar al otro de la muerte.
- « Unidos el saber á la cordura
- « De modo se hallarán en este Alfonso ,
- « Que á creer llegará la edad futura
- « Que de su excelso trono ,
- « A aconsejarle descendiera Astrea.
- « Mas no por eso del valor heróico
- « De su padre heredado
- « Dejará de hacer prueba , cuando vea
- « Las venecianas naves por un lado ,
- « Y por otro las tropas de la ingrata ,
- « Que , semejante á Progne ó á Medea ,
- « Sus propios hijos sin piedad maltrata.
- « Por tierra y mar, cuando á la guerra vaya ,
- « Sabrá poner á su enemigo á raya ,
- « De Romania un ejercito sin guia

- « Le embestirá , mas , con su sangre impía ,
 « Tiñendo el fértil suelo
 « Por dó corren Santerno , Po y Zañuelo ,
 « Pagará su insolencia temeraria.
 « Entretanto el hispano
 « Que con su oro el pontífice asalária ,
 « De Bastia apoderándose , inhumano ,
 « Muerte injusta dará á su castellano.
 « Veloz corriendo Alfonso allí , del papa
 « Da tal castigo el mercenario aleve
 « Que ni un solo español con vida escapa
 « Para que á Roma la noticia lleve.
 « Solo de Alfonso , pues , será la gloria
 « De haber dado , en los campos de Romaña ,
 « Al francés la victoria
 « Contra el poder de Julio y el de España.
 « En rojo humor hundidos hasta el pecho
 « Nadarán los caballos ,
 « Y la sangre de Grecia y la alemana
 « Correrán confundidas
 « Con la francesa , la itala y la hispana.
 « Aquel que allí la cabellera cana
 « Só el capelo de púrpura comprime ,
 « De la Iglesia apostólica romana
 « Gran cardenal será , mortal sublime
 « A cuyo nombre , en prosa como en verso ,
 « Pagará su tributo el universo ,
 « Sí , otorgando á su siglo un nuevo Augusto ,
 « Le concede un Virgilio el cielo justo.
 « Con muy pocos que siguen sus banderas ,
 « A este Hipólito advierto
 « Triste partir y retornar cubierto
 « De gloria y de laureles ,
 « Despues de cautivar quince galeras
 « Que , con otros bajeles ,
 « Conducirá triunfante á sus riberas.

« Esos son uno y otro Sigismundo ;
 « Los cinco hijos de Alfonso son aquellos ;
 « Sus nombres por el mundo
 « Ornados volarán de lauro eterno.
 « Este, Hércules segundo,
 « Del monarca de Francia será yerno.
 « El que ves á su lado
 « Hipólito será , que la memoria
 « Del noble tío sostendrá con gloria.
 « Alfonsos son aquellos dos ; Francisco
 « Aquel se llamará : pero su disco
 « Mas de una vez girar el sol haria
 « Antes que á mí la comenzada empresa
 « Dado fuera acabar. Tiempo es, empero,
 « De que esas sombras tornen á la tierra,
 « De dó salieron á mi voz. Permite
 « Que las despida pues.» El libro cierra
 Diciendo así ; de hablar la maga cesa,
 Y á sumirse las sombras
 Van de Merlin en la callada huesa.

Cuando libre de hablar en fin se vido
 Preguntó Bradamante : « ¿ Quiénes eran
 « Dos que con rostro triste y dolorido
 « Entre Alfonso é Hipólito marchaban,
 « Y que, privados casi de sentido,
 « La vista de los otros esquivaban? »

A tal pregunta, la hechicera siente
 Sus lágrimas correr, y en voz doliente
 « ¡ Oh míseros ! » esclama , « ¡ qué de males
 « Les han de acarrear culpas ajenas !
 « Si fueron criminales
 « Piedad , ¡ oh Herculea prole ! que en sus venas
 « Circulan de tu sangre los raudales. »
 Y en baja voz añade : « ¡ Oh ! no pretendas,
 « Dama , turbar con relacion tan triste
 « El gozo que escuchándome tuviste.

« Mañana al primer rayo matutino
 « Hacia el castillo iremos
 « Y á tu amado Roger libertaremos :
 « Yo misma , yo te mostraré el camino. »

Largo rato, en la cueva, Bradamante
 Habla luego á Merlin , que de su amante
 Le manda sin demora

Al socorro volar. No bien los cielos
 Iba empezando á iluminar la aurora ,
 Con la hechicera , por oscura vía,
 Sube la dama á la escarpada roca
 En cuya negra boca ,
 Horrorizado, se detiene el dia.

Selvas, montes, barrancos atraviesan
 Y, en discurso animado ,
 Que el tiempo y la distancia disminuye,
 Del modo de salvar á su adorado
 A Bradamante la hechicera instruye.

« Vano el valor de Palas ó el de Marte
 « Fuera, oh virgen, decia ,
 « Para vencer de ese malvado el arte.
 « Vanos, aunque pudieras congregarlos,
 « El poder de Agramante y el de Cárlos.
 « Que, á mas de ser de acero
 « Los muros de su estancia inexpugnable ,
 « A mas que , al aire alzándose ligero ,
 « El enemigo hierro siempre esquivo ,
 « Lleva al brazo un broquel que á un tiempo priva
 « De la vista y la mente ,
 « Y que á sus plantas postra al mas valiente.
 « Y como en balde resistir su brillo
 « Intentaras, el medio
 « A revelarte voy de conseguillo :
 « Agramante, rey de Africa, un anillo,
 « Que á una reina de la India fué robado,
 « Posee de virtud tan peregrina

- « Que, con solo llevarlo puesto al dedo,
 « Es contra todo encanto medicina.
 « Fué este anillo, poco hace, encomendado
 « Por Agramante al pérfido Brunelo,
 « Que salvar al que adoras ha jurado.
 « Algunas millas en su viaje lleva
 « De delantera sobre ti; no obstante,
 « Si quieres que á ti deba,
 « Y no al rey Agramante,
 « Roger su libertad, escucha atenta
 « Lo que á decirte voy: cuando tres dias
 « Por la orilla del mar, que se presenta
 « Casi ya á nuestra vista, hayas marchado,
 « Hallarás una venta
 « Dó al mismo tiempo llegará Brunelo,
 « Que de infamias y ardidés sabe tanto
 « Como sabe de encanto
 « El nigromante á quien vencer intenta.
 « Y á fin que por su traza y su figura,
 « Con solo verlo, conocerle puedas,
 « A darte voy sus señas en bosquejo.
 « A seis palmos no llega su estatura;
 « Su poblado entrecejo
 « Oculta casi su ceñuda frente;
 « Es chata su nariz, crespo el cabello,
 « Siniestro su mirar, su ojo encendido,
 « Y su vestido, en fin, al de un correo,
 « En lo estrecho y lo corto, parecido.
 « Cuando á parar vuestro discurso venga
 « Sobre el castillo y su tirano dueño,
 « De presentarte ante él á combatillo
 « Has de mostrar un decidido empeño,
 « Mas cuidando no hablarle del anillo.
 « A servirte él se ofrecerá de guia;
 « Su oferta acepta tú: cuando á la vista
 « Del alcázar llegueis, dale la muerte

« Sin que tu pecho la piedad ablande ;
« Sin que tu brazo á mi querer resista.
« Tu ánimo empero y tu presteza grande
« Ha de ser al momento en que le enbista ;
« Que hundióse para siempre tu esperanza
« Si él tu designio á descubrir alcanza.

Hablando así, ya estan en las orillas
Del mar donde el Garona se derrama ;
Tristes, al despedirse, sus mejillas
Con llanto riegan una y otra dama.
De romper las cadenas de su amante
Parte ansiosa la bella Bradamante,
Y, concluida la tercer jornada,
Se encuentra con Brunelo en la posada.

Por sus señas conócelo al instante
Légase á él, y le habla, y le pregunta
De dó viene y á donde
Se dispone á marchar. Él le responde ;
Mas ella, conociendo que mentira
Es cuanto el vil de asegurarle trata,
A inducirle en error tambien aspira,
Y sexo y patria y religion recata.

Fijos los ojos tiene
La dama en el autor de tanto engaño,
Que hácia ella en esto paso á paso viene.
A medida que él llega ella se aleja,
Cuando un rumor extraño
Llenos de admiracion á todos deja ;
Mas, ántes de decir cual fué su causa,
Permitidme, señor, haga una pausa.

CANTO IV.

Anillo mágico. — Caballo alado. — Escudo portentoso. — Palacio encantado. — Bradamante da libertad á Roger, y prende al mago Atlante. — Roger monta en el Hipogrifo y desaparece por los aires. — Congoja de Bradamante. — Llega Reinaldo á Escocia. — Principia la historia de la bella Ginebra.

Bien que , de un alma falsa siendo indicio ,
 Siempre el fingir fué reputado vicio ,
 Mas de una vez se vido
 Haber bienes inmensos producido.
 Odios , injurias, muertes ha evitado;
 Que , en este mundo de ambicion é intriga ,
 No nos es siempre dado
 Con amigos hablar ; y si sucede ,
 Despues de larga prueba y gran fatiga ,
 Que apenas uno fiel hallarse puede
 A quien , sin riesgo y sin temor , se diga
 Del corazon el intimo secreto ,
 ¿ Porqué no ha de ser licito á la amiga
 Del buen Roger que la verdad reboce
 Al impostor cuya maldad conoce ?
 « ¡ Oh virgen Santa ! ¡ Eterno Dios ! ¿ qué es esto ? »
 Estremecida exclama ,
 Oyendo un grande estrépito , la dama.
 Y hácia el paraje , presto ,
 Dó lo escucha acudiendo , ve cubiertas
 La calle , las ventanas y las puertas
 De gente que la vista al firmamento
 Tiende y contempla extática un portento.
 Alzala ella tambien, y un caballero
 Cubierto de armas refulgentes mira ,

Sobre un bridon lijero
 Que , sus pintadas alas ajitando ,
 Hacia el ocaso con presteza gira.

« Ese es , » dijo el patron cuando á su vista
 Hubo desaparecido en las montañas ,
 « Un viejo , á cuyas mañas
 « No hay poder en la tierra que resista.
 « El aire, agora en elevado vuelo,
 « Se le mira cruzar; ora, del cielo
 « Veloz bajando á la terrestre esfera
 « De cuantas bellas halla se apodera.
 « Dama no hay pues alguna que de bella ,
 « Con razon ó sin ella,
 « Presuma , (y ¿ cuál no tiene esta jactancia ?)
 « Que ose salir de la paterna estancia.

« Encima del Pirene construido
 « Fué esté alcázar por magia y por encanto ,
 « Y el metal de sus muros luce tanto
 « Que resplandor igual jamás se vido.
 « Allá , señor , han ido
 « Muchos guerreros ya ; no viendo empero
 « A ninguno volver , temblando infiero
 « Que , de su audacia en pago,
 « Los haya muerto ó cautivado el mago. »

La virgen le oye atenta
 Y ansiosa de ser dueña del anillo
 Con que lanzar intenta
 Al nigromante del fatal castillo ;
 Dice al patron : « Si entre tus gentes se halla
 « Quien conozca el camino que allí guía ,
 « Conmigo venga, que trabar batalla
 « Con ese monstruo mi valor ansia. »
 — « Yo te acompañaré , dice Brunelo.
 « A mostrarte la ruta , que conmigo
 « Traigo trazada en un papel , me obligo .
 « Y á hablarte, entre mil cosas, de una cosa

« Que nuestra marcha hará menos penosa. »

Del anillo á hablar va ; mas en su labio
 Su importante secreto el miedo sella.
 Su ofrecimiento acepta la doncella,
 Y, atenta sus palabras mesurando,
 Lo que conviene revelar revela,
 Y oculta con cautela
 Lo que cumple ocultar. Un bruto hermoso ,
 Hecho al trabajo y de la guerra al arte ,
 Al huésped compra y parte,
 Del pérfido Brunelo en compañía,
 Al primer rayo del siguiente día.

De selva en selva y de uno en otro monte,
 Llegan á dó la altura del Pirene
 Muestra, á no estar turbado el horizonte ,
 De España y Francia á un tiempo las arenas ,
 Cual á la vez , desde su cumbre cana ,
 Las playas de Toscana
 Muestra Apenino y las del Adria esclavo.
 Por áspera , tortuosa y larga via
 A un valle desde allí se descendía.

En medio dél, sobre un peñon, descuella
 Magnifico palacio
 Que eleva en el espacio
 Fúlgidas torres de estructura bella.

« De esa estancia en los ámbitos oscuros , »
 Dice Brunelo , « es donde el mago impío
 « Encierra á la beldad , oprime al brio. »

Son cuatro tajos sus lucientes muros.
 Sendero alguno no se vé , ni escalas
 Que conduzcan allí. Solo con alas
 Del monstruo en la alta peña
 Es dado penetrar. De hacerse dueña
 Del castillo, llegado ya el instante
 Estima Bradamante ;
 Pero, temiendo amancillar su gloria

Con tan fácil victoria ,
 Mientras que puede conseguir su objeto
 Sin derramar la sangre del malvado ,
 Llégase á él , le coge descuidado
 Y , el anillo quitándole , á un abeto
 Sus manos ata. Sorda á sus lamentos,
 Del monte luego baja á pasos lentos
 Hasta el pié de la roca
 Do estriban del castillo los cimientos.

El cuerno entonces toca
 Que al nigromante á combatir provoca;
 «Baja,» le grita, «que tu saña impía,
 « Monstruo feroz , mi espada desafia.»

Estos sonidos escuchando el mago ,
 De sus guaridas en salir no tarda
 Y , en su corcel surcando el aire vago ,
 A la virgen gallarda
 Arremete. Ella impávida le aguarda
 Y , con placer y con sorpresa , nota
 Que arma alguna no trae con que pueda
 Penetrar el acero de su cota.

Cubierto trae de encarnada seda
 Él en su izquierda el portentoso escudo ,
 Y en su derecha el libro, en que leyendo,
 Tanto encanto obró ya , tan estupendo.

De una yegua y de un grifo
 Allá naciera en los Rifeos montes
 El bruto extraño en que montado viene.
 Su nombre es Hipogrifo;
 En las garras , la pluma y la cabeza
 Se asemeja á su padre ;
 Lo restante del cuerpo es de su madre.

Por fuerza y por encanto,
 Trájolo el mago de su clima frio ,
 Y puso en domeñarle esmero tanto
 Que , en un mes , consiguió que , á su albedrío ,

Girase por la tierra y por el viento;
Siendo acaso esta en él la única cosa
Que no fuese ficcion ó encantamiento.

Pero su ciencia , que á la vista humana
Trueca lo blanco en rojo ó amarillo ,
Contra la bella vírgen hoy es vana ;
Que el antídoto lleva en el anillo ,
Y que , el cauto consejo
De la sagaz Melisa recordando ,
Se ensaya de su lanza en el manejo ,
Y á su ardiente corcel ejercitando ,
La espada esgrime y lucha y forcejea ,
Cual si se hallara en áspera pelea.

Llegando en esto , el fiero nigromante
Saca el mágico escudo ,
No dudando ofuscar á Bradamante ;
Hacer lo mismo desde luego pudo
Con todos sus contrarios ;
Mas siempre , ántes de obrar este portento ,
En ver su ardor gozábase un momento ,
Cual , ántes de ser víctima del gato ,
Suele el raton ser su juguete un rato.

De la vírgen , empero ,
Tal la suerte no fué. Con grande esmero
Su plan oculta al viejo fementido
Y , al mirar el broquel sin su cubierta ,
En ademan fingido ,
Sobre el suelo se arroja como muerta.

Surtió su ardid el deseado efecto ;
Pues , realizar creyendo su proyecto ,
El mago en su corcel los aires hiende ,
Al suelo salta y , al arzon colgando
El encubierto escudo , en tierra pone
El volúmen infando ,
Y á atacar á la vírgen se dispone.

Cual , tras un matorral , oculto lobo

Suele acechar descarriada oveja ,
 Le acechaba la virgen impaciente.
 Al verle cerca, se alza, lo derriba
 Y, sus miembros atando fuertemente
 Con la misma cadena con que él iba
 Los de ella á sujetar segun su usanza ,
 Con victoriosa mano
 Se dispone á cortarle la cabeza ;
 Mas, piadosa, suspende su venganza,
 Al contemplar un venerable anciano ,
 Pálido, débil, triste y abatido
 Que , en su semblante y su cabello cano ,
 Setenta eneros muestra haber cumplido.

« Dame, oh jóven, por Dios, la muerte dame; »
 El viejo grita con lenguaje altivo ;
 Mas ella tiene en conservarle vivo
 Cuanto empeño en morir tiene el infame.
 Saber quien es desea y con que objeto
 Fundó su alcázar en aquel paraje
 Tan estéril, recóndito y salvaje.

« No maligna intencion, » dice llorando
 El viejo encantador , « ese edificio
 « Me indujo á construir. Nada codicio
 « Para mí ; si hice mal , hícelo solo
 « Por la vida y la fama
 « Del paladin mas noble y esforzado
 « Que , de uno al otro polo,
 « Vé en su carrera el sol. Roger se llama ;
 « Por mí desde su infancia fué criado.
 « Por su fiero destino ,
 « Por su denuedo y su ambicion guiado ,
 « Con el rey Agramante á Francia vino,
 « Donde , segun el cielo me previno ,
 « Convertirse á la fe de Cristo debe
 « Y á manos de un traidor morir en breve.
 « Atlante soy ; mi amor por él, mi anhelo

« De libertarle de su adversa suerte
 « A fundar me movieron ese alcázar ,
 « Donde preso esperé con él hoy verte
 « Y con otros ilustres paladines
 « Y damas que, de todos los confines
 « Del orbe, hácia este atraje
 « Por alegrar su soledad. Excepto
 « La libertad , linaje
 « De gozo ño hay , ventura no hay alguna
 « Que esa feliz morada no reuna.
 « Y qué ; ¿ tan dulce vida
 « Pretenderás turbar con tu venida ?
 « ¡ Ah ! Si no es menos que tu rostro bello
 « Tu corazon , no de Roger me impida
 « La dicha hacer en que mi dicha sello.
 « Mi escudo, mi bridon, si te acomoda,
 « Toma ; si amigos en mi alcázar tienes,
 « Da libertad á dos , á tres , á toda
 « La gente que hay en él ; mas no me llenes ,
 « Llevándote á Roger, de eterno duelo.
 « Antes , antes tu brazo
 « De mi alma y de mi cuerpo corte el lazo. »
 — « Romper los de Roger, dice la dama
 « La sola causa fue de mi venida ;
 « En vano pues mi compasion imploras.
 « ¡ Qué ! ¿ por ventura ignoras
 « Que ese caballo, tu broquel, tu vida
 « Estan en mi poder ? ¿ Cómo supones
 « Que aun cuañdo tuyos fueran todavía
 « En dejar yo penar en tus prisiones
 « Al valiente Roger consentiria ?
 « No ; si los cielos su infelice suerte
 « Ya te han predicho, en vano
 « A su querer intentas oponerte.
 « No me supliques pues, mísero anciano,
 « Que la vida te quite ; un alma fuerte

« A su brazo encomienda tal encargo,
 « Y hacerlo puedes tú, luego que abiertas
 « De tu palacio me hagas ver las puertas. »

Dice, y hácia la roca
 Viendo al anciano que sus pasos guía,
 Cerca dél se coloca,
 Que de su abatimiento no se fia.
 Juntos llegan en breve á dó en la peña
 Una hendidura el mágico le enseña
 Y, en ella entrando, la escalera mira
 Que hasta la puerta del palacio gira.

Vese, cabe esta puerta,
 Una losa de ignotos caracteres
 Y de estrañas imágenes cubierta.
 Alzala el mago, y luego,
 Unos vasos quebrando
 Que debajo se hallaban y en los cuales
 Oculto ardia inextinguible fuego,
 Sus lazos rompe cual romper sus redes
 Suele tal vez pintado gilguerillo,
 Y con él del castillo
 Desparecen las torres y paredes.

Libre, pues, en el campo, en este instante
 Se ve cuanta beldad, cuanto caudillo
 Allí gemia, y mas de uno hay que pena
 Siente al dejar esta morada amena.
 Allí Prasildo estaba, noble jóven
 Que vino con Reinaldo del Levante,
 Su amigo Iroldo está con él. Gradaso
 Se halla tambien allí, y el rey circaso.
 La bella Bradamante
 Ve en fin á su Roger que, de amor ciego,
 Viene á lanzarse entre sus brazos luego,
 Con toda la violencia con que late
 Su corazon desde que, en un combate,
 Por salvarle la vida,

Fué en la frente la vírgen mal herida.

Largo de contar fuera como y cuando,
 Noche y dia, por hórrida espesura,
 Vagaron, sin hallarse, á la ventura.
 Hoy que juntos se ven y, no ignorando
 A quien debe el remedio de sus males,
 En júbilo el guerrero rebosando,
 Se juzga el mas feliz de los mortales.
 Con ella luego descendiendo al valle,
 Testigo de su triunfo, al Hipogrifo
 Vió que al arzon colgado todavia
 El escudo del mágico tenia.

Por cogerle del freno
 La dama va; mas, cuando cerca llega,
 Sus alas él despliega
 Y va á pararse enmedio á la colina.
 En seguirle se obstina
 La hermosa vírgen; mas se obstina en vano;
 Que así, con su incesante movimiento,
 Frustra su vivo afan el monstruo alado,
 Cual, girando del uno al otro lado,
 Frustra el del can atento
 Corneja astuta. Por distinto rumbo
 Parten Roger, Gradaso, Sacripante
 Y los demas guerreros, el paraje
 Cada cual á ocupar donde suponen
 Mas presumible que Hipogrifo baje.

Luego que desde el monte al valle umbrio,
 Hacer este les hizo mas de un viaje,
 Ante Roger apaciguó su brio.

Tan grande es el cariño que profesa
 Atlante al jóven, en quien mira un hijo,
 Que de pensar no cesa
 Como salvarle de la suerte impia
 Que su fatal estrella le predijo.
 Con este objeto al Hipogrifo envia

Por que á climas remotos se lo lleve.
Su freno coge el héroe; mas, en breve,
Viendo que en vano anhela
Conducirlo tras sí, del suyo salta,
Sobre Hipogrifo monta y con la espuela,
Animando su ardor, su ijar esmalta.
Corre el monstruo al principio; mas, su vuelo
Levantando despues, rápido surca
Las regiones del aire y las del cielo.

La hermosa dama que, en peligro tanto,
Mira á Roger, se turba, se estremece,
Recuerda con espanto
Que arrebatadó fuera Ganimedes
Del patrio imperio á las celestes sedes,
Y tiembla por Roger, que en gallardía
Con él y en gracia competir podría.

Avida, con los ojos,
Sigue al héroe; y, así que desaparece,
Lo sigue el corazón lleno de enojos.
Esta ilusión en fin se desvanece
Y, prorumpiendo en doloroso llanto,
A Frontino se acerca, y en él monta,
Bien decidida á conservarlo en tanto
Que volverlo á su dueño no consiga;
Pues la dulce esperanza
De ver de nuevo á su Roger abriga.

Mas de Hipogrifo el ímpetu no alcanza
A refrenar el héroe que, del llano,
El mas erguido monte
Intenta ya diferenciar en vano;
Y cuando, en fin, tan alto se levanta,
Que en el espacio un átomo parece,
Toma el rumbo que suele
Tomar el sol cuando á la mar se lanza,
Y voga cual bajel á quien impele
Brisa halagüeña en tiempo de bonanza.

A merced de los vientos , entre tanto ,
 Surca Reinaldo el ponto embravecido ,
 Que de bramar no cesa ,
 Y á la costa escocesa ,
 Por las hinchadas olas impelido ,
 Llega por fin. La selva
 Descubre allí , cuyo recinto umbrío
 Testigo fué de tanta y tanta hazaña.
 Vagan entre sus sombras caballeros
 Famosos por su esfuerzo y poderío ,
 Que , desde el polo frio ,
 De Francia , de Germania y de Bretaña ,
 A ejercitar vinieron sus aceros.
 Quien gran valor en sí no sienta , el paso
 No dirija á estas selvas
 Hoñradas por Galaso ,
 Tristan , Artus , Galbano , Lanzarote
 Y otros muchos guerreros , celebrados
 En romances antiguos y modernos ,
 Cuyos nombres eternos
 En mil trofeos , vivirán grabados.

Sus bellas armas , su corcel lijero
 Reinaldo ve ; por la arenosa playa
 Su camino emprendiendo , al marinero
 Manda que á Wárich á aguardarle vaya.

Solo , sin escudero , incierto flota
 Por la selva , aventuras
 Solicito buscando , cuando nota
 En medio á la espesura una abadía ,
 Que de su haber gran parte consumía
 En obsequiar las damas y guerreros
 Que , en torno della , erraban noche y dia.

Grata acogida , en su recinto santo ,
 Los religiosos á Reinaldo dieron ,
 Y una espléndida mesa apercibieron ,
 Adornada de cuanto

Satisfacer pudiera su apetito.
 Satisfizolo; y, luego,
 Al abad preguntó donde se hallaban
 Los sitios bienhadados,
 En que dar rienda al belicoso fuego
 Pudieron tantos héroes esforzados.

El abad le asegura
 Que mas de una aventura,
 La selva recorriendo, hallar podria;
 Pero aventuras que, en su sombra densa,
 El velo del silencio envolveria.

« Piensa, prosigue, piensa
 « Que alto valor, eterna fama deben
 « De tus hazañas ser la recompensa.
 « Y si dar de tu esfuerzo quieres muestra,
 « Una ocasion el cielo hoy te depara,
 « Cual, ni en la edad antigua ni en la nuestra,
 « A paladin alguno deparara.
 « Del apoyo de tu ánimo y tu diestra
 « La princesa Ginebra hoy necesita
 « Contra un guerrero, cuya aleve lengua
 « De tal virtud no teme hablar en mengua.
 « Al rey este guerrero la ha acusado
 « (Por odio, mas que con razon, infiero)
 « De haber á media noche presenciado
 « Entrar en su aposento á un caballero.
 « Y es la ley en Escocia tan severa,
 « Que á morir en la hoguera
 « Condena á toda dama que acusada
 « Es de un deslíz, no siendo desposada,
 « A menos que un guerrero
 « A desmentir al acusante venga
 « Y, con él combatiendo, el triunfo obtenga.
 « Lleno el rey de dolor, la triste suerte
 « Preveyendo de su hija
 « Si de un mes en el término no se halla.

- « Un paladin tan fuerte
 « Que en singular batalla
 « Venza al acusador , edictos fija
 « Por todas sus ciudades y castillos ,
 « Su mano prometiendlo y un estado
 « Al que (siendo de origen elevado)
 « A lidiar por Ginebra se presente ,
 « Y haga á Lurcanio confesar que miente .
 « Y además que esta empresa
 « Es mas digna de tu ánimo y tu acero
 « Que cuantas halles por la selva espesa ;
 « A mas que es del deber de un caballero
 « Amparar la virtud y la belleza ,
 « La mayor que hay del Ganges al Ibero ,
 « Y estados y riqueza
 « Y la amistad del rey y eterna gloria
 « Conseguirás , ganando esta victoria . »
 « — ; Con que morir una doncella debe , »
 Interrumpe Reinaldo ,
 « Porqué de amor el dulce néctar bebe ?
 « Al que impuso y tolera tal castigo ,
 « Yo por siempre maldigo ;
 « La que ama muere , y ¡ vivirá la ingrata
 « Que al que la adora con desdenes mata !
 « Que haya ó no la princesa cometido
 « La falta que le imputan no decido ,
 « Ni si obró bien ó mal ; bien que yo entiendo ,
 « Que , escándalo no habiendo ,
 « Un mérito mas bien que un crimen sea
 « A un amante otorgar lo que desea .
 « Si el mismo afecto , con igual caricia ,
 « Ambos sexos impele á aquel suave
 « Fin del amor , la celestial delicia ,
 « Que tiene el vulgo por delito grave ,
 « ¡ No será la mas bárbara injusticia
 « Que se permita al hombre que se alabe

« De aquello que á la dama
 « Con la existencia hace perder la fama?
 « ¡Oh ley funesta! que á abolir me obligo,
 « Al vil acusador dando castigo,
 « Si el cielo santo mi valor inflama. »

Los monges convinieron en que poca
 Del autor de esta ley
 Fué la cordura, y que es culpable el rey
 Que, pudiéndolo hacer, no la revoca.

Del sol apenas el fulgor primero,
 Al nuevo dia, en el oriente asoma,
 Sus armas, su bridon Reinaldo toma,
 Y con un escudero,
 Que los monges le dan, parte lijero.
 Por medio de la selva, angosta via,
 Ansiöso de acortar, tomado habia,
 Cuando una triste voz hiere su oido.
 Hacia el paraje de dó sale el ruido
 Los dos bridones trotan
 Aguijados á un tiempo por sus dueños
 Que, en lo mas denso de la selva, notan
 En grave apuro á una infeliz doncella.

A cada lado della,
 Con el puñal alzado,
 Un asesino está que, despiadado,
 A sepultarlo va, con brazo aleve,
 En el seno mas blanco que la nieve.

No bien la horrible cuita
 De la doncella el paladin advierte,
 El hierro clava á su caballo fuerte
 Y, amenazando, á los malvados grita.
 Confusos ellos huyen á su vista;
 Mas de seguir su pista
 No se cura el guerrero. Otro cuidado
 En este instante agitale y le ocupa.
 De Bayardo en la grupa

Subir hace á la dama y á su lado
 Sigue luego el camino comenzado.

Bien que el temor de una cercana muerte
 El rostro de la dama aun desfigura ,
 En admirar el paladin no tarda
 Su presencia gallarda
 Y sus modales llenos de finura.
 Prendado dellos , de la triste suerte
 Que la conduce allí la causa inquiere ,
 Y con voz triste, que interrumpe el llanto ,
 Ella entonces refiere
 Lo que á narrar yo voy en otro canto.

CANTO V.

Historia de Ginebra y Ariodante. — Reinaldo liberta de la muerte á aquella princesa , hija del rey de Escocia ; quita la vida al duque de Albania , y obtiene los socorros que viene á pedir.

¡ Oh de natura fuerza seductora
 Que, con vínculo estrecho, á su hembra unes
 Cuanto animal sobre la tierra mora !
 Por tí, tranquila, en su salvaje choza ,
 Cabe el lobo rapaz , la loba yace ;
 La selva el oso en recorrer se place
 Con su esposa feroz ; dulce reposo,
 Cabe el leon, su compañera goza,
 Y, al lado del novillo impetuoso,
 Jóven novilla sin temor retoza.

¿ Qué abominable monstruo , qué Meguera,
 A turbar baja del humano el pecho ?
 ¿ Porqué , movidos de fatal despecho,
 Se injurian , se amenazan y aun se hieren
 El esposo y la esposa ?

¿ Porqué , porqué , tal vez , cólera ciega
El tálamo nupcial con sangre riega ?

Al cielo grave ofensa

Hace sin duda aquel que el rostro bello
De mujer indefensa

Osa tocar con intencion aleve ,

O aquel que de sus sienes un cabello ,

Contra su grado , á arrebatarse atreve ;

Mas no hay un monstruo que en fiereza iguale

Al que , por despojarla de la vida ,

De la cicuta ó del puñal se vale.

Y tales deben ser los dos malvados

Que , por celar su crimen ,

Creyéndose del mundo retirados ,

En la lóbrega selva el hierro esgrimen

Contra la hermosa dama

Que , al verse libre de su suerte fiera ,

Al paladin habló de esta manera :

« Vas á escuchar del hombre mas perverso

« Una accion de que apenas

« Ejemplo vieron Argos ni Micenas ,

« Ni pueblo alguno en todo el universo ;

« Que , si el sol con sus rayos mas oblicuos

« Estas regiones hiere ,

« Es que la vista , horrorizado , quiere

« Apartar de mortales tan inicuos.

« En todo siglo vióse , en toda tierra

« Que el hombre hiciese á su enemigo guerra ;

« Mas , por el bien hacer el mal , delito

« Es atroz , inaudito.

« La causa , pues , escucha , cuyo influjo

« A morir á estos sitios me condujo.

« Sabe , señor , que , niña todavía ,

« De la bella Ginebra entré al servicio.

« A la par de su edad creció la mia

« Y á su lado , bien presto ,

« Logré en la corte distinguido puesto ;
 « Mas á turbar vino el amor mi calma,
 « En mi pecho lanzando llama impía
 « Por el duque de Albania, que de su alma
 « Las ansias me explicaba cada día.
 « De su acento y su rostro enamorada ,
 « Sin estudiar su corazon , muy luego
 « A su querer me entrego ;
 « Y de crédulo amor alucinada
 « Con él mi lecho dividí. ¡ Cuitada !
 « Víctima de un afecto ciego y vivo ,
 « Ningun temor me arredra ó acobarda ,
 « Y á mi amador recibo
 « De Ginebra en la estancia favorita ,
 « Dó casi siempre habita
 « Y dó sus joyas mas preciosas guarda .
 « En el muro exterior de este aposento
 « Un balcon se divisa
 « Que da acceso á una sala
 « Del alcázar, y vista á un campo inculto
 « Que humana planta á ninguna hora pisa.
 « Yo misma, al caro amante , yo la escala ,
 « Útil á nuestra empresa ,
 « Lanzaba del balcon siempre que , el frio
 « Huyendo ó los ardores del estío ,
 « De habitacion cambiaba la princesa.
 « Secreto muchos dias
 « Y muchos meses este amor , en fuego
 « Trueca la sañgre de las venas mias.
 « ¡ Necia de mí ! ¡ de mi delirio loco
 « Ser pude , oh Dios , así juguete ciego !
 « De la jóven princesa el duque á poco
 « Osó mostrarse enamorado ; si era
 « Antigua esta pasion ó bien reciente ,
 « Jamás pude saber ; mas era tanto
 « Sobre mí su ascendiente ,

- « Tan poco su rubor , que, no contento
 « Con descubrirme su traicion , mi amparo
 « Imploró para darle cumplimento.
 « Este amor no comparo
 « Al que siento por tí, bien me decia ;
 « Mi solo objeto es obtener del padre
 « La mano de Ginebra ;
 « Tanto en efecto y tanto se celebra
 « Su alcurnia y su riqueza , que en Escocia
 « No hay quien al rey mejor que al duque cuadre
 « Por yerno , y añadia
 « Que sí , por obra mia ,
 « Este objeto lograba , eternamente ,
 « A tan alto favor agradecido ,
 « Mas que al rey , que á Ginebra , que á su gente
 « Y á cuanto poseyera , me amaria.
 « A complacerle atenta , no combato
 « Ni puedo combatir este proyecto ;
 « Mas, con celo insensato,
 « Mil medios busco de llevarlo á efecto.
 « Con la bella Ginebra hablando un dia ,
 « Nuestra conversacion sobre este asunto
 « Viene á parar. Al punto
 « La ocasion aprovecho
 « Y al duque le presento, cual trasunto
 « De belleza y virtud. Dios me es testigo ;
 « Todo fué en vano ; en vano me fatigo ,
 « Insisto y ruego al fin. Mover el pecho
 « De la bella Ginebra no consigo.
 « Un jóven caballero , en quien se asocia
 « El esfuerzo á la gracia y cortesía,
 « Con un su hermano , imberbe todavia ,
 « Era venido desde Italia á Escocia,
 « Donde eclipsó, con mas de una alta hazaña,
 « Las de todos los héroes de Bretaña.
 « Prendado de su audacia en los combates ,

- « El rey á este caudillo
 « Le dió mas de un estado y de un castillo ,
 « Y grande le hizo , al par de sus magnates.
 « A la bella princesa
 « Aqueste jóven tierno amor profesa ,
 « Cuya llama es mas viva
 « Que la que á Troya consumió , y que aquellas
 « Que, en su cólera altiva,
 « Lanzan Etna y Vesubio á las estrellas.
 « Amor no menos vivo que al guerrero
 « A Ginebra abrasaba. Así es que, en vano,
 « Grata respuesta en conseguir me afano ,
 « Y á Ginebra importuno y exaspero.
 « Al duque en tanto , cuerda ,
 « Yo exhorto á que no pierda
 « Mas tiempo en tan estéril tentativa.
 « Pues de Ginebra , dígole , es tan viva
 « La pasion por el príncipe , que apenas
 « Della apagara una pequeña chispa
 « Cuanta agua encierra el mar en sus arenas.
 « Esto habiendo escuchado de mi boca
 « En ocasiones varias Polineso ,
 « (Así se llama el duque ,) y convencido ,
 « Por sus propios esfuerzos , de que loca
 « E inútil es su obstinacion , suspira
 « De envidia , zelos é ira ,
 « Y de Ginebra y de su amante tierno
 « Trocar piensa el amor en odio eterno ,
 « Cubriendo á la princesa
 « De un baldon que la siga hasta la huesa.
 « Luego que su designio meditado
 « Hubo con detencion , á verme vino
 « Y , sin hablar á nadie dél , ladino
 « Me dijo así : — Dalinda , avergonzado
 « Estoy del resultado
 « De tantas tentativas infelices ;

- « Mas ; cuanto advierto y cuanto tú me dices
 « Nuevas fuerzas me da contra esa dama ;
 « Que , cortada una vez y otra la rama ,
 « Brota con mas vigor de sus raíces.
 « No siento amor ; mas muéveme el deseo
 « De vencer de esa ingrata los desdenes ;
 « Y pues que tú , mis planes me ofreciste
 « Favorecer , de todo lo que tienes
 « Que hacer voyte á instruir : Cuando , dormida
 « Contemples, esta noche, á esa altanera ,
 « Sus ropas tomarás y sus adornos ,
 « Y, con ellos vestida,
 « Desde el balcon , me arrojarás la escala.
 « De este modo , quizá, con un engaño ,
 « Podré dar tregua á mi furor extraño. —
 « Así dijo , yo, ciega
 « Cómplice de este amaño ,
 « Su perfidia no advierto hasta que llega
 « A ser , ¡oh Dios! irreparable el daño.
 « En busca de Ariodante , á quien le unia
 « En otros tiempos amistad estrecha ,
 « Estuvo el duque en tanto, y, de este modo ,
 « Con él , se puso á razonar un dia :
 « — Sobre manera extraño , oh Ariodante ,
 « Que, siendo así que pruebas
 « Siempre te dí de mi amistad , te atrevas
 « A pagarla tan mal. Sé que no ignoras
 « Cuan grande es el exceso
 « Del amor que á Ginebra yo profeso.
 « Sé que sabes que, hoy mismo, por esposa
 « Dármela debe el rey. ¿ Cómo pues osa
 « Tu amor turbar mi dicha al pie del ara ?
 « En caso semejante
 « Tú pasion ; vive Dios! yo respetara. —
 « — Con motivo mayor , dice Ariodante ,
 « A creer tus palabras me resisto ;

- « Pues, ántes de que tú la hubieses visto,
 « Era yo ya de la princesa amante.
 « Sé que no ignoras cuanto
 « Es este amor recíproco y sincero ;
 « Sé en fin que sabes que tu afan desdeña
 « La que mi amor siempre acogió risueña.
 « Tú solo, pues, olvidas los deberes
 « De la amistad que recordarme quieres ,
 « Y á faltar á la cual yo nunca osara
 « Si amado fueras cual lo soy. Ni esperes
 « Que darte sobre mí ventaja alguna
 « Tus títulos podrán ni tu fortuna ;
 « Pues que cuento del rey con el amparo,
 « Y mas que tú soy á Ginebra caro. —
 — « ¡ Ah ! repícale el duque ; En cuan funesto
 « Error esa pasión te precipita !
 « Tú de Ginebra piensas ser amado ;
 « Y yo á mostrarte que lo soy me apresto.
 « Los hechos hablen pues. Tú del estado
 « De tu pasión revélame el secreto ;
 « Yo á hacerlo así tambien me comprometo,
 « Y que el que pruebas presentar no pueda
 « Del triunfo el fruto á su adversario ceda.
 « Pero, así cual te juro
 « Tu secreto guardar, así confío
 « Que tu labio discreto
 « Sabrá celar cuanto profiera el mio —
 « Acaba el duque, y Ariodante aprueba.
 « Sobre los santos Evangelios tiende .
 « La mano cada cual. Por dar la prueba
 « De cuanto acaba de afirmar, emprende
 « Su discurso Ariodante, refiriendo,
 « Como era la verdad, cual de palabra
 « Y por escrito eterno amor mil veces
 « Le juró la princesa, decidida
 « A terminar su vida

- « En soledad perpetua si otro esposo
 « Darle su padre intenta rigoroso.
 « — Digno, añadió, de este alto honor espero
 « Me hará mi amor, á la doncella caro,
 « Y el valor de mi acero,
 « Que, célebre por mas de una victoria,
 « A hacer triunfar de nuevo me preparo
 « En pro del reino y del monarca en gloria.
 « Tal es de mi pasion, tal el estado.
 « De todos envidiado,
 « No puedo pretender mayores pruebas
 « Del amor de Ginebra, que seria
 « De su virtud y de mi honor en mengua
 « Aspirar á otro bien, ántes del dia
 « En que á colmar nuestro comun deseo
 « Venga el sagrado lazo de himeneo. —
 « Luego que, sin ficcion, estas palabras
 « Hubo dicho Ariodante, Polineso
 « Que, abrasándose de ira ;
 « A indisponerle con Ginebra aspira,
 « — Escúchame, le dice y juzga luego
 « De mi felicidad. Ficcion y dolo
 « Es cuanto amor te muestra la que, solo
 « Por mí sintiendo verdadero fuego,
 « Tu mísera pasion reputa un juego.
 « ¡Cuántas veces ¡oh Dios! sola conmigo
 « De su aversion por tí me hizo testigo!
 « ¡Cuántas veces, con cólera ó desprecio,
 « Tu amor calificó de audaz ó necio!
 « Por el contrario yo ; no de palabras
 « Cual tú me alimenté. Sabe (y acaso
 « A mí tenerlo oculto
 « Y á ti ignorarlo conviniera,) sabe
 « Que su vuelta la luna
 « No da jamás sin que una,
 « Tres, seis, quizá diez veces,

- « De Ginebra en los brazos me sorprenda
 « Haciendo al Dios de amor sabrosa ofrenda.
 « Piensa pues si , por mas que tú la adores ,
 « Obtuviste jamás tales favores ;
 « Y , cediéndome el triunfo , da al olvido
 « El engaño fatal en que has vivido. —
 « — Tus falaces discursos , bien que ultrajen
 « Responde su rival , á la que adoro ,
 « De mi alma nunca borrarán su imagen.
 « Si lo que has dicho sostener te agrada ,
 « Pronto estoy á probarte que has mentido
 « Como un vil impostor. — No, dice el duque ,
 « No fuera bien desenvainar la espada ,
 « Para probar lo que , en cualquier instante ,
 « Tus ojos pueden ver. — A tal discurso
 « Enmudece Ariodante ;
 « Glacial sudor el curso
 « De su sangre interrumpe , y en voz ronca
 « — Cuando, prorumpe, lo que así te atreves
 « A asegurar , me pruebes ,
 « Desterrar de mi pecho te prometo
 « A aquella , hoy de mi amor único objeto ;
 « Mas por lograrlo vano tu deseo
 « Será si lo que afirmas :
 « Con mis ojos yo mismo aquí no veo. —
 « — Tu error te haré yo ver cuando convenga
 « Responde el duque , y parte. Al otro dia
 « Aviso yo le di que á mi aposento
 « Venir á verme sin temor podia.
 « A su infernal designio siempre atento
 « Vuela ante su rival. — Llegó , le dice
 « Elegó , amigo , el momento
 « De que tu engaño yo te patentice.
 « Detrás de aquellas solitarias ruinas
 « Escondido esta noche , ser testigo
 « Podrás de aquello que en dudar te obstinas. —

- « A venir Ariodante se resuelve ;
 « Pero, á mas que su amor no le permite
 « Dar crédito á tan pérfido lenguaje ,
 « Temiendo que de noche á aquel paraje
 « Con siniestros designios se le cite ,
 « A defender su vida se prepara
 « Contra toda traicion. Con este objeto
 « Llama á su hermano, cuya audacia rara
 « Hay en la Corte apenas quien iguale,
 « Y cuyo auxilio vale
 « Mas que el de diez guerreros. De sus armas
 « Revestirse le ordena
 « Y, sin comunicarle sus alarmas,
 « De la noche serena
 « En las sombras, por él acompañado,
 « Camina y llega al sitio designado.
 « Trecho igual al que mide
 « Piedra arrojada por robusta mano,
 « Alejándose entonces con su hermano,
 — « Aquí, le dice, aguárdame. Si acaso
 « Oyes mi voz, lijero
 « Ven hácia mí ; de lo contrario quiero
 « Y te ruego, por Dios, no des un paso. —
 — « Así lo haré ; — Lurcanio le responde.
 « Parte Ariodante entonces y, á distancia
 « Corta de allí, se esconde
 « En las ruinas en frente de mi estancia.
 « Bien pronto llega por el lado opuesto
 « El duque á consumir su plan funesto.
 « Envuelta, de la dama,
 « ¡ Triste de mí ! en el cándido vestido ,
 « Que franja de oro en rededor recama ,
 « Con el cabello en una red cogido
 « Y (de Ginebra acostumbrado adorno)
 « Con rojos lazos de mi sien en torno ,
 « Del proyecto del duque yo ignorante,

- « Salgo al balcon , arrójole la escala,
 « Y descubierta soy por Ariodante.
 « Entretanto Lurcanio , que en peligro
 « Teme dejar á su querido hermano ,
 « Y movido tambien de aquel afecto
 « Que á observar de los otros las acciones
 « Arrastra siempre al corazon humano ,
 « Por las nocturnas sombras protegido
 « Llega , y tras una roca ,
 « De Ariodante á diez pasos, se coloca.
 « Clara la luna iluminaba el valle
 « Cuando salí al balcon. El traje bello.
 « Que ajustaba mi talle ,
 « La púrpura que ornaba mi cabello,
 « Mi ademan y aun mi rostro , en algun modo
 « Al de la ilustre dama semejante ,
 « La distancia y la noche sobre todo ,
 « Engañan á Lurcanio y á Ariodante.
 « Juzgad , señor , cual de uno y otro hermano
 « Debíó ser el dolor , al ver mi mano
 « Tender la escala al duque, que , impaciente.,
 « Entre mis brazos va á lanzarse ufano,
 « Cual al verme en su frente
 « Y sus mejillas estampar mi labio.
 « Ariodante, un agravio
 « Creyendo en esto ver, siente tal pena.
 « Que, el hierro desnudando,
 « Sobre su punta iba á arrojar, cuando
 « Lurcanio que , testigo de esta escena ,
 « Su desenlace , atónito, aguardaba ,
 « Acercándose , evita
 « Que una sospecha aciaga
 « En propia sangre su ira satisfaga.
 — « Ariodante , le grita ;
 « Misero hermano , tu furor modera.
 « ¿ Ofuscar tu razon de tal manera .

- « Pudo aleve mujer? Muera en buena hora
 « La infame seductora
 « A quien amaste un tiempo, y á quien debes
 « Hoy detestar por siempre; pues, ingrata,
 « Tus dulces ilusiones te arrebató.
 « Guarda ese hierro, pues, guárdalo, hermano,
 « Y, mas bien que de ésteril sacrificio,
 « Hazlo instrumento de ejemplar suplicio.
 « A la súbita vista de Lurcanio,
 « Que á su intento se opone, el hierro envaina;
 « Mas no por eso amaina
 « Su desesperacion. De su alma mustia
 « Ocultando la angustia,
 « Al ver del nuevo sol los rayos vivos,
 « Sin despedirse de su hermano, parte.
 « De su profunda cuita los motivos
 « Solo Lurcanio y Políneso saben;
 « Y, en la Corte y de Escocia en el recinto,
 « Cada cual le atribuye uno distinto.
 « Ocho dias después, llega á la Corte
 « Y á la princesa anuncia un caminante
 « Que víctima Ariodante
 « Pereció de frenético transporte.
 — « A la orilla del mar, sobre una roca
 « Que hácia Ibernica se avanza
 « Yo le encontré, dijo el viajero, cuando
 « Por obra iba á poner su plan infando
 « Y—; oh tú, quien quier que puedas ser! me dice;
 « De mi suerte infelice
 « A ser testigo ven; ven y te ruego
 « Que á anunciar á Ginebra partas luego
 « Que ella es el solo autor de mis enojos.
 « ¡Cegáran ¡ah! mis ojos
 « Antes de dar ¡oh cielos!
 « A mi amor el suplicio de los zelos!—
 « Así diciendo á la escarpada cresta

« Del peñasco se sube , y con funesta
« Resolucion se lanza entre las olas.—

« Dijo ; pálida y yerta,

« La triste dama á replicar no acierta.
« ¿ Como pintar su angustia cuando á solas
« En su estancia se vió? Del caro amante
« Las quejas repitiendo á cada instante ,
« Gime , grita , solloza,
« Sus áureas trenzas sin piedad deslaza ,
« Sus ropas apedaza
« Y el blanco seno virginal destroza.

« Presto, de boca en boca, la comarca
« La nueva recorrió. No hay caballero ,
« No hay en la Corte dama
« Que no sienta dolor. Hasta el monarca
« Lágrimas , escuchándolo, derrama.

« Mas que los otros triste , en su despecho ,
« En su afliccion inmensa,
« Contra su propio pecho
« Sus armas dirigir Lurcanio piensa,
« Una y mil veces repitiendo al dia
« Que de la muerte de Ariodante causa
« Fué de Ginebra la conducta impía.

« Y es tanto su dolor , de tal manera
« A vengarse la cólera le mueve
« Que , el respeto olvidando que al rey debe ,
« Del palacio penetra en la gran sala
« Y , ante toda la Corte ,
« Contra Ginebra así quejas exhala :
« De Ariodante , señor , la triste historia
« Sin duda te es notoria ;
« Pero quizá tu majestad no sabe
« Que la culpa funesta
« Ginebra fué de su querella grave.

« Amábala él ; mas su pasion honesta
« No osó nunca excederse en sus deseos ,

- « Esperando que de esta
 « Union digno le hiciesen sus trofeos.
 « Mas, miéntras él del árbol reservado
 « Osa apenas oler la débil hoja,
 « Del tronco otro la arranca y, mal su grado,
 « De esperanza por siempre le despoja.
 « Luego, sigue narrando como vido
 « De Ginebra en la estancia entrar á un hombre,
 « De quien ignora el nombre.
 « Cual, á fin de no ser reconocido,
 « Se disfraza este amante, recojiendo
 « Su cabello y cambiando de vestido.
 « Cual la doncella le arrojó la escala,
 « Cuanto, en fin, luego sucedió; y añade
 « Que si un guerrero se halla á quien agrade
 « Sostener lo contrario, se presente.
 « No es menor la afliccion que la sorpresa
 « Que este discurso causa al rey. La muerte
 « Y un eterno baldon, tal es la suerte
 « Que reserva el destino á la princesa.
 « Tú no ignoras, señor, cuanto es severa
 « En Escocia la ley. El poder regio
 « Contra ella en vano invoca privilegio.
 « Inocente ó culpable, en el cadalso
 « Morirá la acusada
 « Si demostrar que es falso
 « El crimen que le imputan, con su espada
 « No logra un paladin en la pelea.
 « Así, bien que culpable no la crea,
 « Por toda Escocia el rey edictos fija,
 « Con la mano de su hija
 « Un gran dote ofreciendo al que se sienta
 « Fuerzas para vengar tamaña afrenta.
 « Es tan temido, empero,
 « Lurcanio en toda Escocia, que guerrero
 « No se halla que se atreva

« De sus armas con él á hacer la prueba.
 « ¡ Ah! ; Si á noticia del audaz Zerbino
 « Llegar pudiera el riesgo de su hermana ,
 « Cuan presto dejaría ,
 « Por darle auxilio , la region lejana
 « Que ilustra con hazañas cada día !
 « El rey que , en tanto , de inquirir no cesa
 « Si otro medio no habrá que de las llamas
 « Pueda arrancar á la infeliz princesa ,
 « Ordena de sus damas
 « Prender á cuantas piensa
 « Que saber pueden la verdad. Inmensa
 « Es mi inquietud. Del duque calculando
 « El riesgo entonces y la suerte mia ,
 « Si á ser interrogada me exponía ,
 « Por las nocturnas sombras protegida ,
 « Huyó la Corte, hácia mi amante vuelo,
 « Y mi inquietud le esplico y mi desvelo.
 « Traidor , de mi venida
 « Fingiéndose el de Albania satisfecho ,
 « Mándame que del pecho
 « Todo temor expulse y , en seguida ,
 « Partir me ordena á un su castillo , donde
 « Seguridad y proteccion me ofrece
 « Contra el furor del rey. Juzga tú mismo ,
 « Señor , si corresponde
 « Á tanto amor el bárbaro castigo
 « De que aquí tú viniste á ser testigo.
 « Pues , de mi amor el pérfido dudando,
 « Y temeroso de que acaso un día
 « Publique yo sus crímenes , conmigo ,
 « Bajo pretexto de escoltarme , envía
 « Dos satélites suyos , con encargo
 « De darme muerte en esa selva ; y este
 « Fuera mi fin si , á compasion movida,
 « Por libertar mi vida ,

« No te mandara la bondad celeste. »

Así su historia terminó la dama.
 El buen Reinaldo , que en deseo ardía
 De combatir por la princesa, aun cuando
 Supiese ser la acusacion fundada ,
 Su pena en alegría
 Trueca escuchando la verdad , pensando
 Que, en pró de la inocencia calumniada,
 Iba su brazo á manejar la espada.

En la ciudad de san Andrés , dó se halla
 El rey á la sazón con su familia,
 Se debe terminar esta batalla.
 Por llegar de la Corte á la presencia
 Marchaba el paladin con impaciencia
 Cuando halló un escudero
 Que le informó de cuanto allí pasaba.

« Un campeon , le dice , que extranjero
 « Parece ser, de presentarse acaba
 « A combatir por la infeliz princesa.
 « Raras sus armas son , rara su empresa ,
 « Y de tal modo oculto el rostro lleva ,
 « Que su propio escudero ha asegurado
 « No haberlo visto nunca destapado. »

Esto escuchando el héroe , con la espuela ,
 De su caballo el impetu despierta ;
 De la ciudad hácia los muros vuela ,
 Cerrada ve su puerta
 Y de esta novedad la causa inquiere.

« Tal es, señor , respóndele el alcaide
 « La voluntad de nuestro rey , que quiere
 « Que espectador su pueblo todo sea
 « De la dura pelea
 « Que dos bravos guerreros han trabado
 « En el llano que linda
 « Con la ciudad por el opuesto lado. »

A su mandato, abiertas

Mira el señor de Montalban las puertas ,
 Que en cerrarse no tardan, y á Dalinda,
 Que á seguirle hasta el campo no se atreve ,
 Dejando en la posada

Que está del pueblo próxima á la entrada ,
 Volver por ella le promete en breve.

De la ciudad desierta atravesando
 Veloz las calles , llega á la llanura ,
 Donde á Lurcanio ve y á su adversario
 Esgrimir el acero sanguinario.

Seis guerreros á pie , de férrea cota
 Cubiertos todos , guardan la estacada ;
 Y , montado en un potro formidable,
 En medio de ellos el traidor se nota
 Que , cual gran condestable ,
 Del campo tiene y de la plaza el cargo.
 Su sonreir amargo

Revela todo el júbilo que siente
 Al ver penar su víctima inocente.

Por medio de la espesa muchedumbre
 El paso se abre con su fiel Bayardo
 El inclito Reinaldo. Viva lumbre
 Brilla en sus ojos. Su ademan gallardo
 De extraña admiracion á todos llena,
 Y , al mirarle llegar al pie del trono,
 Para escucharle cada cual se ordena.

« Magnánimo señor , dice en voz fuerte ,
 « Esa batalla haced cesar bien presto ,
 « Si no quereis de inmerecida muerte
 « Ser cómplice ó autor. Error funesto
 « Cegó la vista y ofuscó la mente
 « Del guerrero valiente
 « Que vibra hierro insano
 « Por vengar la deshonra de su hermano.
 « El otro ignora , oh rey , si en favor suyo
 « O en contra suya la justicia tiene ,

« Y á su animo galan solo atribuyo
 « El noble ardor con que la lid sostiene.
 « A la inocencia y la beldad propicia,
 « A impedir se consume una injusticia
 « Va mi voz, mas ¡oh rey! esa contienda
 « Haced antes, por Dios, que se suspenda. »

Movido el rey del porte y del discurso
 Del noble paladin, de la batalla
 Manda que al punto se suspenda el curso.
 A su voz, los guerreros se separan
 Y á escuchar se preparan
 A Reinaldo que, al rey y al pueblo todo
 De Polineso descubriendo el crimen,
 Con las armas, que esgrimen
 Sus fuertes manos, comprobarlo ofrece.

Llámase al duque; con la frente haja
 Y la color mudada comparece.
 Turbado, al rey se llega
 Y cuanto afirma el buen Reinaldo niega.
 Amenázale el héroe. Ambos armados
 Estan desde los pies á la cabeza;
 Los jueces de la plaza preparados,
 Y así la lucha sin tardanza empieza.

¡Oh, cuanto el pueblo, cuanto el rey desea
 Que, en la nueva pelea,
 Obtenga la victoria
 El que en favor de la inocencia lidia!
 Del duque la perfidia
 Siendo á todos notoria,
 A nadie se hace extraño
 Que capaz fuera de este nuevo engaño.
 Con pálido semblante,
 Con corazon turbado y palpitante,
 La señal de embestir el duque escucha,
 Y hácia Reinaldo se dirige, cuando
 Este, con mano ducha,

Su lanza enarbolando,
 Del pérfido sepúltala en el pecho
 Y del arzon lo arroja á largo trecho.

Del suyo salta el vencedor á tierra
 Y, por el cuello, aferra
 Al misero que, humilde y suplicante,
 Sus crímenes en público revela.
 Ni acaba, que en su labio
 Súbita muerte sus palabras hiela.

El rey que, á un tiempo, del horrendo agravio
 Hecho á su fama y de una muerte injusta
 Libre contempla á la doncella augusta,
 Mayor contento siente
 Que si, habiendo perdido su corona,
 La volviese á poner sobre su frente.
 Su yelmo luego alza el de Amon, y cuando
 Descubre al rey su faz, las manos este
 Con fervor levantando,
 Gracias tributa á la bondad celeste.

El paladin incógnito, entre tanto,
 Que á calmar vino de Ginebra el llanto,
 Cuanto se pasa, sin moverse, observa.
 Ruégale el rey que diga
 Su nombre y patria y de sus sienas quite
 El yelmo que, ocultando su semblante,
 De su noble intencion no le permite
 El premio recibir. A instancia tanta
 Ya no pudiendo resistir, levanta
 Su casco el paladin, y manifiesto,
 Al rey y á todos hace
 Lo que á narraros, príncipe, me apresto
 En otro canto, si escucharme os place.

CANTO VI.

El rey de Escocia otorga á Ariodante la mano de su hija y le da en dote el ducado de Albania. — Viaje aéreo de Roger y su llegada á la isla de Alcina. — Descripción de esta hechicera y de su encantadora morada. — Astolfo, transformado en mirto, trata con sus consejos de preservar á Roger de las seducciones de Alcina. — Lidia Roger contra una turba de mónstruos. — Vienen á su socorro dos doncellas.

Misero aquel que yerra
 Ver esperando impune su delito,
 Que, si no hay quien le acuse, hasta la tierra
 Hasta el aire alzará, contra él el grito;
 Y el mismo Dios, que al pecador consiente
 Celar su crimen uno y otro día,
 A descubrirlo al fin siempre le guía.

Con la muerte del único testigo
 De su maldad, pensaba Polineso
 En eterno silencio sepultarla
 Y conjurar así todo castigo.
 Mas, este nuevo esceso,
 Por celar otro esceso, cometido,
 El instante fatal acelerando
 Que hubiera cuando menos diferido,
 Con la vida perder le hizo en un día
 Amigos, patria, bienes
 Y honor, tesoro de mayor valía.

Ya dije cual, movido
 Por los ruegos del rey, las nobles sienes
 Descubre el paladin de la princesa;
 Pero no dije cual fué la sorpresa
 De la Corte y del rey, viendo el semblante
 Del mismo cuyo trájico destino

Refiriera á Ginebra el peregrino.

Impelido Ariodante

Por insana pasión, desde una roca
Al mar se lanza con ardor funesto ;
Mas á tocar su pecho viene presto
Aquel instinto natural que inspira
El temor de la muerte al que , de lejos
Tal vez desesperado la provoca ,
Cuando su torva faz de cerca mira.
De insensata y de loca
Su audaz resolución calificando ,
Ariodante, con brazo vigoroso,
Las turbias aguas de la mar cortando ,
Torna á la playa y , por sendero extraño,
Llega á la habitación de un ermitaño.

Desconocido y solo , en esta cueva
Vivir se proponía ,
Hasta saber que efecto aquella nueva
En la bella princesa producía ;
En escuchar no tarda allí , que á punto
De espirar , la doncella , en su delirio ,
El nombre de Ariodante repitiendo ,
Le achacaba el rigor de su martirio.
Concordar no podía
El amante infeliz lo que escuchaba
Con lo que , claro cual la luz del día ,
Seguro él mismo de haber visto estaba.
Oyendo en fin que á su adorada bella
Lurcanio acusa , en cólera se enciende.
Contra su propio hermano ,
Que su honra venga y su razón defiende ,
Y á mover en favor de la doncella
El mismo se dispone el hierro insano
Al ver que nadie acude á defendella.

En efecto , ora sea

Que hasta á los mas intrépidos asusta

El valor de Lurcanio, ora que justa,
 De este guerrero oyéndola en el labio,
 La acusacion al público parezca,
 A vindicar su agravio
 Hallar el rey no puede quien se ofrezca.

« ¡ Ah misero de mí ! ¿ Cómo podria »
 Se decia Ariodante « entre las llamas
 « Verla espirar y por la culpa mia ?
 « De mi alma norte, de mis ojos faro,
 « Dejarte yo no debo sin amparo,
 « Y si salvarte mi valor no puede
 « Vencido con honor al menos quede.
 « Sé que razon no tengo ;
 « Sé que á lidiar por la injusticia vengo ;
 « No me arredra el morir ; mas me acobarda
 « El pensar en la suerte
 « Que tras mi muerte á la princesa aguarda.
 « Una , empero , una idea
 « Viene á templar de mi dolor el peso ,
 « Y es que en la lid comparecer no vea
 « La infiel á Polineso ,
 « Por cuyo amor expuso así sus dias ,
 « En tanto que , de su honra en la defensa ,
 « Verá solo brillar las armas mias.
 « Sí ; de mi propio hermano,
 « Que á reparar mi afrenta se dispone ,
 « Recabaré venganza, ó de su mano
 « Recibiré la muerte ,
 « Que vengar con sus armas se propone. »

Dice : y nuevo bridon y nuevas armas
 Y negra vestidura
 Y negro escudo , tachonado á listas .
 De negro y de amarillo , se procura ;
 Parte y á poco encuentra un extranjero
 Que se ofrece á servirle de escudero ,
 Y en cuya compañía

Al sitio de la lid sus pasos guia.
 Al mirar á Ginebra libertada ,
 Su inocencia probada
 Y castigado al duque , es indecible
 El júbilo del rey , quien persuadido
 Queda, al ver la conducta de Ariodante,
 De que en la tierra hallar no era posible
 Un amor mas sincero y mas constante ;
 Y por lo tanto , y por que amóle siempre ,
 Y á instancias de Reinaldo y de la Corte
 De la princesa haciéndole consorte ,
 El ducado de Albania que , por muerte
 De Polineso , adviene á la corona ,
 A los nuevos esposos abandona.

Dalinda , cuya gracia
 Obtiene el paladin , arrepentida ,
 Los yerros de su vida
 Desde Escocia á purgar se marcha á Daza
 Y allí la vida religiosa abrasa.

Roger en tanto , en su veloz carrera ,
 De Europa ya distante ,
 Traspasa la barrera
 Que , al audaz navegante
 Hércules prescribió. La azul esfera
 Surca veloz cual el sulfúreo rayo
 Que en su justa venganza ,
 Omnipotente diestra al suelo lanza.

Bravo es Roger ; mas á afirmar me atrevo
 Que de ese mundo nuevo
 Al verse en las regiones elevadas ,
 Su corazon desmaya
 Y que en su seno tienibla , cual del haya
 Al huracan las hojas delicadas.

Cuando , con rumbo rápido y derecho
 Hubo corrido su corcel gran trecho ,
 Sobre una isla se para , semejante

A la insula dó, huyendo de su amante,
Bajo la mar abriéndose camino,
La virgen Aretusa en balde vino.

No vió Roger en toda su carrera,
Ni es verosímil que en el orbe exista,
Mas hermoso país que el que á su vista
Se presentó, cuando su raudo vuelo
Hipogrifo detuvo sobre el suelo.

Praderas y collados,
Que de brillantes flores matizados
Mantiene siempre un límpido arroyuelo,
Allí se ven. De palmas, de laureles
Y cedros odoríficos vergeles;
Naranjos de que, unidas á las flores,
Brillan las frutas con olor distinto,
Templan en este encantador recinto
De la estacion estiva los ardores.

Alegre, entre sus ramos,
El ruiseñor entona cantilenas
Y, entre claveles, rosas y azucenas,
Saltan libres conejos, corzos, gamos.
El ciervo de cabeza coronada
Vaga por donde quier, y ufano muerde
La fresca grama en todo tiempo verde.

A tierra baja el Hipogrifo, y cuando
Cerca se ve Roger al suelo salta,
Que tanta flor y tan vistosa esmalta;
Mas, temeroso de que el vuelo alzando,
Torne á emprender el bruto su camino,
Entre un laurel y un pino
A la orilla del mar sus riendas ata
En torno á un arrayan. De allí no lejos
Bulle una fuente de parlara plata,
De cuya onda en los límpidos reflejos
La pompa de su orilla se retrata.

Dejando allí su escudo, el capacete

Alzando de su sien , y entrambas manos
 Desnudando del férreo guantelete ,
 Su faz vuelve el guerrero , agora al monte,
 Agora al mar , por respirar el aura
 Que su cansado espíritu restaura ;
 Y , acosado de sed y de fatiga ,
 En las ondas mitiga
 El ardor de su pecho que , sin treguas ,
 Cubierto del pavés y la loriga ,
 Anduvo en su corcel mas de mil leguas.

La aromática yerba
 Paciendo , el bruto , en torno al mirto gira
 Cuando , de pronto huyendo , se retira
 De no se qué que en la espesura observa.
 No consigue soltarse ; mas , con ronco
 Estruendo , el arrayan su copa abaja
 Y , de su gala despojado el tronco,
 Cruje y rechina y , roto , se desgaja.

Cual leño que , arrojado
 En medio de la llama abrasadora
 Que sus pútridas médulas devora ,
 Ardientes chispas murmurando lanza ,
 Así se agita el mirto quebrantado
 Y , con acento claro y lastimero ,
 Dirige estas palabras al guerrero.

« Si no es menos cortés y generoso
 « Tú corazon que bello tu semblante ,
 « De mi tronco al corcel por Dios desata.
 « La fortuna harto ingrata
 « Me es ya sin que tú vengas este dia
 « A acrecentar mi bárbara agonía »

Escuchando esta voz , vuelve en el acto
 La faz y estupefacto
 Nota Roger que sale del arbusto.
 Dispuesto á darle gusto
 Suelta el caballo y , bien que con vergüenza ,

En esta forma á razonar comienza:

« ¡Oh selvática Diosa! ¡oh tú quien quiera
 « Que , de esta opaca selva en el recinto ,
 « Bajo ruda corteza , humano instinto
 « Y humana voz escondes! sí , imprudente ,
 « Tus hojas ofendí que eternamente
 « Respetaron los vientos y el granizo ,
 « Fué que nunca pensé que se escondiera
 « Un alma viva en forma tan grosera ;
 « Mas si del mal que mi ignorancia te hizo
 « Alguna parte resarcir me es dado ,
 « Por aquella que hechizo
 « Es de mi amante corazon , te juro
 « Hacer tanto por tí , que estoy seguro
 « De conseguir la gracia que reclamo. »

No bien de hablar el héroe así termina ,
 Trémulo el mirto con fragor rechina
 Semejante al de un ramo
 Lanzado verde en enemigo fuego ;
 Por su ruda corteza
 Sudor copioso , á discurrir empieza
 Y de este modo al héroe dice luego :

« De tu alma la nobleza
 « Estimulando , oh paladin , la mia ,
 « A referirte voy quien fui un dia
 « Y quien en esta playa
 « En mirto estéril trasformado me haya ,
 « Astolfo fuí. Bajo las lises de oro
 « Lidiando siempre , hice temblar al moro.
 « Del conde Orlando y del de Amon fuí primo ;
 « La Bretaña á mi padre obedecía
 « Y la corona de este reino opimo
 « De la suya á mi sien pasar debia.
 « Mi belleza , á mas de una enamorando ,
 « La causa es hoy de mi destino infando.
 « Hacia el ocaso por la mar que azota

- « El iracundo septentrion tornaba
 « Yo con Reinaldo y otros campeones
 « De la ínsula remota
 « Que el mar de la India por Oriente lava ,
 « Y de cuyas prisiones
 « Vino á arrancarnos , con potente flota ,
 « El adalid de Brava ,
 « Cuando , al primer albor de un claro dia ,
 « A nuestra vista apareció el palacio
 « De Alcina , á quien , bien presto , á breve espacio
 « De allí , sentada vimos por el suelo
 « Sola , sin red , pescando y sin anzuelo.
 « El delfin á sus plantas acorria ,
 « Y el grueso atun , abierta la ancha boca.
 « El buey de mar , la foca ,
 « De su sueño letárgico saliendo,
 « A su voz acudian. Gruesas bandas
 « Iban detrás de barbos , tiburones
 « Rodavallos y sollos y salmones ,
 « Una enorme ballena , la mas grande
 « Que vió la mar sin duda en su esmeralda ,
 « Aparece despues ; su negra espalda
 « Once varas y mas sobre las ondas
 « Descubre. Inmóvil esta mole inmensa
 « Viendo , un islote ver cada cual piensa .
 « La seductora hermana
 « De la célebre mágica Morgana
 « Tiende la vista sobre mí. Mi aspecto
 « Causa en su pecho un súbito trastorno ;
 « Mas , de mí viendo en torno
 « Tantos guerreros , con astucia rara
 « A separarme dellos se prepara.
 « Caballeros , nos dice ,
 « Si , en mi mansion felice,
 « Entrar os place á descansar , bien pronto
 « Os haré ver la copia peregrina

- « De cuanto pez distinto nutre el ponto
 « En el seno de su onda cristalina.
 « Conmigo , empero , sobre aquella arena ,
 « Donde siempre á estas horas aparece ,
 « Venid antes á ver una sirena
 « A cuyo canto el piélagos enmudece.
 « En esto , á mí se acerca la ballena.
 « Ciega víctima yo de ardor funesto ,
 « Sobre su lomo avánzome bien presto.
 « Reinaldo me aconseja
 « Y Dudon que mi afan no satisfaga ;
 « Mas ya la astuta maga
 « Está á mi lado y á mi lado deja ,
 « Y á mi pesar , la playa con el monstruo ,
 « Que de Reinaldo y de Dudon me aleja.
 « Aquel , por darme ayuda ,
 « Salta á la mar que , alzándose sañuda
 « Ruína amenaza , destruccion y muerte ,
 « Y , desde aquel instante ,
 « No sé cual fué del paladin la suerte.
 « Consuélame la maga y , á mi lado ,
 « Habiendo todo el dia
 « Y la siguiente noche caminado ,
 « A una insula me guia
 « De cuya mayor parte hizo señora
 « A Alcina , su codicia usurpadora.
 « De este y todos sus bienes heredera
 « Dejó su padre á Logistila , que era
 « La sola que , que entre todas las hermanas ,
 « De legítimo tálamo naciera ;
 « Pues que (sabido es esto)
 « Hijas eran de incesto
 « Las otras dos. Al verla , huyendo el vicio ,
 « Entregarse del bien al ejercicio ,
 « Liga formaron estas contra aquella
 « Y , por lanzarla de insula tan bella ,

- « Numerosas legiones han armado
 « Y mas de cien castillos le han quitado.
 « Y de todos sus bienes
 « La despojara la fraterna saña ,
 « Si la mar , por un lado ,
 « Y por el otro una áspera montaña
 « El paso no cerrasen , como cierra
 « El alto monte y el profundo rio
 « La entrada de la Escocia al de Inglaterra.
 « Mas , ¿ porqué de mi asunto me desvió ?
 « Ansias abrasadoras
 « En lo hondo de su pecho Alcina siente ,
 « Y yo , á la vista de este amor , del mio
 « Siento tambien crecer el fuego ardiente.
 « ¡ Cuán poco , oh Dios , en tan felices horas ,
 « De mi patria me acuerdo y de mi gente !
 « Enredado de Alcina al blanco cuello
 « Júzgame el hombre mas feliz del mundo ;
 « Y , al ver su rostro bello,
 « Mi dicha toda en adorarla fundo.
 « Tanta , mayor acaso que la mia ,
 « Era su llama , y nuevas
 « De ella me daba á cada instante pruebas.
 « Por mi amor , olvidó cuantos amantes
 « De sus caricias disfrutaban antes.
 « De mí se aconsejaba , y noche y dia ,
 « Vivíamos en dulce compañía.
 « ¡ Mas ah ! ¿ porqué la llaga ,
 « Que mi pecho destroza , así renuevo ?
 « ¿ Porqué , mientras buscar alivio debo ,
 « En ella mas y mas clavo la daga ?
 « Dos meses no gocé tan dulce estado ;
 « Pues , mientras mas amado
 « Y mas feliz juzgábame que nunca ,
 « Su afecto retirándome la ingrata ,
 « Mis halagüeñas esperanzas trunca ;

« Me aleja con desden, y me maltrata,
 « Dando á otro el corazon que me arrebatá.
 « De ingratitud y de inconstancia alarde
 « Hizo siempre la maga
 « Mas, por mi daño, conocí muy tarde
 « Que á todos siempre así la infame paga.
 « Y, á fin de que ninguno por el orbe
 « A propalar su escándalo se vaya,
 « Y de seguir la estorbe
 « En su torpe existencia, en esta playa
 « Convierte, á su albedrío,
 « A cual en cedro, á cual en mirto ú haya,
 « Arroyo ú fuente, ó fiera, ó peña, ó rio.
 « Oh tú, señor, que por ignota vía,
 « A destruir de alguno la alegría
 « Hácia este suelo dirigiste el paso,
 « De Alcina dueño, acaso,
 « Sobre todo mortal, por rara suerte,
 « Venturoso serás; mas teme verte,
 « Al despertar de un engañoso sueño,
 « Trocado en bruto, en peña, en flor ó en leño.
 « Este aviso, gustoso te doy ora,
 « Si bien tal vez no llegue á provecharte;
 « Mas conviene que el arte
 « Conozcas de esa infame seductora.
 « De su perfidia acaso preservarte
 « Podrás, bien que lo dudo, y si consigues
 « Que su beldad tu espíritu no asombre
 « Harás lo que jamás pudo hacer hombre. »

Roger, á quien la fama

Instruyó de que Astolfo era pariente

De la célebre dama

Por quien tan vivo amor su pecho siente,

Se duele al verlo en mirto convertido;

Mas, de aliviar su cuita

Otro medio no viendo, se limita

A dar aliento á su ánimo abatido.

É informándose luego de la via
 Que , sin pasar de Alcina por el reino ,
 A la mansion de Logistila guia ;
 « Otro camino existe , dice el mirto
 « Mas de peñascos ásperos cubierto.
 « Tomando hácia tu diestra
 « A aquel monte desierto ,
 « Que ves allí , dirigirás tus huellas ;
 « Mas no pienses , señor , que sin querellas
 « Podrás en tal camino aventurarte
 « Que de monstruos verás terribles huestes
 « El paso palmo á palmo disputarte ,
 « Cuando á pasar sus límites te aprestes. »

Al mirto el paladin las gracias dando ,
 Para partir dispónese , jurando
 Emplear de su brazo todo el brio
 Por resistir de Alcina el poderio.
 Su primer movimiento
 Fue de montar en el corcel alado ;
 Mas detúvose al ver cuan arriesgado
 Era lanzarse á la region del viento
 Sobre un corcel que al freno no atendia.
 « Con la espada, decia ,
 « El paso me abriré ; » mas no dos millas
 Camina de la mar por las orillas
 Cuando sus ojos de la maga advierten
 La soberbia ciudad. En torno della
 Fuerte muralla, que se eleva al cielo
 Y que un hermoso término comprende ,
 Mira Roger. No falta quien pretende
 Que obra fué de la alquimia
 Este elevado muro
 Que el brillo tiene del metal mas puro.

Al llegar cerca de él , abandonando
 Roger la llana y ancha carretera

Que va de Alcina hasta el palacio infando ,
Toma á la izquierda por la angosta ruta
Que le conduce al pie de la montaña ,
Dó presto, en torno suyo, hueste extraña
Ve, que tenaz el paso le disputa.

De tan informes monstruos nunca cupo
Al mundo ver mas asqueroso grupo.
Con cuerpo de hombre , de mandril ó gato ,
En la cabeza aquel muestra el retrato.
Cual de un sátiro el pie descubrir deja ,
Cual , corriendo , al centauro se asemeja.
La juventud desnuda
Ofende con sus gestos la decencia ,
Y la vejez , bajo su piel velluda
Muestra la agitacion de la demencia.
Cual de un corcel sin freno el flanco aflije ;
Cual asno lento ú buey pesado rige ;
Cual de un centauro las espaldas bruma ;
Cual de una grulla ó de un halcon la pluma.

Un vaso el uno llévase á la boca ;
Un cuerno el otro toca ;
Cual, macho ú hembra , y cual hermafrodita ,
De un garfio viene armado ó de una pala ;
Cual de una lima sorda ó de una escala.

Sobre enorme galápago marchaba ,
En el báquico sueño sepultado,
El capitan de esta caterva hedionda ,
Cuyo amplio vientre y cuya faz redonda
De todos los demás le distinguian.
En torno dél , marchaban varios otros
Que el curso del galápago regian.
Uno enjugaba de su torva frente
El copioso sudor que la inundaba ;
Otro del sol ardiente ,
Con un lienzo , los rayos mitigaba ;
Otro, que humano el pie tiene , y el vientre

Y cabeza de perro, con ladridos
 Al paladin quiere obligar á que entre
 En la ciudad que á sus espaldas queda.
 « Jamás, » dice Roger, « mientras que pueda
 « Este mi brazo manejar la espada. »
 Cuyo pomo empuñando con su diestra
 La aguda punta á su adversario muestra.

Arde el monstruo en furor. Con una lanza
 A herir al héroe se dispone, cuando
 Este sobre él furioso se abalanza
 Y, su espada hasta el pomo
 En el vientre del monstruo sepultando,
 Hace asomar la punta por el lomo.
 Su escudo entonces, con la izquierda, abraza
 Y, con la diestra, á la caterva embiste.

Mas es tan numerosa
 La nauseabunda hueste que le acosa,
 Que en vano, en vano hiere,
 En vano mata; la insolente turba
 Con otro sustituye á aquel que muere,
 Y, por librarse de ellos, vano fuera
 El deseo del héroe aunque tuviera
 Mas manos y mas brazos que Briareo.

A sus plantas postrar la hueste entera
 Bien pudo en un instante,
 Descubriendo el broquel del viejo Atlante;
 Mas ó no lo pensó, ú el vencimiento
 Tuvo á menos deber á encantamiento.

Y en tanto que los últimos esfuerzos,
 Por verse libre, hacia,
 Y á vencer ó morir se disponia,
 Por las lucientes puertas del palacio
 Dos damas ve salir. Su rico traje,
 Su gracioso ademan, su bello porte,
 Muestran el esplendor de su linaje
 Y los hábitos regios de una corte,

De un unicornio , blanco
Cual el mas puro armiño ,
Viene cada una comprimiendo el flanco ;
Y es tanta su beldad , tal es su aliño ,
Que la vista y el alma ante ellas ceden
Y de aquello que ven juzgar no pueden.

Las damas , dirigiéndose hácia el prado
Donde Roger contra la vil canalla
Sostiene cruda y desigual batalla ,
Las blancas manos tiéndenle amorosas.
El , de púrpura y rosas
Sus mejillas tiñendo , les da gracias
Y , lleno de contento sobrehumano ,
Al castillo con ellas marcha ufano.

De las mas raras piedras de Levante
Adornado se muestra el frontispicio
De este bello edificio.

Cuatro gruesas columnas de diamante
Sostienen la magnífica portada ,
Y ¿ qué importa que fino aquel no sea
Siempre que tal parezca al que lo vea ?

De ropas verdes todas adornadas ,
Y de verdes guirnaldas coronadas ,
Por el umbral y en torno á las columnas ,
Bailando , en tanto , giran mil doncellas
Que , á ser mas recatadas ,
Parecieran quizá mucho mas bellas.
Sus gracias , sus ofertas
Al guerrero seducen
Y , del templo de amor hasta las puertas ,
En voluptuosos grupos , le conducen.

Sí ; del templo de amor ; que allí sin duda
Debió nacer y allí fijar su albergue ,
Dó , en juego alegre y en festiva danza ,
Vuela el tiempo á medida que se avanza.
La vejez , los disgustos , la pobreza

Huyen de aquella deliciosa estancia
Y, con pródiga mano, en ella vierte
Su benéfico cuerno la abundancia.

La dulce primavera no abandona
Estos sitios jamás. De un fresco arroyo
A la orilla sentado, sobre un poyo,
Por aquí el uno cánticos entona.
Sobre la verde alfombra
Trisca aquel por allí; miétras de un cedro
Otro sentado á la apacible sombra,
Con un su confidente retirado,
De su pecho revélale el estado.

De los pinos y abetos por las copas
Vagan amores en aladas tropas.
Cual en herir se emplea,
Con sus dardos, altivos corazones;
Cual en cantar sus triunfos se recrea;
Cual templea sus saetas á la márgen
De un arroyo tranquilo;
Cual aguza en los mármoles su filo.

En esto, ante el guerrero denodado,
Conduciendo un corcel, cuyos arreos
De perlas y oro brillan con trofeos,
Se presenta un mancebo preparado
A seguirle en su viaje,
Y el ardor y el coraje
Del bruto alado á refrenar. Las damas,
A cuya vista huyó la chusma aleve,
Acercándose al héroe: « Vuestro amparo,
« Dicen, señor, á reclamar nos mueve
« De vuestra gloria el esplendor preclaro.
« No lejos de estos sitios, corre manso,
« Por ese llano, un río,
« Cuyo puente defiende sin descanso
« De una maga falaz el arte impio.
« Erifile es su nombre. Su estatura

« A la estatura de un gigante escede;
« Largo es su diente, agudo y ponzoñoso;
« Sus uñas y sus garras son de un oso;
« Y es tanta su maldad, que, no contenta
« Con cerrar el camino
« Al que aquel puente atravesar intenta,
« En recorrer este jardín se goza
« Y sus plantas, sus árboles destroza.
« De la feroz caterva,
« Que vino en tu camino á molestarte,
« Esa maga proterva
« En su seno llevó la mayor parte;
« Y todos, que en maldad se le parecen,
« Sus órdenes sumisos obedecen. »
— « No, prorumpe Roger, una batalla,
« Mil trabaré por vos; que aquesta malla
« Que circunda mi pecho
« Jamás vestí por adquirir riquezas.
« La inocencia, el derecho,
« La beldad, cual la vuestra,
« Mueven tan solo mi incansable diestra »

Las damas esta oferta agradecieron,
Digna de un jóven de tan raro brío,
Y, á la orilla del río,
Su plática sabrosa suspendieron.

Cubierta de loriga refulgente
Llega la maga en esto sobre el puente.
Mas suspender hasta otro canto quiero
Lo que con ella avino al caballero.

CANTO VII.

Vence Roger á la giganta Erifile. — Amores de Alcina y de Roger. — Bradamante entrega á Melisa el anillo encantado. — Toma Melisa la forma de Atlante. — Presentase á Roger; reconviénele, desvanece sus ilusiones y tórname á la libertad.

Cosas muchas y extrañas
 Ve quien camina lejos de su tierra :
 Cosas que el vulgo necio
 Oye con menosprecio
 Y toma por embustes ó patrañas,
 Cual con todas las cosas le sucede
 Que ver él mismo ó que palpar no puede.
 Así, yo no me espanto
 Si no se da gran crédito á mi canto.

Nada empero me importa. Al ignorante
 Que mis cantos desprecie, yo desprecio.
 De mi fatiga es galardón bastante
 Merecer el aprecio
 Del hombre de saber y entendimiento,
 A quien tan solo persuadir intento.

Sobre un disforme lobo de la Apulia,
 Que en alto y grueso á un buey lleva ventaja,
 Cuyos asientos nunca el freno saja,
 Y cuyo lomo encubre
 Costosísima silla,
 Sobre el puente á la maga se descubre.
 Ciñe su pecho y su robusta espalda
 Áurea coraza que esmaltada brilla
 Con ricas piedras de color distinto,
 Encarnado rubí, verde esmeralda,
 Amarillo topacio, azul jacinto.

Diversa de color , mas en el corte
 Pareja á la que llevan á la Corte
 Los obispos por cima de su cota,
 Túnica parda de su cuello flota ,
 Y un grueso sapo de ponzoña henchido
 En su cimera y su broquel se nota.

No bien al héroe vido
 La májica , hácia el puente
 Con las dos bellas damas acercarse ,
 En alta voz : « Detente »

« Vuelve , » le grita , « atrás ; » mas , sin turbarse ,
 El fuerte paladin su lanza aprieta
 Y á su adversaria , amenazando , reta.

Presta la maga hácia él su lobo empuja ,
 En el arzon se aferra
 Y , la lanza sacando de la cuja ,
 Hace temblar bajo sus pies la tierra ;
 Mas con violento choque , de repente ,
 Se sintió detenida que , en la frente ,
 Por la enemiga lanza malherida ,
 A seis brazas del lobo ,
 Sobre el prado cayó casi sin vida.

La espada el vencedor sacando entonces ,
 La cervíz altanera
 Se dispone á cortar á la hechicera ,
 Cuando , en voz alta , á las doncellas oye
 Que le gritan : « Señor , baste á tu gloria ,
 « Baste el haber vencido
 « Sin mancillar con sangre tu victoria. »

Suelta el hierro Roger y con las damas
 El puente atravesando
 Entra en un bosque. Inestricables ramas
 La senda cubren áspera y estrecha
 Que conduce derecha
 A la cumbre de un monte. Al otro lado
 De este monte escarpado

Un espacioso llano se columbra
Dó un palacio magnífico se encumbra.

De una brillante Corte acompañada,
Hasta sus puertas exteriores, viene
La bella Alcina, en busca del guerrero,
A quien, con gesto afable y placentero,
En su morada espléndida retiene.
Cual al Señor del cielo lo recibe
La amable gente que en sus senos vive.
Allí todos los rostros ilumina,
En grado casi igual, gracia, dulzura
Bondad y juventud. Solo de Alcina,
Entre las otras, la beldad descuella,
Cual la del sol al lado de una estrella.

Su gracia noble, su belleza rara
A imitar no alcanzara
El mas docto pincel. Largo cabello,
Del oro envidia, en rizos anudado,
Bate gentil su alabastrino cuello.
De lirio y rosas el color mezclado,
Por su rostro esparciéndose, contrasta
Con su frente serena,
Dó brilla solo cándida azucena.

Bajo dos negros y sutiles arcos,
Brillan dos negros ojos, claros soles
En cumplir lo que ofrecen siempre parcos.
En torno dellos y en su dulce fuego,
Amor se place en voluptuoso juego,
Y templa agudas flechas,
Que siempre van al corazon derechas.

De este rostro perfecto
Baja por medio una nariz divina.
La envidia en fin el mínimo defecto
Buscara en vano á la beldad de Alcina.

Entre dos graciosísimos hoyuelos
Lucen dos hilos de preciosas perlas,

Y un bello labio del carmin mas puro
 Ya las esconde y ya permite verlas:
 De este purpúreo labio se desprenden
 Las amables razones
 Que en viva llama el corazon encienden.
 Allí se forma aquella dulce, tierna,
 Angelical sonrisa,
 En que el mortal divisa
 Los goces todos de una dicha eterna.

Blanca, cual el marfil, es su garganta.
 De su seno de nieve
 A cada lado un globo se levanta
 Que, agitado, se mueve,
 Cual las ondas que forma viento leve.
 De sus encantos descubrir el resto
 Los cien ojos de un Argos no podrian;
 Mas es de suponer que corresponde
 A aquello que se ve lo que se esconde.

Guarda su brazo justo
 Perfecta proporcion con todo el busto.
 Terminalo una mano de azucena,
 Que en torneados dedos se prolonga,
 Y á cuya tersa candidez no hay vena
 No hay arruga ni nudo que se oponga.
 Un pie lijero, esbelto y recogido
 Sostiene en fin á aquella
 Que se muestra á Roger afable y bella.

¿Qué extraño es pues que el paladin cautivo
 Quedase en esta red? La voz, el canto
 De Alcina, su mirar, su andar lascivo,
 De su sonrisa en fin el atractivo
 Viendo Roger, se inclina
 A creer falso, cuanto
 Oyó decir al mirto sobre Alcina,
 Pues sospechar no puede que se esconda,
 Bajo tal candidez, maldad tan honda.

Y mas bien imagina
 Que castigo el que Astolfo allí padece
 Es de su ingratitud, y que merece
 Esta pena y mayor por su impostura.
 ¡Incauto! Se figura
 Que de venganza la pasion aleve
 Al triste duque contra Alcina mueve.

La cara imágen de la dama bella
 Por cuyo amor Roger suspira tanto
 Huye de su alma ya; que, por encanto,
 Todo otro nombre desterrando della,
 El suyo solo la hechicera esculpe.
 Digno es pues el guerrero se disculpe
 La ilusion que un instante
 Le hace olvidar su amor por Bradamante.

A poco rato siéntanse á la mesa.
 De liras, arpas y otros instrumentos
 Los sonoros acentos
 De repetir la atmósfera no cesa.
 Con voz meliflua, luego, del amor
 Las delicias celebra un trovador,
 Y, de la exaltacion en los caprichos,
 Extraños se oyen y graciosos dichos.

¿Qué sucesor de Nino
 Festin jamás aderezó cual este?
 ¿Con qué banquete al vencedor latino
 Obsequió la ostentosa Cleopatra
 Comparable al que al jóven,
 A quien finge que adora y que idolatra,
 Presenta Alcina? En la mansion celeste
 Festin igual yo dudo que se apreste.

Los platos y las mesas alzan luego
 Y, sentados en corro, alegre juego
 Empiezan. Mil secretos
 De labio en labio vuelan;
 Los de la maga y de Roger discretos

Su pasión mutuamente se revelan ;
 En pláticas sabrosas se entretienen
 Y la noche en pasar juntos convienen.

Los juegos por lo tanto cesan antes
 De la hora á que acostumbran ,
 Y pajes con blandones rutilantes
 El oscuro salon de nuevo alumbran.
 De séquito brillante acompañado
 Marcha luego Roger al blando lecho
 Que le fue preparado ,
 De la estancia mas fresca ,
 Mas cómoda y mas rica, bajo el techo.

Y así que nueva yesca
 Presentan con almibares y vinos
 Al fuego en que el guerrero ya se enciende ,
 Y así que , saludándole , el camino
 Para su estancia cada cual emprende ,
 De perfumado lino
 Roger entre dos sábanas se extiende
 Y, atento siempre á ver si Alcina llega,
 A ilusiones dulcísimas se entrega.
 Al menor ruido que oye, la cabeza
 Alza creyendo ver á la que aguarda ;
 Pero, « no es ella , ¡ oh cielos , cuanto tarda !
 « No es ella , no , » se dice con tristeza.
 Tal vez salta del lecho; abre la puerta;
 Mira ; mas nada ve ; ninguno viene ,
 Y mil veces y mil maldice el hora
 Que parece detiene
 En este instante el ala voladora.

« Ya no me engaño , ella es , » de nuevo dice
 Y, en el inquieto ardor que le alucina ,
 Las pisadas calcula que de Alcina
 Hacerle deben poseedor felice.
 Mas la ilusión disípase y , bien presto ,
 Al temor entregándose , recela

Que venga algun obstáculo funesto
A frustrar el afan que le desvela.

Con aromas y afeites, según uso,
Se perfumó la maga y se compuso;
Y, cierta de que á todos en su alcázar
Profundo sueño en languidez sepulta,
Con silencio se avanza
Hacia la estancia oculta
Donde, entre la zozobra y la esperanza,
Lucha Roger. Al verla, por sus venas
Siente hervir él su sangre, su alma apenas
Tanta ventura á concebir alcanza.

Loco de amor, se lanza
Del lecho al suelo, hacia la dama acude,
Y ciego, abalanzándose á sus brazos,
Su cuerpo ciñe con tan fuertes lazos
Que ni tiempo le da que se desnude.

Por fortuna ella, empero,
Vestido justo ó túnica no trae;
Solo sutil cendal que, del guerrero
Al primer movimiento, á tierra cae,
Cubierta así quedando únicamente
De una blanca camisa trasparente
Que sus gracias oculta, cual su arena
Encubre fuente límpida y serena.

No con tan fuerte vínculo se enlaza
La yedra al olmo que nacer la vido,
Como, en gozo uno y otro sumergido,
Al uno el otro con violencia abraza.
Del incienso sabeo
Perfume igual no expiden los vapores,
Ni de suaves flores
Las aromas igualan
Al que los labios de los dos amantes,
En abrasados ósculos, exhalan.

En el palacio, en tanto, hondo misterio

Sus amores encubre ,
 O encubrir á lo menos aparenta ;
 Que no teme reproche ó vituperio
 Quien calla lo que ve , sí quien lo cuenta.

No hay placer en la tierra , no hay delicia ,
 Que de uno y otro amante
 Las almas no enagene á cada instante.
 Ora á una mesa espléndida se sientan ;
 Teatros por aquí , por allá danzas
 Y juegos á su vista se presentan.
 Ya para ellos un baño perfumado ,
 Que sus fuerzas y espíritus repara ,
 Una mano solícita prepara.
 Ora , leyendo bajo verde sauce
 Amorosas historias , se recrean ;
 Ora su tiempo emplean
 En perseguir por valles y por cerros
 A la tímida liebre ; ora con perros ,
 A cazar el faisán acostumbrados ,
 De sus jarales á salir le obligan ;
 O lazos tienden que sus alas ligan
 Al tordo entre las zarzas , ó con redes
 O , pendiente de un hilo ,
 Con anzuelo traidor , al pez incauto
 Van á arrancar de su secreto asilo.

En tanto que á las lánguidas dulzuras
 De esta existencia el héroe se entregaba ,
 Y que una hueste numerosa y brava
 Mandaba el rey francés contra Agramante ,
 La insigne Bradamante
 Por Roger suspiraba noche y día.
 Inquieta , por hablalle ,
 Va de la selva al monte , al llano , al valle ,
 Y con su anillo , en varias ocasiones ,
 Penetra hasta en los moros pabellones.

En vano , empero , nuevas de su amante

A cuantos ve pregunta á cada instante
Búscale en balde y recelara acaso
Que perecido hubiera ,
A no saber que , hasta el confin de ocaso ;
Desde dó nace Hidaspes , en tal caso ,
La fama de su muerte recorriera .

De hallarle en fin perdida
Toda esperanza , triste y afligida ,
A volver se decide á la caverna
Dó la ceniza de Merlin reposa ,
Y allí gritar hasta que cada losa
A compasion de su dolor se mueva ,
Y hasta saber cual suerte
Al héroe cupo , y resolver que deba
Hacer si vive , y qué si sufrió muerte .

Con esta intencion , pues , sus pasos lleva
Hácia la selva que á Poitiers circunda ,
Y al sitio que , recóndito y salvaje ,
De entrada sirve á la mansion profunda ;
Pero la sabia , amable encantadora
Que los héroes de su ínclito linaje
A la doncella á quien Roger adora ,
En la caverna , ya mostró , Melisa
Que al Hipogrifo , en su arriesgado viaje ,
Siguió , no sin temblar por el guerrero ,
Vió cual hecho Roger fue prisionero
Como fue libertado , y como agora
En las regiones del Oriente mora .

Sobre Hipogrifo la azulada esfera ,
Mal de su grado , atravesar le vido .
De su-larga carrera
Síguele hasta el confin y , sumergido
En ocio , allí le ve dar al olvido ,
Entre los brazos de la astuta dama ,
Su honor , su rey , la vírgen á quien ama
Y en esta torpe vida hubiera acaso

Su juventud el héroe consumido
 Y, con ella, perdido
 Su honor, su fama y su obtenida gloria,
 É infame su memoria
 Horror al orbe hubiera producido,
 A no llegar Melisa. Bien cual suele
 Médico docto á encangrenada llaga
 Hierro ó fuego aplicar que, si bien duele
 Con mayor acrimonia á los principios,
 Aprovecha á la postre, así la maga,
 Que á su dicha antepone
 La dicha de Roger, medios violentos
 A emplear se dispone
 Si, con dulzura, conseguir no puede,
 Que á la pérfida Alcina él abandone.

Diferente de Atlante, por la fama
 Y la gloria del héroe se desvela,
 Mientras el viejo del jóven á quien ama
 La vida solo conservar anhela,
 Y cuanto vale y es diera gustoso
 Por prolongarla un año,
 Aun cuando fuera de su honor en daño.
 Con este fin, hácia la Corte bella
 De Alcina le condujo, por que en ella
 De la guerra olvidase el ejercicio,
 Y de ambos supo aprisionar el pecho
 Con lazo tan estrecho
 Que, por romperlo, se esforzara en vano
 La rigidez del mas maduro anciano.

La maga en tanto, á cuyos sabios ojos
 Nada puede ocultarse, sin tardanza
 Se presenta á su cara protegida.
 De la virgen, al verla; los enojos
 Se truecan en placer y en esperanza;
 Bien pronto, empero, á maldecir su estrella
 Vuelve, oyendo que della

Distancia inmensa á su Roger separa ,
 Y exánime se queda cuando sabe
 Cuanto el peligro que le amaga es grave.
 Mas, Melisa animándola, « hija cara
 Le dice : » si ese portentoso anillo
 « Que orna tu dedo á encomendarme accedes,
 « Desde este instante puedes
 « Contar con ver al inclito caudillo.
 « De aquí partiendo agora
 « En India me hallará la nueva aurora. »

Y prosigue narrándole que medios
 Usar se proponia

Para arrancarle de tan torpe estado
 Y conducirlo incólume á su lado.

De su dedo el anillo
 Sacándose la virgen, se lo entrega
 Y, por su amor, le ruega
 Que vele por Roger. Luego el camino
 Que hácia Provenza guia
 Toma ella ; entanto que , por otra vía ,
 La hechicera marchando ,
 Comparecer ante sus ojos hace
 Un palafren extraño
 Negro de cuerpo y con un pie castaño ,
 Del averno profundo
 No sé si era un espíritu , sé solo
 Que , descalza, y el talle desceñido ,
 Y el cabello esparcido
 Del viento á la merced , sobre su grupa ,
 De un salto, se coloca
 Y, el anillo poniéndose en la boca ,
 De tal manera en avanzar se ocupa,
 Que en la ínsula de Alcina
 Le sorprendió la estrella matutina.

El transformarse es obra de un momento ,
 De una cuarta el aumento

Hace tomar de pronto á su estatura,
Y grueso en proporcion con esta altura.
Barbas da y aspereza á su semblante
Y, con su ruda reja,
Surcar su jóven faz al tiempo deja.
Su paso en fin , su voz y su semblante
Supo fingir con propiedad tan rara ,
Que con el viejo Atlante
La vista mas sagaz la equivocara.

De Alcina la presencia
Evitando solícita , el instante
Busca en que de su amante
Separada se encuentre. Por ventura
Tendido muellemente
Lo encuentra un dia al borde de una fuente.
Cubre sus miembros , por su vida ociosa
Afeminados insensiblemente ,
Túnica primorosa
Que le tejó la maga voluptuosa.

Ricas piedras adornan su garganta
Y brazaes preciosos
Sus brazos , otro tiempo vigorosos.
La piel de las orejas del caudillo
Atravesando con un hilo de oro ,
En cada una un zarcillo
La hechicera colgó con una perla
De las de Ormuz y de Ceylan desdoro.
Su rizado cabello
Esparciéndose en torno de su cuello ,
Los aires embalsama.
Su rostro en fin , su voz , sus movimientos
Amor respiran y , oprobiosa llama
Sintiendo por la májica proterva ,
El nombre solo de Roger conserva.

Bajo la forma del anciano Atlante ,
Acércasele súbito la dama

Y, armándose de aquel sañudo gesto
Que respetar el paladin solia :

« ¿ Es esto , dice , es esto

« Lo que mi arte á mi anhelo prometia ?

« ¿ De leones y de osos por ventura

« Con tuétanos nutri tu edad primera ;

« Por el áspero monte y selva oscura

« Al lobo , al jabalí y á la pantera

« Las uñas y los dientes

« A arrancar te enseñé , y á las serpientes

« A estrangular entre tus fuertes brazos ,

« Para verte , ¡ infeliz ! tras penas tantas

« De una Alcina postrado ante las plantas ?

« No es esto , ¡ ah ! no , lo que de tí los sueños

« La conjuncion de estrellas y de puntos ,

« El girar de la máquina celeste ,

« De mi arte en fin los medios todos juntos

« A mi afan predijeron. No , no es este

« El camino que guia

« A la inmortalidad. Fatal engaño

« Un Cesar , un Cipion , un Alejandro ,

« Me hizo un tiempo esperar que brotaría.

« En el triste mortal á quien condena

« La torpe Alcina á la servil cadena.

« ¡ Ah ! si el insigne honor á que , propicio,

« El cielo destinárate , no mueve

« Tu duro corazon , moverlo debe

« El pensar cuan injusto es que se frustre

« Por tí la gloria de tu stirpe ilustre.

« ¿ Con qué derecho á defraudar se atreve

« Tu torpe vida al orbe , de las almas

« Mas nobles que el Señor concibió nunca ,

« Y que esperando estan la luz del dia

« Por cubrirse de lauros y de palmas ,

« En su antiguo esplendor restableciendo

« De Italia libre la alta monarquía ?

« Dos , sobre todo , Hipólito y su hermano ,
 « A obedecerme muévante. Sus nombres
 « Con brillo volarán eternamente ,
 « De nacion en nacion , de gente en gente.
 « De tu linaje espléndido y fecundo
 « Son estos dos los que mas gloria al mundo
 « Habrán de dar. De mí tú mismo oyendo
 « Del cielo los recónditos secretos ,
 « Mostraste en otros tiempos alegría ,
 « Al saber que algun dia
 « Darás á Italia tan ilustres nietos.

« ¿ Qué viste en esa infame ,
 « De tantos otros torpe cuncubina ,
 « Que así tu voluntad avasallara ?
 « ¿ Quieres ver , infeliz , quien es Alcina ?
 « Toma , toma este anillo ; vuela ante ella ;
 « Verás cual es aquella
 « Que ilusa tu alma en adorar se obstina . »

Confuso y en silencio el héroe queda.
 Ni pestaña ni labio mover osa ;
 Y cuando , bondadosa ,
 Pone la maga el misterioso anillo
 En su trémula mano , de tal modo
 Se cubre de rubor , que deseara
 Que , abriéndose , la tierra le tragara .

Su primitiva forma , en este instante ,
 Toma Melisa , al héroe descubriendo
 Su nombre , su semblante
 Y la causa feliz de su llegada .
 Dicele que á romper tan solo viene
 La cadena fatal que le detiene ;
 Y que viene enviada
 Por la insigne guerrera , cuya vida
 Estando al bien de su Roger ligada ,
 Puesto en sus manos hale
 Aquel anillo contra el cual no vale

Encantamiento alguno , y que lo mismo
Su vida y su alma diera
Si, por salvarle de aquel hondo abismo,
Su vida ó su alma necesaria fuera.

Y de su parte le refiere luego
Cuanto es ardiente el fuego
En que, por él, la vírgen se consume.
Sus proezas le cuenta , y de tal modo
De aquesta el bien , de Alcina el mal resume ,
Que la aversion mas viva
Por ella hace al guerrero que conciba.

Esta aversión , bien presto ,
En un odio profundo se convierte ,
Pues , del anillo la virtud divina
Haciendo todo engaño manifiesto ,
Ver á Roger permite que en Alcina
Nada era natural , todo ficticio ;
Engaño todo , fraude y artificio.

Bella y llena de aroma una manzana
Un rapazuelo esconde ;
Mas no se acuerda donde .
Encontrándola luego una mañana
Cógela , y presto , con despecho é ira ,
Lejos de sí la tira
Al ver el fruto , ha poco hermoso y sano ,
Pábulo agora de voraz gusano.

Así cuando , por órden de Melisa ,
Ante Alcina esta vez Roger se muestra
Con el anillo májico en su diestra ,
Una vieja decrepita divisa
En vez de la beldad lozana y rara
Que en Alcina admirara.
Pálido ve su rostro y macilento.
A seis palmos no llega su estatura ,
Ni un cabello en su frente ,
Ni en su boca se nota un solo diente.

La Sibila Cumea

Ni la viuda de Priamo mas años
Que ella vieron tornar; mas con engaños,
Que conocer á nuestra edad no cupo,
Hacerse hermosa, hacerse jóven supo,
Y, cual al héroe, fascinar á tantos.

Nada hoy, empero, todos sus encantos
Valen contra Roger. Aleccionado
Por la sabia Melisa, el cambio horrendo:
Finge no conocer, hasta que un dia,
Sus relegadas armas revistiendo,
Dijo á la maga que medir queria
Cuanto estaba mas grueso
Desde que no sintió dellas el peso.

Cíñelas pues, y cíñese en seguida
Su fuerte Balisarda;
Toma el broquel, cuidando que su lumbre
A través del cendal no se columbre,
Y, á la cuadra bajando,
Ensillar y enfrenar hace un pezeño
Que le indica Melisa, no ignorando
Cuanto es lijero su correr. Su nombre
Es Rabicano y fué su antiguo dueño
El paladin que, en mirto convertido,
Dobla hoy al aquilon su cuello erguido.

Tomar bien pudo en vez de Rabicano
Al Hipogrifo que á su lado estaba;
Pero temió que, si su plan llegaba
Alcina á penetrar, lo hiciera vano.
De Melisa además el cuerdo aviso
Escuchando, no quiso
Emprender su carrera
Sobre tan viva é inobediente fiera

De allí sacándola al siguiente dia,
Le ofrece la hechicera
Explicarle despacio la manera

De regirla segun su fantasía.

Con este ardid, el paladin se aleja
Del palacio fatal de la ímpia vieja
Y, de nuevo emprendiendo su jornada,
Marcha de Logistila á la morada,
A las puertas llegando,
A sus guardas ataca á la improvisa
Y, sin que nadie a su furor resista,
Espanto y muerte entre ellos va sembrando.

Pasa el puente por fin, y su carrera
De tal modo acelera
Que hallarse lejos debe
Antes que de su fuga
La noticia á la májica se lleve.
Mas mientras llega el héroe á su destino
Otro canto dirá lo que le avino.

CANTO VIII.

Despues de mil trabajos, llega Roger á la morada de Logistila, donde encuentra á Melisa y al duque Astolfo. — Reinaldo obtiene socorros de tropas de los reyes de Escocia y de Inglaterra. — Angélica discurre por el mar montada en el caballo encantado. — Caen en manos del ermitaño, y luego en poder de unos piratas. — Parte Orlando en busca de ella.

¡ Cuánta Melisa, oh cielos, cuanto Atlante
Incógnito en el orbe se pasea,
Que cambiando de voz, y de semblante,
En cautivar las almas se recrea,
Sin que para ello menester le sea
Demonios invocar ni observar astros,
Que el engaño y la intriga
Coronan casi siempre su fatiga!

De Melisa , ó mas bien del sano juicio ,
 Quien el precioso anillo poseyera ,
 Sin esfuerzo pudiera
 La verdad distinguir del artificio.
 Dicha fue pues del héroe , y no pequeña ,
 Aquel dije tener que de lo falso
 Lo verdadero á discernir enseña.

Dicho va , cual armado , hácia la puerta
 Llegó Roger , y cual amedrentada
 Deja á la chusma , ó muerta
 A los terribles golpes de su espada.

La puerta pasa y en los bosques entra.
 Sobre un rocin estítico montado,
 Allí de Alcina á un servidor se encuentra ,
 Que un lijero lebrél lleva á su lado ,
 Y en su diestra un milano
 Que en lanzar cada día,
 Para hacer presas , ora por el llano,
 Ora al vecino estanque , se placia.

Al ver al héroe , la presteza viendo
 Con que , aguijando á su corcel , camina ,
 No tarda en sospechar que viene huyendo
 De la mansion espléndida de Alcina.
 Acércasele pues y , en voz grosera ,
 La causa que sus pasos precipita
 Pregunta al paladin , que no contesta.
 Furioso aquel , entonces , le denuesta
 Y , el brazo alzando , grita :

« ¿ Qué dirás tú si yo te cierro el paso ?
 « ¿ Resistir al halcón piensas acaso ? »

Dice : y al ave lanza ,
 Que al veloz Rabicano en breve alcanza.
 A tierra salta el rústico en seguida
 Y , quitando la brida
 A su rocin , lijero como el dardo ,
 Suéltalo contra el paladin gallardo

A quien muerde y acosa. Sin tardanza

Hácia él acude el rústico, seguido

De su lebrel, veloz cual leopardo

Que á la libre persigue en el ejido.

Roger, que á mengua no esperar lo tiene,
Al villano se acerca,

Pero su espada desnudar desdeña

Al verle armado solo de la vara

Con que al lebrel á obedecer enseña.

Su tiempo, empero, el rústico no pierde

Y al héroe acosa con la vara, en tanto

Que, por el lado izquierdo, el can le muerde.

Por el derecho, en esto, le acomete

El rocin con los dientes y pezuñas

Y, en torno suyo, infatigable vuela

El presto halcon que, con punzantes uñas,

Al caballero ofende

Y al corcel, que á la espuela

Y al freno, amedrentado, ya no atiende.

Viendo entonces Roger que en vano quiere,

Dispersar á la turba que le ataca,

El fuerte acero saca;

Al can, al ave, al siervo, al rocin hiere

Y, conociendo en fin que esta demora

Puede serle funesta,

Pues á partir se apresta,

En su busca, la altiva encantadora;

Y que ya, por los valles y colinas,

De atambores, campanas y bocinas

El sonido se escucha,

Poner fin piensa á tan extraña lucha.

Del escudo de Atlante

Alza el rojo cendal. La lumbre viva,

Produciendo su efecto, en el instante

Al cazador de sus sentidos priva;

El caballo y el can vienen al suelo,

Y del halcon inmóviles las alas
 Quieren en vano sostener su vuelo.
 Sumidos en letargo así los deja ,
 Y de aquel sitio el buen Roger se aleja.

La maga , en tanto , que la fuga sabe
 Del héroe y la reyerta
 En que , guardando el paso de la puerta ,
 Muerta quedó gran parte de sus tropas ,
 Sumergida en dolor , rasga sus ropas ,
 Los cabellos se mesa ,
 Su imprevisión estúpida confiesa
 Y manda que , á lidiar apercebida ,
 En torno suyo , sin tardanza alguna ,
 Su gente toda en huestes se reúna.

De esta gente , en seguida ,
 Dos divisiones hace. A la una dellas
 Seguir intima de Roger las huellas.
 Ella luego , saltando sobre un leño ,
 A la segunda hueste se reúne ;
 Y es tal su afán de que no quede impune
 La infiel conducta del que fue su dueño ,
 Que , por seguir al jóven á quien odia ,
 Deja todo su reino sin custodia.

No á Melisa podia
 Presentarse ocasion mas favorable
 De librar á los héroes que , implacable ,
 Alcina en sus prisiones detenia.
 Con este objeto , márchase al palacio ;
 Sus muros ve de imágenes cubiertos
 Y , en sus salas y pórticos desiertos ,
 Los ingredientes halla , talismanes
 Nudos , rombos y cuantos
 Instrumentos destina á sus encantos

Unos quebrando y dando otros al fuego ,
 A los jardines se dirige luego ,
 Donde de Alcina encuentra á los amantes ;

Y, con su antigua forma, les devuelve
La libertad de que gozaban antes.

Agradecidos ellos

En busca parten de Roger y llegan

De Logistila á los estados bellos.

De allí, distinto giro

Tomando, cual á Grecia se encamina.

Cual á la Escitia, á Persia ó al Epiro.

Astolfo fue de todos el primero

Que probó del anillo la virtud.

Por Roger la hechicera prevenida

Fin poniendo á su larga esclavitud,

Le torna á dar aquella lanza de oro

Que, con un solo golpe,

A un hombre saca del arzon. Del moro

Argalia fue; mas tarde

Vino á poder del príncipe britano,

Y en una y otra mano

A la Galia asombró con su pujanza.

Sus armas todas, con aquesta lanza,

Al paladin la mágica entregando,

Para partir le encarga que se apronte

Y, el alado corcel luego ensillando,

A Astolfo manda que en su grupa monte.

Así de Logistila

A los reinos se parten, donde aguardan

Mas de una hora á Roger, cuyo camino

Invencibles obstáculos retardan.

Por medio á la maleza,

Con penas mil, los fosos y peñascos,

Que le obstruyen el paso, atravesando,

Llega en fin, fatigado y casi muerto,

A un páramo desierto,

Cuyos límites son el mar y un monte.

Su ceñido horizonte,

Estendiéndose solo á mediodía,

Su estéril suelo abrasa de manera
 Que , á su contacto , el vidrio
 Sobre la arena líquido corriera.
 Nada respira allí. De la agorera
 Cigarra solo el importuno acento
 De rama en rama hace correr el viento.

Mas de asunto me obliga

Mi deber á cambiar de cuando en cuando ;
 Así , de sed , y de hambre y de fatiga ,
 Al buen Roger aquí dejo espirando ,
 Y tras Reinaldo á Escocia emprendo el vuelo.

Por el rey , por Ginebra y por la Corte ,
 De júbilo acogido con transporte ,
 La causa que á aquel suelo
 Sus pasos guia , al paladin expone
 Diciendo que de Escocia y de Inglaterra
 A pedir el auxilio se dispone
 En nombre de su rey. El riesgo grave
 Que amaga á Cárlos , de tal modo sabe
 Pintar , que del anciano la respuesta
 Fué que , por ir de Cárlos al socorro ,
 Su gente toda hallábase dispuesta
 Y que , su edad no obstante ,
 El mismo al frente della se pondria
 Si encomendar su mando no pudiera
 A un hijo suyo de alta nombradía
 A quien en breve ver llegar espera.

Soldados , entretanto ,
 Y caballos y naves habilita ,
 Oro prepara , víveres y cuanto
 Para esta expedicion se necesita.
 Y cuando hácia Bretaña
 Reinaldo parte , él mismo le acompaña
 De su pais á la última frontera
 Dó diz que tiernas lágrimas vertiera.

Próspero viento del bajel henchía

Las blancas velas cuando , en él , Reinaldo ,
De todos despidiéndose , subia.

Alzada el ancla , en breves horas llega
Allá , dó el mar hinchado

Su depósito el Támesis entrega.

Por el flujo del mar luego empujado ,
Se halló bien pronto á Lóndres transportado.

De Cárlos y de Oton , rey de Inglaterra ,
Que con Cárlos sitiado

Se halla en París , al príncipe de Gales

Lleva el hijo de Amon órdenes tales

Que , en el preciso término muy breve ,

Caballos y hombres debe ,

Armas y buques preparar , y junto

Todo á su auxilio despachar al punto.

El príncipe que he dicho , en cuya mano ,
Por ausencia de Oton , estan las riendas
Del imperio britano ,

Al buen Reinaldo obsequios tales hace

Cual los hiciera al mismo soberano ;

Y á su demanda al punto satisface ,

Fijando el dia en que la escuadra nueva

A las costas de Francia partir deba.

Mas , cual suele hábil músico á menudo

Cambiar de cuerda por variar de tono ,

Ora el grave empleando , ora el agudo ,

Tal , por hablar de Angélica , aquí dejo

Al bravo paladin , de quien buía

Cuando topó con el astuto viejo .

Tanto al de Amon Angélica temia

Que . pensando que Francia , Europa entera ,

Darle seguro asilo no podia ,

Si del mar no mediaba la barrera ,

La bella dama con afan la via

Preguntaba que al puerto conducia .

Mas el viejo , que siente

Con violencia latir su helado pecho,
De indicarle el camino no se cura ;
Antes su viaje detener procura.

Vano , empero , es su afan. A su despecho
Alejarse la ve. De su asno lento
En vano el movimiento
Pretende acelerar , y persuadido
Que seguirla no puede , y que su pista
Va por siempre á perder , del hondo Averno
Convoca á las deidades. A su vista
Una , entre otras muchas , comparece ,
Que habla con él , y parte y se introduce
En el corcel que á Angélica conduce.

Cual can sagaz que , en conocido monte ,
Liebre ó zorra persigue ,
Su huella tal vez sigue ,
Tal vez no , que , cortando ,
Llega mas pronto al fin de su carrera ,
Dó á su víctima espera ;
Así el viejo falaz de la doncella ,
Sin tanto caminar , sigue la huella.
Ella entretanto , que su objeto ignora ,
Tranquila sigue , haciendo
Ora largas jornadas , cortas ora.

Así llega á la orilla
Del mar que en torno á los gascones brama ,
Y por la arena que , mojada , brilla ,
Sigue su viaje la afligida dama ,
Cuando he aquí que , por el monstruo horrendo ,
Que en su seno se abriga , estimulado
El palafren , á nado
Nuevo camino por la mar emprende.

Con el freno , hácia tierra
Volverle en vano Angélica pretende ;
Al ver su riesgo la infeliz se aterra
Y en el arzon , exánime , se afana.

Del muslo en torno recogido habia
 Su vestido y , las olas evitando ,
 Levantaba los pies cuanto podia.
 Por sus espaldas cándidas flotando ,
 Sus hermosos cabellos ,
 Del Céfito lascivo eran juguete ;
 Que , tanta gracia contemplando atentos ,
 Ni osaban respirar los demas vientos.

En vano , en vano , sus hermosos ojos ,
 Anegados en llanto ,
 Misera hácia la tierra revolvía
 Que , huyendo , decrecía.
 La triste noche su enlutado manto
 Sobre la tierra y sobre el mar tendía
 Cuando , á la diestra el palafren volviendo ,
 Conduce á la infeliz sobre unas rocas
 Que , hendidias , abren espantosas bocas.

Al verse sola en medio de un desierto ,
 Que al corazon mas firme diera espanto ,
 Es el que siente tanto
 Que , mas bien que mujer , cadáver yerto
 A semeja ó estatua. Sin aliento ,
 Sin voz , sin movimiento , altas las palmas ,
 Con llanto y languidez , sus luces bellas
 Alzando á las estrellas ,
 Estar parece al que gobierna el mundo
 Echando en cara su dolor profundo ;
 Y en sí , tras largo rato , al cabo vuelta ,
 De este modo su voz en quejas suelta.

« ¿ Cuándo , ¡ oh fortuna ! cuándo
 « Cesará tu rigor de perseguirme ?
 « Asaz no hize á tus furores dando
 « Una existencia triste ,
 « Que arrancarme pudiste ,
 « Sepultándome en medio de esas olas ,
 « Y que á suerte mas cruda

- « Has reservado ¡oh bárbara! sin duda ?
 « A mi angustiado pecho
 « ¿ Que es lo que queda por sufrir ? Del trono
 « Donde á sentarme me llamó el derecho
 « Me derrocó tu despiadado encono ,
 « Robándome el honor ; pues si es seguro
 « Que ileso existe y puro ,
 « Es seguro tambien que expuesto queda
 « A las sospechas , que algun tanto funda
 « Mi vida incierta , errante y vagabunda.
 « Y , perdido el honor , ¿ qué es lo que resta
 « A una infeliz mujer ? Si soy hermosa ,
 « Cual lo pretende el vulgo , bien funesta
 « Me ha sido mi beldad. No al cielo gracias
 « Tributaré por esta ,
 « Causa fatal de todas mis desgracias.
 « Ella á mi hermano Argalia dió la muerte
 « A pesar de sus armas encantadas.
 « Ella de la ímpia suerte
 « De mi padre infeliz la causa ha sido.
 « Ella me ha reducido
 « A esta existencia errante. Despojada
 « Del trono de mis padres , sin amigos ,
 « Sin patria , sin honor y aun sin morada ,
 « ¿ Para que quiero , ¡oh pérfida fortuna!
 « La existencia que tanto me importuna ?
 « Con bárbara piedad , ya que sumirme
 « No quisiste en las olas , si á lo menos
 « En pábulo me dieras
 « A las voraces fieras
 « Que habitar deben estos hondos senos ,
 « Por primer vez , al acabar mi vida ,
 « Gracias yo tributárate rendida. »
 Mientras así sus quejas exhalaba
 La mísera doncella ,
 El pérfido ermitaño , que seis dias ,

Por desusadas vías,
 Llegara á aquellos sitios antes que ella,
 Su pena advierte desde una alta roca
 Y, al punto descendiendo,
 Cabe ella se coloca,
 La mas profunda devocion fingiendo.

Maravilloso efecto la presencia
 De un ser humano en los sentidos obra
 De Angélica que no lo reconoce.
 Calmada, pues, un tanto su zozobra,
 « De mi suerte infelice,
 « Oh padre, compadécete, » le dice,
 Y, entre sollozos mil, su cuita grave
 Refiere á aquel que cuanto pasa sabe.

Con devotas palabras, el anciano
 Su pena amarga á mitigar empieza;
 Pero, bien presto, con aleve mano,
 De su faz y su seno la pureza
 Osa tocar, y, con inmundo labio,
 A la belleza y al amor, agravio
 Se preparaba á hacer, cuando, animosa,
 La virgen le rechaza,
 Su faz tiñiendo de carmin y rosa.

Sacando entonces un frasco del bolsillo
 El viejo atroz, del líquido que encierra
 Con una gota, apaga todo el brillo
 De los mas bellos ojos de la tierra.
 Rendida por el sueño mas profundo
 Angélica los cierra
 Y en poder queda así del viejo inmundo.
 Entonces si que sus virgíneas gracias,
 Con torpe mano y con mas torpe boca,
 Impunemente él toca.
 Solo con ella al verse en un desierto,
 Su horrendo crimen consumir medita;
 Mas en sus venas muerto

El fuego está que su ansia necesita ;
Y , cual rocin que , tras penosa marcha ,
Sintiendo ora el talon , ora la rienda ,
Quiere alzar la cabeza
Y el paso acelerar , débil tropieza
Y al suelo arrastra su inflexible dueño ,
En vano así , por su ansia consumido ,
Vino á tierra el hipócrita , rendido
De cansancio , de cólera y de sueño.

Pero , bien que de Angélica no acabe
Aquí la cuita grave ,
Del Norte y del Ocaso
Los apartados términos traspaso.

Hay mas allá de la remota Irlanda
Una tierra nefanda ,
De cuyos moradores
Percieron los mas á los furiosos
De la grey espantosa de Proteo.

Cuentan , ciertas ó no , viejas historias ,
Que aquel sólio ocupaba
Un poderoso rey. Joven y bella
Hija tenia , por la cual Proteo ,
Dentro del agua , enciéndose en deseo ,
Y á la orilla del mar , solo con ella
Encontrándose un dia ,
De su audacia y su amor le da tal prueba
Que en sus entrañas la infeliz la lleva.

Del inflexible padre fué tremendo
El enojo al saber aquesta nueva ,
Y razones y excusas desoyendo ,
Mandó que , con el párvulo inocente ,
Perciera la madre delincuente.

En su furia violenta ,
Al escuchar tan bárbara venganza ,
Proteo del ganado que apacienta
Los monstruos todos á la orilla lanza ,

Que los campos destruyen ,
 Los rebaños , las casas y los pueblos
 De dó aterrados los vivientes huyen ;
 Y á las fuertes ciudades muralladas
 Y por hombres sin cuento custodiadas
 Ponen estrecho asedio.

Consultado , el oráculo responde
 Que el medio , el solo medio
 De aplacar tanta cólera seria
 Presentar en la playa cada día
 Al irritado Dios una doncella ,
 Hasta que, una tan bella
 Cual la que fué sacrificada , hallando ,
 Sáciase en ella su furor infando.

Triste es allí de la beldad la suerte
 Desde que existe usanza tan sangrienta ,
 Pues del monstruo la saña no contenta ,
 A cuantas bellas ve da cruda muerte ,
 O, al volverse á la mar , á una orca impía
 De devorarlas la mision confia.

No podré yo afirmar si de Proteo
 Es verdadera ó no toda esta historia ;
 Lo que es cosa notoria
 Es que la ley existe. Triste cosa
 El ser mujer es ya por donde quiera ;
 Allí , no solo es triste , es espantosa.

¡ Guay de la dama , á quien fortuna fiera
 Tal vez conduce á aquel paraje infausto ,
 Donde es gran bien hallar una extranjera
 Que ofrecer á Proteo en holocausto.
 De mujeres exhausto
 Empezándolo á ver sus habitantes ,
 En bajeles sin número , á distantes
 Playas corriendo sin cesar , conducen
 Doncellas mil que ya por fuerza roban ,
 Ya con el oro ó la ficcion seducen ,

Doncellas mil de todas las naciones
Que de la ínsula pueblan las prisiones.

De estos viles corsarios

Una barca pasando acaso un día
No léjos de los sitios solitarios
Donde, en los brazos del astuto viejo,
La desgraciada Angélica dormia,
En busca de agua fresca y de madera,
Desciende á la ribera
La chusma que rigiéndola venia.

¡Oh beldad soberana!

¡Joya mil veces demasiado hermosa
Para gente tan bárbara y villana!

¡Oh fortuna cruel y rigurosa!

¿Quién pensará que en la existencia humana
Influjo tanto tengas que alimento
Hagas de un ser cruento

A la beldad cuyo celeste influjo,
Desde el suelo del caucaso al indiano,
Al mísero Agricano,

Con media Escitia, á perecer condujo?

La gran beldad que fué por Sacripante
A su honor y á su imperio preferida;
La que empañó del paladin de Anglante
La fama esclarecida,
Y por quien vió Levante

Su gente toda inquieta y conmovida,
Sola, aflijida, hoy yace en suelo extraño,
En los brazos del pérfido ermitaño.

A la barca, dó gime

Harta indefensa dama, á quien oprime
Dolor igual, conducenlo con ella,
Y á la cumbre del mástil levantada
La lona ven al despertar que, hinchada
Por recio viento, los impele á tierra.
Allí, dentro de un fuerte

La fiera gente á la doncella encierra ;
 Hasta el fatal instante de su muerte ;
 Mas, fué tanto el poder de su hermosura
 Aun sobre aquellos pechos inhumanos ,
 Que entregarla al suplicio difirieron
 Mientras hallar pudieron
 Otras doncellas que esponer al monstruo ,
 Y el pueblo todo vió con sentimiento
 Llegar por fin el critico momento.

¿ Quién, quién puede decir cuanto suspiro
 Cuánta queja la dama al cielo manda ?
 Yo por mí no me admiro
 Si con su acento ablanda
 La roca, á que sujeta ,
 El fin contempla de su suerte infanda.

Mas el dolor me fuerza
 A que los ojos tuerza
 Hácia otra parte. Sosegado un tanto
 Mas tarde acaso emprenderé mi canto ;
 Canto que acaso á compasion moviera
 A la mas cruda fiera
 Que de la Libia en las arenas brama.

¡ Oh, si llegar de su angustiada dama
 Pudiera el eco hasta el señor de Anglante !
 ¡ Oh, si saber Reinaldo y Sacripante
 Pudiesen de su Angélica la pena !
 Por romper su cadena
 Acorrieran veloces, ¡ mas en vano !
 Que de su prenda cara
 Una inmensa distancia los separa.

El cerco de París, en tanto, hacia
 Con gran teson el hijo de Troyano ,
 Llegando á tal extremidad un dia
 Que sucumbir bajo el poder del Moro
 Creyó ver Cárlos á las leyes de oro.
 En trance tan extremo

Al cielo el rey sus súplicas dirige ,
 Y , apiadado del riesgo que le aflije ,
 El Hacedor Supremo
 Con abundante lluvia el fuego apaga
 Que hacerse dueño de París amaga.

En la callada noche , el triste Orlando
 Vuelve y revuelve la penosa idea
 Que , en su alma siempre fija
 Y siempre en incesante movimiento ,
 Cual el rayo del sol que de onda clara ,
 Dó siempre bulle , nunca se separa ,
 No da un solo momento
 De tregua á su agitado pensamiento.

En nuevos y mas férvidos deseos
 Su corazon á cada instante inflama
 La imágen de la dama
 Cuya huella perdió junto á Burdeos
 Desde el dia fatal de la contienda
 En el que el Bávaro duque huyó su tienda.

Grave pesar en su ánimo angustiado
 Este triste recuerdo producía.

« ¿ Es posible , decía , que tu agrado
 « Después de conseguir , ¡ oh vida mia !
 « Haya yo , necio y loco , renunciado
 « A vivir á tu lado noche y dia ?
 « ¡ Ah ! ¿ Porqué , al verte al duque abandonada ,
 « De su poder no te arrancó mi espada ?
 « Guardado al menos en París te habria
 « O con buena custodia en algun fuerte ;
 « Que lo que mas aflije el alma mia
 « Es ver á quien se encomendó tu suerte.
 « ¿ Quién defenderte , quién cual yo podria ,
 « Cual yo que hacerlo debo hasta la muerte ?
 « ¡ Oh mi vida , mi bien ! Todo me dice
 « Que debí , pude hacerlo..... y no lo hice.
 « ¿ Dónde sin mí , tan jóven , tan hermosa

«Diriges hoy el vacilante paso ,
 «Cual corderilla que , en la selva umbrosa ,
 «Del hato dulce separada acaso ,
 «Miétras , con voz cuitada y lastimosa ,
 «Anuncia al mayoral su acerbo caso ,
 «Por el lobo voraz tan solo oida ,
 «Pierde á sus garras la indefensa vida ?
 «¿Dó estás mi bien y mi esperanza agora ?
 «Tal vez , por esas selvas caminando ,
 «De hambriento lobo ú de onza robadora
 «Víctima fuiste , léjos de tu Orlando.
 «De tu beldad la flor encantadora
 «Y otra mas bella aun , que conservando
 «Fuí siempre en tí con largo afan , sin duda
 «Cedieron de otro á la violencia cruda.

• «¡Oh sin ventura , oh mísero! ¿qué espero
 «Para morir , perdida ya esta joya ?
 «¡Eterno Dios! De mi suplicio fiero
 «Tu Majestad los ecos no desoya ,
 «Que de mi vida y mi alma desespero
 «Si á mi flaqueza tu poder no apoya.»
 Así llanto y suspiros exhalando
 Entre sí dice el infeliz Orlando.

Mientras que , por dó quiera , los mortales
 Reposo dan á su cansados miembros ,
 Cual sobre muelle pluma ,
 Cual entre musgo , peñas ó zarzales ,
 Orlando solo , cuyo pecho bruma
 Grave dolor , el párpado no cierra ,
 O si tal vez lo cierra algun momento ,
 Sueños fatales doblan su tormento.

Figurábase el héroe trasportado
 A un verjel delicioso ,
 De las mas bellas flores esmaltado ,
 Y allí mirar el alabastro hermoso
 Que amor tiñó de púrpura , y la viva ,

Lumbre que tanto corazon cautiva ;
De la tez hablo y de los bellos ojos
Que al paladin de Anglante dan enojos.

Lénase aqueste del mayor contento
Que venturoso amante sintió nunca ;
Mas, alzándose en esto airado viento ,
Las flores aja y los arbustos trunca.
No forman mas horrisono concierto
Luchando, el Noto, el Austro y el Levante ,
Como el que oye el de Anglante
Que en vano, do á cubierto
Ponerse, busca por aquel desierto.

La dama en tanto, sin saber por donde ,
En los oscuros aires desaparece ;
Y, buscándola, el conde
Por selvas y por campos va corriendo ,
Exclamando : « ¡Infeliz! ¿quién mi ventura
«En pena cambia y en martirio horrendo?»
Calla luego un instante, y se figura
Escuchar el acento de su dama
Que su favor reclama.

A donde oye la voz, lijero acude ,
Ansioso mira al uno y otro lado ;
Mas se acrecienta su pesar no viendo
A nadie en derredor, y se redobra
Y centuplica, oyendo
Otra voz que le dice :
«Para siempre, infelice ,
«Renuncia á verla.» En esto se despierta ,
De lágrimas su faz halla cubierta ;
Y, sin pensar cuan falsas son del sueño
Las imágenes vagas, sobre todo
Cuando las forja un insensato empeño .
El riesgo ve de Angélica ; del lecho
Lánzase henchido de furor el pecho,
Su espada toma, ciñe su loriga ,

Sobre el robusto Bridadoro monta ,
 Y su camino á comenzar se apronta
 Sin escudero que sus pasos siga.

Y por poder , sin mengua de su lustre ,
 Arrostrar todo género de empresas ,
 Tomar no quiere la divisa ilustre
 De cuarteles de plata y amarillos.
 Quizá tambien por que de su alma triste
 Cuadre mejor con el profundo luto ,
 Una armadura toda negra viste ,
 Que fué no ha muchos años de Amostano ,
 A quien dió muerte con su propia mano.

Así , sin despedirse de su tío ,
 Ni de su fiel amigo Brandimarte ,
 De larga noche bajo el manto umbrío ,
 Sin ser por nadie descubierta , parte.

De la fuga de Orlando con disgusto
 El sabio Cárlos escuchó la nueva ,
 Que de su brazo intrépido y robusto
 Hoy mas que nunca há menester la prueba ;
 Y, del honor de su sobrino en mengua ,
 Mas de una vez , se desató su lengua ,
 Añadiendo que eterno
 De esta fuga castigo sufriria
 Si á su presencia al punto no volvia.

Brandimarte , que al conde
 Un cariño sin límites profesa ,
 Ya que de hacerle abandonar su empresa
 Abrigue la esperanza ,
 Ya que escuchar mas tiempo le repugne
 El vituperio que á su amigo alcanza ,
 En busca suya aquella noche vuela
 Y, por temor de que tal vez lo impugne ,
 Su noble plan ni á Flordelis revela.

Es esta una doncella , á su alma cara ,
 Modelo de prudencia

De gracia y de beldad. Sin su licencia
 De ella jamás su amante se separa ,
 Y si intentarlo hoy osa
 Es que volver espera á su presencia
 Antes que de su esposa
 Torne el sol á los brazos ; mas en vano
 Le aguarda Flordelis. Un mes se pasa ;
 Brandimarte no vuelve ,
 E impelida del fuego en que se abrasa ,
 A partir tambien ella se resuelve ,
 Y varios climas en su busca corre.

Mas dejo á Flordelis , dejo á su amante ,
 Que me reclama el paladin de Anglante.

Del fuerte Almonte las gloriosas armas
 Abandonando , llégase á las puertas
 Y , en baja voz , al jefe que las guarda
 Su nombre dice. Al pronunciarlo , abiertas
 Velas el héroe ; en traspasar no tarda
 El puente , que tras él se baja al punto ,
 Y en emprender la via
 Que recta al campo del contrario guia.
 Lo que allí le sucede
 En el próximo canto verse puede.

CANTO IX.

Primeras y extraordinarias proezas de Orlando. — Principia la narracion de los infortunios de Olimpia. — Hazañas del héroe en Holanda. — Da muerte á Cimosco y libertad á Bireno. — Apodérase del arma encantada del rey frison y la arroja al mar. — Ficcion del poeta sobre el descubrimiento de la pólvora.

¿Qué , qué no harás , Amor , de aquel que , triste ,
 El cuello rinde á tu coyunda impía ,

Cuando olvidar al conde Orlando hiciste
 La sumision que á su señor debia ?
 El que , cuerdo y zeloso , hasta aquel dia
 La santa iglesia defendió , lanzado
 Hoy vive en el abismo
 De su pasion frenética , olvidado
 De su rey , de su Dios y de sí mismo.

Yo , sin embargo , escúsole gustoso
 Y me huelgo de hallar tal compañero ;
 Que , si en seguir el bien soy perezoso ,
 Del mal tal vez me lanzo en el sendero.

En el silencio de la noche , el conde ,
 Solo , cual dije , parte y llega adonde ,
 En tiendas de campaña ,
 Estan las gentes de África y de España.
 ¿ Qué digo en tiendas ? Lluvia espesa y fria
 Por aquí y por allí los esparcia.
 De los unos los otros no distantes ,
 En grupos de ocho y doce y quince y veinte ,
 Bajo un techo ó un árbol abrigados ,
 Treguas dan á sus miembros fatigados.

Uno , en tierra tendido ,
 Otro , apoyado sobre el brazo , duerme
 A la merced del principe aguerrido ;
 Mas de herir al que , inerme ,
 Dormido yace el paladin se corre.
 Ciego , buscando la adorada huella ,
 Los pabellones árabes recorre.
 Si despierto á alguien ve , de la doncella
 El ademan y el traje le describe ;
 Nuevas ansioso le pregunta della ,
 Y el camino le ruega que le diga
 Que , para hallarla , es menester que siga.

Ceñido el pecho de armadura mora ,
 Y en la lengua del Africa versado
 De tal modo que , oyéndole , cualquiera

En Tripoli-nacido le creyera ,
 Busca Roldan á aquella á quien adora ,
 Sin temer que , en las tiendas enemigas ,
 Le venga á sorprender la nueva aurora .

Tres noches y tres dias se detiene
 Allí con este objeto y , su impaciencia
 Viendo que al fin satisfacer no obtiene ,
 La Gascuña recorre , la Provençia ,
 Desde Auvernia dirígese á Bretaña
 Y del Picardo término al de España.

Reinaba la estación en que abandona
 Todo árbol su odorífero ropaje ,
 Y en que las aves de gentil plumaje
 Juntas se van á mas templada zona ,
 Cuando emprendió el de Anglante su carrera ,
 Sin que ni la canícula ni el frio
 Un solo instante demorar le hiciera.

A la márgen de un rio
 Que , al Breton dividiendo del Normando ,
 Hácia el vecino mar , manso , se mueve ,
 Llega el guerrero en ocasion que , henchido
 Con gruesa masa de fundida nieve ,
 De su cauce ha salido
 Y , en su furor , el puente ha destruido.

Mientras , corriendo de uno hácia otro lado ,
 Un puente busca el paladin ó un vado ,
 Rigiendo una barquilla
 Y sentada en su popa , á una doncella
 Ve que , por señas llámale. A la orilla
 No deja , empero , que su barca toque ,
 Por temor de que en ella ,
 Mal de su grado , el héroe se coloque.

A esta doncella el conde
 Ruega que á la otra márgen le conduzca
 Y á sus súplicas ella así responde :

« Oh caballero , oh tú quien quier que seas :

« Si en esta barca el pié poner deseas ,
 « Tu palabra has de dar , que ántes de un mes ,
 « A unirte irás á la soberbia flota ,
 « A cuya frente una insola remota
 « Piensa embestir el príncipe Irlandés.

« Al norte existe de la mar de Irlanda

« Esta tierra fatal llamada Ebuda .

« Legislacion infanda

« A sus rapaces moradores manda

« Los mares recorrer y hacer cautivas

« Cuantas puedan hallar jóvenes bellas

« Su objeto es exponellas

« Al rencor de una fiera destructora

« Que una por dia sin piedad devora.

« Si la voz del honor , si la voz mia ,

« Despiertan tu valor y cortesía ,

« Gracias rinde á la suerte que benigna

« Para tan alta empresa te designa .»

Dice : y no puede el ínclito guerrero
 Acabar de escuchar. Ser el primero
 A acometer tan alta empresa jura ,
 Que á su Angélica ya ver se figura
 En poder de aquel pueblo audaz y fiero ,
 Y crece su temor cuando medita
 Que , con inútil cuita ,
 Buscándola corrió ya el orbe entero.
 De tal modo le agita
 Esta sospecha , que sus planes muda
 Y le decide á encaminarse á Ebuda.

A la tarde siguiente

Llega á San Malo. Embárcase , y la ve la
 Al viento desplegando , diligente
 Deja á su espalda San Miguel y vuela
 Por la alta mar. A su siniestra mano
 Quedan Breaco y Landriller. La quilla
 Siguiendo siempre el litoral britano ,

Llega á la blanca arcilla
Que el nombre dió de Albion á aquella orilla.

Mas el viento , que solo
Hasta entonces sopló por mediodía ,
Soplando entre poniente y entre el polo ,
Les hace desandar en solo un dia
El camino de cuatro. De congoja
Y de espanto cubierto , al marinero
Manda el patron que , sin tardar , recoja
Las velas todas y que esfuerzos haga
Por contrastar del mar la furia aciaga.
Al cuarto dia en fin el viento cede
Y entrar la nave puede
En el soberbio rio que desata ,
Al pié de Amberes , su raudal de plata.

En el bajel la maltratada gente
Corta del rio la veloz corriente ,
Cuando en la orilla , hácia la diestra mano ,
Se deja ver un venerable anciano
Que , al héroe saludando cual á un hijo ,
De esta manera en voz cortés le dijo :

« En nombre de una bella
« Cuanto afligida dama , te suplico
« Que , siguiendo mi huella ,
« A proponer un medio
« Vengas de dar á su dolor remedio.
« Hasta tu nave á verte
« Ella misma vendrá si así te agrada ;
« ¡ Mas ah! su infausta suerte
« No encuentre tu alma á la piedad cerrada :
« Otorga á la voz mia
« Lo que nadie ha negado hasta este dia. »

A tierra salta , oyéndole , el guerrero ,
Y , lleno de bondad y cortesía ,
Sigue al anciano , que sus pasos guía.
De un alcázar así llega á la entrada.

Su escalera subiendo , en lo alto della ,
 Una hermosa doncella
 Mira , en dolor profundo sepultada .
 Paño enlutado esconde
 Los muros , y los techos , y los muebles
 De las salas y cámaras en donde ,
 La bella dama introduciendo al conde
 Y haciéndole sentar , de esta manera
 Le habló con voz turbada y lastimera :
 « Ante tus ojos tienes
 « Noble señor , del conde de la Holanda
 « Á la hija malhadada , á la que un dia ,
 « Bien cual si fuese su única heredera ,
 « De un padre amante fuera
 « La gloria , la esperanza y la alegría .
 « Feliz en este estado yo vivia
 « Cuando , por caso , vino á vuestra corte
 « El duque de Zelandia que á Vizcaya ,
 « A combatir contra los moros , iba .
 « Su presencia marcial , su noble porte ,
 « Su juventud mi corazon cautiva ,
 « Y , al mirar el amor que me profesa ,
 « En el suyo mi afecto se interesa .
 « Cuarenta dias , que cual un momento
 « Trascurrieron veloces ,
 « A nuestro lado lo detuvo el viento ,
 « Contrario á los demás , á mí propicio .
 « Antes de su partida veces ciento
 « Nos vimos , nos hablamos
 « Y recíproco afecto nos juramos .
 « No bien partió mi amante ,
 « El rey frison , de cuyo reino el mio
 « Separa solo el rio
 « Que al mar vecino á sepultarse viene ,
 « El rey frison á Arbante ,
 « Hijo suyo , y el único que tiene ,

« Queriendo dar mi mano y mi albedrío ,
« Para pedirme en nombre suyo , á Holanda
« A los magnates de su reino manda .

« Yo que á la fe jurada no podia
« Faltar , y que aun pudiéndolo , de ingrata
« Merecer el dicterio no queria ,
« A mi padre declaro que la muerte
« Preferiré mil veces á tal suerte .
« Este , que solo de agradarme trata ,
« De lo pasado á discurrir no vuelve ,
« Y , deseoso de calmar mi cuita
« Las entabladas pláticas disuelve .

« A tal respuesta duélese y se irrita
« El rey frison , y á comenzar se apresta
« La lid que tanto á mi familia cuesta ;
« Pues , además de que hoy dificilmente
« Fuerza igual á la suya se encontrara ,
« Y que á su astucia rara
« No hay poder ni ardimiento que resista ,
« Consigo lleva siempre un arma rara ,
« Por modernos ni antiguos jamás vista .
« De hueco hierro y de dos brazas larga
« Es este arma fatal que el rey malvado
« Con unos polvos y una bala carga .
« En su extremo inferior , hay horadado
« Un agujero , perceptible apena ,
« Do , tocando la chispa sutilmente ,
« Cual tocar suele el médico una vena ,
« Lanza del seno ardiente ,
« Con furia horrenda y con fragor , la bala
« Que , cual rayo voraz , retumba y truena
« Y derriba , destroza , incendia y tala .

« Dos veces en derrota ,
« Con este ardid , á nuestras gentes puso ,
« Muerte fatal á mis hermanos dando .
« Del uno , segun uso ,

« El broquel y la cota atravesando ,
 « Recta la bala al corazon envia.
 « Huye el segundo al ver su suerte impia ;
 « Mas la carrera córtale otra bala
 « Que , aunque lanzada de muy largo trecho ,
 « Hierde en la espalda y sale por el pecho.
 « Mi padre el conde , en situacion tan triste ,
 « Marcha al único fuerte
 « Que fiel le queda y con teson resiste
 « Por ver si logra conjurar su suerte ;
 « Mas mientras á todas partes afanado ,
 « Dando socorros y órdenes , asiste ;
 « La muerte , entre humo y polvo envuelta , vino
 « A poner allí fin á su destino.
 « Muertos así mis deudos desgraciados ,
 « Y dueña yo de todos sus estados ,
 « Quedo espuesta al furor y á la codicia
 « Del rey frison que mi ínsula apetece ;
 « Y que la paz me ofrece
 « Si , queriendo lo que antes no he querido ,
 « Acepto á su hijo Arbante por marido.
 « Estimulada yo por el exceso
 « Del odio que profeso
 « A aquel de quien fué víctima infelice ,
 « Y la promesa al recordar que hice
 « Al duque de guardar mi fé y mi mano
 « Hasta su vuelta del confin hispano ,
 « En vez del mal que sufro , preparada
 « Estoy , respondo , al mas cruel tormento ;
 « Viva me abrasen , que se esparza al viento
 « Mi ceniza , en buen hora ; mas no digan
 « Que á ser esposa del frison consiento.
 « Mi gente , empero , consternada y triste
 « A disuadirme de este intento aspira ,
 « En que el origen de su ruina mira ;
 « Y , viendo en fin que vano es todo el tacto

« Con que ora exige , ora amenaza ó ruego ,
« Ligándose á Cimosco por un pacto ,
« Con mi persona mi ciudad le entrega.
« Vuelve el rey á su empeño y me conjura
« Que dé mi mano á Arbante , y vida , y bienes
« Y trono conservarme me asegura.

« En esta situacion , pienso de nuevo ,
« Primero que ceder , perder la vida ;
« Mas no ; morir no debo
« Sin vengar tanta afrenta recibida ;
« Y , en medio á mi suplicio ,
« Llamando á mi socorro al artificio ,
« Finjo olvidar mi obstinacion primera
« Y al rey pido perdon y ser su nuera.

« Luego , de entre los varios que al servicio
« De mi padre infeliz un tiempo fueron ,
« Escogí dos hermanos
« Llenos de probidad , de ingenio y juicio.
« En la corte de Holanda , y á mi lado ,
« Uno y otro educado
« La vida dieran por salvarme. Cuales
« Mis planes son les digo
« Que ellos me juran auxiliar. Conmigo
« Queda el uno en Holanda , mientras á Flandes
« El otro parte por fletar un buque ;
« Y , en tanto que á frisones y á extranjeros ,
« A asistir á mi boda , se invitaba ,
« Llegó la nueva que mi caro duque ,
« Por acudir á la defensa mia ,
« Una flota en Vizcaya prevenia.

« Pues , no bien supe el hado del primero
« Hermano mio en la fatal demanda ,
« A España un mensajero
« Despaché presto con la nueva infanda ;
« Mas mientras el duque viene y se apercibe ,
« Señor de toda Holanda

- « Hizo al frison su audacia y su codicia.
« Así pues, no bien llega á su noticia
« Nuestro plan , de la boda
« Todo el quehacer encomendando á Arbante ,
« Contra mi caro amante
« Al frente marcha de terrible flota ;
« Encuéntralo , y le ataca y le derrota
« Mientra , ignorando cuanto allí pasaba ,
« Mi fé y mi mano al príncipe yo daba.
 « Oculto , empero , un servidor celoso
« Detrás de las cortinas yo tenia ,
« El cual , viendo á mi esposo ,
« Que á coronar su afan venir creia ,
« Con vigoroso brazo
« El hacha alzando , á tierra le derriba ,
« Como derriba al buey robusto mazo.
 « Sobre él entonces yo me precipito ,
« Y de sus hombros la cabeza quito
« Al hijo del malvado
« Que de paz y de dicha me ha privado ,
« Y cuya saña y ambicion proterva
« Acaso , acaso á muerte me reserva.
 « Presto , y temiendo que de tal suceso
« La nueva cunda , entre mis joyas tomo
« Las de mayor valor y menor peso ;
« Al mar , por una escala , me desplomo
« Y hasta la barca , que de Flandes traje
« El un hermano , con el otro bajo.
« La vela al viento entonces , al agua el remo
« Encomiendo y mi suerte al Ser supremo.
 « Triunfante , ufano , en medio de su gente ,
« Con su rival cautivo
« Retornaba el frison al sol siguiente
« Cuando , á tierra saltando , en vez de fiesta
« Y pompa y regocijo ,
« El cadáver sangriento ve del hijo.

« A su vista , no se cual fué.mas fuerte ,
 « Su pena ó su furor ; mas , como advierte
 « Que de la tumba , al que una vez descende ,
 « Amargo llanto á recabar no alcanza ,
 « Mientras la llama que el furor enciende
 « Puede calmar un tanto la venganza ,
 « Olvida el rey su angustia
 « Y á la venganza manda que investigue
 « Como me prenda y como me castigue.

« Despues , á cuantos oye , piensa ó sabe
 « Que mis amigos son ó los de aquellos
 « Que en aquel caso grave
 « Me prestaron apoyo , de sus bienes
 « Despoja , prende , mata á muchos dellos ,
 « Y no encontrando , en su furor protervo ,
 « Castigo mas acerbo
 « Con que vengar la recibida ofensa ,
 « Dar cruda muerte á mi Bireno piensa.

« Presto , empero , notando que este medio
 « Irreparable daño
 « En vez de bien , ocasionarle puede ,
 « Con la existencia el término de un año
 « A Bireno concede
 « Para que , ya por fuerza , por engaño ,
 « O por todo arbitrio ,
 « Me ponga en su poder , de tal manera
 « Que á Bireno salvar yo no podia
 « Sino dando por él la vida mia.

« Por darle libertad , no hay medio alguno ,
 « A excepcion de entregarme ,
 « Que mi pasion no me haya sugerido.
 « Seis castillos en Flandes he vendido
 « Y , escaso ó grande , todo su provecho
 « Con este único objeto he consumido ;
 « Parte , usando la astucia ó el cohecho ,
 « Parte , en contra del rey , con larga mano ,

- « Escitando al Tudesco y al Britano.
 « Las gentes que empleé, ya que malvado
 « Fuese su proceder, ya fuese necio,
 « Con promesas hasta hoy me han engañado
 « Y hoy me miran con lástima ó desprecio.
 « Mas próximo ya el día
 « Está, pasado el cual, poder ni precio
 « Habrá que baste á mejorar mi suerte,
 « Ni á salvar á mi amante de la muerte.
 « Mi padre, sus dos hijos desgraciados,
 « Fueron por él, y de mis tristes sienes
 « Mi corona se hundió; por él los bienes
 « Perdí que me quedaban, destinados
 « A contrastar del hado los vaivenes,
 « Y, pues que dar mi vida
 « Es el único arbitrio que me resta,
 « A morir por su amor estoy dispuesta.
 « Al poner mi propósito por obra
 « Me arredra, empero, la fatal zozobra
 « De que, faltando el rey á su palabra,
 « En vez de una no mas, dos tumbas abra.
 « Este temor me obliga
 « A que mis males diga
 « A cuantos paladines
 « Llegan de aquesta tierra á los confines.
 « Mi objeto es hallar uno que, conmigo
 « Viniendo ante mi pérfido enemigo,
 « Exija que á Bireno ponga libre
 « Cuando el hierro mortal contra mí vibre;
 « Mas tanta hasta hoy ha sido mi desgracia,
 « Y del rey tan notoria es la falacia
 « Que encontrar no he podido
 « Quien me conceda la merced que pido.
 « Todos temen al rey; terror dó quiera
 « Inspira esa arma atroz que despedaza
 « Cual si fuera de vidrio una coraza.

« Si, bajo de esa hercúlea faz se esconde
 « La virtud que al esfuerzo corresponde,
 « Y si el favor que á una infeliz se debe
 « De tí mi ruego á recabar alcanza,
 « Ven conmigo ante el rey. Su brazo aleve
 « Ante tu vista sacie su venganza;
 « Mas al menos, señor, antes que espire
 « Libre y seguro á mi amador yo mire. »

Asi dió fin la dama á su discurso,
 Interrumpido á su pesar mil veces,
 Por dar al llanto y los suspiros curso.
 El valeroso principe de Anglante
 Oye su mal y de su caro amante,
 No soló quiere libertar la vida,
 Sino que á ver á la doncella unida
 Con él y libre en breve se dispone,
 Como á su brazo el Cielo no abandone.

Ansioso luego por llegar á Ebuda,
 Se embarca sin tardar. Próspero viento
 Hinchá la vela y por la mar la guía.
 Ya, de Zelandia una isla divisando,
 Otra se deja atrás, y al tercer día
 Las holandesas costas mira Orlando.

En el buque dejando
 A la hermosa doncella, le encomienda
 Que á tierra no descienda
 Mientras decir no escuche que castigo
 Recibió ya su bárbaro enemigo.
 Armado, desembarca
 Y un alazán pujante,
 Nacido en Dinamarca
 Y nutrido en los prados de Brabante,
 Junto á la playa vé. Lijero salta
 Sobre él, ansioso de suplir la falta
 De Bridadoro, su corcel gallardo
 Que igual no tiene, fuera de Bayardo.

Así llega á Dordrech y custodiada
 Su puerta ve por gruesa hueste armada ,
 Ya porque todo mando , y mas los nuevos ,
 Exijan precauciones y cuidado ,
 Ya por que ha circulado
 Rumor de que , con flota y gente amiga ,
 Del duque de Zelandia un primo viene
 A romper la cadena que lo liga .

« Ve , » dice Orlando á un guarda ,
 « Y al rey tu dueño dí que aqui le aguarda
 « Quien , queriendo con él medir su acero ,
 « Hoy le provoca á singular batalla .
 « Dile tambien que en mi poder se halla
 « La que á su jóven hijo
 « La muerte dió ; y en fin dile que suya
 « Será como en la liza me destruya ,
 « Mas , su palabra , por mi parte , exijo
 « Que , si vencido en la batalla él queda ,
 « Poniendo al duque en libertad al punto ,
 « Partir á donde guste le conceda . »

Eleva el soldado en breve
 La nueva al rey que , al escucharla , aleve ,
 A meditar empieza con que trama
 Al defensor cautivo y á la dama .
 No dudando , si cierto es lo que escucha ,
 Ver satisfecha su ansia y su fatiga
 Como al guerrero aprisionar consiga ,
 A treinta de los suyos un rodeo
 Manda tomar , de forma que , llegando
 En silencio á aquel sitio ,
 Juntos ataquen por detrás á Orlando .
 Con pláticas algunos le entretienen
 Mientras los otros á embestirle vienen ,
 Y , su victoria el rey creyendo cierta ,
 Con nueva gente acometió la puerta .

Cual la fiera y el bosque ciñe á veces

Al mismo tiempo práctico montero ,
 Cual , de Volana en la mansion profunda ,
 Las olas y los peces ,
 Con ancha red , el pescador circunda ,
 Así el rey al guerrero
 Todos los medios de evadirse corta.
 Vivo tenerle en su poder le importa ,
 Cual cumple al cazador conservar viva
 La primer presa que en sus redes cae ,
 Con cuyo canto atrae
 La banda toda que despues cautiva ,
 Y tan seguro el rey lograrlo cree ,
 Que ni aun recurre al arma que posee.

En ser su presa , empero , no consiente
 El paladin valiente :

El cerco rompe con la lanza en alto ;
 A donde ve mas gente y mas dispuesta ,
 Audaz dirige el vigoroso asalto ,
 Y , cual ensarta tirador certero
 Las ranas de un estanque en su ballesta ,
 Asi , con el lanzon en sangre tinto ,
 Cual si fueran de pasta ,
 Al uno y al segundo y al tercero ,
 Envasa el paladin ; y al cuarto , al quinto
 Y al sexto en fin ; el asta
 No pudo dar al séptimo cabida ;
 A tierra , empero , lo arrojó sin vida.

Rota su lanza , arrójala y descíñe
 El hierro matador que en rojo tiñe
 Lo azul , lo blanco , lo amarillo y verde.
 La vida á cada golpe ,
 Ora un infante , ora un ginete pierde.

Siente el frison entonces su arma infanda
 Haber dejado en la ciudad y manda
 Que á buscársela vayan sin demora ;
 Mas vanos son sus gritos , sus ofertas ;

Que en la inquietud que á cada cual azora
Nadie á pasar se atreve por las puertas.

Dispersa y fugitiva al ver su gente ,
A la fuga el frison tambien se entrega.
Corre á la puerta y quiere alzar el puente ,
Cuando á su lado el caballero llega.
La espalda vuelve el rey , abandonando
El campo al conde Orlando ,
Que de la turba débil é indefensa
En perseguir la destruccion no piensa ,
Y que en vano , aguijando
A su corcel pesado con la espuela ,
Quiere alcanzar al que delante vuela.

Esquivándose al fin , el rey no tarda
En retornar por el opuesto lado
Con el arma fatal , y al conde aguarda.
Tras una roca , cual montero astuto ,
Junto á sus canes emboscado , espera
Al indómito bruto
Que , asolando cuanto halla en su carrera ,
Los montes estremece y la ribera.

No bien venir á Orlando hácia la roca
Advierte el rey , en el gatillo toca.
Rápido cual relámpago y del trueno
Imitando el fragor , ardiente bala
Lanza el hierro mortal del hueco seno ;
Mas , ora sea el escesivo anhelo
En que el impio rey arde
De arrebatár al paladin la vida ,
Ya que temblando el corazon cobarde
Haga temblar al brazo , ya que el cielo
Al bravo entre los bravos paladines .
Quiera guardar para mas altos fines ,
Sin tocarle , la bala
Los flancos atraviesa á su caballo ,
Que al suelo viene y que la vida exhala

Cual de la ardiente arena ,
Que oprimió con su mole , redobladas
Sus fuerzas con la pena ,
Se alzara un dia el furibundo Anteo ,
Así , cayendo el paladin valiente ,
Su enojo y fuerzas duplicarse siente.

Quien vió rayo lanzado ,
Por el brazo de Dios , hasta la tierra ,
Penetrar en la bóveda dó azufre
Y salitre y carbon junto se encierra ,
Que , con fragor horrisono inflamando
Cuanto en ella se encuentra ,
Los mármoles arranca de sus muros
Y al cielo lanza sus pedazos duros ,
Imaginar podrá con que presteza
Se alzó de tierra el paladin de Anglante.

Al mirar la expresion de su semblante ,
Lleno el rey de terror , vuelve la brida
Y á entregarse á la fuga va lijero ;
Mas , cual flecha del arco despedida ,
En seguimiento suyo va el guerrero ,
Y haciendo á pié lo que á caballo en vano
Hasta entonce intentó , con increíble
Velocidad persigue al rey , le acosa ,
Le alcanza y tan terrible
Golpe le dá , que su tajante espada ,
Hiriendo en la celada ,
La frente hiende y por el pecho sale ,
Mandándole á que exhale
Tendido en tierra la postrer boqueada.

En esto , de caballos , y de gente
Y armas rumor en la ciudad se siente ,
En la cual con las huestes , que conduce
De apartadas regiones ,
Un primo de Bireno se introduce.
Despavorido , sin saber de donde ,

A que fin , ni con quien viene esta gente ,
 Huye el pueblo á su vista ; mas su traje
 Bien presto conociendo y su lenguaje ,
 Vuelvé , se forma ; y , con su jefe al frente ,
 Blanco pendon , alegre tremolando ,
 Ante el príncipe llega , y paz le pide ,
 Y su auxilio le ofrece
 Contra el rey á quien teme y aborrece ,
 Y acusa de haber dado con su mano
 Muerte á su antiguo y caro soberano.
 Orlando como amigo se interpone
 Y una liga propone
 Que á la vez á ambas partes satisfaga.
 La guerra á Frisia llevan en seguida
 Y con la libertad ó con la vida
 Cada frison sus injusticias paga.

De la prision del duque , en esto , abiertas
 Cayeron con estrépito las puertas.

Birenó , al verse libre ,
 Mil muestras da de gratitud á Orlando
 Y , juntos , conversando
 Llegan al puerto donde aguarda Olimpia ;
 Tal es el nombre de la bella dama ,
 A quien el pueblo por su reina aclama.

Contenta con salvar al caro duque ,
 Aun de su vida á costa , no creia
 Que á ser repuesta en el paterno sólio
 Y á verse unida á su amador venia.

Imposible seria
 Referir el encanto , la delicia
 Con que al uno acaricia el otro amante
 Y con que , unidos , ambos
 Las gracias dan al paladin de Anglante.

En el sólio paterno
 Repuesta la doncella , al caro jóven ,
 Con quien la liga ya vínculo eterno ,

Las riendas del gobierno
 De si propia le entrega y de su estado ;
 Mas , por nuevo cuidado
 Atormentado el duque , en manos pone
 De su pariente el mando de su reino
 Y á partir á Zelandia se dispone
 Con su esposa , á quien dice
 Que atacar luego á Frisia se propone.
 Y de esta tentativa

Da por seguro el éxito , cautiva
 Teniendo entre sus otros prisioneros
 A la hermana de Arbante cuya mano
 Dar piensa , dice , á su menor hermano.

Viendo á Bireno en libertad , no tarda
 En dar Orlando suelta á sus deseos.
 Parte pues y , de todos los trofeos
 Que en esta lid obtuvo Balisarda ,
 Solo el arma del rey consigo guarda.

Guárdala sí , mas no con el intento
 De usarla nunca en la defensa suya ,
 Que no ignora que arguya
 Un pecho desleal y un alma baja
 El entrar en combate con ventaja ;
 Mas por lanzarle á sitio dó la estorbe
 De retornar ó perturbar el orbe.

Así , no bien en alta mar se vido
 Y de tierra perdido
 Las costas hubo al uno y otro lado ,
 Las balas y los polvos
 Y los demás enseres recogiendo ;
 « A fin , » dice , « que nunca de tu ayuda
 « Valerse pueda ignoble caballero ,
 « Contra el valor y esfuerzo verdadero ,
 « Oh abominable invento , que , sin duda ,
 « En las cuevas del tártaro profundo ,
 « Para ruina del mundo ,

« Hizo el génio del mal , vuelve , y por siempre ,
« A la infernal morada ,
« De dó saliste en hora malhadada. »

Dice , y la arroja al mar. El viento en tanto
Hinche las velas y al guerrero guia
Hácia la ínsula impía.

Por hallar á la dama á quien adora
Estal su afan , que la menor demora
Ni en Ibernia hacer piensa ni en Bretaña ,
Temiendo allí que alguna nueva hazaña
Que acometer á presentarse venga ,
Y que mas tarde tenga ,
Falto ya de consuelo y de esperanza ,
Que deplorar en vano su tardanza.

Mientras así , por el amor herido ,
El buen Orlando por los mares anda ,
A asistir á las bodas os convido
Que celebrarse deben en Holanda.
Mas espléndida , dicese , y mas bella
Que esta fiesta será lo que en Zelanda
Muy pronto debe celebrarse. A vella
Que no vengais, empero , yo os exhorto ;
Y al nono canto aquí las alas corto.

CANTO X.

Pasion de Bireno por la hija de Cimusco. — Olímpia abandonada. — Combate entre la armada de Alcina y la de Logistila. — Derrota de la primera. — Aprende Roger á guiar el Hipógrifo y llega con él á las riberas del Támesis. — Reseña del ejército inglés. — Roger vé á Angélica desnuda, atada á un peñasco y próxima á ser devorada por un mónstruo. — Rompe sus cadenas; móntala en su caballo y llévasela consigo.

¿ En cuál país , en cual edad se vido ,
 Ora en feliz ora en adversa suerte ,
 Corazon mas constante y decidido ,
 Amor mas fiel , mas fuerte ,
 Que el que Olímpia mostró ? ¿ qué amante nunca
 Mas pruebas recibió , pruebas mas grandes
 Que las que , del amor de la Holandesa ,
 El Zelandés de recibir no cesa ?

¡ Ah si de amor las palmas
 Conquistar deben tan amantes almas ,
 Digna es una tan tierna y tan sublime
 De que mas que la propia se la estime.
 Y digo que la vista ,
 Y todos sus sentidos y potencias ,
 Y , á poderlas perder ; mil existencias
 Debió perder Bireno , y que su fama ,
 Su honor y , aun si otra cosa
 Tuviera mas preciosa ,
 Debió sacrificar á aquella dama ,
 Antes que de otra declararse amante ,
 Aun cuando fuese bella
 Mil veces mas que aquella
 Que al Occidente armó contra el Levante.
 Los labios y las cejas con espanto

Vas empero á fruncir, ¡oh sexo hermoso!
 Al escuchar el crimen horroroso
 Que recompensa fue de afecto tanto.

Escarmentadas con tan triste ejemplo,
 Oh bellas damas, no cedais al llanto,
 No escucheis los suspiros
 Con que venga tal vez á persuadiros
 De un amor que no siente un falso amante,
 Pues, sin pensar que á Dios tiene delante,
 Promesas va hacinando y juramentos
 Que, alzándose á los vientos,
 Se disipan así que ha satisfecho
 La ardiente sed que le abrasaba el pecho.

Creedme, que es prudencia
 Los consejos seguir de la experiencia.
 Guardaos ¡ah! de aquellos
 Que, bajo faz pulida,
 La flor esconden de sus años bellos;
 Que, cual llama entre estopas concebida,
 Nace toda pasión y muere en ellos.
 ¿Ves cazador que con afán persigue,
 Ora por valles, por colinas ora,
 La liebre corredora,
 Que ni recoge si matar consigue?
 Pues así son los jóvenes. En tanto
 Que con ellos sois duras y crueles,
 Os aman, os adoran,
 Mil palabras os dan de seros fieles,
 Mas del triunfo no bien ven los laureles,
 De sus señoras sus esclavas hacen,
 Y en buscar nuevas víctimas se placen.

No es, empero, mi intento persuadiros
 Que no os dejéis amar; pues, cual la hiedra,
 Frágil la dama, sin sosten no medra.
 Solo os exhorto á que eviteis los tiros
 De la versátil juventud, cuidando

De que el fruto no esté verde ni duro,
Sin por eso buscarlo muy maduro.

Ya dije como del frison tirano
Quedó cautiva la heredera hermosa,
Y cual corrió el rumor de que á su hermano
La destina Bireno por esposa;
Mas lo que es la verdad es que, esta fruta
En extremo sabrosa
El duque hallando para sí, reputa
Necia bondad, condescendencia loca
Quitársela por otro de su boca.

Los tres lustros habia
Cumplido apenas la doncella hermosa,
Y á la fragante rosa,
Que el cáliz abre al despuntar el dia,
Igualaba en frescura y lozanía.
Loco, ofuscado, ciego
Queda Bireno cuando el llanto nota
Que de los ojos de la virgen brota,
Y siente arder su corazon en fuego
Igual al que enemiga y cruda mano
Prende tal vez al espigado grano.
Y cual su hervor suspende agua que hervia,
Al sentir el contacto de la fria,
Por su esposa así siente
Todo amor apagarse de repente,
Mientras por otra dama
Mas cada instante su pasion se inflama.

En su agitado seno,
Solicito, ocultándola Bireno,
Hasta que una ocasion le proporcione
Coger el fruto que su afan corone,
Finge arder por Olimpia en llama viva
Y que en su amor y obsequio se complace.

Caricias mil en tanto á su cautiva
A todas horas hace

Sin que haya quien suponga que este afecto
 Es de otra causa efecto
 Que de bondad y compasion. Si siempre
 Fué laudable y glorioso
 Amparar al que está menesteroso,
 ¿Quién habrá que no juzgue noble y bueno
 El proceder inicuo de Bireno?

Por velas y por remos impelido,
 Sale del puerto el buque
 Y hácia Zelanda, con su gente, al duque
 Se lleva por el mar embravecido.

Ya, de vista perdido
 El postrer promontorio de la Holanda,
 Por evitar las costas de la Frisa,
 Hácia Escocia torcer el patron manda,
 Cuando, por recia y enemiga brisa
 Agitado el bajel, sin rumbo cierto
 Por los mares los guía,
 Y al fin del tercer día
 Toca á un islote estéril y desierto.

En la angosta bahía
 Que su aspereza forma, con su esposo
 Entra la dama y, de contento llena,
 Cena con él. Un pabellon hermoso
 De allí no léjos álzase en la arena,
 Y un lecho, en donde, con el jóven, entra
 La amante dama, mientras
 A descansar su gente
 Hácia la nave torna diligente.

La agitacion del viaje y la fatiga,
 El contento de verse en tierra amiga
 Salva y tranquila al lado de su dueño,
 A sepultar á la princesa vienen,
 A corto instante, en un profundo sueño.
 Su ingrato esposo, á quien despierto tienen
 Los alevosos planes que medita,

No bien la ve dormida se levanta ,
Y sus ropas cogiendo , sin vestirse ,
Sale del pabellon. Con presta planta
Hácia sus gentes vuela ;
Despiértales , y en órden y en silencio
Suelta á los vientos del bajel la vela.

Queda el peñasco atrás y en él se queda
La desgraciada Olimpia. Ya la aurora ,
Enrojando el suelo ,
En las plantas aljófares vertía ,
Y á la orilla del mar , con triste vuelo ,
Alcion de sus males se plañía ,
Cuando , no bien despierta todavía ,
Por abrazar al duque ,
Tiende la dama su amorosa mano.
Nada encontrando , al punto la retira
De nuevo tienta , mas de nuevo en vano.
Por aquí un brazo guia ,
El otro por allá. Por allá tiende
Ambos sus pies buscándole. Sus ojos
Abre por fin. Inquieta , ansiosa mira ;
Mas nada , nade ve ; del viudo lecho
La arrojan su dolor y su despecho.

Sale del pabellon y , sus mejillas
Sin piedad desgarrando ,
De la mar se dirige á las orillas.
Allí , ya preveyendo sus pesares ,
La vista extiende por los altos mares ;
Llama á su esposo y , en los antros huecos ,
Retumban solo sus dolientes ecos.

Un peñon , cuya planta
Royó la mar con su continuo azote ,
Se alza á la extremidad de aquel islote.
Sobre él ansiosa Olimpia se adelanta
Y desde allí las velas ve del leño
Que la separa de su ingrato dueño.

Léjos las vido ó verlas se figura ,
 Que aun no bien claro el sol resplandecia.
 Mas que la nieve á un tiempo blanca y fria ,
 A tierra viene llena de amargura ,
 Y vuelta luego en sí , mil y mil veces ,
 Con fuerzas que el dolor le sugeria ,
 Quejas á su consorte dirigia.

Cuando su voz el llanto sofocaba ,
 Palma con palma hiriendo , así gritaba ;
 « ¿ A dó marchas , cruel ? ¿ No ves que falto
 « Va tu bajel del lastre
 « Que debiera llevar ? ¡ Ah ! Pon al menos ,
 « Pon fin á este desastre
 « El corazon haciéndome pedazos. »
 Y , con sus bellos brazos
 Y con el velo que su seno adorna ,
 Señas hace al bajel por ver si torna.

El viento , empero , que la lona henchia
 Las quejas y sollozos esparcia
 De la infeliz Olimpia , que tres veces
 Tuvo en el pensamiento
 Precipitarse al húmedo elemento.
 Triste , oprimida por mortal congoja ,
 Se vuelve al pabellon é , inconsolable ,
 Sobre el lecho se arroja
 Que , pocas horas antes ,
 Con el duque la vió ; llanto derrama ,
 Y de este modo , sollozando , exclama :

« ¡ Oh pérfido Bireno ! ¡ Oh malhadada
 « Hora en que al mundo vine ! Abandonada
 « En esta soledad ¿ cuál de mi suerte
 « El término será sino la muerte ?
 « ¿ Qué otro recurso , oh misera , me queda ?
 « Vestigio humano no hay aquí ; no hay nave
 « Que de estos sitios arrancarme pueda.
 « ¡ Pereceré , sin encontrar siquiera

- « Quien me dé sepultura
 « A no ser en su vientre alguna fiera !
 « Ya de su cueva oscura
 « Miro al lobo salir, al tigre, al oso
 « Y á mil reptiles que dotó natura
 « De uña afilada y diente ponzoñoso.
 « ¿ Mas que fiera ¡ cruel ! mayor suplicio
 « Darme podrá que el que sufrir me haces ?
 « Ella consumará mi sacrificio,
 « Y en darme tú mil muertes te complaces.
 « Pues suponiendo que hoy, hoy mismo atraque
 « Aquí bajel que, por piedad, me saque
 « De este suelo fatal, y me liberte
 « De inevitable y desastrosa muerte;
 « ¿ Adonde iré ? ¿ á Holanda
 « Que abandoné por ilusion infanda ?
 « ¿ De mi flaqueza, pérfido, abusando,
 « Mis estados, mis bienes
 « No viniste á usurpar, y arrebatando
 « La corona de Holanda de mis sienes,
 « No entregaste su mando
 « A inicuas gentes de tu inicuo bando ?
 « ¿ Volveré á Flandes, dó los tristes restos
 « De mi fortuna disipé en abono
 « De tu funesta libertad ? De Frisa
 « Menospreciando por tu amor el trono,
 « ¿ Del viejo rey no provoqué el encono ?
 « Mas no es mi intento reprocharte aleve
 « Cuanto por tí sufrí, ni cuanto debe
 « A mi alma generosa tu alma ingrata.
 « Presa en breve quizá de audaz pirata
 « Seré y vendida. ¡ Oh cielo ! oye mis preces;
 « No tanta mengua tu bondad permita !
 « Antes su furia en mí sacie mil veces
 « El fiero tigre que este suelo habita ;
 « Antes mi cuerpo á su guarida lleve

» Y con mis miembros sus cachorros cebe. »

Dice : y , ambas sus manos escondiendo
Entre sus trenzas de oro ,
Las orillas del mar va recorriendo.
Turbada por su angustia y su despecho ,
Cual Hécuba al ver muerto á Polidoro ;
Loca cual si luchasen en su pecho
Las furias todas del Averno impío ,
Sobre una roca siéntase , é inmóvil
La vista tiende por el mar sombrío.

Mas tiempo es de que , aquí dejando á Olimpia
Sumergida en su pena ,
Tornemos á Roger , que de fatiga
Y calor espirando ,
Va , por medio de un áspero desierto ,
Cabalgando cubierto
Del pesado pavés y la loriga.

Bajo la sombra de una torre antigua
A la orilla del mar , advierte en esto
Tres damas , cuyo traje y cuyo gesto
Que de Alcina son damas atestigua.

Entre mil copas de diversos vinos
Y de manjares finos ,
Entre platos y tazas , reclinadas
Sobre asiática alfombra ,
Fresca aspiraban y agradable sombra ,
Mientras , de allí no lejos ,
En las ondas su esquife se mecía ,
Aguardando que el viento
A imprimirle viniese movimiento.

« Si á enojo no lo tienes , »
Dicen las tres al jóven animoso ,
Que , en sus labios y sienes ,
La sed pintada y la fatiga trae ,
« Con nosotras te sienta y de reposo
« Ven un momento á disfrutar. » El paso

Avivando una dellas ,
Su estribo coge , en tanto que otra un vaso
De espumoso licor lleno le tiende.

Mas no por eso el paladin descende ,
Que , en manos de la mágica , no ignora
Puede ponerle la menor demora.

Huye ; y no mas veloz , sintiendo el fuego ,
La pólvora se inflama ;
No con mas furia brama
El mar , de tempestad amenazado ;
Que arder la tercer dama
Siente el altivo corazon en ira ,
Al ver su ofrecimiento desdeñado
Por el héroe , que de ella se retira.

« Vé descortés é indigno caballero , »
Dice gritando cuanto mas podia.

« Tuyos ese caballo y ese acero

« Hizo sin duda alguna villanía.

« Y , ¡ojalá! tan verdad cual esto fuera

« Que espirar yo te viera ,

« Cual lo mereces , abrasado vivo ,

« A una cuerda colgado , ú hecho trozos

« Por ladron , por villano y por altivo. »

Tales y otras injurias mas atroces
La dama profirió , sin que á sus voces
La faz el paladin vuelva siquiera ,
Que poco honor de tal debate espera.
Con las otras , furiosa hasta el extremo ,
Salta en la barca y , agitando el remo ,
Seguir la altiva dama al héroe quiere ,
Vomitando contra él imprecaciones
Que su herido amor propio le sugiere.

Presto llegando el paladin al golfo ,
Por el cual de la mágica el estado
Se ve del de su hermana separado ,
De la contraria orilla

Cual si aguardándole estuviera , un viejo
 Se llega conduciendo una barquilla.
 Salta en ella Roger , al cielo dando
 Gracias sin fin y , por la mar tranquila ,
 Con el grave piloto razonando
 Parte hácia la mansion de Logistila.

Lleno el viejo de gozo
 De poder transportar á mejor puerto
 A tan amable y tan discreto mozo ,
 Alabó la firmeza
 Con que , de Alcina sacudiendo el yugo ,
 A que doblaron tantos la cabeza ,
 Su viaje á sitios dirigir le plugo
 Dó brilla en las costumbres la pureza
 Dó reina la beldad , dó está la gracia
 Que nutre el corazon y no lo sacia.

« Logistila , prosigue , tan profundo
 « Amor te inspirará , tal reverencia ,
 « Que á todos los contentos de este mundo
 « Autepondrás bien pronto su presencia.
 « Su amor de todo amor se diferencia
 « En que , en el uno , el pecho
 « Ora temor , ora disgusto lima ,
 « En tanto que , en el suyo , satisfecho
 « Sola con verla el corazon se estima.

« Aprender has allí que hay mas de un medio
 « De desterrar de la existencia el tedio ,
 « Sin músicas , sin danzas ni festines.
 « Al trono que custodian serafines
 « Elevándote allí , verás cual palma
 « Obtienen sin esfuerzo
 « Sobre todos los goces , los del alma . »

Lejos aun de la segura orilla ,
 Platicaban así cuando , de pronto ,
 Sobre las olas , una escuadra brilla
 Mandada por la maga fementida

Que el bien perdido recobrar desea ,
 Aun cuando á costa sea
 De su reino , sus gentes y su vida.

A su mandato bruma
 El ágil remo la salobre espuma ;
 El mar , la tierra zumban
 Y las etéreas bóvedas retumban.

« ¡ En descubrir tu escudo que defieres ,
 « Si muerte ó esclavitud sufrir no quieres ? »
 Dice á Roger el viejo ;
 Y , desgarrando él mismo la cubierta ,
 Deja con su reflejo
 A Alcina y á su gente como muerta.

Esto viendo de lo alto de una roca
 Un centinela , la campana toca
 A cuyo son acorre de concierto
 La gente toda del vecino puerto.
 Cuatro damas acuden ; la valiente
 Andrónica , Dicila , tan famosa
 Por su virtud ; Fronesia la prudente ;
 Y en fin la recatada Sofrosina
 Que , por esta razon , al caballero
 Con mas ardor atiende y mas esmero.

Debajo del palacio estaba anclada
 La formidable armada ,
 Que , á la primer señal , al primer grito ,
 Salió para el combate apercibida.
 Sangrienta fué , reñida en mar y tierra ,
 La lid en que la maga fementida
 Perdió los frutos de su injusta guerra.

¡ Cuántas veces contraria fué la lucha
 A quien seguro el triunfo contemplaba !
 Del éxito era mucha
 La esperanza que Alcina alimentaba ,
 Mas , en vez de lograr hacerse dueña
 De aquel que la desdeña ,

Incendiada y deshecha ve su flota
 Y , solo huyendo en una frágil barca ,
 Logra evitar la universal derrota.

Inconsolable , empero ,
 Por la ausencia de aquello que mas ama ,
 Copioso llanto de dolor derrama ;
 Y se acrecienta su dolor profundo
 Al pensar que es eterna como el mundo.
 ¡Cuán gozosa , si dado á una heehicera
 Fuera el morir , el tósigo bebiera
 Cual la soberbia emperatriz del Nilo ,
 O , cual la reina de Cartago , el filo
 Del puñal contra el pecho dirigiera!

Salta á tierra Roger y , dando al cielo
 Gracias , cumplido al contemplar su anhelo ,
 Hacia el palacio parte dó domina
 La casta hermana de la torpe Alcina.

La piedra de que ha sido edificada
 Esta rica y espléndida morada
 Al mas puro diamante en precio excede
 Y del Oriente á la mas fina perla.
 Solo despues de verla
 Riqueza tanta concebirse puede ;
 Y , en medio de tan gran magnificencia ,
 Alucinada el alma no se atreve
 A , decidir si á la materia debe
 O al trabajo otorgar la preferencia.

Esta piedra sin par , cuyo reflejo
 Del reflejo del sol se diferencia
 En que jamás se oculta ni se empaña ,
 Forma brillante espejo
 Que á quien se mira en él jamás engaña ,
 Pues ni , hipócrita , adula
 Ni , débil , los defectos disimula.

Sobre altísimos arcos , que puntales
 Parecen ser de la celeste esfera ,

Jardines hay allí , cuyos iguales
Difícil ver aun en el llano fuera .
Por cima del luciente parapeto ,
Su copa elevan el lozano abeto
Y miles de frutales
Que cada abril que torna
De nueva fruta y nueva flor adorna .

 Crecer no suelen árboles tan bellos
Fuera de esos magníficos jardines ,
Ni nacen fuera dellos
Rosas , lirios , violetas ni jazmines
Cuyas frentes ufanas
Sobrevivan al sol de dos mañanas ;
En vez que allí perpetua es la verdura ,
No tanto por que , mas que en otra parte ,
Sus tesoros prodigue la natura ,
Cuanto por que , con pena , estudio y arte ,
En mansion de delicia y abundancia
Transformó Logistila aquella estancia .

 Contenta , alborozada
Del noble paladin por la llegada ,
Ordena el hada que por varios modos
En obsequiarle se complazcan todos .
Con Astolfo Roger allí se encuentra
Y los demás guerreros
De Alcina , no hace mucho , prisioneros .

 Así que uno ó dos dias descansaron ,
Roger y el duque , á cual mas impaciente
Por volver á los reinos de Occidente ,
A Melisa rogaron
Preguntase el camino
Que , en menos tiempo y con menor fatiga ,
Conduzca á cada cual á su destino .

 Pensarlo ofrece la hechicera amiga ,
Pero dos dias para hacerlo pide
Y , espirados , decide

Que á la aquitana playa ,
 Sin mas demora , vaya
 El buen Roger con su corcel alado ,
 Así que ella entregado
 Haya al primero un freno con que rija
 Del segundo la furia y la dirija ,
 Y en seguida le muestra
 Lo que ha de hacer si quiere alzar el vuelo
 O descender al suelo ,
 O girár á derecha ó á siniestra.

De tan docta maestra
 Las lecciones bien pronto aprovechando ,
 A su antojo Roger al bruto guia
 Y , á Logistila dando
 Gracias por su benévola acogida ,
 « Agur , » le dice , y pártese en seguida.

Al britano caudillo
 Dejemos un momento , que mas tarde
 En la Corte de Cárlos , con gran brillo ,
 De su valor podremos
 Verle mas de una vez hacer alarde ,
 Y con Roger marchemos ,
 No ya por el camino que siguiera
 Cuando , mal de su grado ,
 Del bruto desbocado
 Siguió la velocísima carrera ,
 Mas por aquel que voluntario toma
 Hoy que á su antojo lo gobierna y doma.

Partiendo de la España , en línea recta ,
 Vuela hácia el oriental indico imperio ,
 Por diverso camino
 Tornar queriendo á ver nuestro hemisferio ,
 Traspasa el suelo chino
 Entre Mangiana y el Catay. Volando
 De allí sobre las cumbres del Imao ,
 A su diestra dejó la Sericania.

Desde la Escitia el vuelo declinando ,
 Al sármata observó , vido al de Hircania ,
 Y , el Asia abandonando ,
 En Rusia entró y en Prusia y Pomerania.

Bien que el hallar de Amon á la doncella
 Su solo fuese y su serviente anhelo ,
 Perder no quiso una ocasion tan bella
 De ver países. Dirigiendo el vuelo
 Hácia Polonia , pues , baja hasta Hungría ;
 De allí remonta á la Hiperbórea tierra
 Y las costas recorre de Germania ,
 Hasta tocar en fin las de Inglaterra.

Mas no penseis , Señor , que , en tantas leguas ,
 No diese Roger treguas
 Del Hipogrifo á las veloces alas
 Que , en posada ó en venta ú hostería ,
 (Huyendo con esmero de las malas)
 Su curso cada noche detenia.

Parando en fin su rápida carrera
 Del Támesis á orillas , congregadas
 En una espaciosisima pradera
 Huestes vió numerosas
 Que , al compás de atambores y clarines ,
 Desfilaban delante de Reinaldo ,
 Honor de los mas nobles paladines ,
 De quien , si la memoria no me engaña ,
 Dije ya que venia
 A demandar auxilios á Bretaña.

Salta á tierra Roger ; á un caballero
 Con quien topa , pregunta :
 ¿ Quién es aquella gente ?
 ¿ Adónde va ? ¿ qué causa allí la junta ?
 Afable y complaciente

El caballero contestó : « De Escocia
 « El pendon , como ves , aquí se asocia
 « Al pendon de la Irlanda , al de Inglaterra

- « Y al de las islas que su mar encierra.
 « Terminada que sea esta revista
 « Partirán esas tropas á un paraje
 « Donde hallarán aparejada y lista
 « Una escuadra que en breve las transporte
 « Del rey de Francia á socorrer la Corte ;
 « Mas , á explicarte voy sucintamente
 « De donde y con que fin viene esa gente.
 « El buen Leonelo de Lancaster Duque ,
 « Fuerte , sagaz y entre los grandes grande
 « Es el que ves que blande
 « Aquella gran bandera ,
 « Que , ornada por la lis y el leopardo ,
 « Delante de las otras reverbera.
 « Tres alas blancas sobre verde tiene
 « La que trás el Ricardo ,
 « Conde de Wárich tremolando viene.
 « La del duque de Glócester la sigue.
 « En ella , entre dos astas de venado ,
 « Media frente se ve. Sobre el brocado
 « Del de Clarena un hacha resplandece ;
 « En el de York un árbol aparece.
 « Distintivo de Nórfolk es la lanza
 « Que aqüende ves en tres pedazos rota.
 « Pintado un rayo en el pendon se nota
 « Del buen duque de Kent. Una balanza
 « La bandera de Súfolk representa ,
 « Y la de Pémbrok un grifon ostenta.
 « En su pendon , al conde de Essex plugo
 « Dos serpientes uncir al mismo yugo.
 « Aurea guirnalda en campo azul adorna
 « Del de Northumberland el estandarte
 « Y náufraga barquilla
 « En la del conde de Arundelia brilla.
 « En blanco fondo un monte desgajado
 « Sobre el pendon se nota

- « Del marques de Barcley , á cuyo lado
 « Van los condes de Mark y Ricomundo.
 « Un pino , cuyo pié la mar azota ,
 « Enseña es del primero. Del segundo
 « Eslo una palma. Un carro, una corona
 « Son divisa de Dórset y Dantona.
 « Un halcon que , en su nido ,
 « Estiende ambas sus alas , la bandera
 « Realza del de Dévon. La de Wigmor
 « En parte es verde y amarilla en parte.
 « Del de Oxford es el oso.
 « El lebrel es de Derby. Cruz luciente
 « Distingue el estandarte
 « Del prelado de Bath , y silla rota
 « El de Ariman de Sómerset denota.
 « Son cuarenta y dos mil los que , de aljavas
 « Y de lanzas armados ,
 « De sus corceles baten los costados.
 « Doble mas numerosos los infantes ,
 « Obedecen á jefes arrogantes.
 « Cuatro estos son ; y de ellos el primero
 « Es el duque de Búckingham , que lleva
 « Ceniciento pendon. Allá se eleva .
 « Verde el segundo en torno á su caudillo
 « Enrique de Salisbury. El tercero ,
 « De Hermando de Burgenia , es amarillo ;
 « Y en parte azul y en parte
 « Es negro el de Odoarte ,
 « Conde de Croisber. Por aquel lado
 « Ve cual agita un espadon de plata ,
 « En su garra , el leon desmesurado
 « Que , entre dos unicornios ,
 « En el pendon de Escocia se retrata.
 « Treinta mil escoceses
 « Manda su jóven príncipe Zerbino
 « Que es duque de Rothsay , á quien no hay uno

- « Que en esfuerzo aventaje
 « Ni en nobleza de pecho y de linaje
 « Que , al forjar tanta gracia y donosura ,
 « Próvida el molde destrozó natura.
 « Lleva en azul una dorada barra
 « El conde de Otonley. Un leopardo ,
 « Atado á la cadena , del de Marra
 « Es la divisa. De Alcabrun gallardo ,
 « Que no es ni duque , ni marques , ni conde ,
 « Sino de un clan selvático el primero ,
 « En la bandera flota
 « De mil colores fúlgido plumero.
 « Aquel pendon dó un águila se nota
 « Que , al sol mirando atenta , no vacila
 « Es del duque de Strátford. De Lurcanio ,
 « Conde y señor de Argila ,
 « Es aquel donde brillan dos lebreles ,
 « De un toro enorme cada cual al flanco.
 « El del duque de Albania los cuarteles
 « Muestra de azul y blanco ;
 « Y un buitre que á un dragon á dar va muerte
 « En la del duque de Buckan se advierte.
 « Señor es de Forbes el fuerte Armano ,
 « Que negra y blanca agita una bandera.
 « A su derecha mano
 « Marcha el conde de Erelia , que una hoguera
 « En verde campø tiene. De hiberneses
 « Dos huestes mas se advierten en el llano.
 « El de Kildar , de quien un pino ardiendo
 « Es el blason , conduce la primera.
 « Compuesta de feroces montañeses ,
 « A la segunda manda
 « El conde de Desmundo que carmínea
 « Sobre blanco pendon lleva una banda.
 « Mas á lidiar por Cárlos no tan solo
 « Van los de Albion , de Escocia y aun de Irlanda ,

« Sino que allá del aterido polo
 « Los guerreros se ven. De Escandinavia
 « De la Islanda y de Thule armados vienen,
 « Huyendo de la paz que en odio tienen.
 « Mas son de quince mil los que encubiertos
 « De largo vello, bosques y desiertos
 « Abandonando, acuden á esta empresa;
 « Sus lanzas forman una selva espesa
 « Junto al pendon mas blanco que la nieve,
 « Que Morato, su jefe, blanda agora,
 « Y cuya blanca seda pronto debe
 « Ver salpicada con la sangre mora. »

Mientras Roger los nombres y señales
 De los guerreros de Bretaña escucha
 Y las banderas ve, bajo las cuales
 Se aprestan tantas huestes á la lucha,
 Por ir á dar á Carlomagno amparo,
 Atónitos pasmados
 Al contemplar un animal tan raro
 Hacia él acuden jefes y soldados;
 Mas Roger, que aumentar tan solo anhela
 La admiracion que advierte que procura,
 Monta, y á su veloz cabalgadura
 Hace á un tiempo sentir freno y espuela.
 Alzase, pues, y por los aires anda;
 La Inglaterra recorre y llega á Irlanda
 Donde es fama que un santo anacoreta
 Un pozo abrió, cuya agua peregrina
 Contra todo pecado es medicina.

Así sigue su curso y, traspasando
 La mar que, de la grande, la pequeña
 Bretaña aparta, atada á dura peña
 Mira á la triste Angélica llorando
 Sobre el suelo fatal, isla del llanto
 Apellidada con razon, por cuanto
 Tanta y tanta infeliz en él vertiera.

Ya conoceis , Señor , de que manera
 Fué la hermosa doncella sorprendida
 Y cual , bien que malvada , aquella gente
 Intacta le ofreció guardar su vida ,
 Mientras dar otra víctima pudiera
 De la foca á la cólera homicida.

¡La hora fatal en fin sonó! Desnuda
 Cual vino al mundo expuesta en la ribera
 La virgen fué. De su beldad no cubre
 Velo alguno el tesoro delicado
 Que marchitar no es dado
 Al cano enero ni al ventoso octubre.

Linda estatua del mármol mas precioso ,
 A la peña sujeta
 Por arte de pintor industrioso ,
 Creyera ver Roger , si gota á gota ,
 Por su seno , correr no viera el lloro
 Y sus cabellos de oro
 Que alegre el viento á su sabor azota.

A la vista de Angélica , en su pecho
 Se despierta el recuerdo de su dama.
 De amor á un tiempo y de piedad deshecho ,
 Lágrimas casi á su pesar derrama
 Y , de Hipogrifo deteniendo el vuelo ,
 Con tierna voz de esta manera exclama :

« ¡Oh bella dama , cuyos tiernos brazos
 « De estrechar son indignos
 « Otros que del amor los dulces lazos!
 « ¿Quién es el que , perverso ,
 « De esas formas divinas
 « Osa así mancillar el marfil terso? »

De color la doncella entonces muda
 Y , al mirarse desnuda
 Delante de Roger , celar pretende
 Las partes que , aunque bellas en extremo ,
 Al ojo humano la mujer no enseña ;

Pero, amarradas á la dura peña
Las manos, ni encubrir siquiera pueden
Su faz regada por copioso llanto.
Hablar quiere por fin; y de quebranto
Algunas breves voces se suceden,
Que interrumpidas son súbitamente
Por un gran ruido que en la mar se siente.

Medio cuerpo en el agua y medio fuera,
Mayor que un buque muéstrase, entretanto,
El monstruo horrible. Al fin de su carrera
Se acerca ya, dejando á la hermosura
Sobrecogida de dolor y espanto.

Una y mil veces con el asta dura
Hiere Roger al monstruo que se acerca.
Su cabeza es enorme,
Sus ojos y sus dientes son de puerca,
Y su testuz tan recia que no alcanza
A penetrarla el hierro de la lanza;
Mas no por eso el desigual combate
Abandona el guerrero
Que, por errar un golpe, no se abate,
Sino que da un segundo y un tercero.

En esto de Roger, el monstruo viendo
La imágen que en las ondas se refleja,
Su vacilante sombra persiguiendo,
Libre á la dama de la orilla deja.

Cual, desde el aire viendo
Víbora que, entre yerbas, se desliza;
O, que tendida sobre peña, toma
El sol que de colores la matiza,
El águila altanera se desploma
Y, vueltas dando, evita cuidadosa
El dardo de su lengua ponzoñosa,
Así Roger evita con esmero
La boca de la fiera y, con su acero
Y con su lanza pronta,

Entre las dos orejas en el cuello
Y en el lomo escamoso siempre toca.
Si la fiera se vuelve , él se remonta
Y bajando despues de nuevo hiere ;
Mas ¡en vano! Que es dura cual la roca
La piel que ver atravesada quiere.

Cual hostiga al mastin mosca insolente
Que , en torno dél zumbando ,
Le pica , ya en los ojos , ya en la frente ,
No de otro modo el paladin valiente
Al ver cual , en su furia , el monstruo infando
Las aguas de la mar arroja al cielo ;
Al verse envuelto en ellas , de manera
Que decir no pudiera
Si el aire surca ó si en las ondas nada ,
Temeroso además de que , empapada
Tal vez la pluma de Hipogrifo , el vuelo
No le permita sostener ; seguro ,
En fin , de la victoria , como emplee
El arma irresistible que posee ,
Vuela á la playa. En manos de la vírgen ,
A fin de que sus ojos
Resistir puedan del broquel al brillo ,
Pone el precioso anillo
Que Melisa le dió y , en la ribera ,
Colocándose enfrente de la fiera ,
Del mágico broquel levanta el velo.
Semejante al del cielo ,
Aparece otro sol. Despavorido ,
Cual el pez en la cal , el monstruo queda
Privado de sentido
Y , por las olas de la mar lanzado ,
Inmóvil va del uno al otro lado.

La dama , con acento dolorido ,
En esto al bravo paladin recuerda
Que conviene no pierda

El tiempo de que tanto necesita.
« Vuelve , señor , le grita ,
« Mis lazos rompe , por piedad te ruego ,
« Antes que el monstruo horrible se despierte.
« Librame dél y , luego ,
« Si quieres , dame entre las olas muerte. »

Movido el héroe de su justa queja
Desátala. Montando ,
Con ella en su bridon , de allí se aleja
Y , volviendo la faz de cuando en cuando ,
Cubre de ardientes ósculos su cuello
Sus ojos , y su frente y su cabello.

Presto , olvidando su intencion primera
De dar la vuelta entera de la España ,
Detiene su carrera
Sobre el peñon de la menor Bretaña
Que mas entra en la mar. Sobre su orilla
Una selva de encinas se levanta
Do á todas horas Filomena canta ,
Y , en medio della , se descubre un prado
Donde , entre dos colinas , se desliza
Arroyo que lo alegra y fecundiza.

De ilusion y esperanza enajenado
El jóven al corcel allí detiene ;
Mas á oponerse viene
La férrea cota á su anhelar. En vano
Gran rato lucha por librarse della.
Soltar queriendo un nudo , se atropella
Y su agitada mano
Ciento hace y ciento en vez de soltar uno.
Mas mi canto , señor , es ya muy largo.
Para momento pues mas oportuno
La comenzada narracion difiero ,
Que fatigar vuestra atencion no quiero.

CANTO XI.

Angélica desaparece con el anillo encantado que puso en su dedo Roger. — Este, además del anillo, pierde el Hipógrifo y vuelve á dar en manos del májico Atlante. — Imprecaciones de Orlando contra las armas de fuego — Orlando da muerte al monstruo y á una gran parte de los moradores de la isla de Ebuda. — Fin de la historia de Olimpia.

Bien que, á menudo, en medio á su carrera
 Freno endeble del bruto mas altivo
 El impetu modera; -
 Rara vez la razon, rara refrena
 La ardiente furia de un amor lascivo,
 Ante la imágen del placer; que al oso
 Que la miel ha catado, no sin pena
 Se consigue alejar de la colmena.

¿Qué razon hay para que el héroe agora
 De gran placer la coyuntura pierda?
 De la vírgen ilustre á quien adora
 Se olvida en este instante, ó si se acuerda
 Necio fuera á mi ver, mil veces necio,
 Como por ello mire con desprecio
 A la belleza rara
 Que á Zenócrates mismo enamorara.

Su lanza ya y su escudo en tierra habia
 Puesto Roger, y yelmo, espada y cota
 Impaciente á arrojar se disponia,
 Cuando la dama, con rubor tendiendo
 La inquieta vista por sus gracias, nota
 En su dedo el anillo
 Que el vil Brunelo le robó queriendo
 Dar así gusto al árabe caudillo.

Era este anillo el que ella trajo á Francia
 La primer vez que vino con su hermano,
 Entonces dueño de la insigne lanza
 Que fue despues del paladin britano.
 Vanos, con él, haciendo los encantos
 De Malgesí, á Orlando y, otros cuantos
 Sustrajo del poder de Dragontina.
 Por su virtud divina,
 Salir logró no vista del castillo
 Dó un mago la encerró; ¿ mas, de este anillo
 Para que los portentos enumero,
 Que cual yo conoceis? Saber os baste
 Que á perderlo la dama vino al cabo;
 Y que, adverso, el destino
 Desde aquel dia no aplacó su encono
 Hasta lograr arrebatarle el trono.

Esta joya al mirar con rostro ledo,
 La hermosa vírgen, de contento loca,
 Duda de lo que ve, de lo que toca
 Y el anillo, que saca de su dedo,
 Llevándose á la boca,
 A los ojos del héroe desaparece,
 Cual el sol si una nube lo oscurece.

En torno de sí mismo inquieto, en tanto,
 Gira Roger y, lleno de quebranto,
 A la dama que huye

Así de falsa y descortés arguye:

« ¿ Es este, es este el galardón ¡ ingrata !
 « Que á mis servicios das ? ¿ Porqué con arte
 « Tu perfidia, mal grado, me arrebatas
 « Lo que yo nunca me negara á darte ?
 « ¿ Quieres mis armas y el caballo mio ?
 « Dellas dispon, dispon á tu albedrío.
 « ¡ Mas qué ! ¡ Tu rostro celestial me escondes !
 « ¡ Y, oyéndome, cruel, no me respondes !

Así diciendo, en torno de la fuente,

Frenético, vagaba ;
 Y, creyendo abrazar la dama ausente ,
 El aire entre los brazos estrechaba.

Ella, en tanto, corriendo noche y día ,
 Ala falda de un monte halla una choza
 Donde habita un pastor. En torno della
 Vastas cuadras habia

Dó á refugiarse del calor venia
 Numerosa yeguada que, paciendo ,
 Vagaba entonces en frondoso prado
 Por un fresco arroyuelo fecundado.

De la cabaña só el humilde techo ,
 Alimento y reposo

La virgen encontró ; y hácia la tarde ,
 Sus fuerzas ya juzgando restauradas ,
 Sin ser vista , se fue. Su talle hecho
 A ropas delicadas

Envuelve en un gaban de paño burdo ;
 Burdo y grosero sí , mas no bastante
 A encubrir de su cuerpo el aire noble ,
 La belleza sin par de su semblante ;
 Pues de Angélica al lado , fueran feas ,
 Por mas que los poetas las pregonen ,
 (Títiro y Melibeo me perdonen) ,
 Todas las Cloris Filis , y Nereas.

Hácia las yeguas luego se dirige ;
 Entre ellas una que le agrada elije ;
 Monta y se aleja ; y de volverse á Oriente
 Viene una idea á seducir su mente.

Roger , en tanto , de su error volviendo ,
 Y convencido de que en vano aspira
 A recobrar el bien porque suspira ,
 Hácia Hipogrifo márchase corriendo ;
 Mas un nuevo pesar allí le aguarda ;
 Que en columbrar no tarda ,
 Surcando el aire , al palafren que busca.

Unida aquesta á la anterior desgracia ,
 Al paladin ofusca ;
 Pero de todas la que mas le aflije
 La pérdida es del dije , y lo deplora
 Muy mas que por su mágica eficacia
 Por ser un don de aquella á quien adora.

Al hombro , entonces , angustiado y triste
 Echándose el broquel , sus armas viste
 Y , la playa arenosa
 Dejando , va con planta presurosa
 Hacia un bosque que nótase en un valle.
 Por su mas ancha y frecuentada calle
 La marcha emprende. Hacia la diestra mano
 Salir del bosque escucha
 Fragor de hierro insano
 Que contra hierro vibra mano ducha.
 Por la maleza avanza
 Y en ver no tarda una terrible lucha ,
 Cuya causa yo ignoro , entre un gigante
 Y un bravo jóven de gentil talante.
 Yace en tierra el corcel de este guerrero
 Que , hiriendo ú esquivándose lijero ,
 Los golpes frustra de la enorme maza
 Con que el feroz gigante le amenaza.

Detiénese Roger ; observa atento
 La cruda lid y , bien que un movimiento
 Simpático y secreto á su alma noble
 Por el mas mozo á interesarse arrastre ,
 De evitar su desastre
 No trata , antes un tanto se retira ,
 Y combatir de léjos los contempla.
 Con sus dos manos levantando , en esto ,
 La su maza el jayan , golpe funesto
 Sobre el jóven descarga , á quien destempla
 El yelmo y , malparándole la frente ,
 Por descubrirla corre incontinentemente.

De su cara y hermosa Bradamante
 Descubierta el semblante
 Mira entonces Roger. Su riesgo toca ,
 La espada saca y al feroz provoca ;
 Mas este , á comenzar batalla nueva
 Poco dispuesto , á la doncella toma
 Y sobre sus espaldas se la lleva ;
 Cual águila á su nido una paloma ,
 O cual lobo un cordero hácia su cueva.

Tras él corre Roger ; mas de manera
 Sus pasos acelera
 El gigante , que apenas con la vista
 Puede el jóven audaz seguir su pista.
 Así corriendo aqúeste , como loco ,
 En pos de aquel , que vuela de alegría ;
 Se hallaron presto en una angosta via
 Que , ensachándose luego poco á poco ,
 Fuera del bosque , á un prado conducia.

Mas basta de Roger : á Orlando vuelvo
 Que el arma de Cimoseo al mar profundo
 Lanzó porque jamás tornase al mundo.
 De poco esto sirvió que el implacable
 Genio del mal , de aquel arma maldita ,
 Que el rayo vengador del cielo imita ,
 Descubridor malvado y execrable ,
 Con saña casi no menor que aquella
 Cuyo fatal influjo
 A nuestra madre universal sedujo ,
 El ánima inspiró de un nigromante
 Que , con secretos de su ciencia , obtuvo
 Arrancar esa máquina homicida
 De las entrañas de la mar , dó estuvo
 Tantos y tantos años escondida.

Cerca de un siglo hará que introducida
 En Alemania fué , dó , los ingenios
 El rey de las tinieblas aguzando ,

Hizo en fin descubrir su objeto infando.
 Italia, Francia y todo el orbe entonces
 Esta invencion diabólica aprendieron ;
 Y , ya líquido bronce
 En el cóncavo molde condensando ,
 Ya hierro taladrando ,
 Muchas de aquestas máquinas hicieron
 Que , según su calibre y su tamaño ,
 Mil diferentes nombres recibieron.
 Cual cañon la llamó , cual culebrina ,
 Cual pistola , arcabuz ó carabina .
 A su contacto nada hay que resista ;
 El mármol cede cual la leve arista .

Tu broquel y tu lanza luego , luego ,
 Con tu espada , oh soldado , arroja al fuego ,
 Y toma un arcabuz. De lo contrario
 Desde hoy renuncia á gloria y á salario.

¡ Oh maldita invencion ! ¿ Cómo pudiste
 Hallar cabida en corazon humano ?
 Tú , del ilustre bélico ejercicio
 El esplendor , por siempre , oscureciste.
 Del valor , del saber el sacrificio
 Consumaste en un día ;
 Que igual á la virtud es hoy el vicio ,
 Igual es al valor la cobardía.
 ¡ Cuánto cuerpo no diste ya á la tierra
 De Itala gente , oh Dios ! ¡ y cuánto , cuánto
 No has de dar mientras dure esa ímpia guerra
 Que al orbe cubre de dolor y espanto !
 De todo el universo
 El hombre fué mas vil y mas perverso
 El que arte tan fatal concebir pudo ,
 Y , por mí , yo no dudo
 Que con Judas esté castigo eterno
 Sufriendo en las mazmorras del infierno.

A Ebuda en tanto se dirige Orlando :

Mas el viento , oponiéndose á su anhelo ,
 Apenas respiraba ,
 O , de frente las velas azotando ,
 A cejar ó á virar les obligaba.
 Pronto sabreis porque no quiso el cielo
 Que antes que el rey de Irlanda
 Tocase Orlando aquella tierra infanda.

Tócala en fin y , lleno de coraje ,
 « A tierra salta : dice al marinero ,
 « Y aquí me aguarda que hácia aquel paraje
 « Solo partir en esta lancha quiero.
 « El cable mas robusto
 « Y el áncora mayor que el buque tenga
 « Conmigo llevaré. Cual es mi objeto
 « Conocerás cuando á encararme venga
 « Con ese monstruo , á quien provocho y reto. »

Dice : y , al mar botando la barquilla ,
 Cnanto supone puede hacerle falta
 Tomando , en ella salta ;
 Sus armas todas déjase en la orilla
 A escepcion de su espada ; coge el remo ,
 Sus fuerzas todas por moverlo emplea
 Y , á guisa de cangrejo , las espaldas
 Vuelve hácia el sitio á dó llegar desea.

Era el momento en que sus trenzas blondas
 La bella aurora ufana desplegaba
 Al rival de Titon que entre las ondas
 La mitad de su disco ya elevaba.

De la pelada roca
 A ún tiro de ballesta , se coloca
 El héroe , cuyo oido
 Viene á herir un gemido
 Débil , cansado , perceptible appena.
 Por la desierta arena .
 La vista al punto hácia su izquierda tiende ,
 Y , atada á un tronco , á cuyo pié se estrella

La cólera del mar , una doncella
Desnuda ve cual del materno seno
Salió ; mas el terreno
Que de ella la separa , y de su frente
La actitud consternada , no consiente
Al paladin reconocer quien sea.
Con el remo , impaciente ,
Por volar á su encuentro ,
La espuma agita , y lucha y forcejea.

En esto , hasta su centro
Estremece á la mar alto bramido ;
Y , en las hinchadas olas suspendido ,
Llega el monstruo feroz. Cual nube parda
Que del húmedo valle se desprende
Y que la tierra en envolver no tarda ,
Su inmensa mole así la fiera estiende
Por la anchurosa mar. Con faz tranquila
Vela Orlando llegar y como un hombre
A quien nada hay que asombre ,
Y que nunca desmaya ni vacila ,
Con el objeto de poder á un tiempo
Embestir á la fiera , y á la dama
Dar el útil amparo que reclama ,
Con la barca interponese y , el cable
Y el áncora llevando en una mano ,
Serenos aguarda al monstruo formidable.

Viendo en la lancha al paladin , la foca
Abrió para tragárselo una boca
Por donde un hombre entrara cabalgando.
Adelántase Orlando y , con la cuerda
Y el esquite , si mal no se me acuerda ,
Del monstruo se introduce en la garganta.
Y , en ella , él ancla , atravesada planta.

Bien cual prudente obrero
Que , en busca de metales ,
De la honda tierra al corazón descende ,

Con sólidos puntales
 Las entreabiertas bóvedas suspende ,
 Suspende al monstruo infando
 Ambas quijadas el valiente Orlando.
 La espada entonces saca
 Y con ella , en sus fauces cavernosas ,
 Ora de corte , ora de punta ataca.

No se defiende el monstruo , que mal puede
 Defenderse una plaza cuando mira
 Al enemigo en sus murallas. Cede ,
 Cede , por tanto , y sin sentido gira.
 Sus flancos ora y su escamosa espalda ,
 Muestra sobre la líquida esmeralda ;
 Ora al fondo del mar se precipita
 Y sus arenas con el vientre agita.
 Viéndose entre agua tanta ,
 A nado el héroe deja su garganta ;
 Ase el cable y , por medio de las olas
 Abriéndose camino , á toda prisa
 Se dirige al peñasco que divisa.

Llega ; y saltando en tierra , sin tardanza
 El cable empieza á recoger. En vano
 Resistir quiere el monstruo á tal pujanza ;
 Que de un tirón hace el señor de Anglante
 Lo que no hiciera en diez un cabrestante.

Cual salta y corcovea
 El indómito toro , que se siente
 Al cuerno de repente
 Un lazo echar ; así , mil vueltas dando ,
 Se agita en vano el monstruo abominable
 Por desasirse del robusto cable
 Que á tierra á su pesar lo va arrastrando ,
 Y la sangre que vierte
 El verde humor en púrpura convierte.

Con su vientre escamoso
 Las encrespadas olas oprimiendo ,

Ora el fondo del mar muestra arenoso ,
 Ora á la luz del sol opone un velo
 Con las olas que saltan hasta el cielo.
 Los montes y las selvas, con espanto ,
 Tal estrépito escuchan. De su cueva
 Sale Proteo, y, al mirar á Orlando ,
 Su dispersada grey abandonando ,
 Del mar huye á esconderse en el abismo.
 Crece la confusion , crece el tumulto
 Y de tal modo , que Neptuno mismo ,
 A su carro enganchando sus delfines ,
 De Etiopia se encamina á los confines.
 Ino llorosa y, suspendida al cuello
 Llevando á Melicerta , las Nereidas ,
 Desgreñado el cabello ;
 Los Glaucos, los Tritones ,
 Cuantos del mar habitan las regiones ,
 Sin saber dó , despavoridos huyen.

A tierra entanto al fiero monstruo obliga
 A venir el guerrero , cuya pena
 Y esfuerzos poco á poco disminuyen ;
 Que , antes de verse aquel sobre la arena ,
 Espiró de dolor y de fatiga.

Por presenciar reyerta tan extraña
 Muchas gentes de la ínsula llegaron
 Que , con el celo fanático , esta hazaña
 Un espantoso crimen reputaron.

« De Proteo la saña
 « Atizada con esto , se decian
 « Los horrores de un tiempo mas funesto
 « Su cruda grey renovará bien presto.
 « Perdon pues invoquemos
 « Del ofendido Dios antes que , airado ,
 « Sobre nosotros lance su castigo
 « Y su enojo aplaquemos
 « Arrojando en la mar á su enemigo. »

Bien cual activa llama
 De monton en monton de seca leña
 Cunde y tal vez una comarca inflama,
 Así la idea, que el terror infunde,
 De pecho en pecho en un instante cunde.
 Ya de arco, lanza, espada ú honda armado,
 A la ribera cada cual descende,
 Y por detrás, de frente ó de costado
 Embiste al paladin, á quien sorprende
 Proceder tan brutal y tan injusto;
 Mas, cual suele oso intrépido y robusto
 Que las ferias recorre,
 Por el Ruso ó Lituano conducido,
 Despreciar de los canes el ladrido,
 Así desprecia el príncipe valiente
 La loca obstinacion de aquella gente,
 Que, al verle sin broquel, sin armadura,
 Ni yelmo, aprisionarle se figura;
 Mas del diamante tiene la dureza
 Su piel, desde el talon á la cabeza.

La de ellos, menos dura,
 Cede á los golpes de la ardiente espada
 Del conde que, con diez, quita la vida
 A treinta de la turba amedrentada,
 Y en fuga á los demás pone bien presto,
 A la dama afligida
 Acércase despues; mas, de repente,
 De aquella playa por el lado opuesto
 Insólito rumor alzarse siente.

Mientras, por esta banda,
 Ocupaba el de Anger á los isleños,
 A tierra de sus leños,
 Por otras mil, saltaban los de Irlanda;
 Y, ora fuese rigor, ora justicia,
 Iban estrago horrendo,
 Por donde quier, sin distincion, haciendo.

Los indígenas , ya que sorprendidos
Por este ataque inesperado fuesen ,
Ya que escasos en número
En consejo ó en ánimo se viesen ,
Poca ó ninguna resistencia hicieron.
Bajo el poder del vencedor cayeron
Sus haciendas y bienes. Degollados
Sin piedad todos fueron
Y sus lares hundidos ó incendiados.

De tal rumor y confusion y ruina ,
Sin curarse el guerrero se encamina
De nuevo hácia la roca
Donde estuvo la vírgen peregrina
A punto de ser presa de la foca.
Llégase á ella y , al mirarla , cree
A Olimpia conocer : ni se equivoca ;
Olimpia es en efecto
Que , víctima infeliz de iluso afecto ,
Vino á parar á la ínsula de Ebuda.
La dama al héroe reconoce en breve ,
Mas viéndose desnuda ,
A hablarle ni á mirarle no se atreve.

Rompiendo en fin aquel silencio, el conde
La causa le pregunta
Que le indujo á dejar la tierra , en donde
De su esposo querido
Gozar él mismo del amor la vido
« No sé , señor , » la dama le responde ,
« Si sentir debo pena ó alegría
« Al verme en este dia
« Libertada por vos de mi ímpia suerte.
« Solo , empero , muriendo
« Podrá acabar la desventura mia.
« Dadme pues , oh señor , dadme la muerte
« Que de todos mis males me liberte. »
Y , llorando , narra

Cual la engañó su esposo , y cual dormida
 En sitio la dejó dó sorprendida
 Por los corsarios fue. Mientras hablaba ,
 Su cuerpo al replegar de mil maneras ,
 Por ocultar su pecho y sus caderas ,
 De su talle , con púdico bochorno ,
 Mostraba el graciosísimo contorno.

Ansioso de llegar adonde ropas
 Pueda encontrar para la dama , Orlando
 Iba á embarcarse , cuando
 Llega Uberto con parte de sus tropas ,
 Mientras el resto , de coraje ciego ,
 Pone la insula toda á sangre y fuego.

Bien que de espuma y sangre
 Se hallase el bravo paladin cubierto ,
 No tarda en conocerle el rey Uberto ,
 Que atribuir no puede mas que á Orlando
 Las pruebas de valor que va escuchando.

Un año solo hacia
 Que , heredando la Iberna monarquía ,
 De Francia Uberto abandonó la Corte
 Dó infante fue de honor , y dó se unieron
 Él y el de Anglante con estrechos lazos.
 Viéndose , pues , allí se conocieron
 Y , la celada alzando , con transporte ,
 Se arrojó cada cual del otro en brazos.

Cuéntale Orlando la conducta aleve
 Del duque , y cuanto debe
 Este á la bella esposa á quien olvida.
 Refiérele tambien cual de su vida ,
 Perdido que hubo hermanos , padre y trono ,
 Hacer ella mil veces abandono
 Quiso , por darle libertad. En tanto
 Que Orlando así decia , el triste llanto
 Que inundaba los ojos de la dama ,
 De la estacion riente

Recordaba los dias en que el cielo ,
Del seno de una nube transparente ,
Refrigerante lluvia lanza al suelo ;
Y cual , de rama en rama ,
El ala humedecida sacudiendo ,
Alegre el ruiseñor se va meciendo ;
Amor , así , de tan divinos ojos
En la luz se complace y se regala ,
Y en su líquido aljófara baña el ala.

En esta luz aquel rapaz un dardo
Forja ; lo templa en la corriente clara
Que , entre lirios y rosas , se desprende
De los ojos de Olimpia , y lo dispara
De Irlanda contra el príncipe gallardo
Que atónito , la vista
Por las bellezas de la dama tiende.

El cielo rara vez belleza tanta
En mujer reasumió. No solamente
Eran bellos sus ojos y su frente ,
Sus hombros , su nariz y su garganta ,
Sino que , hechas á torno
Y del marfil mas puro , parecian
Aquellas partes que , con vano adorno ,
Avaras ropas encubrir solian.
Por surco hondo y estrecho ,
Entre sí separados se veian
Los dos cándidos globòs de su pecho ,
Cual , por un valle , dos colinas leves ,
Del enero cubiertas por las nieves.
Su vientre , sus caderas y sus muslos
De Fideas y de Apeles
Recordaban buriles y cinceles.
Desde los pies , en fin , hasta el cabello ,
Era imposible ver busto mas bello.

Si allá del Ida en la region lejana
Asistir de las diosas al litigio

Podido hubiera Olimpia, la manzana
 Dudo yo que otorgara el jóven frigio
 A la reina de Chipre, ni violara
 De una hospitalidad franca y sincera
 Los derechos tal vez. « Helena cara,
 « Sé feliz con tu esposo, le dijera,
 « Yo de la bella Olimpia ardo en el ara »

Ni, á haber podido hallarse esta en Crotona,
 Tuviera Zéuxis que estudiar desnuda
 Tanta y tanta matrona,
 Para acabar la imagen destinada
 A decorar de Juno la morada,
 Pues las gracias en todas esparcidas
 En Olimpia encontrara reunidas.

Yo miro como cierto
 Que aquel talle el infiel no vió desnudo;
 Pues, á verlo, no alcanzo como pudo
 A Olimpia abandonar en un desierto.

De su beldad enamorado Uberto,
 Consuélala, y le jura
 No soltar el acero ni la lanza,
 Hasta hacerla subir de nuevo al trono
 Y de Bireno recabar venganza.

Traje con que encubrir tanta hermosura
 Hallar despues por la insula procura
 Dó, merced á la fiera,
 Hay profusion de ropas femeniles.
 Para encubrir tan bellas formas, viles
 Uberto las juzgó y así juzgara
 Aunque, de pura seda y de oro fino,
 Con el mayor primor, las recamara
 El industrioso y rico florentino.
 De Lémnos el artífice divino,
 Minerva misma, ignoro
 Si tejerlas pudiera que desdoro
 No fueran de aquel talle peregrino.

Roldan , que hasta aquel suelo en seguimiento
 De su Angélica vino , gran contento
 Tuvo en ver la pasion del rey de Irlanda ;
 Pues este amor de encaminarse á Holanda
 Y de buscar al duque le eximia ,
 Y en pos de su adorada
 El orbe recorrer le permitia.
 Convencido por fin de que en Ebuda
 Angélica no está ; mas , en la duda
 De si estuvo , del sol al rayo nuevo ,
 Con el caro mancebo
 Y con Olimpia embárcase. A la Corte
 De Uberto llega y se detiene un dia.
 Vano es que el rey , vano que Olimpia exhorte
 Al héroe que se quede. Su porfía
 De averiguar de Angélica el destino
 Hacia Francia dirige su camino.

Pártese pues , así que encomendado
 Hubo á Olimpia del príncipe al cuidado ,
 Y así que de este obtuvo la promesa
 De consagrar su vida á esta princesa.
 Sus tropas junta con efecto , y liga
 Formando con la Escocia y la Inglaterra
 De Holanda y Frisia al duque en breye arroja ;
 Marcha á Zelanda y , en sangrienta guerra ,
 Del sólio y de la vida le despoja ;
 Y á Olimpia luego haciendo su consorte ,
 Como reina preséntala á la Corte.

Mas al de Anger volvamos que , surcando
 La mar sin rumbo cierto ,
 Llega entretanto al puerto
 De do salió su nave. Allí montando
 De nuevo en su corcel , veloz se aleja
 Y atrás los vientos y las olas deja.
 No dudo que , en el resto del invierno',
 Hazañas consumara

Dignas de fama y de loor eterno ;
Mas su modestia igual á su denuedo
En profundo silencio sepultólas.
No es pues mi culpa si narrar no puedo
Las que , su esfuerzo consumando á solas ,
Nadie sabrá jamás ; pues sus victorias
Por sus testigos solo eran notorias.

Nada se supo pues ; mas , cuando al signo
De Aries el padre de la luz llegando ,
Doró de nuevo la celeste esfera
Y Céfiro benigno
Retornó con la dulce primavera ,
Entonces fue cuando , á la par , se vieron
De la tierra flotar las flores nuevas
Y del valor del paladin las pruebas.
Del llano al valle , solo y afligido ,
Siguiendo va su fatigado viaje
Cuando salir del bosque oye un gemido.
Toma el hierro al momento
Y su corcel empuja hácia el paraje
De dó sale la voz ; mas ya la mia
Débil y ronca siento .
Permitidme , Señor , que tome aliento.

CANTO XII.

Entrase Orlando en el nuevo palacio encantado de Atlante. — Encuéntrase allí á varios guerreros. — Portentosos efectos del anillo de Angélica. — Húyese esta por los bosques. — Riñen Orlando y Ferragut. — Curiosas discusiones entre estos dos guerreros y Sacripante. — Angélica desata y se lleva el yelmo de Orlando. — Rompe este guerrero dos huestes de sarracenos. — Llega á una cueva y encuéntrase dentro de ella á dos mujeres.

 Cuando , al volver de la region idea
 Al valle solitario
 Donde al gigante altivo y temerario
 Los lomos bruma la montaña Etnea ,
 De su hija cara descubrir no pudo
 Céres la huella , crudo
 Fue su dolor. En su fatal despecho ,
 Desgarra sin piedad su hermoso pecho
 Y , arrancando dos pinos ,
 Que enciende en las cavernas de Vulcano ,
 Uno de ellos agita en cada mano ,
 Y en su carro arrastrado por serpientes ,
 Del monte corre al llano ,
 Selvas registra , estanques y torrentes
 Y la tierra y el mar , y , desde el mundo ,
 Baja en su busca al Tártaro profundo.
 Lo mismo Orlando , en su ferviente anhelo
 De encontrar á su Angélica , corrido
 Hubiera el mar , la tierra , el aire , el cielo ,
 Y del eterno olvido ,
 Cual Céres , descendiera á las mansiones
 Si su carro tuviera y sus dragones.
 Mas no los tiene ; y á caballo agora ,

· Agora á pié , buscando á la que adora ,
 · La Francia recorrió. Luego la España
 Piensa ver y la Italia y la Alemaña ,
 Y pasar en seguida

La mar que ruge en torno del Numida.
 Pensando el héroe caminaba en esto ,
 Cuando á turbar sus reflexiones viene
 Una doliente voz. Avanza presto ,
 Y ante sus ojos un guerrero nota
 Que sobre un gran corcel lijero trota ,
 Llevándose por fuerza una doncella
 Que afligida parece cuanto bella.

Solloza aquesta , agítase y , llamando
 Al valeroso Orlando ,
 Implora su favor. Ver se imagina
 El conde á la que su ánimo fascina.
 Ciego pues de furor , con voz tremenda
 Al caballero amenazando , grita ;
 Y , abandonando á su corcel la rienda ,
 Con la espuela trás él lo precipita.

Atento aquel á conservar su presa ,
 Nada responde y , por la selva espesa ,
 Que asorda de su víctima el lamento ,
 Corre que apenas le alcanzara el viento.
 Así corriendo el conde á un sitio llega
 Dó un palacio magnífico se eleva ,
 Cuyos muros , de jaspes fabricados ,
 Por hábil diestra fueron cincelados.
 Por una puerta guarnecida de oro ,
 Con la dama , el malvado se introduce
 En el bello palacio. Bridadoro
 A su señor hasta el umbral conduce.
 Pásalo Orlando , en el alcázar entra ;
 Mas ni al raptor ni á la doncella encuentra ;
 Y , del arzon saltando , los salones ,
 Los pórticos explora , los retretes

De la estancia inferior. De allí viniendo
Al piso superior, sin mayor fruto,
Sus cámaras recorre y gabinetes.
De seda y oro recamados lechos
En ellos ve. Cortinas y tapetes
Los muros y los techos
Y el pavimento encubren; mas no ofusca
Belleza tanta al paladin que, ansioso,
Solo al raptor de la doncella busca.

Mientras así, por una y otra parte,
Dirige inquieto el paso,
Al rey de Seribania, á Brandimarte,
A Ferragut encuentra, y al Circaso
Vagando por la estancia, á cuyo dueño
Todos ellos arguyen
De fraude, de traicion, de robo ó trama.
De su brido los unos, de su dama
La pérdida los otros le atribuyen;
Cual este objeto y cual aquel reclama,
Y mientras, así, los días y los meses
En triste cárcel sepultados moran,
Como y de quien son víctimas ignoran.

Luego que del palacio ha recorrido
En vano, cada estancia
Mas de una vez, el conde, y persuadido
De que á perder su tiempo se exponia
Si en seguir se obstinaba á la que, acaso,
Léjos ya dél, con su raptor corria,
Desciende al verde prado
De que se halla el palacio circundado.

Mientras, en torno dél mil vueltas dando
Por descubrir del fugitivo el curso,
Recientes huellas en buscar se afana,
Salir de una ventana
Piensa una voz oír. De su señora
Escuchar se figura el eco blando

Que, así diciendo, su socorro implora :
 « ¿ Conque, en presencia de mi fiel Orlando,
 « A manos de un ladron veré perdida
 « La joya virginal que me es mas cara,
 « Mil veces mas, que la ánima y la vida ?
 « Antes ; Señor, la muerte
 « Que verme expuesta á tan terrible suerte. »

Alza la vista Orlando ; de la virgen,
 Cuya voz escuchó, ver se figura
 La faz resplandeciente de hermosura ;
 Y, en ansia nueva ardiendo, cada pieza
 Una vez y otra á recorrer empieza.
 De cuando en cuando, empero, se detiene,
 Y, sin poder saber de donde viene,
 La voz de nuevo escucha de la dama
 Que su favor y proteccion reclama.

Pero volvamos á Roger. Ya dije
 Cual, por sendero angosto y desusado,
 Trás del raptor al prado se dirige
 Do, si no me equivoco,
 Era venido Orlando hacia poco.
 Al llegar al alcázar, afanado,
 Siguiendo al vil, en sus salones entra
 Roger, mas no le encuentra.
 Cuatro, seis veces, cual Orlando entonces
 Hasta los sitios mas secretos busca,
 Sin comprender en donde,
 Con la doncella, su raptor se esconde ;
 Y á el paso á dirigir va hácia la selva
 Cuando una voz, cual la que oyera el conde,
 Le hace que al punto hacia el alcázar vuelva.

La misma faz, la misma voz, que iluso
 Tomó por las de Angélica el de Anglante,
 Por la voz y la faz de Bradamante
 Toma Roger. Igual error, confuso,
 Al rey Gradaso deja, á Sacripante,

A Ferragut y á cuantos
A los nuevos encantos
Sucumbieron de Atlante.
Inquieto por Roger , y de su estrella
Temiendo siempre el poderoso influjo ,
El sabio viejo á esta morada bella ,
Y antes á la de Alcina , le condujo.
Frustrado al ver dos veces su trabajo
Allí de Cárlos , con Roger , atrajo
A los héroes de fama esclarecida
Que hacer pudieran peligrar su vida ;
Y con tal fin solícito detiene
A tantos en su cárcel , dó no hay goce
Que sus almas no ocupe ó no enagene.

Ya dije cual Angélica , provista
Del anillo precioso que á la vista
Mas perspicaz la esconde ,
Y ante el cual no hay encanto que resista ,
Vestida y restaurada en el albergue
Del pastor , retornar se proponia
Al bello reino donde nace el dia.

Su corazon de Orlando y Sacripante
Desdeña la pasion ; teniendo empero ,
En su larga y molesta correría
Que dirigir por tanto pueblo el paso ,
Hallar desea escolta y compañía.
Ansiosa , pues , al uno ú otro amante
Buscando va. Fortuna al fin la guia
Al sitio donde Orlando , Sacripante ,
Ferragut y Gradaso
Presos estaban en poder de Atlante.

Envuelta en la virtud del raro anillo ,
Invisible penetra en el castillo
Dó á sus amantes ve que , por el arte
Del mago alucinados , de esta parte
A aquella van buscándola. Indecisa

La vírgen al mirarlos , no se atreve
A resolver si al paladin de Anglante ,
O al rey circaso descubrirse debe.
Con su valor Orlando , bien lo sabe ,
De mas de un riesgo grave
Libertarla sabrá ; mas tambien teme
Que , en señor erijiéndose , no quiera
Volver solo al Ocaso
Cuando ella su apoyo no requiera ,
Mientras dócil , sumiso
Por cumplir sus mandatos , el circaso
Renunciara á su amor y al paraíso.
Por él pues se decide. De su boca ,
Quita el mágico anillo y mientras cierta
Pensaba estar de que iba á ser tan solo
Por Sacripante vista , descubierta
Fue por Orlando y Ferragut. Cargados
Con el yelmo , el broquel y la loriga ,
Que nunca abandonaban ,
Todos , buscando á su invisible amiga ,
Por el palacio sin cesar giraban.
Desnuda , solamente ,
Mostraba Ferragut la altiva frente ,
Que juró no cubrir con otro yelmo
Que aquel que de Troyano
Arrancó Orlando al infeliz hermano.

No sospechaba el moro en este instante
Tener tan cerca al paladin de Anglante ,
Ni este pensar podia
Que ante su vista á Ferragut tenia.
Un encanto secreto ,
A cada cual cegando , le impedia
Reconocer á los demás. Armados
Todos , cual dije , del broquel y el pcto ,
Confundidos vagaban. Ensilados
Y prestos sus corceles ,

Pendiente el freno del corazon , comian
En una estancia próxima á la entrada ,
Bien provista de yerba y de cebada.
Imposible era pues al mago entonces
Estorbar á los héroes que montasen ,
Ni que , por ir en pos de su adorada ,
Del espléndido alcázar se alejasen.

La dama , en tanto , al verse perseguida
A un tiempo por los tres , que , separados ,
Por escolta aceptará agradecida ,
Corre veloz ; y así que del palacio
Se ve distante el suficiente espacio
Para que obrar sobre ningun caudillo
Sus encantos el mágico pudiera .
Abandonando su intencion primera
De requerir su escolta y compañía ,
Se pone entre los labios el anillo ;
A los ojos de todos desaparece ,
Y su ilusion de nuevo desvanece.

Cual can que , en medio á su veloz carrera ,
En honda madriguera
Sumirse ve la tímida raposa ,
Por la selva espaciosa
Vagan así los héroes confundidos ;
Y , tomando por fin la sola via
Que por allí descubren , á porfia
Sus bridones empujan , persuadidos
De que marchar por otra no podia
La dama á quien su afan va persiguiendo.

Invisible ella , en tanto , deteniendo
De su alfana el correr , atrás se queda ;
Y , de su ciega obstinacion riendo ,
Sus esfuerzos inútiles observa.

Así corriendo , llegan á un paraje
Do se pierde el sendero entre la yerba ,
Cuando , lleno de angustia y de coraje ,

Ferragut , cuya frente
 Ciñera dignamente
 Entre los mas altivos la corona ,
 « Dejadme solo grita con voz fuerte ;
 « Dejadme al punto si temeis la muerte ;
 « Que es de mi amor desdoro
 « Veros seguir conmigo á la que adoro. »
 —« Que , » dice el conde Orlando á Sacripante ,
 « ¿ Qué mas dijera ese hablador villano
 « A la mas vil ramera
 « Que rueca hizo girar nunca en su mano ? »
 Y á Ferragut volviéndose en seguida ,
 « Bestia feroz , le dice , si á tu labio
 « Acabar esa frase he permitido ,
 « Fue por no hacer á mi renombre agravio.
 « Con quien sin yelmo está , yo no me mido. »
 —« ¿ Porqué mostrarte , » el musulman responde ,
 « De lo que nada á mí me importa , inquieto ?
 « Solo y sin yelmo á sostener lo dicho
 « Contra vosotros dos me comprometo.—
 —« Ah , por Dios , dice á Sacripante el conde ,
 « Por Dios tu yelmo á ese arrogante presta ,
 « A quien va á ser su insensatez funesta. »—
 —« No sé cual de nosotros en tal caso ,
 « Fuera el mas loco , dícele el circaso.
 « Si tu demanda te parece honesta ,
 « Préstale el tuyo tú , que á dar castigo ,
 « Cual tú , yo á ese frenético me obligo. »—
 —« Necios , replica Ferragut , ¿ acaso
 « Dudais de que si un yelmo yo quisiera ,
 « No hubiera ya , de bueno ó de mal grado ,
 « De aquesos vuestras sienes despojado ?
 « Si así no lo hice ya , fue que , ante el cielo ,
 « Por voto me he obligado
 « A ceñir solo aquel que en Aspromonte
 « El conde Orlando arrebatara á Almonte »—

—« ¿ Como ? » interrumpe con sonrisa dura
 El príncipe de Anglante : « ¿ por ventura ,
 « Solo y sin yelmo , piensas ser bastante
 « A alcanzar el del hijo de Agolante ?
 « No , no ; mas bien de Orlando ante la vista ,
 « Desde el cabello hasta los pies , temblaras ;
 « Y , léjos de emprender esa conquista ,
 « Hasta á tus propias armas renunciaras. —

—« ¡ Que ! » replica el altivo sarraceno ,
 « ¿ A Orlando en mil encuentros no he vencido
 « Y en mi poder sus armas no he tenido ?
 « Si el yelmo no guardé fué que propuesto
 « Entonces no me habia
 « El plan que espero realizar bien presto. »—
 « Mientes , vil impostor , mientes mil veces ,
 « Lleno de furia le interrumpe el conde.
 « ¿ Cuándo , dime , ni donde
 « Has venido á las manos con Orlando ?
 « Orlando , ese guerrero en cuya mengua
 « Soltó la indiscrecion tu torpe lengua ,
 « Ese soy yo , yo mismo , el que arrancarte
 « Se propone las armas que aquí vistes
 « Si en tu impostura insólita persistes.

« Ventaja alguna sobre tí no quiero. »
 Dice : deslaza el yelmo que de un haya
 A una rama suspende , y el acero
 Contra el Moro dirige. No desmaya
 El musulman que , su broquel alzando ,
 Los golpes para que redobla Orlando.
 Mas recia lid no vió jamás natura.
 En ardimiento iguales ,
 En destreza y poder los dos rivales ,
 De sus cotas buscaban la juntura ,
 Y sin cesar tornaban sus corceles ,
 Oponiendo á la espada los broqueles.

No sé , Señor , si referido os llevo

Cual fuese , en todo el busto ,
 Invulnerable el musulman robusto ,
 Excepto en aquel punto reducido
 Por donde toma de la vida el cebo
 El niño no nacido ;
 Punto que , hasta su muerte ,
 Llevó , por tanto , el Moro protegido
 Con siete chapas del metal mas fuerte.
 Dura mas que el diamante
 La piel era asimismo del de Anglante ,
 Que penetrar el hierro ,
 Solo en las plantas de los pies , podia.
 Por eso resguardada aquella parte
 Llevaba siempre con esmero y arte.
 De adorno , pues , mas bien que de defensa ,
 Su fuerte cota á cada cual servia.
 Sobre ellas á la vez los dos guerreros
 Vibraban furibundos sus aceros ,
 Mientras que Sacripante de la dama ,
 A quien de allí no léjos suponía ,
 Siguiendo va las huellas por la grama .

Solo Angélica , pues , y esta invisible ,
 Testigo fue de lucha tan terrible.
 Del valor del pagano al ver las pruebas ,
 Al ver la furia del señor de Anglante ,
 La dama , amante de aventuras nuevas ,
 El yelmo , causa de la lid , descuelga ,
 Y de antemano en contemplar se huelga
 Cual de su audaz proyecto
 Debe de ser el sorprendente efecto .

Bien que resuelta á devolverlo á Orlando
 Así que encuentre una ocasion , jugando
 El yelmo coje , envuélvelo en su falda ,
 Atentamente á los guerreros mira ,
 Y en seguida , volviéndoles la espalda ,
 Sin desplegar los labios se retira .

Largo trecho tras sí ya aquel terreno
Dejó la dama , cuando
Ansiosos ojos Ferragut tornando ,
El hurto nota , y de coraje lleno ,
Suspendiendo la lucha , dice á Orlando :
« ¿ A qué lidiar ? ¿ No adviertes
« Cual, de necio tratando nuestro arrojo ,
« De robarnos acaba
« Ese guerrero el único despojo
« Que al vencedor el triunfo reservaba ? »
Tuerce la vista el conde , al ramo mira ;
Mas el yelmo no ve y , ardiendo en ira ,
Con Ferragut conviene en el instante
En que el ladron ha sido Sacripante.
La brida , pues, volviendo con coraje
Aguja á su corcel. Síguele el moro
Y juntos así llegan á un paraje
Donde la verde yerba
Las recientes pisadas todavía
Del circaso y de Angélica conserva.
Del circaso la huella ,
Hácia la izquierda , sigue por el llano
El de Anger , mientras el monte el africano
Registra , por hallar á la doncella ,
Y mientras que esta , de una fuente clara
Al llegar á las márgenes , se para.
Nada creyendo allí temer , de un tallo ,
A la orilla del rio , el yelmo cuelga ,
Y á atar va su caballo
Dó mas fresca y mas alta ve la mielga.
Del musulman en tanto que , sin tregua
Trás ella corre , súbito se ofrece
A los ojos la dama. Enagenado
Por abrazarla él va ; mas , en su yegua
Ella montando al punto , desaparece.
Confuso el agareno permanece

A Mahoma maldice , á Trevigente
 Y á sus profetas todos. De la fuente
 En torno , trás Angélica girando ,
 El yelmo en esto vé ; las letras mira
 Que en su cerco grabadas dicen cuando ,
 Donde , como , y de quien lo obtuvo Orlando.
 Cógelo pues ; y sin que parte sea
 A impedirlo el dolor que le trastorna ,
 Su sien con él adorna
 Y ansioso parte , sin saber por donde ,
 Trás de la dama que á su afan se esconde.

De hallarla en fin perdida la esperanza ;
 Mas , calmada la angustia que le aflige
 El yelmo al ver de que de hacerse dueño
 Contrajo ha poco irrevocable empeño ,
 Hácia Paris ufano se dirige.

Sola , enojada , inquieta , ora invisible
 Y descubierta agora ,
 Segun los pueblos donde pasa ó mora ,
 Firme Angélica siempre en su proyecto ,
 Toma de Oriente el rumbo mas directo ,
 Sin cesar en su mente reprobando
 La causa que del yelmo priva á Orlando.
 « ¿ Es este , es este el pago , » se decia ,
 « Que tan galan afecto merecia ?
 « ¡ Ah ! con buena intencion , sábelo el cielo ,
 « Bien que diverso el resultado fuera ,
 « Ese yelmo cogí. Mi solo anhelo
 « Fue poner fin á esa batalla fiera
 « Y no servir al moro de instrumento
 « Para hacerle lograr su inícuo intento. »

Así su error la dama deplorando ,
 Su camino seguia.
 Trás largo viaje á un bosque llega un dia
 Donde , entre dos sus compañeros , muerto
 Un hermoso mancebo ve tendido ,

Con hierro agudo el corazon herido.

Mas á Angélica dejo , al rey circaso
Y á Ferragut. De Orlando á hablaros paso
Y á contar voy las penas que sostuvo
En su pasion que fin al fin no tuvo.

Incógnito viajar el héroe quiere.

Un nuevo yelmo, pues , al punto adquiere
Y, del encanto en el poder seguro ,
Ni mira si su temple es blando ó duro.
Así cubierto, su camino sigue
Sin que noche ni sol , lluvia ni frio
Un solo instante á demorar le obligue.

El sol , vertiendo en perlas su rocío ,
Sus fúlgidos caballos ya mostraba.
Y el alba pura , derramando flores ,
De vistosos colores
Los cielos y la tierra engalanaba ,
Cuando, en pos de su amada , caminando
Y de París pasando á corto trecho ,
Del valor de su pecho
Dió nuevas pruebas el ilustre Orlando.

Dos huestes allí nota. Una mandada
Por el rey de Noricia , Manilardo ,
En otro tiempo intrépido y gallardo ;
Hoy achacoso , viejo ,
Util , mas que en la lid , en el consejo.
La segunda obedece
Al jóven rey de Tremecen , Alzirdo ,
Cuyo valor , esfuerzo y bizarría
En Africa le dieron nombradía.

Con estas huestes acampado en torno
De las murallas de París que , en vano ,
Con frecuencia y con ímpetu asaltaba ,
En castillos y villas invernaba
El resto del ejército africano.

De someter á Cárlos todo medio

Apurado por fin , piensa Agramante
Poner á su ciudad estrecho asedio.
Con este fin , no solo
De su brillante juventud gran parte
Incorpora á las huestes de Marsilio ,
Sino toda la gente asalariada
Que seguir quiso en Francia su estandarte ;
Pues , á excepcion de alguno que otro fuerte ,
Del árabe en poder puso la suerte
Gran parte de Gascuña y cuanta tierra
Entre el mar de Arles y París se encierra.

Rotos sus grillos ya , los arroyuelos
Por los nacientes prados discurrían ,
Y los árboles libres de los hielos
De flores se cubrían
Al aire alzando sus lozanas copas ,
Cuando el rey Agramante , de sus tropas
Saber queriendo el número y la clase ,
Una revista ordena que se pase ;
Y á este efecto llegaba el de Noricia
Con el de Tremecen , mientras Orlando
Buscaba de su Angélica noticia.

Al ver al que jamás vió su segundo ;
A aquel á cuyo esfuerzo se rindieron
Los guerreros mas célebres del mundo ;
Al ver de su semblante
La altiva majestad , el noble gesto ;
Alzirdo , que era jóven y arrogante ,
Hácia él dispuesto á combatir avanza.
Fuele empero funesto
Tan temerario ardor , pues , con su lanza
El conde Orlando hiriéndole en el pecho ,
Del arzon lo sacó y á largo trecho
Lo arrojó del caballo que , sin guía ,
Espavorido el campo recorria.

Llena de horror la turba viendo al suelo

Venir al jóven por cuya ancha herida ,
 Con torrentes de sangre , huye la vida ;
 Un unánime grito lanza al cielo
 Y , en desórden igual , con igual ruido
 Al que de cerdos forma una manada ,
 Al escuchar el eco dolorido
 De algunos de los suyos
 Con el cual corre el lobo á su morada ,
 Todos á un tiempo , al paladin gallardo
 Embisten , cual de cerca con espada ,
 Cual de lejos con picas ó con dardo.
 Mas al héroe su número no importa ;
 Y hiere y mata y corta ,
 Sin que , á los golpes de su brazo , pueda
 La malla resistir mas que la seda.

¿ Quién describir podrá todo el estrago
 Que en esta hueste Orlando hizo aquel día ?
 La tierra apenas , hecho un rojo lago ,
 Tanto cadáver contener podia.
 Con cabezas y brazos , por los vientos ,
 Volaban ayes quejas y lamentos.
 Bajo distintas y espantosas formas ,
 La torva muerte el campo visitando ,
 « Durandarte , » decia ,
 « Vale en manos de Orlando
 « Cien veces mas que la guadaña mia . »

Los que , solo y las sienas desceñidas ,
 Mirándole llegar , darle pensaron
 Fácil castigo , por salvar sus vidas ,
 Desordenados huyen. Ni reparan
 En el rumbo que toman ;
 Ni de buscar , ni de llevar consigo
 Se cuida nadie al deudo ni al amigo.

En medio de estas aterradas gentes ,
 Andaba la virtud , con el espejo
 Que las marchas del alma hace patentes.

Miróse en él tan solo
El buen rey de Noricia , noble viejo
En quien la edad el fuego de las venas ,
No el del alma apagó. Gloriosa muerte
A ignominiosa fuga prefiriendo ,
La lanza enristre que , con golpe crudo ,
Rompe de Orlando en medio del escudo.
No se conmueve a queste y , con el hierro
Que en su terrible mano está desnudo ,
Hiere al rey al pasar. La suerte , empero ,
Torciendo el golpe fiero ,
Preserva de la muerte al noble anciano ,
Bien que le arroja exánime en el llano.

El héroe luego , sin volver los ojos ,
Su camino cubriendo de despojos ,
Siguiendo va á la turba amedrentada
Y la acosa y destruye ,
Cual milano á bandada
De jilguerillos que en desórden huye.

De viva gente , en fin , desamparado
El campo viendo , en pos de su señora
A partir se dispone ; mas ignora
Cual direccion tomar. De la doncella
Teme alejarse , por buscar su huella.

Por el llano y el monte , á cuantos topa
Preguntando por ella ,
Pierde al cabo su via
Cual ya perdido la razon habia ,
Y al pié de un cerro llega aquella noche
De cuyo hendido flanco , desde lejos ,
Pasmado ve salir vivos reflejos.

Cual , perdida de vista
La liebre , sigue el cazador su pista ,
Y , ora en humilde bosque de quejigo ,
Ora en los campos que surcó la reja ,
De registrar no deja

Ni una mata de cáñamo ó de trigo
Do hallar pudo su víctima un abrigo ;
Así , mas lleno de esperanza , Orlando
Iba ansioso á su Angélica buscando.

Marchando hácia la luz que ven sus ojos
Llega á la gruta. Su interior protegen
Ramos , maleza , abrojos ,
Que á su boca se enlazan ó entretajan.
Profundizar el conde
El misterio queriendo que esto esconde ,
Ata el corcel , conduce
Su paso hácia la bóveda encubierta ,
Y en ella se introduce
Sin llamar ni esperar le abran la puerta.

Por grados se bajaba
A esta negra mansion que viva gente
En su vasto recinto sepultaba.

El cincel que , en la roca ,
Sus muros fabricó , talló igualmente
Hácia la diestra mano una poterna
Por donde , y por su boca ,
Tomaba luz la sepulcral caverna.

Sentada junto al fuego
Una doncella el paladin ve luego.
Los tres lustros su faz no descubria ;
Y , bien que algo ofuscada por el duelo ,
Su beldad en un cielo
Aquel antro horroroso convertia.

Con ella disputando ,
Cual suele ser la mujeril manía ,
Allí una vieja se encontraba , cuando
Descendiendo á la gruta
Y cortés saludándolas , Orlando
Sus pláticas suspende y su disputa.
Bien que turbadas al mirar al conde
Y al escuchar su acento ,

Levantándose al punto de su asiento ,
 A su saludo cada cual responde.
 « ¿Quién es » prorumpe el jóven generoso ,
 « Quién el mortal infame
 « Que aquí sepulta objeto tan hermoso ? »
 Débil la vírgen , con amargo llanto
 Inundando su rostro de azucenas ,
 Narrarle puede apenas
 Lo que vereis , si os place , en otro canto.

CANTO XIII.

Principio de la historia de Isabel. — Mata Orlando á veinte foragidos que tenían encerrada á esta princesa y parte de allí en su compañía. — Fuga de la vieja Gabrina. — Melisa indica de nuevo á Bradamante los medios de poner á Roger en libertad. — Entra Bradamante en el palacio encantado. — Reunen sus batallones los reyes Agramante y Marsilio.

¡ Felices los antiguos caballeros
 Que en las selvas , los montes , los oteros
 Y en los riscos fragosos ,
 Morada de las sierpes y los osos ,
 Topaban con doncellas
 Tal vez mucho mas bellas
 Que las que , en los alcázares , hoy dia
 Ojo escudriñador hallar podria !
 En una cueva Orlando
 Encontrando , cual dije , á una doncella ,
 De su dolor la causa inquiere ; y ella ,
 Gimiendo y sollozando ,
 Con voz mas dulce aun que lastimera ,
 A decirle empezó de esta manera :
 « Señor ; bien que segura

« De acrecentar mi horrenda desventura ,
« Pues cuanto aquí yo os diga , esa inhumana
« A mi opresor ha de contar mañana ,
« A narraros mis penas me dispongo ,
« Y mi existencia con placer expongo
« Al pensar que la muerte
« Puede tan solo mejorar mi suerte.

« Isabel me llamé ; hija otro tiempo
« Del rey desventurado de Galicia ,
« Hija soy hoy del llanto y la injusticia ;
« Que , al principio otorgándome mercedes ,
« Amor al cabo me envolvió en sus redes.
« Viéndome jóven , noble , rica y bella ,
« Feliz me contemplaba ;
« Pobre soy hoy , envilecida esclava.
« Oyeme pues , Señor , y si acorrerme
« A tu brazo no es dado , á tu alma al menos
« Permitido será compadecerme.

« Por orden de mi padre , un gran torneo
« Celebróse en Bayona hace ora un año.
« De luengos y de próximos confines
« La fama atrajo ilustres paladines ,
« Y de ellos , fuese del amor engaño ,
« O fuese realidad , Zerbino , en mi alma ,
« Por su gracia y valor llevó la palma.

« Presa en su amor , dejé de ser ya mia
« Y , sin siquiera sospechar mi estado ,
« De mi ciega pasion hice mi guia.
« A esta pasion correspondió mi amado ;
« Ni ocasiones ni intérpretes faltaron ,
« Que de vernos y hablarnos cada dia
« La dicha á nuestro afan proporcionaron ,
« Y cuando , terminada ya esta guerra ,
« Y volviéndose el jóven á su tierra ,
« Vernos ya no podimos
« De eterno amor , solemne fe nos dimos.

« Si sabes que es amor , de mi suplicio
 « Juzga y del sacrificio
 « De Zerbino que , tierno , en ansia ardia
 « De unir su suerte con la suerte mia.
 « Por esto y , no dudando que invencible
 « A nuestra union obstáculo seria
 « La variedad de fe , pues que cristiano
 « Es él y mora yo , pedir mi mano
 « A mi padre no quiere ,
 « Que obtenerme prefiere
 « Con secreto y ardid. Presto una carta
 « De su designio instrúyeme , y añade
 « Que á conducirme á donde mas me agrade
 « Tiene un bajel dispuesto en Santa Marta.
 « En esto , de su padre orden le intima
 « Que del rey Cárlos al socorro parta.
 « No pudiendo dar cima
 « Por lo tanto á su empresa , la encomienda.
 « Al jóven Odorico de Vizcaya ,
 « Doncel que en los peligros no desmaya ,
 « En cuyo celo y amistad confia ;
 « E hiciéralo en verdad con justos datos
 « A no ser tanto el número de ingratos.
 « De mi estancia no léjos existia
 « Un jardin , circundado
 « Por la mar hácia un lado ,
 « Y de verdes colinas hácia el otro.
 « Este siendo el paraje que mas apto
 « A proteger mi fuga parecia ,
 « Llena de gozo en él me encuentro el dia
 « Que propone Odorico para el rpto.
 « A media noche , pues , en compañía
 « De su gente , saltó sin ruido á tierra ,
 « Y hasta el jardin se vino
 « El mensajero de mi fiel Zerbino.
 « De allí , y antes que nada

I.

14

- « Se trasluciese en la ciudad , llevada
« Al buque fui. De mi indefensa gente
« Parte muerta quedó , parte cautiva ;
« De mi tierra nativa
« Así partí , pensando en el instante
« Que iba á unirme por siempre con mi amante.
 « El cabo de Mongía
« Doblado apenas el bajel habia ,
« Cuando , de negra nube
« Las húmedas entrañas desgarrando ,
« Sopla el mistral infando
« Que el mar revuelve y nuestro afan contrasta.
« En vano al diestro lado y al siniestro
« Tuerce el patron. Ni basta
« Las velas todas recoger , ni el mástil
« Sobre el puente tender. Mal grado nuestro ,
« Por el viento con furia sacudida ,
« En los peñascos que á Rochela cercan ,
« Iba á estrellarse nuestra frágil nave ,
« Cuando , al mirar nuestro conflicto grave ,
« Al jefe el cielo sugirió una idea
« Que no siempre con éxito se emplea.
« Del buque salta , y éntrase en la lancha ;
« Háceme entrar con él ; trás de nosotros
« Entran luego dos mas y de los otros
« Ni uno quedara en el bajel siquiera
« Si Odorico á su afan no se opusiera.
 « En la frágil barquilla ,
« Salvos así llegamos á la orilla ,
« Desde donde un instante descubrimos
« De nuestra gente y del bajel los restos.
« Con ellos pronto sepultarse vimos
« En las ondas del mar , vestidos oro
« Y todo nuestro haber , nuestro tesoro.
« Contenta , empero , yo con el consuelo
« De poder abrazar á mi Zerbino ,

« Las gracias di reconocida al cielo
 « Que me libró de tan fatal destino.
 « Por la desierta playa ,
 « Buscando alguna casa , algun camino ,
 « Con avidez se explaya
 « Nuestra vista entre tanto vanamente.
 « Solo un monte se ve de cuya frente
 « Mece el viento la umbrífera guirnalda
 « Y á quien el turbio mar besa la falda.
 « Amor , ese verdugo
 « De la justicia y la razon , al yugo
 « De su antojo á Odorico sometiendo ,
 « De su alma , en solo un dia ,
 « Destierra la amistad y hasta el recuerdo
 « De cuanto bien a su señor debia.
 « Allí pues , fuese ya que , desde luego ,
 « En su pecho Odorico aqueste fuego ,
 « Sin osar declararlo , concibiese ;
 « Fuese la soledad de aquel paraje
 « Quien tal resolucion le sugiriese ,
 « Juzgando que oportuno
 « Es el momento para hacerme ultraje ,
 « Piensa alejar al uno
 « De los dos que , con él y que conmigo ,
 « El ímpetu enemigo
 « Evitaron del mar. Era este Almonio
 « Que , en miles de ocasiones , á Zerbino
 « De su aprecio y su fe dió testimonio.
 « — Ve , dícele Odorico , ve á la villa
 « Y conduce un caballo ; que es mancilla
 « De nuestro honor sufrir que plantas tales
 « Caminen por aquestos pedregales.
 « Presto hácia la Rochela ,
 « Que seis millas de allí tan solo dista ,
 « Por el bosque , que escóndela á la vista ,
 « Sin nada recelar , Almonio vuela

« Compañero de infancia de Odorico
 « Y nacido en Bilbao,
 « Corebo se llamaba el otro jóven
 « Que escapó con nosotros en la nao.
 « No pudiendo alejarle,
 « Ni hallar en él oposicion creyendo,
 « Su propósito horrendo
 « Se decide Odorico á revelarle,
 « No dudando encontrarle mas dispuesto
 « Que á seguir el camino de lo justo
 « A consultar de su señor el gusto.
 « Engañóle su afan; que el buen Corebo,
 « Noble y cortés mancebo,
 « Furioso al escuchar esta propuesta,
 « Su designio reprueba y contraresta.
 « Pronto uno y otro, con igual denuedo,
 « El hierro sacan. Llena de congoja,
 « Aguijada yo en tanto por el miedo
 « Huyo de allí; mas á Corebo en breve
 « Su aguerrido adversario al suelo arroja;
 « Veloz luego persígueme; me alcanza,
 « Y, con ardientes súplicas, me brinda
 « A que á su amor mi corazon yo rinda.
 « Viendo empero que vana es su esperanza
 « Y en extremo tenaz mi resistencia,
 « Recurrir quiere el monstruo á la violencia.
 « En vano del que adoro
 « La amistad le recuerdo. En vano lloro
 « Y á sus pies arrojándome suplico.
 « El bárbaro Odorico
 « Mi voz desoye y, cual rabioso tigre,
 « Cúpido me acomete. Yo dispuesta
 « A morir antes que mi honor peligre,
 « Hasta el cielo lanzando agudo grito,
 « Sobre el pérfido, audaz me precipito
 « Y, á mis uñas y dientes recurriendo,

« Su barba arranco y su semblante ofendo.
 « En esto, conducidos
 « Tal vez por mis punzantes alaridos ,
 « Tal vez por su costumbre
 « De asaltar á los náufragos , del bosque
 « Salen súbitamente unos bandidos.
 « Odorico su empresa , al verlos , deja ,
 « Y , la espalda volviéndome , se aleja.
 « Del falso amigo de mi fiel Zerbino
 « A libertarme aquella chusma vino ;
 « Así , tal vez , mientras á Caribdis huye ,
 « Contra Escila la nave se destruye.
 « Pues si bien tan adversa
 « Mi suerte hasta hoy no fué ni tan perversa ,
 « Que esa gente salvaje
 « Hacer osará á mi virtud ultraje ,
 « De su rapacidad y su injusticia ,
 « Me preservó tan solo su codicia ,
 « Que , vendiéndome pura ,
 « Es mayor su ganancia y mas segura.
 « Hace ocho meses y empezó ya el nouo
 « Que en esta cárcel gimo sumergida.
 « La esperanza abandono
 « De verme nunca á mi Zerbino unida.
 « De mi ímpia suerte ya conozco el fallo.
 « Sabed , Señor , sabed que estoy vendida
 « A un mercader , que en breve ,
 « Conducirme al serrallo
 « De un soberano del Levante debe. »
 Mientras la dama , hablando así , renueva ,
 Y acaso alivia su dolor , con hoces
 Y con palos armados , dando voces ,
 Veinte malvados muéstranse en la cueva.
 En su faz torva un ojo solo lleva
 De esta caterva el bárbaro caudillo ;
 Del otro le privó golpe tremendo.

Su nariz magullando y su carrillo.

Este feroz, al caballero viendo
Sentado con la dama,
Hacia los suyos vuélvese y exclama:
«Hoy, nuestras redes sin haber tendido,
«Un pájaro de cuenta hemos cogido.»
Y al conde dirigiéndose, le dice:
«Si mi afán sospechaste ó por alguno
«Mi antojo conociste
«Del manto y de las armas que en tí veo,
«El instante oportuno
«Es de que satisfagas mi deseo.»

Alzase oyendo este discurso el conde
Y, con sonrisa amarga, le responde:
«Armas cual estas, necio
«No te vendiera un mercader al precio
«Que te haré yo pagar.» Dice, y en humo
Y en fuego envuelto, de la lumbre saca
Grueso tizon; al malandrín ataca
Y, entre una y otra ceja,
Le hiere con tal fuerza y tal enojo,
Que de la vista el ojo,
Que miraba aun la luz, privado deja,
Y su alma luego, de su audacia en pago,
Envía de Quiron al turbio lago

Sobre robusto y tosco pie yacia,
En medio de la cueva, una gran mesa
De dos palmos de gruesa,
En torno de la cual toda cabía,
Su jefe al frente, la caterva impía.
Cogela el conde; y, sin mayor esfuerzo,
Con la soltura estraña,
Que tanto en el hispano se celebra
Para blandir la caña,
Sobre la turba arrojala. A cual quiebra
Cabeza, pierna ó brazo,

A cual el pecho á cual el espinazo ;
 Cual , en el suelo , magullado queda ,
 Y venturoso aquel á quien no veda
 Este golpe escapar. Mayor estrago
 No hace grueso peñon que se desploma
 Sobre un haz de culebras
 Que ufano el sol de primavera toma.
 Sin cola parte una ,
 Otra que , herida , deslizarse quiere ,
 Enrosándose en vano , al cabo muere ,
 Y por la yerba , con oculto sesgo ,
 Corre tal vez alguna
 Que evitar pudo su inminente riesgo.

Los bandidos que el suyo conjuraron ,
 (Asegura Turpin que fueron siete),
 Su defensa á los pies encomendaron ;
 Mas el conde los sigue y acomete ,
 Los coge ; con un cable , sin fatiga ,
 Sus torpes manos fuertemente liga ,
 Y , arrastrándolos fuera de la cueva ,
 A un ramo , que prepara con su espada ,
 Colgándolos para pábulo de cuervos ,
 Al mundo purga de entes tan protervos.

Tal suerte al ver su cómplice la vieja ,
 Los cabellos mesándose , se aleja.

Por ásperos parajes
 Vagando así turbada y sin sendero ,
 De un arroyo á las márgenes salvajes ,
 Encuéntrase por fin con un guerrero.

Mas contaros quien fuese aquí no quiero ,
 Y vuelvo á la doncella

De quien cortés , hasta ponerla en salvo ,
 Seguir promete el paladin la huella.

Sus mejillas de púrpura y de rosas
 La aurora iba á mostrar cuando , con ella ,
 Su marcha Orlando comenzó. Sin cosas

Que narrarse merezcan , juntos vagan ,
Y al cabo de unos dias prisionero
Hácia ellos ven venir un caballero.

Quien fuese ya diré que en este instante
A hablar voy de la bella
Que triste y afligida mientras en vano
Aguarda al caro amante
Vence en encuentros mil al africano
Que tala el territorio de Marsella
Mostrando así su esfuerzo , su heroismo
Y su amor por su pueblo á un tiempo mismo.

Mientras inquieta y llorosa una mañana ,
Llegar no viendo á su Roger , se afana ,
A su vista preséntase la maga ,
Armada de la joya peregrina
Cuya virtud logró cerrar la llaga
Que en el pecho del héroe abriera Alciva.

Viendo sola á Melisa ,
Agitada , indecisa ,
Turbada Bradamante , apenas osa
Abrir el labio ni mover la planta ;
Mas , su recelo al contemplar , bondosa
La maga se adelanta

Y así le dice : « Cálmate , querida
«No temas por Roger que te ama y vive ,
«Bien que , de nuevo , por salvar su vida ,
«De libertad el mágico le prive.

« Si volvérsela quieres , ven conmigo ;
« Yo á conducirte á su mansion me obligo. »

Y prosiguió narrando
De que engaño fatal bajo el influjo ,
Con tantos otros , á Roger condujo
El mágico á su alcázar , dó buscando
Con ansia cada cual lo que mas ama
Mirar á cada instante se figura
A su amigo , á su paje ó á su dama.

« Al acercarte allí verás , prosigue ,
 « A tu encuentro salir al mago Atlante
 « De Roger con la forma y el semblante.
 « Oprimido , á tus ojos ,
 « Se mostrará por adversario fuerte
 « Y , socorro pidiéndote de hinojos ,
 « Tratará de engañarte y sorprenderte ;
 « Mas está prevenida ,
 « Y sin piedad arráncale la vida ;
 « Que de Roger , en vez de darle muerte ,
 « Por este medio aliviarás la suerte.

Sus armas revistiendo la guerrera ,
 A seguir se dispone á la hechicera ,
 Que , por bosques y campos caminando ,
 Hacia el palacio mágico la guia ,
 Con pláticas sabrosas endulzando
 Lo largo y fatigoso de la via.

La maga , á cuya mente
 Pasado y porvenir está presente ,
 De la ilustre doncella á la memoria
 Recuerda de su estirpe la alta gloria.
 « Ya en varias ocasiones ,
 « Le dice , interrumpiendo , Bradamante ,
 « Me referiste , ¡ oh sabia amiga mia !
 « Los nombres de los ínclitos varones
 « Que de mis nietos nacerán un dia ;
 « Mas ¿ dado , di , saber no me sería
 « Si , entre las hembras de esta descendencia ,
 « Ha de existir alguna
 « Cuya beldad , cuya virtud ó ciencia
 « Logre aumentar el brillo de su cuna ? »
 — « De tí saldrán , dice ella , altas señoras
 « Madres de emperadores y de reyes ,
 « Y regeneradoras
 « De antiguas casas y abolidas leyes.
 « Honestas y piadosas y prudentes ,

- « Alcanzarán la fama que sus hombres
 « Lograran por sagaces y valientes ;
 « Y serán tantas que el citar sus nombres
 « Prolijo fuera y temerario empeño.
 « De ellas empero voy á revelarte ,
 « Sus timbres refiriéndote , una parte.
 « Mas , ¿ porqué esta pregunta
 « No me hiciste en la cueva ? Allí tu estirpe
 « Te hubiera yo mostrado toda junta.
 « De ella saldrá la insigne , y bella , y noble ,
 « Magnánima Isabel , á cuya ciencia
 « Será igual su virtud y su prudencia.
 « Reina del Mincio , su reinado ilustre
 « Al suelo á quien dió nombre
 « La madre de Ocno , llenará de lustre.
 « Digno de esta segunda Penelope
 « Será su noble esposo
 « Que , en astucia y saber , segundo Ulises ,
 « Al Tar volando , lanzará brioso
 « De Italia toda las doradas lises.
 « Cosas mas grandes que estas todavía ,
 « En su elogio , narrarte yo podria ,
 « Que me contó Merlin ; mas si , en tan vasto
 « Piélago emprendo el sesgo ,
 « Por él , mas tiempo a navegar me arriesgo
 « Que de la mar de Grecia por la espuma
 « El piloto de Cólcos navegara ;
 « Y diré solo en suma
 « Que el cielo á una mujer nunca otorgara
 « Dote que esta princesa no resuma.
 « Su hermana Beatriz , en quien fortuna
 « A manos llenas verterá sus dones
 « Cabe ella brillará. Bella y dichosa
 « Mas que mujer alguna
 « En el orbe lo fué , grata y sabrosa
 « Sabrá hacer la existencia

«Del caro esposo á quien la muerte impía
 «Vendrá á llevarse enmedio á su alegría.
 «Del rojo mar á la hiperbórea nieve,
 «Desde el Indo á los montes
 «Que sirven á tres mares de horizontes,
 «Formidables serán, mientras ella viva,
 «Los Esforzas, los Moros, los Viscontes.
 «A su muerte, cautiva
 «La Insubria gemirá en poder de estraños,
 «E Italia, esclavizada, la prudencia
 «Opondrá á la opresion y á la violencia.
 «Antes algunos años
 «Del felice natal de esta princesa,
 «Nacerán varias ínclitas doncellas
 «Que el mismo nómbre llevarán. De Hungría
 «Con la corona, un día
 «Su pulcra sien adornará una dellas.
 «Mientras de la otra el alma pura y santa,
 «Dirigiéndose al cielo,
 «Verá cual en su obsequio se levanta
 «Mas de un altar por el ausonio suelo.
 «Mas de cada princesa
 «De aqueste nombre celebrar la gloria
 «Fuera imposible empresa,
 «Cuando los ecos cada cual reclama
 «De la sonora trompa de la fama.
 «Ni tampoco hablaré de las Lucrecias,
 «Las Blancas, las Constancias,
 «Ni de otras mil, cuyo saber y acierto
 «Su solio en decadencia
 «Conducirán de salvacion al puerto.
 «Famosa en fin tu clara descendencia,
 «Al par de las mas grandes y famosas,
 «Será por el recato de sus hijas
 «Y por la alta virtud de sus esposas.
 «Y á fin de que tampoco en esta parte

« Exista para tí cosa secreta ,
 « Es mi intento mostrarte
 « Cuanto sobre ella me anunció el profeta.
 « Voy por Ricarda á comenzar. Modelo
 « De fortaleza y de virtud ; juguete
 « Del rigor de fortuna ;
 « Viuda en la flor de sus mas bellos años ,
 « Lanzados de su trono y de su suelo
 « A sus hijos verá ; climas estraños
 « Albergue les darán , y allí , vendidos
 « A cobardes contrarios fementidos ,
 « Esclavos vivirán hasta que al cielo
 « Plazca poner un término á su duelo.
 « De la antigua progenie aragonesa
 « No pasará en silencio la voz mia
 « A la virtuosa y púdica princesa.
 « Cubierto de mas gloria
 « Que la que al suyo ha de realzar un dia
 « No citaron los fastos de la historia
 « Nombre alguno jamás. El cielo nunca
 « Prodigó , cual sobre ella , sus bondades.
 « Digna madre de Hipólito y su hermano ,
 « Y de Isabel , su nombre soberano
 « Pasará hasta las últimas edades.
 « Leonor se llamará. Su ilustre nuera
 « Será en el régio sódio su heredera
 « Y en gloria se alzará cual se levanta
 « Sobre vírgen terreno jóven planta.
 « Por su beldad , su ciencia y sus virtudes
 « Brillará entre las damas de su esfera
 « Cual brilla el oro entre el laton , la rosa
 « Enmedio de salvaje adormidera ,
 « La esmeralda preciosa
 « Cabe al pintado vidrio , ó cual , al lado
 « De mimbre amarillenta ,
 « Sus frescas hojas el laurel ostenta.

« De Lucrecia de Borja llevar debe
 « El nombre esta magnánima princesa.
 « De Hércules madre, en él y en sus hermanos
 « Hábitos regios y principios sanos
 « Infundirá que eternamente duren,
 « Cual en el barro, que una vez lo toma,
 « Eterno dura el impregnado aromá.

« Su hija Renata, nuera
 « Del duodécimo Luis será de Francia,
 « Y en la tierra no habrá virtud alguna
 « Que esta ilustre princesa no reuna.

« Hablar no quiero de Alda de Sajonia,
 « De la célebre Lipa de Bolonia,
 « De Blanca, de María,
 « Que en Aragon recibirán el día,
 « De la hija del monarca Siciliano,
 « De la noble condesa de Celano,
 « Ni de otras mil; pues si entro en mar tan hondo
 « De llegar á la orilla no respondo. »

Luego que así la maga revelado
 Hubo de aquella estirpe una gran parte,
 Insistió sobre el arte
 Con que fué el buen Roger aprisionado.
 Del castillo encantado
 Llega en esto á la vista y, por Atlante
 Temiendo ser notada, se detiene.
 Allí, de nuevo lo que hacer conviene
 Diciendo á Bradamante,
 Partir le manda y se retirá della.

Márchase la doncella
 Y dos millas apenas cabalgara
 Cuando, con rostro y traje semejantes
 Al de Roger, advierte
 Un combatiente en medio á dos gigantes
 Prestos á darle inexorable muerte.

Al ver su riesgo, mustia y afligida

I.

En sospechas su fe trueca la dama ;
 Su propósito olvida
 Creyendo ver en esto alguna trama
 Con que Melisa de Roger intenta
 Vengar algun desden ó alguna afrenta.
 « ¿ No es el que estoy mirando , » se decia
 « El mismo á quien adora el alma mia ?
 « ¿ Porqué pues de una extraña
 « Mas crédito he de dar á los antojos
 « Que á lo que viendo estan mis propios ojos ,
 « A lo que , si la vista me engañara ,
 « Amante el corazon adivinara ? »

Pensando estaba así cuando , á su oido
 Llega y auxilio implora
 Un eco al de su amante parecido.
 En la forma de aquel á quien adora
 Mira luego un guerrero que , excitando
 El corcel con la espuela ,
 Por los gigantes perseguido , vuela.

En irlle á dar ayuda
 Ni un solo instante la doncella duda.
 La rienda , pues , al palafren soltando
 Tras los gigantes , del anciano aleve
 Llega á la estancia , dó ofuscada en breve
 Por el error comun , de noche y dia
 Corriendo con insólita porfia ,
 Busca á Roger , á quien escucha y habla
 Y á quien del mago el arte engañadora
 Veda réconocer ; más por ahora ,
 A aquesta narracion cortando el hilo ,
 Encantados es fuerza que los deje.
 De materia y de estilo
 Cambiando así , vuestra atencion escito
 Cual cambiando á menudo de manjares
 Del paladar se aguza el apetito.

De sus tiendas saliendo en este instante ,

La mora gente armada se presenta
 Ante su rey que ufano y arrogante ,
 Cada hueste examina , ordena y cuenta.

La fatiga , la lid , las privaciones,
 De soldados gran copia
 No solo cercenaban cada dia ,
 Mas , de Libia y Etiopía
 Muertos los mas ilustres campeones ,
 Sin orden y sin guia
 Vagaban sus deshechos escuadrones.

De Numidia y de España ,
 Por reforzarlos , nueva gente envia
 El jefe que , en cada una de estas tierras ,
 Huestes en nombre de Agramante alista.
 El solo objeto pues de esta revista
 Era poner en grupos esta gente
 Y jefes y banderas á su frente ;
 Mas suspender mi canto es ya preciso ,
 Otorgadme , Señor , vuestro permiso.

CANTO XIV.

Reseña de los ejércitos de los reyes agarenos.—Aventuras de Mandricordo ; sus amores con Doralice.—Plegaria de Carlo-magno.—Parte del cielo el arcángel San Miguel para ir á llevar los mandatos del Eterno al Silencio y á la Discordia.—Asalto de Paris.—Primeras proezas de Rodomonte.

En las frecuentes y reñidas luchas
 Que el de Francia trabó con el pagano ,
 Muchas fueron las víctimas y muchas
 Que por pasto del lobo y del milano
 Quedaron por el monte y por el llano.
 Con casi siempre próspera fortuna ,

El de la media luna
 Conquistó del francés pingües estados ;
 Pero , con propia sangre oscurecidas
 Estas victorias , ¡ cuántas , cuántas vidas
 Costaron de caudillos denodados !

Tal fué , ¡ oh ínclito Alfonso
 De Rávena la célebre victoria.
 De indestructible gloria
 Os cubristeis , Señor , y de despojos ,
 Sin que por eso deje su memoria
 De humedecer con lágrimas los ojos.

Seguido de los jóvenes gallardos
 Que , en aquella jornada ,
 De vuestra ilustre mano
 Auréa espuela obtuvieron y áurea espada ,
 De grave riesgo al franco libertasteis ;
 Del hispano arrollasteis
 Los casi victoriosos escuadrones ;
 A los de estos unidos , los pendones
 De las áureas bellotas destrozasteis ,
 Y de Roma , por fin , hecha cautiva
 La gran columna conservasteis viva.

De elogio digna es esta noble hazaña
 Muy mas , Señor , que si con mano propia
 Dieseis muerte á la copia
 De gente que tendida en la campaña
 De Rávena quedó , y á las de España
 Que , arrojando sus armas y estandartes ,
 Huyeron en tropel por todas partes.

Nuestra paz , nuestra vida
 Afianza esta hazaña esclarecida ,
 Y nos pone á cubierto
 De las tormentas que el Tonante envía.
 Pero , ¿ cómo entregarse á la alegría ,
 Al contemplar en nuestros campos muerto
 Al capitan de Francia y de la empresa ,

Y á tanto ilustre príncipe que , el hielo
De Pirene pasando , á su defensa
Volaban impelidos por un celo
De que fué tan fatal la recompensa ?

¿Cómo , con rostro enjuto ,
Mirar de tanta huérfana doncella ,
De tanta viuda , contemplar el luto ?

Por el honor , empero , de las lises
Sin jefe , impunemente , estos países
Mas largo tiempo recorrer no debe
La soldadesca aleve

Que , matronas y vírgenes violando ,
Y el claustro profanando ,
A los ministros del altar maltrata ,
Y á un Dios sacramentado al suelo arroja
Por verse dueño de un copon de plata.

¡Oh Rávena infeliz! ¡Mejor te fuera
Al vencedor ceder sin resistencia ;
Mejor seguir de Brescia el cuerdo ejemplo
Que darlo triste á Rimini y Fayencia !

Al buen Trivulcio , ¡ oh sabio Luís! envía
A cortener la furia de esta gente.
Mándale que le cuente cuan fatales
Fueron siempre en Italia escesos tales.

Faltas , cual las de Luís , de órden y guía
Las musulmanas gentes , de sus reales
Saliendo , ante sus gefes se presentan.
Marsilio y Agramante
Con atencion las forman y las cuentan.

Con Dorifebo avánzase delante
De las demás la catalana gente .
Los navarros le siguen y , á su frente ,
En vez de Fulvirante ,
Su antiguo jefe , por Reinaldo muerto ,
Ponen los dos monarcas á Isolerto.

Del pueblo de Leon es soberano

El fiero Bagulante. A los Algarbes
Rige Grandonio. Falsiron , hermano
De Marsilio su rey , capitanea
A las tropas que trajo de Castilla.
De Mandaraso el estandarte ondea
En torno á las de Málaga , Sevilla
Y cuanta gente la frondosa oliva ,
En los béticos campos , desde Gades
Hasta la rica Córdoba , cultiva.

Estordilano , jefe granadino ,
Viene detrás. Por muerte de Lesbino ,
Tésira manda al pueblo de Lisboa.
Con la gente gallega
Viene detrás el bravo Serpentino ;
Con la de Palma Baricundo llega.

Del audaz Matalista la bandera ,
Que en otro tiempo Sinagon llevaba ,
Siguen los de Toledo y Calatrava
Y cuantos la ribera
Habitan del Guadiana. De Placencia ,
Zamora Astorga y Avila y Palencia
Blamardino otra hueste conducia.

De la de Zaragoza y de la Corte
Del rey Marsilio , Ferragut regia
La bien armada y bélica cohorte.
En ella se notaba á Malgarino ,
Maljariza , Morgante y Balinverno ,
Que , sin razon lanzados de sus tronos ,
La dicha hallaron de Marsilio al lado
Que en sus reinos no hubieran encontrado.
Vienen tambien con ella el valeroso
Folicon de Almería , hijo bastardo
De Marsilio ; y Argalia y Analardo
Y Bavarte , Amiran y Doricante ,
Y Arquidan de Sagunto
Y el astucioso y fuerte Malagunto ,

Y otros muchos guerreros de que , en breve ,
Narrar mi pluma las hazañas debe.

Revistado el ejército de España ,
Con su gente aparece en la llanura
El rey de Oran , de insólita estatura.
De esta gente en seguida ,
Llega aquella que tuvo en otros tiempos
Por jefe á Martasino

Rey de los garamantes , cuya vida
La guerrera de Amon á cortar vino.
La tercera , la hueste de Marmunda ,
Cual la cuarta y segunda ,
Sin jefe va. Solícito Agramante ,
Para entregarles una compañía ,
Al buen Ormida y á Buraldo elije.
De Libicania el fuerte Argan confía
La gente á quien aflige

De Druinaso , su rey , la suerte impía
Baja la frente y pálido el semblante ,
Marcha luego de Tánger el caudillo ,
Brunelo , á quien la ilustre Bradamante
El favor de Agramante

Hizo perder , quitándole el anillo.
De este monarca , al escuchar tal nueva ,
Fué la cólera tanta
Que ceñir de Brunelo á la garganta
Hizo el lazo fatal y sobre el palo ,
Cual á infame impostor , morir le hiciera ,
Si á afirmar Isolerto no viniera
Haberle visto al árbol amarrado.

Por esto y de gran parte de su Corte
El rey á las instancias accediendo ,
Le perdonó la vida , reservando
A nuevo error castigo mas tremendo.

Síguele Farurante y , tras él , marchan
Los caballos é infantes de Maurina.

Mandaba un escuadron de Constantina
 Liban , que obtuvo con el cetro de oro
 La corona que fué de Pinadoro.
 Con los de Hesperia viene Soridano ;
 A Dorilonte luego se divisa ;
 Siguen los Nasamonios á Puliano ;
 A Malbuferso siguen los de Pisa ;
 Los de Anoma á Agricalte , y á su frente
 Por jefe lleva á Finadur la gente
 Que de Canarias vino y de Marruecos ;
 Balastro rige la del rey Tarduecos.

Detrás de aquesta , la de Mulga viene
 De cuyo reino la vacante silla
 Corino , amigo de Agramante , obtiene.
 Siguen los de Armancilla
 Que , muerto Tanfirion , Caico acaudilla.
 De Getulia por jefe á Rimedonte
 Agramante designa. Balinfronte
 Conduce á los de Cosca. El rey Clarindo
 Rige de Bolga al escuadron que un dia
 Al fuerte Mirabaldo obedecia.

Balinverno va luego , á quien señalo
 Como el ente mas malo
 Del ejército todo de Agramante.
 Síguele el rey Sobrino , á quien en ciencia
 Dudo que haya quien gane , ni en prudencia ,
 Como dudo que exista
 Hueste mas brava que la hueste suya
 En cuantas son pasadas en revista.

La de Bellamarina que otro tiempo
 A Gualzoto por rey reconocia
 Viene despues , por guia
 Trayendo al rey de Argel , al arrogante
 Rodomonte de Sarza que , de Libia ,
 Con copia de caballos y de infantes ,
 Era llegado tres jornadas antes.

No contaban las huestes agorenas
 Caudillo mas osado ni mas fuerte.
 De Paris las almenas
 No sin razon temblaban á su vista
 Mas que á la de Agramante , de Marsilio
 Y de cuantos guerreros
 Vibraban , de estos jefes en auxilio ,
 Contra la fe de Cristo , sus aceros.

Prusion , rey de Albaraje y Dardinele
 Rey de Zúmara siguen. Su impía suerte
 Ignoro si mochuelo
 U otro siniestro pájaro predijo ;
 Mas en el libro , donde todo es fijo ,
 Escrito estaba que el siguiente dia
 De los suyos el último seria.

Del rey de Tremecen , del de Noricia
 Al verse sin noticia y su estandarte
 Flotar no viendo por ninguna parte ,
 Agramante en temor se consumia ;
 Cuando á su encuentro un mensajero vino ,
 De Alzirdo y Manilardo

A referirle el mísero destino.
 « Señor , » le dice , « el paladin gallardo
 « Que á tantos destruyó , del mismo modo
 « Vencido hubiera el campamento todo ,
 « Si á su impetu violento
 « Osara resistir el campamento. »

Era llegado á las alarbes tiendas ,
 Pocos dias atrás , un caballero
 De cuyas altas prendas
 Voló la fama por el orbe entero.
 Mandricardo llamábase y , famoso
 Por tanta y tanta memorable hazaña ,
 Poner el sello á su braveza estraña
 Y hacer eterno su esplendor debia ,
 Del castillo encantado de Soria

Arrancando las armas rutilantes
Que el grande Héctor vistió diez siglos antes.

La vista alzando , oyendo al mensajero ,
Partir resuelve el fiero Mandricardo
A provocar al paladin gallardo
Que á tantos destruyó. Su labio , empero ,
El pensamiento que le agita encubre ,
Ya porque á mengua el revelarlo tenga
Ya por temor de que , en tal caso , alguno
A anticiparse á su desigño venga.
Y , el color de las armas del guerrero
Con viveza inquiriendo y sin empacho ,
« Negra es su cota , » dice el escudero ,
« Negro su almete y negro su penacho. »

De Roldan dije ya , con que motivo
Este color tomó por distintivo.

Dado Marsilio á Mandricardo habia
Un soberbio corcel de piel castaña ,
De negra caña y de pezeñas crines ,
Que á los frisios confines
Vino á engendrar un alazan de España.

Sobre él , armado , Mandricardo monta
Y , con carrera pronta ,
De aquel sitio se aleja , adonde jura
No retornar en tanto que no venza
Al señor de la negra vestidura.

Por encontrar comienza
A la aterrada gente que , sin guia
Huyendo y sin concierto ,
Al furor del de Anger se sustraia.
Cual , de haber visto muerto ,
Ya un hermano , ya un hijo , se plañia

Este camino el tártaro siguiendo
Llega en breve al paraje que testigo
Fuera del espectáculo tremendo
Que dió Orlando al ejército enemigo.

Al ver la sangre que la tierra esmalta ,
 De su caballo Mandricardo salta ,
 Y á creer lo que ve no se decide
 Mientras, con propia y envidiosa mano ,
 Cada herida no palpa , observa y mide .

Pálpalas pues y , con igual coraje
 Al que al mastin ó al lobo desconcierta
 Cuando , hambriento , llegando hácia el paraje
 Dó res su olfato le anunciaba muerta ,
 Cuernos tan solo y huesos descarnados
 Encuentra por el vientre abandonados ,
 Blasfema el Moro , y duelele y le pesa
 Llegar tan tarde á tan sabrosa mesa .

Todo aquel dia vaga , y al siguiente
 Llega á un prado sombrío
 En torno al cual , su impida corriente
 Desliza alegre un rio ,
 Formando un sitio igual al que , sus ondas
 Girar haciendo en su mansion profunda ,
 El Tiber junto á Otricoli circunda .

Mil guerreros armados allí viéndo
 Que parecen estarlo defendiendo ,
 « ¿Cuál es la causa , » el tártaro pregunta ,
 « Que tanta gente en este sitio junta ? »

Su noble gesto , su mirada brava ,
 Prendan al capitan que allí mandaba ,
 Quien , sospechando por el rico adorno
 De la armadura que le ciñe en torno ,
 Su nobleza y valor , así le dice :
 « De la bella princesa Doralice ,
 « Que está con Rodomonte desposada ,
 « (Bien que la fama aun no lo preconice)
 « La custodia me ha sido encomendada
 « Por su padre , el monarca de Granada .
 « Cuando esta tarde , á su agorero canto
 « Ponga fin la cigarra , á la doncella

« Yo despertando, partiré con ella. »

En deseos de ver á aquesta dama,
Que debe ser, á lo que infiere, bella,
El arrogante tártaro se inflama,
Y queriendo además hacer la prueba
De como aquella gente

Guarda la joya que á su cargo lleva:

« A su presencia conducidme en breve

« O haced que venga al punto ella á la mia ;

« Verla quiero antes de seguir mi via. » —

— « Loco estar, dice el granadino, debe

« Quien tal demanda á formular se atreve ; » —

Ni dijo mas, que, el asta levantando,

Lleno de furia, el tártaro le ataca

Y, su cota y su yelmo atravesando,

Sin voz ni vida del arzon le saca.

Cuando, las armas de Héctor conquistando

El hijo de Agricano

Notó la falta de la espada bella

Que el brazo ornó del paladin troyano,

Diz que jurara (y no jurara en vano)

Espada no ceñir mientras aquella

No conquistara que llevaba Orlando.

No llevándola pues, ni otra arma alguna

Teniendo en su poder, su lanza presto

Recobra, y torna á enarbolar, dispuesto

A dar muerte con ella

A aquella multitud, que, en torno suyo,

Con espadas y picas, se atropella.

Al tártaro su número no aterra

E, hiriendo sin cesar, cubre bien pronto

De sangre y de cadáveres la tierra.

Rota su lanza, en fin, con sus dos manos

El grueso tronco, que le queda, aferra ;

Y, segundo Sanson, derriba, hiende

Y en el suelo, tal vez, de un solo golpe

Al caballero y al caballo tiende.

En vano , empero , en vano se defiende
La turba , á quien aflige y acobarda ,
Mas que el recelo de perder la vida ,
El género de muerte que le aguarda .

Y viendo en fin que muerta ó mal herida
La mayor parte yace ,

A partir la que queda se dispone :

Mas Mandricardo , que cual presa suya
Contempla aquella gente , se interpone ,
Le cierra el paso y le interdice que huya .

Cual , al soplo de recio torbellino ,
La frágil caña en el pantano cede ;

Cual resistir no puede

A voraz llama el cáñamo ó el lino

Que en sus troges acopia el campesino ,

Asi sin fruto esta pujanza inmensa

Contrarestar el granadino piensa .

Dispersada esta hueste ; por la huella

Que en la yerba descubre , se adelanta

Ansioso el héroe de saber si es tanta

Cual dicen la beldad de la doncella .

Al pié de antiguo fresno , cuya sombra

Cubre del prado la mullida alfombra ,

Mírala en fin . El llanto

Que , su faz inundando , discurría ,

Cual clara fuente , por su blanco seno ,

Mostraba cuanto , del dolor ageno

Y de su propia suerte , se dolía .

Su terror se aumentó , del agareno

Viendo el ceño feroz , viendo la sangre

Que manchaba sus armas y sus manos .

Las damas , los ancianos ,

Que á la jóven princesa acompañaban ,

Cual ella , temerosos de su ruina ,

La voz hasta los cielos levantaban .

Fuera de sí contempla Mandricardo
 Aquella faz divina
 Que , bien que un tanto el padecer la empaña ,
 No conoce rival en toda España ;
 Y , del amor herido por el dardo ,
 Del cielo en la mansion se considera ,
 Quedando , sin saber de que manera ,
 Por premio de su triunfo ,
 Cautivo de su hermosura prisionera.
 De su fatiga , empero , el dulce fruto
 No espera conseguir hasta que enjuto
 El llanto amargo vea
 Que de la dama la beldad afea.

Con voz afable y con benigno gesto ,
 El tártaro á llevársela dispuesto ,
 « Partid , partid , » á aquellas gentes dice ;
 « Que amparo y compañía
 « En mi tendrá la bella Doralice.

Obedece la escolta , que ninguna
 Resistencia á este intento hacer podia ,
 Y se aleja , su mísera fortuna
 Maldiciendo , y pensando cuan violento
 Del padre debe ser el sentimiento ,
 Y cuanto , al ver frustrada su esperanza ,
 Terrible del amante la venganza.

« ¿ Porqué , se dice aquella triste gente ,
 « Porque el de Alger ausente
 « Se halla en aquestos críticos instantes ?
 « ¿ Porqué , oh Dios , no protege
 « La ilustre vírgen , antes
 « Que de nosotros su raptor aleje. »

Ufano este entretanto con la presa
 Que el hado le depará , no se cura
 De hallar al de la negra vestidura.
 Léjos ya pues de apresurar su viaje ,
 Despacio en busca va de algun paraje

Dó pueda con sosiego
Dar suelta rienda á su amoroso fuego.

De la doncella el lastimoso llanto
Por calmar esforzándose entre tanto,
Dícele él: « Vuestra fama

« Pudo tan solo , oh bella y noble dama
« Hacerme renunciar al rico trono.
« Que por vos gustosísimo abandono.

« ¡ Ah ! si es que amor amando se merece ,
« El vuestro yo , que cual mi vida os amo ,
« Con sobrada razon , bien veis reclamo .
« Si amor merece el brillo de la cuna ,
« Mecióme á mí la que á los reyes mece .
« Yo , en riqueza y poder solo á Dios cedo ;
« Y esperar ser amado tambien puedo
« Si recompensa alguna
« Merecen el valor y la fortuna. »

Estas y otras palabras
Que su amor al guerrero sugería ,
Van poco á poco á consolar el alma
De la triste doncella. Dulce calma
Sustituye al dolor que la afligía ;
Con semblante sereno
Escucha al impetuoso sarraceno ;
Con gesto casi afable le responde ;
Y ni aun sus ojos , donde amor se esconde ,
Desdeñosos se cierran ó retiran
Si en ellos clava el tártaro los suyos ,
Que la piedad y la pasión respiran.

El musulman que por la vez primera
Del amor los efectos hoy no siente ,
Conoce que no siempre indiferente
Ha de ser su pasión á la doncella .
Y , marchando con ella ,
Lleno el pecho de amor y de alegría ,
No tarda en advertir que , del Ocaso

Dirigiéndose el sol á los umbrales,
Brindaba con la calma á los mortales.

De su bridon el paso
Acelerando entonces , un concierto
Escucha de instrumentos pastoriles
Y salir humo ve de unas cabañas ,
Donde encuentra un asilo ,
Muy mas que bello , cómodo y tranquilo.

Allí festeja al héroe y á la dama
Un mayoral ; que generosos pechos
No se hallan solo en villas y ciudades ,
Y tal vez las mas nobles cualidades .
Van á abrigarse bajo humildes techos.

Lo que , en la calma de la noche oscura ,
Pasar pudo entre el hijo de Agricano
Y la bella princesa granadina ,
Mi razon lo adivina ,
Mas , tímida , mi voz no lo asegura .
De cada cual al juicio lo someto ;
Y , sin ser indiscreto ,
Diré tan solo que , al siguiente dia ,
Brillaban ambos rostros de alegría ,
Y que , de un hospedaje tan felice ,
Las gracias al pastor dió Doralice .

Parten despues y , errando á la ventura ,
Llegan á un rio que á la mar vecina ,
Con pacífico curso , se encamina .
A su márgen estan , sobre la grama ,
Sentados un guerrero y una dama .

Mas caprichosa ley que , á que no siga
Siempre la misma direccion me obliga ,
Me lleva en este instante
Al campo donde el árabe arrogante ,
A Francia estremeciendo con su furia ,
El santo imperio , amenazando , injuria ;
Y donde el rey de Argel , con irritante

Tono se precia , en ímpetus insanos ,
De hacer de Roma y de París dos llanos.

Noticioso Agramante

De que el inglés la mar atravesara ,
Al rey Marsilio y á Sobrino el viejo
Llama con otros jefes á consejo.
De acuerdo todos en que intento vano
Fuera expugnar los parisienses muros ,
Si en ellos entra el auxiliar britaño ,
Dar el ataque sin tardar deciden
Y para ello las órdenes expiden.

Ya escalas mil y máquinas y vigas ,
Que á hacer barcas y puentes
Destinaban las huestes enemigas ,
En torno de los muros acumula
La que el asalto debe dar bien presto.
A su frente Agramante la estimula
Y , el recio ataque á dirigir dispuesto ,
Forma un segundo ejército del resto.
La víspera del día

Que este combate presenciar debia
Mandó el emperador misas y oficios
Celebrar á los monges , y á los legos
Entregarse á devotos ejercicios.
Los que , merced á confesion sincera ,
Las manchas de su vida ya purgaron ,
A la mesa eucarística llegaron
Cual si su hora final aquella fuera.

Seguido de los pares y magnates ,
Príncipes y oradores de su Corte ,
A quienes con su porte ,
Edifica , admirando con su ejemplo ,
El buen rey Cárlos se dirige al templo.
Humilde allí , postrándose de hinojos ,
Juntando ambas sus manos , y sus ojos
Hácia los cielos levantando , dice :

« Pequé , Señor , pequé , mas ¡ ah ! conmigo
 « No envuelvas á mi pueblo en el castigo.
 « ¡ No , no permitas que instrumento sea
 « De tu encono tu bárbaro enemigo ,
 « Que , como al pueblo qué tu nombre lleva
 « A manos del infiel expirar dejes ,
 « Tus contrarios dirán que en bien no prueba ,
 « Tu apoyo de la causa que protejes.

« Por uno á quien castigues
 « La fe del pecho arrancarás á ciento ,
 « Y el error que persigues
 « Tomará cada vez mas incremento .
 « Bien sé que poco ó nada
 « Nuestros méritos valen
 « Las manchas á borrar de una existencia
 « En el error y la impiedad pasada ;
 « Mas tu gracia , ¡ oh mi Dios ! y tu clemencia
 « Suplan á lo que darte no podemos ,
 « Y á tu eterna bondad agradecidos
 « En tí , Señor , por siempre esperamos. »

Dice el monarca , que en su Dios confía ,
 Y en agregar á su oracion no tarda
 Votos dignos de su alta gerarquia
 Y del favor que del eterno aguarda.

No fue vana su súplica ; que el ángel
 A quien el cielo encomendó su guarda ,
 Las alas bate y de la luz divina
 A la elevada estancia se encamina.
 Al pié del trono del Excelso llega
 Y , la oracion de Cárlos deponiendo ,
 A las del rey sus súplicas agrega.
 Por las armas de Cárlos tambien ruega
 La multitud brillante
 De bienhadadas almas que la vista
 Gozando estan del sempiterno Amante.

La inefable bondad , á quien no en vano

Se dirigió jamás alma sincera ,
 La vista alzó piadosa y , con la mano ,
 Hizo seña á Miguel de que viniera .
 « Vé , » le dice , « al confin de Picardía ,
 « Dó la britana hueste desembarca
 « Y á la presencia del francés monarca ,
 « Sin que lo sienta el árabe , la guia .
 « En busca del silencio ,
 « Ministro fiel de lo que hacer le atañe ,
 « Marcha primero y , de mi parte , dile
 « Que en esta empresa quiero te acompaÑe .
 « A la mansion de la Discordia , luego ,
 « De allí volando , le dirás que fuego
 « Vaya á sembrar en el contrario bando
 « Y que , con él , las almas inflamando
 « De sus mas valerosos caballeros ,
 « Volver contra sí propios sus aceros
 « Los haga , á fin que muertos queden unos ,
 « Otros heridos , otros prisioneros ;
 « Despechados , del campo otros se alejen
 « Y que á Agramante sin apoyo dejen . »

Nada responde el ángel ; mas , del cielo
 Partiendo , emprende sin tardar su vuelo .
 Espléndida aureola ,
 Cual la luz del relámpago , le ciñe ;
 Dó quier que él pasa , el aire se arrebola
 Y la nube de púrpura se tiñe .
 Mas no sabiendo á donde el ala deba
 Dirigir por topar con el Silencio ,
 A quien del cielo los mandatos lleva ,
 Hacia el sitio el arcángel se dirige
 Dó ley severa rige
 Que interdice el hablar al cenobita ,
 Donde la voz , Silencio , se halla escrita
 En celdas y oratorio
 En los muros del claustro y refectorio .

Allí creyendo, al lado del reposo
 Y de la caridad, poder hallarlo,
 Las áureas plumas bate presuroso
 El arcángel Miguel; mas, no bien entra,
 Nota su error. Escrito en la muralla
 Dó quier que lleva sus pisadas, halla
 Silencio allí; mas ni al Silencio encuentra,
 Ni el amor ve, ni la piedad, que un día
 En los tranquilos claustros existia,
 Y que de ellos, ha tiempo, desterraron
 La pereza, la envidia,
 La avaricia, la gula y la perfidia.

En el convento, atónito el arcángel
 Descubre al monstruo á quien, del Padre Eterno
 Por cumplir el mandato,
 Iba á buscar al fondo del infierno.
 ¿Quién lo creyera, quién?; A la morada,
 Que al servicio divino
 Debiera estar tan solo consagrada,
 A hallar Miguel á la Discordia vino!

Reconócela presto
 A su traje, compuesto
 De mil retazos de color distinto,
 Con los cuales jugando
 El viento á su placer, sus formas iba
 Ora encubriendo agora revelando.

Sus cabellos, cual negro y cual castaño,
 Cual del color del oro ó de la nieve,
 Formaban el conjunto mas extraño.
 Por su pecho los unos,
 Por su espalda los otros se esparcian
 Y, de su frente y de su sien, algunos
 En torno se trenzaban ó tejian.
 Contra el seno sus manos estrechaban
 Legajos de libelos,
 Causas, consultas, pleitos y escrituras

Que al pobre siempre por vedar acaban
De ver su hacienda ó su quietud seguras.

Detrás, delante de ella, y á sus lados,
Se agolpaban escribas y abogados.

Miguel la llama; expónele sus planes,
Su pronta ejecucion le recomienda,
Y unos contra otros mándale que encienda
En rencor á los jefes musulmanes.

De la mansion donde el Silencio habita,
Nuevas el ángel preguntando luego
A la que se hace del furor un juego
Y al orbe entero extiende su visita.

«No se me acuerda,» la Discordia dice,
«Si ví nunca al silencio ni en que parte,
«Bien que el nombre no me es desconocido,
«Y que, de sus astucias y de su arte,
«En mas de una ocasion nuevas he oido;
«Mas una amiga y compañera nuestra
«Aquí vive que, acaso, á tu deseo
«Podrá satisfacer. Llegar la veo,
«Hela aquí» dice; y con la alzada diestra
A la Mentira, que se avanza, muestra.

Pulcro es su traje; su ademan modesto;
Humilde su mirar; su paso grave;
Dulce su voz y plácido su gesto,
Cual el gesto y la voz del que á María
Vino, en nombre de Dios, á decir Ave.
Disforme es todo el resto,
Mas su torpeza oculta bajo capa
Que un puñal siempre empozoñado tapa.

Por el arcángel preguntada adonde
Partir en busca del Silencio deba,
La Mentira responde:

«En los antiguos tiempos, cuando nueva
«De Benito y de Elías
«Era la institucion, de sus secuaces

« Habitaba en conventos y abadias.
 « En tiempo de Pitágoras, y Arquitas,
 « De sus cátedras, dócil, largos años
 « Frecuentó los escaños;
 « Mas, muertos ya los santos y los sabios
 « Que silencio impusieron á sus labios,
 « Degenerando de virtud en vicio,
 « Vivió luego asociado al maleficio.
 « En la nocturna sombra á los amantes
 « Empezó acompañando; á los ladrones
 « Asocióse en seguida,
 « Y, cómplice de réprobas acciones,
 « Dió su apoyo al traidor y al homicida.
 « Tal vez dentro á la tierra se sepulta
 « Con los que falsa acúñan la moneda.
 « Fácil no es, pues, que hallar ninguno pueda
 « Al que de albergue á cada instante muda.
 « De hallarle, empero, un medio voy á darte;
 « A la mansión del Sueño hoy mismo parte,
 « Y á media noche llega,
 « Que al reposo tal vez allí se entrega. »

Bien que fe la Mentira no merezca,
 Es tal la gravedad con que razona
 Que á los frailes el ángel abandona
 Sin siquiera aguardar á que anochezca.
 Del Sueño en busca, el ala voladora
 Ora templando, acelerando agora,
 Se dirige, que á la hora designada
 Llegar desea al fin de su jormada.

De ciudades y villas apartado,
 Y de abetos y de hayas coronado,
 Hay en Arabia un vallecillo ameno
 Donde, aun en el rigor del medio dia,
 En vano el sol por penetrar porfia.
 Vese en él una piedra
 Que una gruta capaz forma en su seno,

A cuya boca enlázase la hiedra
 Que , con tortuosos giros , por sus muros
 Desciende hasta sus ámbitos oscuros.

Esta del muelle Sueño es la morada.

En el suelo sentada

A un lado suyo , la Pereza yace ,

Que apenas puede con su propio peso ;

Y por el otro el Ocio ,

Lívido , sucio , soñoliento , obeso.

Fijo en la puerta , el vaporoso Olvido

No deja entrar , no reconoce á nadie.

No escucha , ni responde ,

Y con su velo á los de dentro esconde ,

De fieltro con calzado

Y en cenicienta capa arrebozado

Escóltale el Silencio , centinela

Que , por que nadie allí se acerque , vela.

Acércasele el ángel , sin embargo ,

Y , en baja voz , trasmítele su encargo.

El Silencio la frente ,

Mostrando haberle comprendido , inclina ;

Y , tras Miguel , poniéndose obediente ,

Hácia el suelo normando se encamina.

Desde allí , de manera

La marcha de sus tropas acelera

Que , ante los muros de París , las guia ,

Sin que nadie lo advierta , al otro dia.

En torno de estas tropas , discurriendo

El Silencio entretanto

Ora del sol los rayos les mostraba ,

Ora de espesa niebla bajo el manto

Caballos ocultaba y paladines ,

Amortiguando el son de los clarines.

Y al campo musulman yendo en seguida

Vierte en él no sé qué , que sorda y ciega

A su gente dejando , la venida

No le permite ver de la que llega
Por Reinaldo y el ángel conducida.

Al pié de las murallas Agramante
Y en las aldeas que á Paris circundan ,
Las sus tropas de á pié coloca en esto ;
Que , en un ataque vigoroso y presto ,
Sus esperanzas últimas se fundan.

Quien capaz fuera de contar la gente
Que , contra Cárlos, mueve en este instante
El árabe arrogante ,
Contara fácilmente
Las plantas todas que la umbrosa espalda
Del Apenino encubren , y las olas
Lanzadas de las costas españolas
Que van de Atlante á salpicar la falda ,
Y las lumbreras que , en la noche , miran
A los tiernos amantes que suspiran.

Con fragor espantoso y repetido
De Paris las campanas se agitaban ,
Y en los templos de Dios , á su sonido,
Millares de devotos
Las manos y las súplicas alzaban.
Fueron tantos los votos
Al Señor ofrecidos aquel día ,
Que , á tener en el cielo
Tanto valor como en la tierra el oro ,
Recibiera cada ángel un tesoro.

Alzan la voz quejándose los viejos
De que los haya el hado
Para ver tanta ruina reservado ,
Y , con mente envidiosa ,
Del amigo se acuerdan y del deudo
Que del sepulcro en la mansion reposa ;
Mas , de la edad adusta
Consejos y temores despreciando ,
Llena de ardor , la juventud robusta ,

De los muros volando á la defensa
Ni en el peligro que le amaga piensa.

Juntos allí se ven condes, barones,
Reyes y duques, príncipes, marqueses,
Soldados extranjeros y franceses.

De honor, de celo y fe cada cual lleno,

A Cárlos ruega que bajar los puentes

Y atacar le conceda al sarraceno;

Mas, bien que de este ardor se felicite,

El sabio emperador no lo permite;

Y, en los sitios mas propios y oportunos

Para cerrar al bárbaro la via,

Con tino disponiéndolos, á algunos

Este puesto confia,

Mientras al otro gruesa hueste envia.

Al uno ordena que encendidas siempre

Las hogueras mantenga;

Al otro que hácia el punto á dó convenga

Las máquinas transporte y, de este modo,

Cárlos está dó quier, y atiende á todo.

Sobre un llano, en el centro de la Francia,

Sentado está Paris. Sus muros besa

El Sena, que los corta y atraviesa,

Formando enmedio una ínsula que abarca

La mas bella porcion de su comarca.

Completan la ciudad otras dos partes

Cuyo exterior protegen sus baluartes,

Y cuyo interno lado

Por el curso del Sena está guardado.

Por varios puntos á la vez, se expugna

Ciudad que leguas de circuito cuenta;

Mas el rey Agramante,

Que á dividir su ejército repugna,

Por solo un lado acometer intenta.

De la muralla en torno el sabio Cárlos

Armas y municiones acopiando,

Las orillas del Sena fortifica
 Con fosos y con muros que fabrica,
 Y su curso defiende
 Con sólidas cadenas que en él tiende ;
 Luego á los puestos corre y los pertrecha
 En proporcion al riesgo que sospecha ;
 Y, las miras del moro penetrando,
 El sitio ve por dó su ataque apresta,
 Y sus designios frustra ó contraresta.

Mientras que con sus tropas Agramante
 Dar el asalto á la ciudad debia,
 En el campo Marsilio aguardaria
 Con Ferragut, Grandonio, Balugante
 Falsiron, Isolerto, Serpentino
 Y con la gente que de España vino.

Del rey Marsilio á la siniestra mano,
 Sobre el Sena apoyábase Sobrino,
 Con el hijo de Almonte, con Puliano
 Y con el rey de Oran que alza insolente,
 A seis brazas del pié, la erguida frente.

¿Porqué mi pluma á fatigarse empieza,
 Mientras con tal presteza
 Las armas mueve toda aquella gente,
 Y mientras el rey de Argel impetuoso
 Grita, blasfema, y hierde sin reposo ?

Cual del estío en las ardientes horas,
 Agitando las alas zumbadoras,
 Un enjambre de moscas acomete,
 Ya de espumante leche el toscó vaso,
 Ya los restos de espléndido banquete,
 O cual se arroja, acaso,
 Banda de tordos sobre cepa opima
 De racimos maduros,
 Así lleno del fuego que le anima
 Acude el agareno hácia los muros.

De lo alto dellos, con ardor no visto

Resiste fuerte el adalid de Cristo.
 Si uno perece ; su glorioso puesto
 Otro ocupa bien presto ;
 Y sus golpes en tanto.
 A mil moros y á mil de vida privan
 Y en el profundo foso los derriban ;
 Que no tan solo espadas , picas y hachas
 A su defensa sirven de instrumentos ,
 Sino que gruesas peñas , y fragmentos
 De almenas y baluartes
 Llueven sobre el infiel por todas partes ;
 Y agua hirviendo que abrásale y le ciega
 Y viva cal y arroyos de resina ,
 De azufre , nitro y pez y trementina ,
 Y aros de hierro al fuego enrojecidos ,
 Ominosa corona ,
 De que aquel que la ciñe no blasona.

De Buraldo y de Ormida en compañía ,
 Al pié de la muralla , en este tiempo
 Rodomonte otra hueste conducia.

Clarindo y Soridano

Iban con él. De Ceuta el soberano
 Y el de Cosca y Marruecos le seguian
 Y en afan de brillar se consumian.

Del rey de Argel en la purpúrea enseña
 Brilla un leon , á quien á abrir obliga
 La boca una beldad que lo domeña.
 Emblema es el leon de Rodomonte
 Y la doncella es su adorada amiga ,
 A quien volará á libertar gallardo
 Si supiera que es hoy de Mandricardo.

En este tiempo , y en un mismo instante ,
 De combatientes llenas
 Mil escalas invaden las almenas.
 Y « adelante , adelante »
 Gritando algunos con audaz denuedo ,

Animo dan á los que sienten miedo.
Ni hay forma de cejar. ¡Guay del que quiere
Salvar su vida ó que en ardor afloja!
Al que vacila , con su espada hiere
Y al hondo foso arroja
Rodomonte , que ardiendo en saña loca ,
Al mundo entero y hasta á Dios provoca ,
Y que , huyendo los sitios mas seguros ,
En busca va de riesgos y de apuros.

Ceñido de la espada y la armadura
Que fabricó Nembrot , su propio abuelo ,
Cuando impia guerra quiso hacer al cielo ,
Rodomonte que , altivo cual aqueste ,
La bóveda celeste
Impávido asaltara , si existiera
Camino que hasta allá le condujera ,
En el foso se arroja , se adelanta
Y , veloz cual el rayo , lo atraviesa ,
Bien que el agua le llegue á la garganta.
Y , de cieno y de sangre amancillado ,
De audacia dando pruebas manifiestas ,
A la muralla sube
Por medio de una nube
De fuego, dardos, piedras y ballestas.
Encubierta la frente
Con su broquel , al parapeto llega
Y , atacando la puente
Dó , atónito , el cristiano se repliega ,
Hiere y destroza y en purpúreo lago
Convierte el suelo , y brazos y cabezas
Del alto muro hace rodar al foso ,
Causando el mismo estrago
Que hace en Volana jabalí furioso.

Suelta el broquel ; en la ansia que le anima ,
La espada empuña ; y contra el duque Arnolfo ,
Venido há poco del nubloso clima

Dó el Rin se lanza en el salado golfo,
 Se dirige veloz. Cual se resiste
 A la llama la pólvora, así el triste
 Arnolfo contra el golpe se defiende
 Que en tierra, hendido hasta el arzon, lo estiende.

Tal es la confusion, tal el conflicto
 En que del moro pone el hierro invicto
 A la cristiana gente, há poco altiva,
 Que de un solo revés á Flándes priva
 De Anselmo y de Oldarado. Con las de estos,
 Las cabezas derriba

De Espinolocio y Prando,
 Guerreros del ejército normando.

Hasta el vientre, en seguida,
 Al maguntino Orgueto atravesando,
 Con la sangre exhalar le hace la vida.

Desde el muro despues vienen al foso
 El sacerdote Andrópono y Mosquino
 Que, adorador del vino,
 Del agua, mas que de áspid ponzoñoso,
 Toda su vida huyó, y á quien funesta
 Doblemente es la muerte
 Que recibe en el agua que detesta.

En dos á Luis el provenzal divide.

El tolosano Arnaldo

La tierra, al lado de Dionisio, mide;

Y la miden tambien Hugo y Ambaldo,

Huberto, Satalon, Claudio, Gualtero

Y otros mil, de los cuales

Ni el nombre aquí, ni la nacion refiero.

Detrás de Rodomonte, en la muralla

Penetra en tanto la feroz canalla,

Al cristiano poniendo en grande aprieto.

Con orden al segundo parapeto,

Este, entonces, replegase seguro

De que, no sin esfuerzo y sin apuro,

Podrá el infiel atravesar el trecho ,
Que del uno separa el otro muro.

Desde el segundo, fuertes y gallardos ,
Algunos con ventaja se defienden ,
Mientras, con lanzas, piedras y con dardos ,
Desde una alta cortina, otros ofenden
A la copiosa chusma que, aterrada ,
Empezaba á ceder, y que cediera ,
Si el de Argel no acudiera. Con su espada
Hiere ó da muerte al que al terror se entrega ;
Por el cabello al uno ,
Por el cuello ase al otro ó por los brazos ;
De sangre al suelo riega ,
Y de miembros y cuerpos en pedazos
El ancho foso, hasta los bordes, ciega.

Mientras, en lo hondo de este abismo horrendo ,
Los bárbaros cayendo ,
Buscan con nuevo afan nuevas escalas
Por trepar al segundo parapeto ,
El rey de Argel, cual si sutiles alas
Llevara en vez del espaldar y el peto ,
Veloz del foso al otro lado salta ;
Con sangre del francés el suelo esmalta ,
Ruina sembrando y destruccion. No hay cota
Que el golpe al pecho dirigido tuerza ,
Antes, cual vidrio rota ,
Salta al sentir su incontrastable fuerza.

Bajo el cieno del foso acumuladas
Por Cárlos, antes del asalto, fueron
Estopas y fajinas embreadas
Odres de aceite, azufre, de salitre
Y de otras mil materias inflamables ,
Que un horrendo castigo
Reservaban de Dios al enemigo.

En tanto que este, por hallar salida
Y por subir al muro se esforzaba ,

La llama , por mil partes encendida ,
 En una sola al cielo se elevaba ,
 Y , el sol oscureciendo ,
 Sepultaba á París en caos horrendo.

A su rugir continuo y espantoso
 Se mezclaba la horrisona armonía
 De la mísera gente que , en el foso ,
 Por culpa de su jefe , perecia.
 Gritos , clamores , llanto ,
 Estrago , horror , desolacion y muerte
 Dó quier el alma estremecida advierte ;
 Mas tiempo es ya de respirar un tanto ,
 Aquí poniendo término á este canto.

CANTO XV.

Prosigue el asalto. — Primeros viajes de Astolfo. — Dale Logistila una trompa prodigiosa y el libro que enseña el modo de destruir todo encanto. — Elojio de Carlos V, y de sus capitanes. — Astolfo prende á Caligorante y mata á Orrillo. — Encuéntrase á Aquilante y á Grifon, y dispónese á ir con ellos á visitar los Santos Lugares. — Grifon recibe noticias de la infidelidad de Origile.

Noble es siempre el vencer , ya que al ingenio
 O á la fortuna el triunfo se atribuya ,
 Bien que la sangre empañe la victoria
 Y el mérito del jefe disminuya.
 Al colmo de la gloria
 Aquel llegará solo que , la sangre
 No prodigando de la gente suya ,
 El enemigo ejército destruya.

Este alto honor , Señor , vos merecisteis
 Cuando al leon vencisteis
 Que , terrible en la mar , con sus galeras ,
 Del Pó las dos riberas ,

Desde Ferrara á Francolin , cubria.

Su rugido feroz ya no me aterra ;
Que á nuestro frente , oh Príncipe , os advierto ,
A vos por quien fué muerto
Nuestro enemigo y libre nuestra tierra.

En su daño obstinándose el pagano ,
No sabe obrar así. Su ímpetu insano
Con la mísera gente que derriba ,
La intensidad aviva
Del incendio horroroso
Que , solo tanto cuerpo calcinando ,
Cabida á todos dar pudo en el foso.

Once mil y veinte y ocho sarracenos
Hallaron muerte en sus ardientes senos ,
Mientras su jefe altivo y temerario ,
Causa de tanta y tanta desventura ,
Veloz saltando al campo del contrario ,
Todo riesgo, impertérrito, conjura.

Desde lo alto del muro
Los fieros ojos Rodomonte vuelve.
Al ver el humo oscuro
Que en densa niebla el firmamento envuelve ,
Y quejas y clamores escuchando ,
Alza la voz , rugiendo y blasfemando.

Mientras este ataque el rey de Sarza daba ,
Agramante una puerta ,
Que ver pensaba , al presentarse , abierta ,
Con hueste acometió cuantiosa y brava.
Van con él Bampirago , y Balinverno ,
Y Corino y Prusion , rico monarca
De las felices islas
Que el mar que baña al tingitano abarca ,
Y Malbuferso , rey de la comarca
De eterna primavera. De estas gentes
Marchan otras detrás ; unas valientes ,
Otras sin armas ni valor , desnudos

Los pechos que no armaran mil escudos.
 Mas engañóse el musulman. Cercado
 Cárlos de sus caudillos aguerridos ,
 Aquel sitio defiende. A su costado
 Van Salomon , Avolio , Oger , dos Guidos .
 Berenguer , Ganalon , Oton , Avino ,
 Y el duque de Baviera y Angelino.

De jóvenes gallardos ,
 Tudescos y franceses y lombardos ,
 Llega en seguida multitud inmensa ,
 De su Dios y su rey por la defensa
 Dispuesta á combatir ; mas , de mi canto
 Volver los ecos mi inconstancia piensa
 Hácia el britano duque que , entretanto ,
 Su existencia en el ocio consumia
 Y de volver al patrio suelo ardia
 En ansiosa inquietud. Presto la maga ,
 Que de Alcina triunfó , de Astolfo el tedio
 Advierte y á su llaga
 Quiere bondosa administrar remedio.

Una galera apresta y , temerosa
 De que á turbar su viaje venga Alcina ,
 Con grande armada ordena á Sofrosina
 Y á Andrónica que á Astolfo
 Hasta el Pérsico golfo
 Conduzcan ; y , al guerrero aconsejando
 Huya del mar del Norte el viento infando ,
 Le encarga que se aleje de la tierra
 De dó el sol varios meses se destierra ,
 Y que , de Escitia la remota playa
 Mas bien doblando , sin temer rodeos ,
 A las de Persia ó las de Eritrea vaya.

Dispuesto el viaje , pártese el mancebo
 Y , á fin de que ceder á encanto nuevo
 Desde hoy no pueda , un libro , en que se explica
 Como su influjo contrastarse debe ,

Le entrega Logistila y le suplica
Que al lado siempre por su amor lo lleve.

Otro regalo de mayor valía ,
Con él , la maga al galadin confia.
Este es un cuerno , cuyo atroz sonido
Terrible mas que el huracan , el Noto ,
El trueno ó el rugiente terremoto ,
Al mas osado priva de sentido.

Por tan precioso don á Logistila
Rendidas gracias tributando el duque ,
El puerto deja y la mansion tranquila ,
De donde en la alta mar se lanza el buque.
Dejando á diestra y á siniestra mano
Islas sin cuento y populosas villas ,
De Tomas á la tierra Astolfo llega ,
Dó hácia el Norte el piloto se repliega.

Tocando casi al áureo Quersoneso ,
Hiende la espuma la soberbia flota ,
Siguiendo siempre la opulenta orilla
Dó , lanzándose al mar , el Ganges brilla.
De Taprobana luego
Y de Coromandel las playas nota.
De allí , tras largo viaje , á Cochinchina ,
Y hácia Europa á la postre se encamina.

El héroe en tanto á Andrónica pregunta
Si , de los reinos donde el sol despunta ,
Hasta los mares dó su luz se esconde ,
Llegó nave jamás ; y , si se puede ,
De Francia ó de Inglaterra
Venir á la India , sin tocar en tierra.

« Has de saber , Andrónica responde ,
« Que en su recinto el mar al orbe encierra
« Y que , del polo al ecuador ardiente ,
« Sus olas van girando eternamente ;
« Mas , al ver cual del Africa en el seno
« Se avanza al Sur la Etiopia , afirma alguno

- « Que acaba allí el imperio de Neptuno.
 « Por eso, de los reinos de Levante ,
 « Jamás vela hácia Europa se despliega ;
 « Por eso de la Europa el navegante
 « Desde su mar al índico no llega.
 « Esa region inmensa
 « Unida ver á otro hemisferio piensa ,
 « Y, perdiendo al mirarla su esperanza ,
 « A sus lares retorna sin tardanza .
 « Mas, volviendo los años, partir veo
 « Del confin europeo
 « Nuevos Tifis , y abrir con valentía
 « La senda ignota hasta el presente dia.
 « El Africa doblar á otros advierto ;
 « Seguir su costa y traspasar el signo
 « Donde entra el sol , tornando á nos benigno
 « Cuando de Capricornio se despide ;
 « Y hallar tras largo afan , hallar les veo
 « El cabo que dos piélagos divide ;
 « Y, desde allí , correr playas diversas
 « E insulas indias , árabes y persas.
 « Del escollo fecundo ,
 « Que la hercúlea pujanza separara ,
 « Salir á algunos miro
 « Y nueva tierra hallar y nuevo mundo ,
 « Del astro de la luz siguiendo el giro.
 « La santa cruz y la imperial bandera ,
 « Sobre verde ribera
 « Alzada allá , con majestad tremola ;
 « Y á la gente española
 « Miro , parte que guarda sus bajeles ,
 « Parte que vuela en busca de laureles.
 « Por un puñado de hombres , destruidos
 « A mil y mil de sus contrarios noto ,
 « Y vastos reinos de pais remoto
 « A las leyes de Cárlos sometidos

- « Ignoto hasta hoy , é ignoto
« Por seis siglos ó siete ,
« Aqueste derrotero todavía
« Ha de ser , hasta el dia
« En que todo mortal la ley respete
« Del mas prudente príncipe y mas justo
« Que ha sido ni será despues de Augusto.
 « De sangre de Austria y de Aragon , ya veo
« Nacer , del Rin á la siniestra orilla ,
« Este príncipe ilustre cuyo nombre
« Entre los nombres mas ilustres brilla.
« Con la virtud , que un mundo pervertido
« Mirará con desprecio y abandono ,
« Sacando á la justicia del olvido
« La hará sentar sobre su excelso trono.
 « En premio de esto la bondad suprema
« Para ceñir no solo le designa
« La espléndida diadema
« Que decoró las sienes de un Severo
« De un Augusto , de un Marco y de un Trajano ,
« Sino que el mundo entero
« Verá en él su pastor , su soberano.
 « Y á fin de que del cielo
« Mejor se cumpla el inmutable arcano ,
« A su edad dotará la Providencia
« De hombres sabios en paz fuertes en guerra ,
« En la mar victoriosos y en la tierra.
 « Ya por Hernan Cortés , á la obediencia
« Del imperial monarca sometidos
« Pueblos advierto , en tan distante zona ,
« Que á la nuestra son hoy desconocidos.
 « Ya un Próspero Colona ,
« Un marqués de Pescara y , á su lado ,
« De Guast advierto al jóven donodado
« Que tan fatales en encuentros miles
« Hará ál francés los ítalos pensiles.

- « Semejante al corcel , que de la meta
 « El último partiendo , á todos pasa ,
 « Este Alfonso en deseos
 « De aventajar á los demás se abrasa ,
 « Y de obtener laureles y trofeos.
 « Tanto valor á tal virtud unido
 « Digno le harán del mando
 « Que obtendrá de su rey habiendo apenas
 « El quinto lustro de su edad cumplido.
 « Su ejército salvando
 « Este jóven audaz , la tierra entera
 « A las leyes de Cárlos sometiera.
 « Mientras de este al imperio
 « El terrestre hemisferio
 « Sometan sus valientes capitanes ,
 « A su fortuna unido y á su gloria ,
 « El bravo Andrés de Doria
 « Hará guerra implacable
 « Al pirata opresor del mar que baña
 « Las costas de Numidia y las de España.
 « No á las de este caudillo comparable
 « Es de Pompeyo la elogiada hazaña.
 « De la nacion mas célebre del mundo ,
 « Unos viles corsarios
 « Mal podian ser dignos adversarios ;
 « Mientras que Doria , con sus fuerzas solas ,
 « De Calpe al Nilo purgará las olas.
 « Por su valor abiertas
 « Verá Cárlos las puertas
 « De las ciudades todas de la Italia.
 « Igual en gloria á Cesar , victorioso
 « En Francia , España , en Africa y Tesalia ,
 « Rival , por su valor , de Antonio , Octavio
 « Y de los héroes mas ilustres , Doria ,
 « Con su ambicion , agravio
 « Nunca hará al esplendor de su victoria ;

« Y ejemplo tan sublime
 « Cubrirá de vergüenza al que á su patria ,
 « Que de un yugo libró , con otro oprime.
 « Libre viendo á la suya y en su gremio
 « Quieto y feliz , de su virtud en premio
 « Obtendrá Doria estados que , algun dia ,
 « En Italia el orijen
 « Serán de la normanda monarquía.
 « Y de sus sacrificios recompensa
 « Alcanzarán , cual él , cuantos de Cárlos
 « Se ocupen en la gloria ó la defensa ;
 « Que , lleno de bondades ,
 « Este monarca á sus vasallos fieles
 « Gozará en dar castillos y ciudades
 « Mas que en ceñir sus sienes de laureles. »

Citando así los nombres de los héroes
 Que tantos triunfos han de dar á Cárlos ,
 De los vientos el impetu regia
 La amable maga que , ora en sofocarlos ,
 Ora en darles aliento se placia.

Del mar de Persia , en esto ,
 Las olas ven , y aquellas que reciben
 El nombre de los magos. En un puerto
 Ancla el bajel y , allí , puesto á cubierto
 El héroe de la cólera de Alcina ,
 Por la playa sus pasos encamina.
 Del valle al llano y á la selva espesa
 Presuroso atraviesa. Molestado
 Sin cesar en su marcha por ladrones ,
 Por tigres y dragones ,
 Astolfo en combatir no se detiene.
 Siguiendo luego la feliz Arabia ,
 Rica de mirra y de oloroso incienso ,
 Region privilegiada
 Que el Fénix elijió por su morada ,
 Entra en el mar , donde el poder inmenso

Del gran Dios de Israel sumiera un día
 Al rey ejipto y á su hueste impía
 Luego á la patria de los héroes llega,
 Y del Tróyano corre por la vega
 En el corcel que, por arena ó nieve,
 Sin dejar huella tras de sí, lo guía.
 Enjuto el pié lo mismo correría
 Sobre la mar, sin que igualar pudiera
 La del viento ó del rayo su carrera.
 Argalia fué su dueño. Rabicano
 Su nombre y, concebido
 Por la llama y el viento,
 El aura pura es su único alimento.

Sobre él corriendo el paladin britano
 Ve cual se lanza el Tróyano en el Nilo
 Y, siguiendo su orilla,
 Encuentra luego un venerable anciano
 Que viene conduciendo una barquilla.

« Hijo, le grita, si perder la vida
 « No quieres hoy sin gloria y sin recurso,
 « Hácia aquí tuerce sin tardar el curso.
 « Por esa orilla andando, ante tus ojos
 « Verás en breve la fatal guarida
 « Donde, en medio de sangre y de despojos,
 « Vive un gigante atroz. Allí tendida
 « Hay una red, oculta entre la yerba
 « Con arte tan proterva,
 « Que el que noticia della antes no tenga
 « En ella es fuerza que á enredarse venga.

« Hácia su estancia el monstruo se retira
 « Luego que á alguna víctima sorprende;
 « Ni á edad ni á sexo atiende,
 « Nada temor ni compasion le inspira.
 « Al uno agora en desollar se ocupa;
 « La sangre á aqueste chupa; á aquel los sesos,
 « Devorada la carne, al campo arroja

« De muchos otros los pelados huesos ,
 « Y de su estancia adornan las paredes
 « Los cueros de las tristes
 « Víctimas de su infamia y de sus redes.
 « Toma , pues , jóven , toma este camino
 « Que sin riesgo conduce á tu destino. »

Las gracias dando al viejo

Por su sana intencion , « vuestro consejo
 « Permitidme , » le dice , « que no siga ,
 « Que á no escucharlo mi deber me obliga.
 « Con mengua de mi honor , bien sé que puedo
 « Evitar un costoso sacrificio ;
 « Mas no me arredra de la muerte el miedo
 « Y me anima el pensar que si propicio
 « El cielo santo apoya mi denuedo ,
 « Un insigne servicio ,
 « Al orbe haré por siempre ese camino ,
 « Abriendo ál mercader y ál peregrino.
 « ¿ Qué es de un hombre la muerte , si con ella
 « Se salva á mil de inevitable daño ? »

— « Hijo , ve en paz » replica el ermitaño ;

« Mi bendicion recibe y quiera el cielo
 « Prestar apoyo á tu glorioso anhelo. »

Fiado de su trompa en el sonido

Mas aun que en la fuerza de su acero ,
 Entre el borde del Nilo y el de un lago ,
 Por la orilla del mar , sigue el sendero
 Que del monstruo conduce al antro aciago.
 De cráneos y de miembros descarnados
 Ve cubierto el umbral , y un esqueleto
 Colgado en cada almena
 Decoraba el infando parapeto.

Cual cazador de las alpinas breñas
 En las paredes de su estancia clava
 La cabeza y la piel de fiera brava
 Que mató , dando de su audacia señas ,

Así fiero el gigante , ante sus ojos
 Con placer colocaba
 De sus fuertes contrarios los despojos ,
 Dejando de los otros confundidos
 Entre sangre los huesos carcomidos.

Al umbral de la puerta
 De esta mansion estábase sentado
 Caligorante , cuando á ver acierta
 Acercarse al caudillo denodado ;
 Y á fe que no lo vió con desagrado
 Pues tres meses hacia
 Que nadie atravesó por esa via.

Al verle , corre el monstruo , entre las cañas
 Que en el lago se elevan , á aguardarle ,
 Pensando así con sus traidoras mañas ,
 Cogerle por detrás , y aprisionarle.
 Mas su ardid esta vez no le aprovecha ,
 Pues , bien que riesgo en avanzar sospecha ,
 Lanzando Astolfo su corcel pujante
 El cuerno toca. Ciego , espavorido ,
 A presta fuga entrégase el gigante
 Y , sin saber adonde corre , llega
 A la red , que lo envuelve y se repliega.

A tierra salta el principe , y castigo
 Va á dar á su enemigo ;
 Mas se detiene al ver que , entre cadenas ,
 Yace este envuelto , respirando apenas.

Celoso en otro tiempo del dios Marte ,
 El ciclope Vulcano , con tal arte
 Esta red fabricó , que entre sus lazos
 A Venus sorprendió de aquel en brazos.
 Al ciclope esta red robó Mercurio
 Ciego de amor por Cloris que , volando ,
 Los pasos sigue á la luciente aurora
 Cuando , el húmedo seno abandonando ,
 Flores derrama , y cielo y tierra dora ,

Y en ella la apresó junto al paraje
Donde el rio que corre por Etiopia
Corre á prestar al piélagó homenaje.

En el templo de Anubis, en Canopia ,
Por treinta siglos con afan guardado
Estuvo aquel depósito sagrado
Hasta que , con audacia sin ejemplo ,
El inicuo y feroz Caligorante
Incendió la ciudad y robó el templo.
Allí encontró las redes que , escondidas
Por él luego con arte entre la arena ,
Pusieron triste fin á tantas vidas.

De ellas sacando Astolfo una cadena ,
Ata al monstruo malvado
Que , cual doncella tímida , aterrado ,
Se alza oyendo la voz que se lo ordena.
Perder empero de esta gran victoria
No quiere el paladin toda la gloria.
Sobre los fuertes hombros del vencido
Carga la red y de su triunfo uncido
Llevarlo al carro piensa , sus maldades
Propalando por villas y ciudades.

Dale tambien sus armas y su escudo ;
Y , acompañado de este extraño paje ,
De Memfis , en su viaje ,
Las tumbas y pirámides visita.
Luego al Cairo dirige su camino ,
Llenando de contento á cuantos halla ,
A cuantos cuenta la feliz batalla
Con que abrió nueva ruta al peregrino.

« ¿ Cómo es posible , » cada cual decia
« Que á un gigante tan fiero
« Haya vencido un solo caballero ? »

Por mirarle de cerca , el pueblo todo
En tropel acorria , y de tal modo
En derredor de Astolfo se apiñaba ,

Que á detener el paso le obligaba.
 Su noble aspecto cada cual admira,
 Y mientras al gozo que su triunfo inspira
 El pueblo con estrépito se entrega,
 A las puertas del Cairo Astolfo llega.

No era entonces el Cairo
 Lo que ha llegado á ser en nuestros dias.
 Diez y ocho mil crujiás
 De casas de tres pisos, suficientes
 No son para albergar á tantas gentes,
 Que, en el suelo y al raso, muchas dellas
 Duermen al resplandor de las estrellas.
 En el palacio dó el sultan habita
 Magnificencia insólita, inaudita,
 Reina por donde quier. Só el mismo techo
 Vense allí reunidos
 Quince mil renegados sus vasallos,
 Y entre ellos confundidos
 Sus mujeres, sus hijos, sus caballos.

Desde el Cairo, á Damietta marcha Astolfo
 A ver por cuantas bocas
 Se arroja el Nilo en el salobre golfo,
 Y decir oye allí que en una torre
 Vive un feroz ladron que la comarca,
 Haciendo daño á cuantos ve, recorre.
 « Vano es, » le dicen, « resistir; mas vano
 « Es aun el tratar de darle muerte,
 « Que de cien mil heridas,
 « De los mas fuertes brazos recibidas,
 « Siempre sanó por prodigiosa suerte. »

De quitarle la vida
 Ansioso, Astolfo en busca va de Orrilo;
 Llega á Damietta y, traspasando el Nilo,
 La torre ve que sirve de guarida
 A este aborto de mágica y de duende
 Que á cuantos halla impunemente ofende.

Allí, con él Astolfo á dos guerreros
Mira empeñados en terrible lucha.
En vano espada ducha
Vibran contra él los fuertes caballeros
Hijos los dos del célebre Oliveros,
En valor y en esfuerzo no le ceden ;
Mas poco ó nada en esta lucha pueden.

De Orrilo al lado, vese en la ribera
Una disforme fiera,
Cuyo solo alimento son los cuerpos
De náufragos marinos
Y de desorientados peregrinos.

Muerto, bien pronto, estienden en la arena
Al vámpiro inhumano,
Sin que por eso el fin de su faena
Viesen llegar el uno y otro hermano.
En vano uno amenaza ; el otro en vano
Ataca y hiere con furor á Orrilo ;
Que sus miembros cogiendo este tranquilo,
Los pega y amalgama
Cual azogue que en gotas se derrama.

La monstruosa cabeza hasta los dientes
Ora hiende Grifon ; ora Aquilante
Divide en dos el pecho del gigante.
Sus golpes impotentes
La risa de este escitan
Y de los héroes el furor. Si al suelo
Su cabeza derriban, en su busca
Orrilo va y, agora por el pelo,
Por la nariz agora, á asirla llega
Y extrañamente al cuello se la pega.
Tal vez Grifon la coge,
Y, si sucede que de sí la arroje
Largo trecho en el rio, en él se lanza
Orrilo, la recoge
Y á la lid vuelve intacto y sin tardanza.

Vestidas con primor y con decencia ,
 Una de blanco otra de negro , estaban
 Viendo la lid dos jóvenes hermosas ,
 Causa de aquella desigual pendencia.
 Eran estas las magas bondadosas
 Que , en sus mas tiernos años ,
 A Gismunda sus hijos sustrajeron
 Y que á climas extraños
 Los condujeron , por salvar sus días
 Del terrible furor de dos arpías.

Mas inútil contar es esta historia ,
 A todos hoy notoria ;
 Bien que es cosa que asombre
 Que su autor , al hablar de estos guerreros ,
 Equivocara de su padre el nombre.

A instancias ambos de las dos doncellas
 La lucha sostenian.
 Del sol las luces bellas
 Hacia el remoto Ocaso descendian ,
 Cuando , viendo las damas que á su asilo
 El paso ya va dirigiendo Orrilo ,
 Ordenan á sus jóvenes contrarios
 Deponer los aceros sanguinarios.

Por sus armas y enseña y sobre todo
 Por su presencia intrépida y gallarda ,
 El duque Astolfo en conocer no tarda
 A Aquilante y Grifon. Del mismo modo
 Ellos reconociéndole , van presto
 A saludarle con afable gesto.

A un palacio vecino
 De aquel paraje , á reposarse luego
 Las magas á los jóvenes convidan.
 Con encendidas achas al camino
 Salen pajes y damas á encontrallos.
 Danles ellas sus armas y caballos
 Y , entrando en un verjel , suntuosa cena

Dispuesta advierten junto á fuente amena.

Con sólida cadena , á grueso encino
Los héroes al feroz Caligorante
Atan , y diez satélites le ponen
Que soltarse le vedan , mientras ellos
Al placer ó al descanso se abandonen.

De este banquete fueron
El deleite menor las ricas viandas
Que sin cesar las mesas oprimieron.
De las artes infandas ,
De Orrilo hablóse y nadie concebía
Como , cortado un brazo ó la cabeza ,
A su tronco lo unía
Y tornaba á la lid con mas fiereza.

Bien en su libro Astolfo vió que á Orrilo
La vida solo arrebatara podía ,
Un cabello cortando de que el hilo
De su infame existencia dependía ;
Mas ¿ cómo conocello ,
Entre tanto cabello , ese cabello ?
No esperaba por esto menor palma
El paladín que un título de gloria
Ve en arrancar al vil gigante el alma ;
Mas aspirar no quiere á esta victoria
Sin que ántes lo consientan
Los hijos de Oliveros que , dispuestos
A combatir , en esto , se presentan.

Del bravo Astolfo aquestos
Acceden á las súplicas fervientes ,
Bien que uno y otro opinen que impotentes
Sus esfuerzos serán , si no funestos.

En el cielo la aurora aparecía
Cuando , de férrea y gruesa maza armado ,
Se presenta el malvado.
A sus golpes el duque resistía
Y el momento aguardaba

De darle muerte. El puño con la maza
 Astolfo le derriba , ó bien el brazo
 Le corta , ó le atraviesa la coraza ,
 O pedazo á pedazo
 Hace saltar sus miembros , que en el punto
 Recorre Orrilo , y sano
 Vuelve á mostrarse al paladin britano.

Lleno el duque de cólera y de asombro ,
 Una vez y cien veces arremete
 Al gigante feroz , y encima al hombro
 Con tan tremendo golpe al fin le alcanza
 Que al suelo , por aquí su capacete ,
 Y allá a lo léjos su cabeza lanza.

Mas que Orrilo lijero ,
 Del arzon salta entonces el guerrero ,
 Recoge la cabeza ,
 Vuelve á montar y corre con presteza
 Hacia el borde del Nilo
 Porque alcanzarle no consiga Orrilo.

Mientras aqueste su cabeza , en vano
 Busca , de Rabicano
 Oye sonar los pasos por la selva.
 Inquieto , entonce en su caballo salta
 Y va á gritar al paladin que vuelva
 Cuando la lengua nota que le falta.

Enmedio de su mal , aun se consuela
 Al ver que no le faltan los talones ;
 Mas por llegar en vano se desvela
 Al que montado en Rabicano vuela.

Impaciente el inglés busca entretanto
 Si , entre cabello tanto ,
 Hallar puede el fatal , pero importuno
 Es su férvido afan , no ve ninguno
 Que de otro en lo mas mínimo difiera :
 « Cortarlos todos , dice , es lo que importa »
 Y , á falta de navaja y de tijera ,

Por la nariz cogiendo la cabeza
Todo el cabello con su espada corta.

Cortado entonces el que inmortal le hacia ,
Muda Orrilo el color , la vista impía
Tuerce ; muestra por signos manifiestos
Que sus instantes últimos son estos ,
Y , de la muerte por la helada mano
Tocado , viene del arzon al llano.

Presto , tornando Astolfo hacia las damas
Y hacia los dos guerreros , en su diestra
La cabeza les muestra ,
Y ver luego les hace
De Orrilo el busto que por tierra yace.
Al verle vencedor corteses ambos
Los hijos de Oliveros le acogieron ,
Bien que yo tengo para mí que entrambos
No sin envidia su victoria vieron.

Tampoco en ella creo
Se gozaran las damas. Su deseo ,
Esta lid provocando ,
Era solo ocupar á los dos héroes
Y preservarlos del destino infando
Que la suerte proterva ,
Si á Francia van , en breve les reserva.

Apenas el alcaide de Damietta
La nueva recibió del fin de Orrilo ,
La paloma soltó que , con un hilo
Llevando al ala su mision sujeta ,
Al Cairo va ; de allí segun usanza ,
Con la noticia , mas allá se lanza
Otra despues , de modo
Que , en breves horas , todo Egipto supo
La triste suerte que al gigante cupo.

Dada á esta empresa cima
Hácia los hijos de Oliveros viene
El duque y sus espíritus anima.
Ellos , cuyo recreo

La lid fué siempre , abrásanse en deseo
De partir hácia Oriente
A dar amparo á la cristiana gente.

De las magas , que lloran su partida ,
Despidense en seguida , conviniendo
En partir con el duque hácia el paraje
Adonde entrar carne mortal hecho hombre , vino
Todo un Dios á sufrir sangriento ultraje ;
Y así , juntos los tres toman la via
Que por la diestra á Palestina guia
Ruta , que bien que es árida y cansada
A la de mar prefieren
Pues por llegar á la ciudad sagrada ,
A donde entrar en breve les importa ,
De seis jornadas su camino acorta.

Agua tan solo y yerbas ofreciendo
Este camino incómodo y salvaje ,
Fuerza fué sobre el lomo del gigante
Cargar lo necesario para al viaje.
De este modo marcharon
Grifon ; el duque Astolfo y Aquilante ,
Y , al cabo de unos dias , desde un cerro ,
La tierra vieron dó el Amor divino
Del primer hombre el yerro
A redimir sobre el Calvario vino.

En la ciudad los paladines entran
Y á sus puertos se encuentran
Con un guerrero á quien los tres conocen.
Era este Sansoneto de la Meca
Jóven sabio y audaz cuanto prudente ;
Temido cuanto amado de su gente ,
Del verdadero Dios Orlando mismo
La fé le dió en las ondas del bautismo.
Por el francés emperador nombrado
Poca ha , gobernador de Palestina ,
Sansoneto ocupado

Estaba en construir una cortina
Que del furor del musulman monarca
Preserve su comarca.
Con mil muestras de amor y de respeto
Y con alegre rostro , Sansoneto
A los héroes acoge ;
Por la ciudad los acompaña y manda
Que en su régia mansion se los aloje.

Agradecido Astolfo , le regala
Las redes y el gigante cuya fuerza
A la de diez acémilas iguala.
Al noble duque , en cambio ,
Da Sansoneto un cinturon precioso ,
Y dos espuelas de oro , que la fama
Dice calzara el jóven animoso
Que de fiero dragon salvó á su dama ,
Despojo que con otros de valia
Sansoneto ganó rindiendo á Zafa.
Despues de confesarse , á una abadía
Que respiraba olor de buen ejemplo
Los guerreros se van. De templo en templo ,
Llenos de fe , de la pasion de Cristo
Pónense á contemplar cada misterio ,
Y á pensar cuanto oprobio y vituperio
Sobre la Europa pesa
Que , mientras en tanta temeraria empresa
El fiero hierro sin descanso agita ,
No piensa en acorrer el Santo Imperio
Donde su apoyo mas se necesita.

En tanto que á estas prácticas devotas
Entregados se hallaban los guerreros ,
Al uno de los hijos de Oliveros ,
Un mensajero que de Grecia vino
Nueva trajo fatal , que de repente ,
A sus ideas dando otro camino ,
Lanza , en vez del divino ,

Impúdicos afectos en su mente.

Amaba el buen Grifon , por su desgracia ,
A una dama del nombre de Origile.

Unida á tanta gracia

Tanta beldad no es cosa que se estile ;

Mas tampoco se estila tal falacia ,

Perfidia tan profunda

En cuanta tierra el ancho mar circunda.

Por una aguda fiebre devorada

En la ciudad de Constantino habia

Dejádola Grifon , y al lado della ,

Ufano , á retornar se disponia ,

Cuando del griego supo que la ingrata

A quien triste , en edad tan fresca y bella ,

Pasar sola las noches parecia ,

Con un nuevo galan se iba á Antioquia.

Desde que supo esta terrible nueva ,

Grifon un áspid en su pecho lleva.

Atórméntale amor y su tormento ,

Que la vergüenza á devorar le obliga ,

No pudiendo estallar , no se mitiga.

Mas cauto que él mil veces, Aquilante

Reprobó su pasion ; mas siempre en vano.

Alucinado amante ,

Grifon la voz desoye de su hermano ,

Y en su error mas y mas se precipita.

Por esto , solo , y sin hablar á nadie

Del designio que su ánimo medita ,

A pãrtir se dispone sin tardanza

Tras de la infiel , en busca de venganza.

En otro canto digo como á efecto

Lleva el triste Grifon este proyecto.

CANTO XVI.

Topa Grifon con su querida en el camino de Damasco — Cálmale ella y condúcele á la ciudad. — Prosigue el asalto de París. — Prodigiosas hazañas de Rodomonte. — Llega Reinaldo con las tropas britanas á las orillas del Sena. — Batalla. — Preséntase á Carlomagno un escudero que le refiere los estragos que en París está haciendo Rodomonte.

Muchas y graves penas
 Hace sufrir Amor. En sus cadenas
 Yo casi eternamente aprisionado,
 Puedo, experimentado,
 Mejor que nadie hablar de la ventura
 Y pintar los tormentos que procura.
 No es tan triste la suerte,
 (Lo digo y lo diré mientras que viva)
 De aquel que, amando, advierte
 Que honesta la beldad su afecto esquivo.
 Si esta esquivez de galardón le priva
 Que esperaba su afán; si consumido
 De languidez y amor sucumbe al cabo,
 Hallar debe á lo menos un consuelo
 En pensar que no esclavo
 Es de beldad indigna de su anhelo.
 Quéjese aquel que, siervo
 De azules ojos ó de rubia trenza,
 Mira en su dama un corazón protervo.
 Cubierto de vergüenza,
 Quiere tal vez huir; mas con su huida
 Sus males exacerba,
 Cual del dardo fatal tímida cierva
 Redobla, huyendo, la punzante herida.

Herido así , remedio en vano busca
 El buen grifon á irremediable daño.
 De Origile el engaño
 Le exaspera , le ofusca
 Y , con furia insensata ,
 Le induce á caminar tras de la ingrata.

Sin osar , pues , hablar con el hermano
 Que , prudente y discreto ,
 Quiso oponerse á su designio insano ,
 Triste se parte , solo y en secreto.
 Hacia la izquierda mano
 Declinando en seguida , el rumbo elige
 Que , por el llano , á Rama le dirige ,
 Y ansioso galopando hacia Antioquia
 Llega á Damasco al fin del sexto dia.

De esta ciudad no lejos , con la ingrata ,
 Encuentra luego á su raptor que huia.
 Cual á la flor la mata
 El galan á la dama convenia ,
 Que pérfidos , traidores , inconstantes ,
 Eran en grado igual los dos amantes.

Cubierto viene de armadura bella ,
 Y en un soberbio palafren montado ,
 El galan. Síguete ella
 Con manto azul y de oro recamado.
 Dos pajes llevan el broquel y el casco
 Con que á brillar el seductor se apresta
 En la suntuosa fiesta
 Que debe en breve presenciar Damasco ,
 Y á la que acuden , á lidiar dispuestos ,
 Héroe insignes , jóvenes apuestos.
 Viendo á Grifon la suerte que la aguarda
 La dama infiel en recelar no tarda ;
 Mas , astuta y sagaz , disimulando
 Su cuita y sus afanes ,
 Ante el galan con quien tramó sus planes ,

Corre al héroe mostrando
 Insólita alegría; entre sus brazos
 Arrójase y, pendiente de su cuello,
 Lo estrecha así con pérfidos abrazos.

Y, uniendo luego á una mirada tierna
 El eco blando de una voz celeste,
 « ¡Es este, » exclama sollozando, « es este
 « El galardón que de su amor recibe
 « La que tan solo por amarte vive?
 « Sola durante un año, otro año via,
 « Léjos de tí, ya comenzar y, acaso,
 « Vana de verte la esperanza mia
 « Fuera si aquí no dirigiera el paso.

« Mientra, en el lecho del dolor postrada
 « No léjos del imperio de la muerte,
 « Impaciente aguardaba tu llegada,
 « Supe que al suelo sirio
 « Tus pasos dirigias. De tu ausencia
 « No pudiendo sufrir mas el martirio,
 « Seguí tu huella, y quise, en mi despecho,
 « Una y mil veces traspasarme el pecho.
 « Mas que tú, compasivo el justo cielo,
 « Doble favor otorga hoy á mi anhelo,
 « Y á mi hermano me envia,
 « Que á mi vida y mi honor prestando amparo,
 « A dar con mi adorado al fin me guia.

« Sí, sí, Grifon; tu afecto me es mas caro
 « Que cuanto bien encierra el universo,
 « Y, á durar mas, tu ausencia
 « Hubiera puesto fin á mi existencia. »

La dama, con reproche tan perverso,
 Añade á los antiguos nuevo ultraje,
 Y el buen Grifon, que á tan falaz lenguaje
 Igual crédito da que al evangelio,
 Persuadido se queda de que hermano
 Es de Origile, y no galán, Martano;

Y no tan solo ya de aquesta ofensa
Satisfaccion en recabar no piensa ,
Sino que él mismo de su error se acusa ,
Culpable se confiesa ,
Y al galan , á quien ve con faz confusa ,
De acariciar y de obsequiar no cesa.

Con él despues hácia Damasco viene
Y, de su labio , en el camino , escucha
Que allí dispuesta Noradino tiene
Su gente á celebrar brillante lucha ;
Que en su ciudad el rey
Sin distincion de ley
Seguridad á todos garantiza
Todo el tiempo que abierta esté la liza.

Mas no es justo , señor , que de exponeros
Deje yo , por hablaros de Origile ,
Lo que en París en este tiempo pasa.
Contra sus muros , que la llama abrasa ,
Dirigen su furor y sus aceros
Doscientos mil alárabes guerreros.

Ya dije cual , contra uno de los puntos ,
Asalto daba con su hueste inmensa
El bárbaro Agramante. Por fortuna ,
Entre las puertas de París , ninguna
Tan bien cual esta defendida habia.

A Cárlos en persona y , á su lado ,
A la flor de su hueste allí se via ,
Y lidiaban á cual mas denodado
Angeler , ambos Guidos , Angelino
Oton , Avolio , Berenguer y Avino.

De Agramante y de Cárlos en presencia ,
Ambas huestes de esfuerzo y bizzaría
Dieron insignes pruebas aquel dia ;
Mas , del valor pasando á la imprudencia ,
Por el suelo , sin vida ,
Gran parte de la alárabe tendida ,

Dejó ver por señales manifiestas
Que pueden las hazañas ser funestas.

Contra el campo , de lo alto del baluarte ,
Llueven las flechas en cuajada nube
Y hasta los cielos sube
El estrépito de una y otra parte ;
Mientras el de Argel , en su despecho aciago ,
Solo , va por París sembrando estrago.

No sé , señor , si se os acuerda como ,
Entre llamas y cieno ,
Y entre torrentes de fundido plomo ,
A su gente este altivo Sarraceno
Dentro dejando del ardiente foso ,
En la ciudad , de un salto , se introdujo ,
Sin moverse del cuadro lastimoso
Que su feroz obstinacion produjo.

En su extraña armadura ,
Y en la escamosa piel que la cubria ,
Le reconoce la indefensa turba
De ancianos y de débiles , que huia
Del riesgo que dó quiera la amagaba ,
Y hácia esta se agolpaba
Creyéndola la parte mas segura.

Un grito de dolor y de amargura
Hasta el cielo se eleva ; y , aterrado ,
Asilo cada cual , ora en sagrado ,
Ora en las casas encontrar procura.
Pocos , empero , son los que su ruina
Consiguen evitar. De enojo infando
Ciego el árabe , hiere y extermina
Y , cabezas y brazos derribando
Va por dó quier , sin que , entre tanta gente ,
Haya quien le ose contemplar de frente.

Cual , del Etna ó de Hircania en el otero ,
Destroza tigre ó lobo carnicero
Débil rebaño que en desórden huye ,

El bárbaro destruye
Aquella grey cobarde , aquella plebe
Que la existencia conservar no debe.
De San Miguel la populosa calle
Que conduce hácia el puente
Va recorriendo el musulman protervo ,
Cebándose en el amo y en el siervo ,
Hiriendo al criminal y al inocente.
Su estado al sacerdote no protege ,
Ni al tierno niño su inocencia abona.
La vírgen , el anciano , la matrona ,
Bajo los golpes de la misma mano
Van á morir ; pues , sin que nadie mueva
Al feroz africano , haciendo prueba
Va , mas que de valiente , de inhumano ,
Y su terrible saña , no tan solo
En sangre de sus víctimas se ceba ,
Sino que el fuego y el espanto lleva
Por la ciudad , que arrasa ,
Sin respetar ni un templo ni una casa.

Estas , que en aquel tiempo de madera
Eran sin duda todas , pues hoy dia
Seis sobre diez existen todavía ,
Formaban juntas una inmensa hoguera ,
Por la cual Rodomonte atravesando ,
Paredes iba y techos derribando.

Nunca en Padua , Señor , estoy seguro ,
Visteis bomba tan gruesa ,
Que capaz fuera de allanar un muro
Cual los que el moro de allanar no cesa.
Y si , mientras aqueste
Con el fuego y el hierro tanto estrago
En una parte hacia ,
Por la opuesta Agramante algun amago
Hiciera con esfuerzo y energía ,
Perdida la ciudad era aquel dia ;

Mas á estorbarlo con su brava hueste
Vino del Norte el conductor celeste.

Con ella en tanto que , en su enojo impío ,
A París incendiaba Rodomonte ,
Llegaba el paladin de Claramonte.
El cual , temiendo que tal vez el rio
Pueda poner obstáculo á su brio ,
Cuando atacar al musulman intente ,
De París á tres leguas echa un puente ;
Pasa por él ; y luego por la via
Que , en linea recta , al frente del baluarte
De San Martin y San Dionisio guia ,
Al mando de Odoarte
Despacha sin tardar seis mil guerreros.
Unidos de Ariman al estandarte
Dos mil jinetes de los mas bizarros
Manda á escoltar acémilas y carros ,
Mientras á la izquierda él sigue otros senderos ;
Que , con el resto de sus tropas , piensa
Describir una línea mas extensa.

Pasado el rio , hace romper los puentes ,
Pone en órden sus gentes ,
De sus jefes reclama la presencia
Y desde una eminencia ,
De dó descubre el campamento todo ,
Alza la voz y dice de este modo :

« Gracias , guerreros , gracias dad al cielo
« Por el favor insigne que os dispensa ,
« Mandándoos á este suelo ,
« Donde una gloria inmensa
« De breve afan será la recompensa.
« Del sabio emperador , cuyo segundo
« Apenas verá el mundo ,
« Volad á la defensa.
« Mirad á vuestro rey , á quien jurado
« Habeis fidelidad , y que asediado

« Está en París con Cárlos y con otros
« Reyes, duques, marqueses y barones
« De diferentes nombres y naciones.
« Salvando esa ciudad, sobre vosotros
« No solo lloverán las bendiciones
« De toda una nacion agradecida ,
« Que de sus hijos tiembla por la vida
« Y que teme ver rotos
« De tantas tiernas vírgenes los votos ,
« Sino que , desde todos los extremos
« De la cristiana tierra ,
« De que en París la juventud se encierra ,
« Un unánime grito escucharémos
« De gratitud profunda
« Que desde el Asia hasta el Ocaso cunda
« Si una corona á aquel que con su mano
« Libertaba la vida á un ciudadano
« La antigüedad por premio confiriera ,
« ¿ Cuántas merece , cuántas
« El que liberta una ciudad entera ?
« ¡ Ah ! si frustrando nuestras miras santas
« La envidia ó la traicion , de aquesos muros
« Se apoderase el bárbaro africano ,
« Entonce , estad seguros ,
« Por sustraerse á su furor , en vano
« Lucharán el german , el italiano
« Y cuanto pueblo adora por su dueño
« Al que vertió su sangre sobre un leño.
« No , entonces , del Numida
« Porque os separe el mar ó la distancia ,
« Despreciaréis la saña fratricida ;
« Pues , dueño de la Francia ,
« ¿ Que no hará aquel cuya feroz jactancia
« Osó desde el estrecho gaditano
« Llevar la guerra al litoral britano ?
« Y aun cuando de esta empresa ,

« Ni gloria ni ventaja se consiga ,
 « ¿ Con la gente francesa ,
 « Que vuestra santa Religion profesa ,
 « Una inviolable obligacion no os liga ?
 « ¿ Por ventura no abriga
 « Cada cual de vosotros la esperanza
 « De ver deshecha en breve
 « A esa canalla aleve ,
 « Que armas no tiene , aliento ni pujanza ?

Estas y otras razones

En voz alta y sonora pronunciadas ,
 A los jefes bretones
 Conmueven y á sus tropas denodadas.
 Dando así , cual se dice , con la espuela
 Nuevo vigor al alazan que vuela ,
 En tres huestes divide
 El paladin de Montalban su gente ,
 Mandando á cada cual que con silencio
 De su bandera se coloque al frente.

Del buen Zerbino encomendando al brio
 Que al musulman ataque , junto al rio
 Despliega las legiones del de Irlanda ,
 Mandando que , en su centro
 Y de Alencastro unida al estandarte ,
 La inglesa gente , por distinta parte ,
 Marche tambien del árabe al encuentro ;
 Y , á cada cual trazando su camino ,
 Por la orilla del Sena se adelanta ,
 Y las tiendas sorprende
 Dó , con el rey de Oran y el rey Sobrino ,
 Se halla el puesto avanzado
 Que , á media milla , por aqueste lado ,
 El campamento musulman defiende.

Al llegar ante el moro , el labio mudo
 Mas largo tiempo contener no pudo
 La valerosa hueste , que por guia

Al silencio y al ángel conducía ;
 Y, con el son agudo
 De trompas y clarines, hasta el cielo,
 Subiendo estrepitosa vocería,
 En las venas del moro vierte hielo.

Lleno de ardor, el paladin gallardo
 Los flancos hiera al rápido Bayardo ;
 Su lanzon enarbola
 Y, terrible y veloz cual torbellino,
 Dejando atrás la hueste de Zerbino,
 Avanza audaz y embiste á la española.

A su vista, el pagano
 Muestras da claras del terror mas vivo.
 Tiembla el asta en su mano,
 Su pié vacila dentro del estribo.
 Solo, en tanto conflicto, el rey Puliano,
 De su espíritu guarda la presencia,
 Y, no pensando hallar tal resistencia,
 La lanza enristra, y llega sin demora
 Hacia Reinaldo, cuyo nombre ignora.

Tampoco, por su parte, lo desmiente
 El paladin valiente,
 Que, de la guerra en el difícil arte,
 Mas que de Amon, parece hijo de Marte.

Sobre el contrario yelmo
 Las armas resonar cada cual hace
 Con estrépito igual ; pero no basta
 Blandir con gracia y con denuedo el asta ;
 La caprichosa suerte,
 A quien no siempre la justicia place,
 Gloria á Reinaldo da y al moro muerte.

Muerto Puliano, su terrible lanza
 El paladin recobra ;
 Y, de nuevo enristrándola, se avanza
 Contra el de Oran de insólita estatura,
 A quien en alma cercenó natura

Lo que en materia le otorgó de sobra.

En lo mas bajo del broquel tan solo
Le alcanza el héroe ; pero menos crudo
No fué por eso el golpe que , el escudo
Y el vientre del gigante atravesando ,
Dió por allí salida
Del cuerpo enorme al alma reducida.
Y , á podérselas dar , rendidas gracias ,
Por haberle evitado tal molestia ,
Diera sin duda al paladin la bestia
Que su carga temia
Tener que soportar todo aquel dia.

Rota la lanza , sú corcel revuelve
Y , veloz cual el rayo ,
Acomete á la turba y la disuelve.

A su contacto rotas ,
Cual si de vidrio fueran , por los aires
Saltan rodelas , túnicas y cotas.

Nada oponerse á su violencia puede.
Ante Fusberta cede

Aquella chusma que , aterrada y triste
De su razon la calma no conserva ;
Pues mal resiste á la segur la yerba ,
Mal la cebada al Aquilon resiste.

Con igual confianza

A la que muestra lobo carnicero
Acometiendo á cabra ó á cordero ,
La hueste de Zerbino en tanto avanza ,
Y , clavando al corcel el acicate ,
Cada guerrero salva de repente

El reducido espacio
Que le separa de la adversa gente.

Mas terrible combate

Jamás se vió ; pues , sin que apenas puedan
Herir á un adversario , por el suelo
Tendidos miles de agarenos quedan.

Cubiertos los demás de espanto y hielo
Ver se figuran por dó quier la espada
Por el señor de Montalban vibrada.
Solo Sobrino , en tan difícil trance ,
De su desnudo á dar señal se apresta.
Su division , compuesta
De todo cuanto habia
De menos malo entre la mora gente ,
Estaba , empero , léjos todavía
De merecer el nombre de valiente.
La suya , mal armada ,
Conduce Dardinelo que cubierto
De rica cota y fúlgida celada
Marcha detrás. Al mando de Isolerto
Otra bien presto acude mas bizarra.

Al verle con las gentes de Navarra
En la batalla entrar , el pecho late
Al invicto Trason , duque de Marra ,
Que la ansiada señal da del combate.
De Albania el nuevo principe , Ariodante
Mueve tambien su escuadra en este instante.

Al fragor de trompetas atambores ,
Y otros mil sonoros instrumentos ,
Se mezcla el de las máquinas , las armas
Y pertrechos de guerra. Los clamores ,
Las quejas , los lamentos
Y hasta el rugir continuo de los vientos ,
Forman juntos un ruido semejante
Al que hace el Nilo cuando
Se sepulta en el piélagos espumante.

El aire proyectiles oscurecen ,
Y el humo del sudor , el polvo el vaho ,
La luz del cielo sofocar parecen.
Muévense los dos campos. Sangre esmalta
La tierra de ambas partes , y no falta
Quien muerte encuentre al lado

De alguno por su cólera inmolado.

Si, cansada, una hueste se repliega,

Otra á ocupar su puesto se adelanta.

Por aquí un peloton de infantes llega;

Por allá un escuadron se les agrega.

La tierra que los mira, en amaranto

Tiñe su verde manto

Y, en vez de sus pintados ramilletes,

Por el suelo esparcidos, con espanto,

Infantes ve, caballos y ginetes.

Dispersando á la turba que le acosa

Dá Zerbino entretanto

De su valor la prueba mas gloriosa.

Tambien, delante de su nueva gente,

Ariodante da pruebas de valiente,

Y aterra y maravilla

Al navarro escuadron y al de Castilla.

Dejando atrás los suyos y creyendo

Venir sin duda á recoger laureles,

Contra Zerbino empujan sus corceles,

Mosco y Zelindo, hijos los dos bastardos

Del rey de Zaragoza Calabruno.

Acompañales uno

Que, entre los mas gallardos,

De ser gallardo paladin blasona;

Este es Calamidor de Barcelona.

Por sus tres lanzas traspasado á un tiempo

Viene á tierra el corcel, mas no Zerbino

Que, de su muerte por lograr venganza,

Contra los tres impávido se lanza.

Su primer golpe, del arzon sacando

Al triste Mosco; jóven inexperto

Que en la victoria estaba ya pensando,

Le hace al suelo venir pálido y yerto.

Al verse arrebatár al caro hermano,

De rabia y de dolor Zelindo lleno,

Embiste al escocés , mas , por el freno
 Sujetando este al bruto , le derriba
 Y , con mano tremenda ,
 De vida al amo y al caballo priva.

Horrorizado , en revolver la rienda
 Calamidor no tarda.

« Aguárdate traidor , aguarda , aguarda »

El escocés le grita ;

Tras él se precipita

Y , sin tocar al que el arzon ocupa ,
 Mata al caballo , hiriéndole en la grupa.

Por tierra el agareno rastreando ,
 Conjurar quiere su destino infando ;
 Pero Trason , sobreviniendo en eso ,
 De su corcel lo abrumba bajo el peso.

Hacia el sitio dó , solo y arrogante ,
 Lucha Zerbino , acuden con presteza
 Lurcanio y Ariodante

De un brillante escuadron á la cabeza.

Bravo el de Albania , á Artálico y Margano

Poniendo en fuga , el postrimer suspiro

Hace exhalar á Etarco y Casimiro ,

Mientras , con brazo fuerte ,

Sembrando va Lurcanio estrago y muerte.

No menos en el llano que en el rio

Era cruda entretanto la batalla ;

Ni menos que la hueste de Zerbino

Mostraba esfuerzo y brio

La que de Irlanda y de Inglaterra vino.

Del duque de Lancaster só la enseña ,

Vivo combate esta legion empeña ,

Y jefes y soldados

De igual ardor se muestran animados.

Delante van Oldrado y Faramundo

Duques de York y Glócester. Ricardo ,

Conde de Wárick sigueles. Gallardo

El de Clarenza va despues; y al frente ,
 Dellos forman su gente ,
 Para el combate lista ,
 Folicon , Baricundo y Matalista.

Cual se mecen al céfiro de mayo ,
 En sus frágiles cañas , las espigas ,
 O cual del mar al límite arenoso
 Vienen y van las olas sin reposo ,
 Así , llenas de aliento ó de desmayo ,
 Se mueven las dos huestes enemigas ,
 Hasta que al fin , cansada la fortuna ,
 La espalda vuelve al de la media luna.

Mientras que á Matalista , por el pecho ,
 Levanta Oldrado en su robusta lanza
 Y del corcel lo arroja á largo trecho ,
 En el hombro derecho
 Al de Almería Faramundo alcanza.
 Cautivos ambos quedan del britano.
 Cruda mucho mas que esta fué la suerte
 De Baricundo á quien , con propia mano ,
 El duque de Clarenza dió la muerte.

Desalentado , el bárbaro africano
 Huye en desórden. Con ardor se arroja
 El cristiano tras él , lo desaloja ,
 Y rota y destrozada
 Quedara en esta célebre jornada
 Gran parte del alarbe campamento ,
 Si Ferragut que , al lado de Marsilio ,
 Hasta entonces estuvo , nuevo aliento
 No viniera á infundirles con su auxilio.

A su bridon clavando el acicate ,
 Se dirige hácia el sitio del combate
 Y llega en el momento
 En que , partida la cabeza , á tierra
 Del arzon baja Olimpio de la Sierra.

Era este un jóven cuyo dulce acento ,

Unido de la cítara á los sonos ,
Cual la cera ablandaba
Los mas empedernidos corazones.

¡ Feliz si en sus endechas
Cifrando su ventura , ni en aljaba
Pensara , ni en broquel , alfanje ó flechas !
Que de las musas fieles
Valen mas que de Marte los laureles.

Ferragut que le amaba , al verle muerto ,
Se duele mas que al ver teñido en rojo
El suelo de cadávares cubierto.

Ciego de ira y de enojo ,
Al que la muerte diérale , acomete ,
Y , rompiendo su almete ,
El cráneo , el cuello , el pecho le divide ,
Y del arzon á tierra lo despide.

Con su terrible espada hace en pedazos
Saltar yelmos , cabezas , cotas , brazos ,
Y de tal modo á su adversario hostiga
Que á entregarse á la fuga al fin le obliga.

En esto llega el bárbaro Agramante
Sembrando ruina y esparciendo estrago.
Van con él Soridano , Farurante ,
Balinverno , Prusion , y Bampirago.
De gente sin renombre
Marcha detrás innumerable copia ,
Con cuya sangre en breve
De púrpura teñirse al suelo debe.

Del muro , en este tiempo , una gran parte
De su tropa Agramante retirando ,
Ordena al rey de Fez , que , su estandarte
Desplegando , se vaya
Tras de las tiendas y que ponga á raya
Al irlandes que , en derredor girando ,
De hacerse dellas dueño
Muestra constante y decidido empeño.

Marcha el de Fez al punto , que no ignora
Cuan fatal puede serle esta demora.

Sus otras huestes Agramante ordena ;
Por la llanura la mitad envia
Y con otra mitad sus pasos guia
A la orilla del Sena
De donde , despachado por Sobrino ,
Un mensajero por refuerzos vino.

Al ruido de este ejército , se aterra
Y huye desordenado el de Zerbino.
Solos , en medio á la contraria hueste ,
Quedan Lurcanio , el príncipe Ariodante
Y Zerbino ; mas este
Mal resistiera á fe si , en tal instante ,
No le acorriera un paladin pujante.

Despues de haber cien haces destrozado ,
Oye el de Amon decir que , en la contienda ,
El príncipe escocés abandonado
Y á pié quedó. Sin mas tardar , la rienda
A su corcel volviendo , llega al sitio
Por dó dispersa viene
La hueste de Zerbino ; y la detiene
Diciendo : « ¿ A donde vais ? ¿ Cómo pudisteis
« Abandonar el campo á los infieles ?
« ¿ Son esos los laureles
« Con que ornar vuestras sienes prometisteis ?
« ¡ Oh mengua digna de ejemplar castigo !
« ¡ Solo y á pié dejar así á su jefe
« En presencia de un bárbaro enemigo ! »
Así , diciendo lleno de coraje
Robusta lanza á un escudero quita
Y acomete á Prusion , rey de Albaraje ,
A quien á tierra muerto precipita.
A Agricalte en seguida
Y á Bambirago del arzon arroja ;
A Soridano hiere y si de vida ,

Cual á los otros dos , no le despoja
Es que su lanza en el encuentro afloja.

Viéndola rota , con su fuerte espada
A Serpentino de la Estrella embiste ,
Cuya encantada cota no resiste
A embate tan atroz. Así despeja
Reinaldo el campo y á Zerbino deja
Escoger el corcel que mas le agrada.

En esto la llegada
Anuncian de Agramante , con Sobrino ,
Dardinelo y Balastro. Felizmente
Montado el buen Zerbino
En su nuevo bridon , llegar los siente.
Desnudo el hierro en medio de esta gente
Se arroja y manda á muchos al infierno
A dar noticias del vivir moderno.

Reinaldo , en esto , que á morder la tierra
Iba á los mas valientes obligando ,
A Bayardo empujando ,
Contra Agramante cierra
Que , mas que mil , él solo daba guerra.
El golpe fué tan fiero
Que al corcel derribó y al caballero.

Mientras , por fuera así de la muralla
Cada cual lucha en general batalla ,
De ira y de audacia ciego ,
A París Rodomonte pone fuego.
Por la contraria parte ,
Sin saber nada , Cárlos se ocupaba
Y , al mando de Ariman y de Odoarte ,
La inglesa gente en la ciudad entraba ,
Cuando al rey se presenta un mensajero
Que , entre ayes mil : « Señor , señor , » le dice ,
« De nuestra salvacion hoy desespero.
« A su pueblo infelice
• Ha abandonado Dios y del infierno

« A Satanás envia
 « Que destruya á Paris. La llama impia
 « Mira que , entre humo , hacen crecer los vientos.
 « Del triste pueblo escucha los lamentos.
 « Un hombre solo , un musulman destruye
 « A toda una ciudad que cede y huye. »

Bien cual aquel que , oyendo de campanas
 El repetido y fúnebre tumulto ,
 Advierte que es su casa
 La que , entre tanto estrépito , se abrasa ,
 Así , pasmado de este nuevo insulto ,
 Cárlos congrega á su mas brava gente
 Y llega al sitio dó el rumor se siente.
 Allí de tanto misero oye el duelo ,
 Y miembros esparcidos
 Por aquí y por allí vé por el suelo....

Ya diré en otro canto
 La causa de esta ruína y de este llanto.



FIN DEL TOMO PRIMERO.

MAG 2021685

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.



	<i>Pág.</i>
INTRODUCCION.	1
VIDA DE ARIOSTO.	13
PRÓLOGO.	25
Canto I.	29
Canto II.	45
Canto III.	61
Canto IV.	77
Canto V.	91
Canto VI.	110
Canto VII.	127
Canto VIII.	143
Canto IX.	162
Canto X.	182
Canto XI.	205
Canto XII.	222
Canto XIII.	239
Canto XIV.	255
Canto XV.	283
Canto XVI.	304

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

